

BLAIR HOLDEN@JESSGIRL93

# BAD BOY'S GIRL



QUIEN AMA ÚLTIMO  
AMA MEJOR

Blair Holden

# BAD BOY'S GIRL

Quien ama último  
ama mejor

Traducción de **Sheila Espinosa Arribas**

*ellas.*  
Montena

SÍGUENOS EN  
megustaleer



@megustaleerebooks



@ellasdemontena



@ellasdemontena



@somosinfinitos

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

## Prólogo

Lo que empezó siendo el relato de las desventuras de una chica insegura y desesperada por conseguir el amor y la atención de un chico cualquiera ha acabado siendo una historia de amor digna de pasar a la posteridad, ¿verdad? ¿Cómo iba a saber yo que adorar a Jason Stone desde la soledad de mi habitación me llevaría hasta aquí, tan lejos?

En algún lugar, un reloj marca la hora y mi corazón se acelera como si estuvieran sincronizados. Algo está a punto de ocurrir, se lo veo en la mirada. Pero Cole, la persona con la que sé que estoy destinada a pasar el resto de mis días, tiene una expresión ilegible en la cara. Últimamente lo hace mucho: pretender que adivine lo que está pensando. Antes creía que Cole era como un libro abierto para mí, que siempre sabía qué le pasaba por la cabeza. No te voy a mentir: estos últimos dos meses, las aguas han estado un poco... revueltas. Quizá es culpa de la distancia, sobre todo después de haber sido uña y carne en la universidad. Ahora, en cambio, estamos tan ocupados construyendo el resto de nuestras vidas que nos cuesta encontrar un rato libre. Pero eso de que la distancia es un rollo tampoco es nada nuevo.

Lo que sí es nuevo es la forma en que me mira, lo esquivo que está desde que he vuelto. Mira el reloj y a mí se me revuelve el estómago. Es la misma sensación que cuando se acerca una entrega y sé que es imposible que me dé tiempo. Me asalta una sensación desagradable, una especie de premonición, y

tengo que controlarme para no levantarme y salir corriendo. ¿Qué pasaría si me levantara de la mesa en medio de la comida, atravesara a la carrera el restaurante, cogiera un taxi y me encerrara en casa? Pero no, sería muy mala idea, como todas las que se me ocurren esta noche. Cole ha tenido el detalle de pedirse unos días libres en el bufete de abogados donde hace las prácticas de verano para coger un avión y venir a verme en mi primera semana de vuelta a mi puesto de trabajo. Es un gesto precioso por su parte y por eso estoy decidida a salvar este extraño abismo que nos separa. Hemos tenido mucho espacio y mucho tiempo para pensar, largas noches al teléfono, hablando simplemente, sin que la distancia física nos impidiera comunicarnos.

Así soy yo, conquistando la vida y la madurez, todo de golpe.

Me he pasado medio año viviendo en Londres con una compañera de piso de todo menos amigable, a la que le encantaba acaparar hasta el último centímetro cuadrado del minúsculo piso de dos habitaciones que compartíamos. He lidiado con Leila después de sus juergas nocturnas y por las mañanas, entre amenazas contra mi integridad física si se me ocurría entrar en el lavabo para ducharme mientras ella vomitaba el escaso contenido de su estómago. Siento que la convivencia con ella ha sido como un curso intensivo sobre la madurez mucho más útil que todo lo que viví en la universidad.

No debería estar asustada, lo sé, pero no puedo evitarlo.

Porque no alcanzo a interpretar la expresión a Cole.

Está guapísimo con sus vaqueros ajustados y su camisa negra, y huele tan bien que me ha costado lo mío no arrastrarlo de vuelta al piso y encerrarme allí con él el resto de este fin de semana de cuatro días. Pero al final he conseguido controlarme, y es que el pobre había reservado mesa en uno de los restaurantes más exclusivos de la ciudad y yo nunca le digo que no a una

cena en condiciones, aunque mi novio pueda rivalizar perfectamente con el mejor menú degustación.

—Tessie, te veo nerviosa.

Lo dice con una voz áspera y extraña, y mi cuerpo reacciona al momento. Siento un escalofrío, pero no tiene nada que ver con el aire acondicionado del edificio. Cuando llegué de Londres y me encontré a Cole esperándome en el aeropuerto, lo primero que hice fue refugiarme entre sus brazos y descubrir que, a pesar del tiempo que habíamos estado separados, nos sentíamos tan cómodos como siempre. Volvíamos a ser los mismos de antes, puede que incluso mejores gracias a los meses en que solo habíamos podido hablar, escuchar y hacernos cada vez más fuertes. Pero de eso hace ya un par de semanas y, desde entonces, Cole y yo nos hemos centrado en nuestras respectivas rutinas, por aburrido que suene. Él ha retomado las prácticas y yo me estoy adaptando poco a poco a mi vida de antes, aunque esta vez, por suerte, sin Leila.

Pero ahora Cole está aquí, haciéndome ojitos e intentando provocarme un infarto al mismo tiempo. Su actitud parece normal, pero no para de echarme miraditas y desnudarme con los ojos. Eso es bueno, ¿no? Benditos sean los vestidos ajustados de escote pronunciado y los sujetadores *push-up*.

—No estoy nerviosa. —Hecha un lío, quizá, pero nerviosa no. Hundo el tenedor en el plato de pasta y me llevo un par de bocados a la boca con aire ausente—. Pero ¿estás seguro de que no quieres contarme algo? No sé, ¿ahora mismo, por ejemplo? Esto ya lo hablamos, ¿recuerdas? Sinceridad total.

Cole traga saliva. Por primera vez en toda la noche, se le ve inseguro y no puedo evitar volver a sentir la extraña sensación de antes. La última vez que me ocultó algo y se dedicó a hacer de héroe en secreto, las cosas se pusieron tan feas que es normal que esté un poco mosqueada.

—Sinceridad, sí. Tienes razón.

—Eso mismo pienso yo, así que ¿te importa decirme en qué estás pensando?

Cole se apoya en el respaldo de su silla y me mira fijamente. Una parte de mí siente unas ganas horribles de coger el bolso y salir corriendo de aquí, mientras que la otra se muere de ganas de oír lo que tenga que decirme, como si llevara toda la vida esperando este momento.

—¿Recuerdas cuando te dije que había estado pensando en algo?

—Y yo te dije que eso sonaba muy genérico y hasta un poco siniestro.

Se ríe.

—Justo lo que cualquier tío quiere oír de su novia.

Me encojo de hombros.

—Seguro que te has dado cuenta de que he estado todo el rato asustada mientras aquel buen hombre de allí nos servía la cena.

Señalo con la cabeza hacia el camarero, que se ha mostrado bastante afectado después de rallar parmesano sobre mi plato de pasta y ver que yo no reaccionaba debidamente.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes, bizcochito? Dios, no llevo aquí ni medio día y ya la estoy cagando.

Le doy una patadita juguetona por debajo de la mesa.

—No seas tan duro contigo mismo, Stone, que la noche es joven y aún puedes hacerlo mucho peor.

Pone los ojos en blanco, pero extiende la mano por encima de la mesa para coger la mía y respira hondo como si se estuviera preparando para decir algo importante.

«Corre, Tessa, corre», me grita mi cerebro, pero yo le digo que se vaya a freír espárragos.

—Quería esperar hasta después de la cena y endulzarlo con un poco de



tarta de queso y Nutella, pero supongo que ninguno de los dos quiere esperar más.

Arqueo una ceja y me muerdo la lengua para no decirle que, pase lo que pase, antes de que acabe la noche va a tener que invitarme a un buen trozo de tarta de queso.

—¿Recuerdas lo que te dije en la boda de Travis y Beth? Lo decía en serio, hasta la última coma.

Se me para el corazón y creo que hasta he dejado de respirar porque la cabeza me da vueltas. De repente, los recuerdos de aquel día me acribillan como un millón de mariposas revoloteando en mi estómago. Aquel día dijimos muchas cosas, aunque entonces lo atribuí a los meses que llevábamos sin vernos y a la cantidad ingente de vino que habíamos bebido, y aunque suscribo todo lo que le dije y más, no creí que Cole volviera a sacar el tema tan pronto.

—Claro, claro que lo recuerdo.

—Lo decía en serio, de la primera a la última palabra.

—Pero... ¿cómo? Es imposible que funcione, al menos de momento.

—Y si te digo que estoy harto, que a la mierda con todo. ¿Qué me dirías?

Es absurdo, una irresponsabilidad total y absoluta, y encima supondría saltarse nuestro plan quinquenal. La idea, lo que me está proponiendo, es lo contrario a todo lo que estoy intentando ser ahora mismo: estable, madura, responsable, sin perder el control sobre mi futuro.

Pero Cole, el amor de mi vida y la persona por la que seguramente haría cualquier cosa, ahora me dice que mande al traste todo lo que había planeado con tanto mimo y me prepare para la próxima aventura.

¿Soy capaz de hacerlo? ¿Me atrevo?

Cole me coge de la mano.

—Jamás te pediría que hicieras algo que pudiera hacerte infeliz, Tessie. Ya

sé que acabas de aterrizar y que ahora mismo lo que menos necesitas es que te ponga palos en las ruedas, y precisamente por eso quiero proponerte algo, una especie de enmienda al plan original.

—Deja de hablarme como si fuera una de tus clientas, vas a conseguir que me maree aún más.

Cole sonríe.

—Agárrate fuerte, bizcochito, porque estoy a punto de poner tu mundo patas arriba.

## Es una verdad universalmente reconocida que los héroes victorianos eran lo peor

*Cuatro meses más tarde*

Cole

Me pregunto si alguien habrá escrito un manual sobre cómo recuperar a tu novia después de cagarla tanto que la pobre no tiene más remedio que irse del país. Seguro que sí, sobre todo teniendo en cuenta que antes o después todos los tíos la liamos parda. En cuanto llegue a casa, lo busco.

A casa. Se me hace raro hablar así del lugar en el que crecí. Hacía tiempo que no pasaba más que un par de días seguidos aquí y, la verdad, estas dos últimas semanas viviendo con mi padre y con mi madrastra han sido un auténtico calvario. Lo entiendo, solo quieren lo mejor para mí, pero a medida que vas creciendo te das cuenta de que los adultos tienen tan poca idea del mundo como tú y al final llegas a la conclusión de que, sea cual sea la situación, nadie sabe qué es eso de «lo mejor». Estamos siempre improvisando, dando palos de ciego y cruzando los dedos como si nos fuera la vida en ello. Mi familia no tiene la respuesta mágica al misterio de la vida, al menos no más que yo, y aunque al final acabe siguiendo un camino opuesto al que ellos habían trazado para mí, estoy convencido de que tampoco me irá tan mal.

Dicho esto, pienso en todo lo que quiero decirle a Tessa y de lo que la tengo que convencer. Mis padres no estarán de acuerdo, seguro. Cassandra se pondrá hecha una furia y la sola idea de tener que lidiar con ella ya me da pereza. No sé qué problema tiene con mi novia. He intentado limar asperezas con ella, más que nada porque Tessa me ha obligado. Teniendo en cuenta cómo la trata Cassandra, es un milagro que no me haya hecho elegir entre las dos. La verdad, no sé qué ha podido ocurrir para que Cassandra haya pasado de preocuparse por Tessa a machacarla cada vez que se le presenta la ocasión. Mi padre, que es consciente de la tensión que hay entre los dos, está intentando hacerle entender que no puede tratar como una mierda a mi novia, pero el daño ya está hecho. Tessa ha sufrido a demasiada gente cuestionándole su valía para ahora tener que aguantar a otra más. Quizá la decisión de mudarse a otro continente viene de ahí, al menos en parte, y yo no puedo evitar culpar a Cassandra de ello. Tampoco soy tan tonto para pensar que Tessa se ha marchado solo por eso; una parte importante de la culpa la tengo yo y la mierda en la que me metí en mis dos primeros meses en Chicago.

—Cole, ¿eres tú?

Mi abuela, también conocida como la abu Stone, está en su sitio favorito: la mecedora que hay en el porche. Solo le falta una escopeta en el regazo para que la estampa sea perfecta. Se vino a vivir con mi padre cuando este empezó a tener problemas de salud, y es que nada como una madre octogenaria para meterte el miedo en el cuerpo y que empieces a cuidarte como Dios manda. La abu Stone es como un regalo caído del cielo y, aunque a veces consigue ponerme de los nervios, otras es capaz de dar los mejores consejos, que es lo que necesito urgentemente.

—Hola, abu. ¿Has visto algo interesante hoy?

Me mira y aparta los prismáticos a un lado.

—¿Por qué crees que me largué de aquí? Lo más emocionante que he visto en todo el día es a la vecina de enfrente intentando ligar con el chico que viene a limpiar la piscina cuando su marido no la ve.

Se me escapa una sonrisa, y es que mi abuela suele ser lo mejor del día. La verdad es que vale la pena vivir con mis padres, aunque solo sea para no perderme estos momentos.

—¿Te refieres a la señora Henderson? Sabes que tiene dos hijos mayores que yo, ¿verdad? ¿Y el chaval de la piscina qué tiene? ¿Dieciséis años?

Ella asiente.

—Lo mejor de la jornada ha sido verla revolotear alrededor de ese pobre chico. Pero deberías ver al marido rondando a la canguro.

—Por Dios, abu, estás demasiado involucrada en la historia.

Me siento en la silla que hay junto a mi abuela y, por un momento, tengo la tentación de cogerle los prismáticos, pero no he venido a pasar las vacaciones de primavera aquí para perder el tiempo, cuando podría estar en Londres dándole una sorpresa a Tessie. Nos hemos pasado el otoño y el invierno yendo de aquí para allá, sorprendiéndonos el uno al otro, y mira lo que hemos conseguido. Yo soy el espontáneo de los dos y sí, reconozco que habría valido la pena el viaje solo para verle la cara, pero Tessie está intratable con lo del espacio y tampoco quiere que me gaste una fortuna en billetes de avión.

Por eso estoy aquí con la esperanza de recibir los consejos vitales que tanto necesito.

—Algo tengo que hacer para pasar el rato. Mi hijo y mi nuera están demasiado ocupados salvando el mundo para hacerme un poco de caso, y el único de mis nietos que me cae bien resulta que no para de regodearse en su propia miseria.

—¡Eh! —protesto—. Yo no me regodeo en nada. ¿Cuándo me has visto

regodeándome?

—Desde el día que llegaste a casa con cara de corderito degollado. ¿Eso es lo que te ha enseñado tu abuela? —Levanta mucho la cabeza y resopla—. En esta familia no solucionamos los problemas lloriqueando por las esquinas, jovencito. ¿Me entiendes?

Me siento como cuando tenía cinco años y mi abuela me reñía, pero tratándose de ella al menos sé que tiene razón. Cuando no estudio ni hago trabajos ni intento hablar por FaceTime con Tessa a horas intempestivas, ¿es posible que me dedique a... lloriquear por las esquinas? Suspiro.

—He estado un poco pensativo, eso es todo.

—Vas por ahí como si llevaras el peso del mundo sobre los hombros y no lo compartes con nadie. Yo no voy a estar aquí para siempre, Cole, así que si necesitas mi ayuda, este es tan buen momento como cualquier otro.

La abu Stone no suele ponerse seria, más bien es de esas personas a las que les gusta bromear en los momentos más inoportunos, como aquella vez que una de las ex de Jay tuvo un retraso y ella consideró que era el momento perfecto para comentar que una vez lo sorprendió en el lavabo con los pantalones bajados, tras lo cual añadió lo mucho que se alegraba de que por fin hubiera encontrado a alguien que no fuera su mano. Qué tiempos. Me estremezco al recordarlo y choco el hombro con cuidado contra el de mi abuela en un gesto de camaradería.

—Aún te queda mucha tela que cortar, abu. Los dos sabemos que eres demasiado tozuda para morirte.

Ella entorna los ojos y luego los pone en blanco.

—Igualito que tu abuelo. Siempre tienes que convertirlo todo en un chiste, ¿no?

Me encojo de hombros.

—Aprendí del mejor.

Mi abuelo era la única persona con la que podía ser yo mismo. Siempre me decía que era igualito a él cuando tenía mi edad y ya entonces me parecía que llevaba mucha razón porque, joder, es evidente que no he salido a mi padre. Saber de dónde me venía la vena salvaje me ayudó a sentirme más seguro y a dejar de preguntarme si era adoptado. Estaba claro que había salido a mi abuelo, que era la persona más divertida que conocía.

—Eso está claro. Menuda decepción se llevaría si te viera comportándote como un blandengue.

Se me escapa la tos. Tirando a matar, como siempre.

—Madre mía, abu, tú sí que sabes cómo hincharle el ego a un hombre, ¿eh?

—Me niego a llenarte la cabeza de tonterías como ha hecho Cassandra últimamente. Has dejado que tu chica se marchara y estás tan cagado que no sabes cómo arreglarlo.

La abu Stone sabe hasta qué punto metí la pata con lo de Mel y me ha leído la cartilla unas cuantas veces. Yo solo pretendía ayudar a alguien que lo necesitaba, pero la verdad es que no me di cuenta de que me estaba pasando tres pueblos ni de que, en el proceso, estaba alejando a Tessa de mí. Ella no me lo dice, pero yo sé lo que parece visto desde fuera: que sufro una especie de síndrome del salvador y que lo que me atrae de una mujer es que me necesite desesperadamente.

Sé que Tessa está preocupada por lo que pueda estar pasándoseme por la cabeza, que se pregunta si estoy con ella solo para salvarla, pero nada más lejos de la realidad. Tessa no necesita que la salven, nunca lo ha necesitado ni lo necesitará. Yo no me colé un buen día en su vida e hice desaparecer todos sus problemas, qué va. Eso lo hizo ella solita. Mi chica no necesita un héroe que la rescate, es una mujer fuerte, capaz de librar todas sus batallas, y si yo puedo apoyarla, ¿por qué no iba a hacerlo?

Sé que le fallé, que la mantuve al margen y que seguramente le hice daño, aunque no era mi intención. Ahora el destino ha resuelto que merezco ser castigado, y por eso Tessa ha decidido aceptar un trabajo en otro país.

El destino, siempre tan cabrón y tan voluble.

—Ya sé que la jod... que metí la pata, abu, pero Tessa me ha dicho mil veces que es cosa del pasado y que quiere que sigamos adelante.

—¿Y tú te lo crees?

En un gesto de frustración, me paso una mano por el pelo, que ya llevo un poco largo. Estas últimas semanas me he abandonado un poco; tengo el tiempo justo para comer, dormir y estudiar. Entre las clases, los parciales, los grupos de estudio y las prácticas que espero conseguir para el verano, no me ha quedado mucho tiempo libre que digamos y, cuando llega el fin de semana, siempre ando liado preparando una clase que me lleva de cabeza. Tessa también está muy ocupada, siempre de aquí para allá, con entregas pendientes y trabajando día y noche por cortesía de su jefa. A veces me parece que no llega, entre la presión de tener que adaptarse a un sitio nuevo y las exigencias de su puesto, pero lo está dando todo.

Por eso apenas tenemos tiempo para hablar largo y tendido, y mucho menos para sincerarnos. Alguna vez me he planteado la posibilidad de comunicarme con ella por correo electrónico, pero la idea de escribir otro texto largo, además de los trabajos que ya tengo que hacer para clase, no me resulta demasiado apetecible que digamos.

—No puedo presionarla más o al final acabará petando, abu. Ella dice que me ha perdonado y que quiere que pasemos página, y yo no puedo estar toda la vida dándole vueltas a lo mismo.

—Ajá.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que esa chica te quiere tanto que está dispuesta a olvidar



hasta qué punto llegaste a meter la pata, por no hablar de que pusiste tu vida en peligro.

Chasquea la lengua y yo gruño a modo de protesta.

—A ver cuándo dejas de recordármelo.

—Lo sabrás cuando tengas hijos y tus hijos tengan hijos, Cole Grayson — responde, y me pellizca la mejilla.

—La cuestión es que está bien, que los dos estamos bien, pero tengo la sensación de que debería hacer algo y he tenido una idea...

—¿Quieres explicármela?

Así que se lo cuento.

Travis y Beth se casan a mediados de abril, así que aún tengo tiempo hasta que venga Tessa. Mientras tanto, me instalo en casa de mis padres, en mi antigua habitación, y me pongo manos a la obra con lo que se supone que será mi gran gesto. La única diferencia es que esto no es solo para ella o para mí: es para los dos y, la verdad, ahora me parece increíble que no se me haya ocurrido antes.

De pronto, y como si ella intuyera que estoy a punto de cometer una locura, recibo un mensaje de Tessa en el que me pregunta si estoy libre para hablar por FaceTime y, obviamente, la llamo enseguida. La pantalla se ilumina con la imagen de su rostro sonriente. Está en el mismo sitio de siempre, apoyada contra el cabecero de la cama, rodeada de paredes blancas y con el ruido del tráfico de fondo. Comparte piso o apartamento con Leila, que también es editora júnior en la misma revista de belleza que Tessa, y tengo entendido que ya ha estado al borde del suicidio unas cuantas veces. Sé poco sobre Leila, pero entiendo perfectamente la desesperación de mi novia. Es más: cuanto más oigo hablar de los tíos raros que lleva a casa a todas horas o

de las veces que la llama borracha para que vaya a buscarla, más nervioso me pongo.

—Eh, hola.

Una sonrisa le ilumina la cara y yo me dejo caer sobre la cama con un suspiro de felicidad.

—Hola, bizcochito. ¿Cómo ha ido la reunión?

Hoy tenía una reunión de trabajo muy importante que ha estado preparando durante todo el fin de semana. Tessa odia hablar en público, tanto que en la universidad hacía cualquier cosa para evitarlo. Sé lo nerviosa que se pone cuando se sabe el centro de todas las miradas en una sala llena de gente. Ayer estaba histérica. Hice todo lo que pude para animarla, le repetí mil veces que lo haría genial, pero estaba muerta de miedo y yo, preocupado por ella. Qué rabia no poder abrazarla y decirle que todo irá bien. En cuanto la veo sonreír, no necesito saber nada más. Empieza a contarme la reunión con pelos y señales, y se la ve tan animada, gesticulando sin parar, que por un momento desconecto y me quedo mirándola.

Madre mía, es que es preciosa.

—¡Les ha encantado la presentación! Me han dicho que les parece bien la idea en el editorial de junio y que puedo escoger con quién quiero trabajar para la sesión de fotos. Quieren que me encargue yo misma, ¿te lo puedes creer?

Se la ve feliz y emocionada, orgullosa de sí misma, y yo también lo estoy, aunque siempre he sabido que mi chica es capaz de conseguir todo lo que se proponga.

—Felicidades, bizcochito, lo vas a hacer genial.

—Eso espero, de verdad. Aquí todo es tan distinto... La gente se toma el mundo de la belleza y de la moda muy en serio, y si me lo curro y trabajo duro podría abrirme muchas puertas. Amy dice que lo he hecho fenomenal,

¿te lo puedes creer? Nunca me dirige más de cinco palabras seguidas si no es para hablar de trabajo, y va hoy y me dice que lo he hecho muy bien.

—¿Cómo? ¿Que la mujer dragón es capaz de sentir emociones?

Tessa se ríe y el sonido de su voz es como un bálsamo.

—Lo que oyes. Yo también he alucinado, pero, ay, por Dios, ¡la cara que ha puesto Leila! Ahora mismo me odia porque he conseguido la campaña.

Me encojo de hombros.

—Trabajas mucho, es normal que se note.

Ella se muerde el labio.

—Ya lo sé, pero... me siento un poco culpable, ¿sabes? Esto es su sueño, el trabajo que siempre ha querido, y no sé, me sabe mal por ella.

—Eh, escúchame, no tienes por qué sentirte culpable. En mi clase hay un tío que es supercompetitivo. Trabaja en tres sitios distintos para pagarse los estudios y se pasa hasta el último minuto libre que le queda en la biblioteca. El tío es una máquina y yo sé lo que se juega con la carrera. ¿Me cabreo cada vez que saca mejores notas que yo? Pues claro. Yo siempre quiero ser el mejor, pero sé que él se lo está currando más que yo y merece ganarme.

Tessa se encoge de hombros.

—Te entiendo, pero aun así es raro llegar a casa y traernos la tensión del trabajo con nosotras. Creo que esta noche sale otra vez. Querrá ahogar las penas con el primer chico de acento británico con el que se cruce.

—Le encanta, ¿eh?

—Ya te digo. Una vez lo gritó mientras estaba... ya sabes. Y aquí las paredes son finas como el papel.

De pronto, se sonroja y yo me pongo como una moto al recordar lo inocente que puede llegar a ser mi novia en ciertos temas, especialmente el sexo.

Vivir con Leila debe ser un infierno para ella.

—No me digas. Seguro que fue una noche divertida.

—Uf, no me lo recuerdes. Estuve cinco días sin poder mirarla a los ojos. Ya va siendo hora de que me gaste dinero en unos buenos tapones para los oídos.

—Lleváis ahí ¿cuánto?, ¿mes y medio? ¿Cómo lo hace para conocer a tanta gente?

Me preocupa que el piso de Tessa se esté convirtiendo en una especie de puerta giratoria para desconocidos. Ella dice que se encierra en su habitación cada vez que Leila tiene compañía, que sabe cuidarse sola, pero aun así no me gusta la idea de que haya tíos durmiendo en el mismo piso que mi novia. Creo que le voy a enviar un espray de pimienta, aunque solo sea por si acaso.

—Justo debajo viven dos estudiantes de posgrado. Siempre nos están invitando a salir de fiesta o a tomar algo en el pub del barrio. Pero nunca voy.

Lo dice arrugando la nariz y, aunque el gesto es adorable, sus palabras me ponen los pelos de punta porque es la primera vez que los menciona.

—No pongas esa cara, Cole. Son inofensivos y uno de ellos tiene novia.

—¿Qué cara? No he puesto ninguna cara.

—¿Cómo que no? Has puesto la cara de estoy a punto de montarme en un avión y sacar a esos tíos a rastras del edificio.

Quizá sí que haya puesto esa cara.

—Es que no parece el tipo de gente que te gusta tener cerca, eso es todo.

—Pobrecillos, si solo son estudiantes... Apenas les da tiempo a organizarse el fin de semana y ya tienen que volver a la biblioteca, a clase o a trabajar. Créeme, no se puede decir que hayamos tenido mucho tiempo para conocernos.

Deja el móvil encima de la cama y se recoge el pelo, largo y rubio, en una coleta. El movimiento enfatiza la elegante curva de su cuello y deja al aire los hombros y la línea de las clavículas. Lleva una camiseta de tirantes negra que

se baja cuando se inclina hacia delante para recoger el móvil y ponerse como antes. En Londres ya es tarde y parece que está preparada para meterse en la cama, sin una gota de maquillaje en la cara, aunque eso nunca le ha restado belleza.

La echo de menos y me doy cuenta sobre todo cuando hablo con ella. Es una sensación insoportable, como si de pronto me cayera encima una tonelada de ladrillos. Las clases son una gran distracción, por suerte. Normalmente nos quedamos dormidos mientras hablamos y durante el día apenas tengo tiempo para pensar en lo duro que es no poder ver a Tessa siempre que me apetece. Aquí, en esta habitación en la que pasé mi infancia y en la que creamos buena parte de nuestros recuerdos como pareja, me resulta aún más difícil olvidarlo. Pero Tessa es feliz, está encantada con su trabajo, y yo me alegro por ella. Se merece todo lo que está consiguiendo y yo no pienso ser el novio aguafiestas que intente hundirla. Me ha insistido hasta la saciedad en que todo esto será bueno para ella, para los dos, y estoy de acuerdo. Tengo que admitir que, con tanto tiempo libre, dedico mucho rato a pensar y cuanto más pienso, mejores son las ideas que se me ocurren.

Pero ya hablaremos de eso más adelante...

—Vale, vale, no diré nada más sobre ellos si me prometes que el acento británico no te pone.

—¿Hola? ¿Has oído hablar del señor Darcy? —me pregunta con una sonrisita.

Es una verdad universalmente reconocida que los héroes victorianos eran lo peor y que por su culpa los hombres estamos jodidos y lo estaremos durante generaciones.

—Me has obligado a ver la puñetera película tantas veces que es imposible que me olvide de ella. Además, siempre vas por ahí dejándote el libro por todas partes como si no supiera que lo haces a propósito.

—¿Y ha servido para que te lo leyeras?

—Pues no, pero agradecería no encontrármelo cada dos por tres entre la ropa de la colada.

Tessa pone los ojos en blanco y luego seguimos hablando un rato más sobre su trabajo y sobre el frío que, para su gusto, hace en Londres. Me explica que daría cualquier cosa por tener un Cheesecake Factory cerca. Yo soy feliz escuchándola. Le pregunto por los preparativos de la boda de Beth. No le digo nada sobre mi plan, no hasta que tenga algo más concreto. Esta vez la protagonista es ella y mi papel es secundario.

Tessa siempre ha estado a mi lado cuando la he necesitado, firme e inquebrantable como una roca, incluso cuando he tomado las decisiones más radicales sobre mi futuro. Tanto en el instituto como en la universidad, y también ahora, no ha tenido ningún problema para camuflarse con el entorno para que yo pudiera tener mi momento. Pero eso se ha acabado. Por fin ha llegado la hora de verla brillar con la luz que se merece.

## Cuando te despiertas a la mañana siguiente resulta que te has casado con un gigoló en Las Vegas

*Abril*

Cole

Siempre intento ser un tío positivo, no vivir la vida lleno de remordimientos. Si algo he aprendido tras perder a mi madre siendo tan pequeño es que la vida es impredecible. Lo hemos oído un montón de veces, ¿verdad? Pero no lo entendemos hasta que un buen día tenemos un momento de lucidez y nos damos cuenta de que da igual que intentemos controlar hasta el último aspecto de nuestras existencias, hay cosas que se nos escapan. Mi padre creía que tenía toda una vida por delante junto al amor de su vida, que envejecerían juntos, que tendrían un par de hijos más, que volverían a viajar cuando el trabajo se lo permitiera, que tacharían un montón de puntos de su lista de cosas que hacer antes de morir. Yo no nací en la casa en la que he pasado buena parte de mi vida. Cuando era pequeño, mis padres vivían en una vieja casita adosada de dos habitaciones necesitada de una buena reforma. La abu Stone me contó que mis padres se mudaron allí de recién casados y que invirtieron un montón de tiempo en arreglarla y en volverse locos mutuamente durante el proceso. Esta casa, en la que estoy ahora, era el sueño de mi madre. La diseñó ella misma mientras ahorran el dinero necesario

para construirla y con la ayuda de una herencia considerable que le dejó una de sus tías. La construyeron con la esperanza de formar una gran familia, pero la auténtica putada es que ni siquiera llegó a vivir en la casa en la que tanto amor había invertido.

Mi padre lo pasó fatal. Alguna vez, con un par de copas de más, me ha contado que una pérdida como esa nunca se supera del todo. El dolor y la tristeza asfixiante no desaparecen, simplemente aprendes a vivir con ello. Se queda ahí, flotando en la superficie, y cada vez que lo recuerdas revives aquel momento que te cambió para siempre. El caso es que la vida es impredecible y lo mejor que podemos hacer es vivir cada minuto como si fuera el último. Los «¿y si...?», los «¿qué habría pasado si...?», los «podría o debería haber hecho esto o aquello» no tienen cabida. La vida es demasiado valiosa y en cualquier instante te la pueden arrebatarse, así que lo mejor es no dar nada por sentado.

Con ese agradable recordatorio, entro en la biblioteca y subo un par de pisos hasta el sitio donde suelo estudiar. En mis años de estudiante universitario, esta planta desierta habría sido el lugar perfecto para montármelo con mi novia, pero ella siempre fue demasiado tímida para hacer algo tan loco en público. Algún beso sí que le saqué y ahora, cada vez que me encuentro con alguna parejita enrollándose en las salas de estudios, siento una oleada de nostalgia mezclada con asco.

Controlaos un poco, chavales, que algunos tenemos que estudiar.

Me instalo, enciendo el portátil e intento finiquitar la lista de lecturas que tengo pendientes para los próximos dos días. Menos mal que todo lo relacionado con la ley me parece fascinante, porque el hecho de que yo esté aquí ahora mismo es otro de esos giros inesperados que da la vida. Siempre pensé que acabaría dedicándome al deporte profesional y, de hecho, ese era el plan. Durante unos cuantos años, me ayudó a sacar la rabia que llevaba



dentro, a canalizarla. No era muy fan de estudiar, aunque me bastaba con esforzarme un poco para que me fuera bien, pero lo del máster sí que no era parte del plan. Todo cambió con la lesión. La verdad, me sorprendió la sensación de alivio que sentí al saber que la decisión que hacía tanto tiempo que me traía de cabeza había sido tomada por mí. La familia, los amigos, los compañeros de equipo, el entrenador... todos esperaban que me hundiera y, aunque me dolió saber que ya no era decisión mía, que no podía hacer nada al respecto, la reacción principal fue alivio. Mi primer año de universidad cambió lo que quería de la existencia, que ya no era el fútbol americano, con su horrible estilo de vida, sino aprender.

Al final acabé convirtiéndome en un empollón, ¿quién lo iba a decir? Fui a las clases indicadas, hablé con los consejeros y me dejé la piel estudiando para el examen de ingreso en la facultad de Derecho. Y aquí estoy, estudiando más, durmiendo menos y bebiendo café a todas horas. Pero valdrá la pena, al menos eso es lo que me repito a mí mismo cada vez que noto que empieza a dolerme la cabeza. Intento avanzar todo lo que pueda con las lecturas antes de reunirme con el grupo de estudio, y voy por la segunda página del PDF cuando noto movimiento detrás de mí. Vuelvo la cabeza y veo a uno de mis amigos de la clase de Contratos. Felix es grande como un oso, con la constitución de un defensa, lo cual me recuerda la cantidad de placajes, a cuál más doloroso, que recibí cuando iba a Brown. Físicamente es enorme, con más músculos que cualquiera de los tíos que veo en el gimnasio a diario, pero es de esa gente que haría cualquier cosa por ayudar al prójimo. Este semestre nos hemos hecho muy amigos. Compartimos más clases que en otoño y a veces quedamos para estudiar.

—¿Te importa que me una?

Yo quería aprovechar para avanzar materia, pero cuando estudias derecho nunca puedes decirle a un amigo que no. No sabes cuándo lo vas a necesitar

para que te acompañe a ahogar las penas y el estrés en alcohol. Lo invito a sentarse con un gesto y él se pasa los siguientes diez minutos quitándose capas de ropa como si fuera una cebolla.

—Tampoco hace tanto frío, tío. Ojo que empiezas a sacar el texano que llevas dentro.

Él se echa el aliento en las manos y se las frota como si estuvieran a punto de congelarse y hacerse añicos. Insiste en que es solo el tiempo y no el hecho de que venga de un estado en el que siempre hace calor, pero su acento sureño no hace más que empeorarlo.

—He llamado a mi madre antes de venir y me ha dicho que haga el favor de ir al médico, que estoy blanco como una sábana.

—Es lo que tiene dedicar el tiempo libre a hacer de vaquero profesional y pasarse el día a cubierto.

—Me parto. Qué original la bromita del vaquero —replica, y me mira con exasperación.

Nos pasamos las dos horas siguientes estudiando, con alguna bromita de vez en cuando. Sabe que mi novia está trabajando en Londres y a veces se mete conmigo porque me paso los fines de semana hablando con ella en lugar de salir con los compañeros. Muchas noches, Tessa y yo nos ponemos una serie de Netflix y la vemos juntos. Hay gente que pensará que es patético, pero de momento es lo que hay.

—Pero, al final, ¿cuándo vuelve?

Felix tiene ganas de hablar y ha terminado con sus lecturas, así que me olvido de adelantar trabajo y aparto el portátil a un lado. Me pican los ojos y me muero de ganas de levantarme y caminar un poco, salir de aquí y que me dé el aire.

—En julio —le respondo rápidamente.

Bueno, el 15 de julio para ser exactos, porque eso es lo que pone en su

billete, pero con estas cosas nunca se sabe. En un principio, se trasladó a Londres con su jefa, Amy, como algo temporal, pero teniendo en cuenta lo bien que le va, quizá le pida que se quede. Se lo ha insinuado un par de veces y yo la he animado a decir que sí. La idea me mata, pero no pienso volver a decirle que aparque sus sueños por mí.

—Debe de ser una putada. Lleváis mucho tiempo juntos, ¿verdad?

—Casi seis años... y sí, lo es.

Me dirige una sonrisa compasiva y luego me pregunta si me apetece salir de aquí e ir a comer algo. Necesito recargar las pilas antes de reunirme con el grupo de estudio, así que acepto la oferta.

—Yo estuve toda la carrera con una relación a distancia —me dice Felix después de pedir.

Estamos en la cafetería del campus, un auténtico antro en el que sirven, en mi humilde opinión, las mejores hamburguesas de todo Chicago. Es un secreto a voces en la universidad. De hecho, todos los clientes son estudiantes hasta las cejas de café y con cara de agotamiento, que se arrastran hasta aquí a cualquier hora del día. Los camareros conocen a casi todo el mundo por su nombre porque una vez pruebas la comida, es poco probable que comas en otro sitio.

—¿Y cómo te fue?

Se apoya en el respaldo del asiento y niega con la cabeza.

—Una pesadilla. Yo soy de un pueblo pequeño, mi novia decidió no ir a la universidad y se volvía loca cada vez que los gilipollas de mis amigos subían una foto en la que salía yo de fiesta. No confiaba en mí, creía que me estaba tirando a alguna chica de la universidad.

Se me escapa una mueca.

—¿Y era verdad?

—Qué va, la infidelidad no va conmigo. ¿Tuve la tentación? Pues claro.

Formaba parte del equipo de lucha libre y tenía un montón de grupis a mi disposición todas las noches, pero no podía hacerle algo así a Hannah.

—¿Aún estáis juntos?

Felix niega con la cabeza.

—Lo dejamos antes del penúltimo año, en verano, y no fue fácil. Llevábamos juntos desde los dieciséis, creíamos que algún día nos casaríamos. La distancia resultó ser demasiado, ella quería más de lo que yo podía darle. Entre los entrenamientos, los combates y las clases, no podía ser la persona con la que ella quería estar. De hecho, me dijo que se había enamorado de uno de los tíos de la inmobiliaria en la que trabajaba. ¿Te lo puedes creer? Yo intentando ser un caballero, y va ella y se enamora de otro. Podría haberme pasado el día follando, y mira.

—Sí, bueno, seguro que es lo que hiciste los dos años siguientes, ¿a que sí?

—Está todo borroso, no podría acordarme por mucho que lo intentara.

Le hincamos el diente a la comida en cuanto llega, pero Felix vuelve a sacar el tema de mi relación con Tessa. Siente curiosidad, nada más, pero intenta convencerme de que todas las relaciones a distancia están condenadas al fracaso. Hago lo posible por desviar la conversación hacia otros temas, como un trabajo larguísimo que tenemos que entregar la semana que viene o la clase de Métodos Legales que nos trae de cabeza, pero él quiere hablar de Tessa, así que al final cedo.

—¿Y qué planes tenéis para cuando vuelva? ¿Seguiréis viviendo en estados distintos hasta que acabes el máster?

De pronto, es como si la comida que tengo en el estómago se hubiera transformado en plomo. Claro que lo he pensado y me he planteado si sería la mejor forma de organizarnos. Ya hemos vivido separados un año entero, ¿qué son un par de años más? Claro que del dicho al hecho hay un trecho. Si algo he aprendido del fiasco del otoño pasado es que tengo que empezar a admitir

los problemas abiertamente y no cargar con la responsabilidad yo solo. Tengo que ser sincero conmigo mismo, que es lo que debería haber hecho cuando me metí hasta el cuello en los problemas de pareja de Mel.

—Aún no lo hemos hablado. Estos últimos dos meses han sido duros. Metí la pata hasta el fondo y es un milagro que aún me dirija la palabra. Le encanta trabajar en Londres, es feliz allí y no quiero estropeárselo hablando del futuro.

—Pero en algún momento tendréis que hablarlo si de verdad crees que lo vuestro puede durar. Estamos hablando de boda, ¿no?

—Por Dios, Felix, ¡que tenemos veintidós años! Si le sacara el tema del matrimonio, pensaría que se lo estoy proponiendo para retenerla.

—Pero tampoco te parece mal la idea.

—Pues... no sé, supongo que no es el momento. Tenemos que aclarar muchas cosas antes de llegar a eso.

Felix se encoge de hombros y levanta las manos en un gesto defensivo.

—Eh, que solo era una pregunta. Mi opinión es que lo mejor es cortar amarras cuando aún estás a tiempo, en lugar de perder años en algo que no tiene potencial.

—Estamos hablando de relaciones personales, no de acciones.

—Invertir dinero, invertir tiempo, ¿no es todo lo mismo? Pero no me hagas caso. Se nota que estás colado por esta chica, así que mejor cierro la boca antes de que me la partas.

Vaya, me halaga que me crea capaz de golpearle y salir intacto.

—¿Estás segura de que es buena idea?

—Pues claro que no, pero hay que saber escoger las batallas y esta me pareció la mejor opción.

—Pero, en serio, Tessie, ¿de verdad quieres seguir adelante?

Ella niega con la cabeza en un gesto solemne.

—Estoy muerta de miedo.

Estoy en la cama, recién duchado después de una sesión rápida en el gimnasio, y existe la posibilidad de que haya decidido no ponerme la camiseta, al menos de momento, para que mi novia me eche de menos y se acuerde de las cosas tan divertidas que solíamos hacer juntos. De momento, funciona, y Tessa está visiblemente distraída, con los ojos clavados en mi pecho desnudo mientras se muerde el labio. Espero poder distraerla el tiempo suficiente para convencerla de que está a punto de cometer un grave error.

—Permíteme que afirme rotundamente que dejar que Cami se ocupe de organizar la despedida de soltera es lo peor que podrías hacer.

—Es la única que puede. Yo desde aquí tengo las manos atadas y Beth no quiere que Megan se ocupe porque, bueno, ya sabes cuál es su concepto de la diversión, ¿verdad?

Verdad. Megan se ha criado con unos padres superrestrictos, lo cual significa que para ella presentarse en un restaurante sin reserva es un acto de auténtica rebeldía. De entrada, no pensarías en ella para organizar la despedida de Beth, pero quizá podría arreglárselas con un poco de ayuda.

—Yo podría echarle una mano. ¿Qué te parece?

—Ah, claro, y que Beth me mate cuando vea que vamos a pasar toda la noche de juerga aprendiendo a hacer ganchillo, ¿no? Va a ser que no. Quiere soltarse un poco, Cole. El trabajo la está matando y es la única oportunidad de estar todas juntas que vamos a tener. Se merece pasárselo bien.

—Tú lo llamas pasárselo bien, Cami lo llama aderezar vuestras bebidas... El caso es que cuando te despiertas a la mañana siguiente resulta que te has casado con un gigoló en Las Vegas.

Se ríe, pero lo digo en serio.

—No creo que nos desmadremos tanto y además no vamos a ir a Las Vegas, ¿recuerdas? Es una de las condiciones de Beth.

Sus palabras no me tranquilizan. Cami Hughes es capaz de liarla en cualquier parte y yo no sé si estoy preparado para confiarle a mi bizcochito.

—¿Crees que le habrá contado a Lan lo que está planeando? Quizá él podría sacárselo.

Me refiero a mi mejor amigo, que resulta que está saliendo con Cami. A veces pongo en duda su cordura y me pregunto cómo demonios se las ingenia para sobrevivir al lado del huracán Camryn. La pobre está como una cabra y encima tiene la costumbre de hablar abiertamente de sexo. Dice cosas como que quiere salvar matrimonios redescubriendo el arte de la intimidad y a veces es un poco incómodo, ¿vale?

—Pues buena suerte.

Tessa se ríe. Lleva puesta una de mis camisetas de la universidad y el pelo recogido en una trenza que le cae sobre un hombro. Me hace pensar en las noches que compartíamos cuando los dos íbamos a la universidad y vivíamos, trabajábamos, comíamos y dormíamos juntos. La convivencia acabó llevándose por delante todas las inhibiciones de Tessa. Podíamos pasarnos el día en chándal y sin hacer nada, tirados delante de la tele, comiendo pizza, y era el mejor día. Creo que es lo que más echo de menos, los días de diario, las rutinas que vamos construyendo poco a poco, las pequeñas cosas que compartimos. Tessa me está convirtiendo en uno de esos tíos a los que les gusta hablar de sus sentimientos y, la verdad, no sé qué pensar al respecto. Al final todo se reduce a los puñeteros sentimientos.

—No suelta prenda, por lo visto pretende que sea una gran sorpresa.

—Creo que la palabra que hay que buscar es «conmoción». «Sorpresa» implica una experiencia agradable.

Ella se encoge de hombros.

—Quién sabe, puede que no sea tan malo como creemos. Quizá hasta acabemos la noche con el hígado intacto. Venga ya, ¿a quién estoy engañando? —De pronto, retira lo que acaba de decir y yo siento que el pánico se apodera de mí—. Lo más probable es que nos pasemos días abrazadas a la taza del váter.

—Entiendo que no vas a conducir tú, ¿no?

Se levanta del horrible sofá de flores y la veo caminar por el piso. Por un momento, mis ojos disfrutan de un breve plano del techo, con sus manchas de humedad, hasta que aparece de nuevo en pantalla con una lata de Coca-Cola Light en la mano. Todo está tranquilo. Lo normal es oír a Leila de fondo diciéndole maldades a intervalos regulares o el sonido de la telebasura que tanto fascina a su compañera de piso.

—¿De qué estábamos hablando? Ah, sí. No, Cole, esa noche quiero pasármelo bien y me gustaría que confiaras más en mi capacidad para tomar decisiones estando borracha.

—Tessie, la última vez que te desmelenaste te encontré en la acera de enfrente del bar intentando convencer a un sin techo para que se viniera a vivir con nosotros.

Ah, qué tiempos aquellos, antes del máster, cuando salir por la noche no era un sacrilegio. Tessa me mira y tuerce el gesto.

—El pobre tenía frío y se notaba que lo estaba pasando mal. Yo solo quería ayudar.

—¿Lo ves? —protesto—, eso es lo que me preocupa. Tú y tu sensiblería pueden meterte en muchos problemas, sobre todo cuando estás borracha.

Me incorporo un poco y recoloco la cámara para que Tessa tenga un plano mejor de estos abdominales que tanto esfuerzo me cuesta mantener. Sé que le gustan y, efectivamente, sus ojos salen disparados y se quedan clavados en la parte inferior de mi torso.



—Prométeme que me dirás dónde vais y me enviarás un mensaje cada hora, ¿vale?

—Ajá.

Está claro que ya no me está escuchando.

—Y que la semana que viene, cuando vaya a recogerte al aeropuerto, no te cabrearás cuando te diga que me he dejado el sueldo en una habitación de hotel para los dos.

—Vale.

—¿Y qué te parecería tener una conversación sobre un plan un poco loco que puede que no te guste?

Aparto un poco la sábana para que se me vean los oblicuos porque sé que les tiene un afecto especial.

—Sí, claro, lo que tú digas.

Tessa parpadea y se humedece los labios. Y esta, señoras y señores, es mi novia bajo los efectos de su Stone particular.

## Tu madre ya cree que me pagué la carrera haciendo estriptis

*Abril*

Tessa

Estoy tan nerviosa que podría vomitar en cualquier momento y creo que la señora que comparte vuelo conmigo no se ha dado cuenta de que llevo un buen rato mirando de reojo la bolsita de cortesía. No puedo parar de moverme. Me muero de ganas de que en avión aterrice para quitarme el cinturón y salir corriendo por la puerta. Sé quién me estará esperando cuando me baje y por un instante me planteo la posibilidad de plantarme en la cabina y pedirle al capitán que acelere. Soy como esos niños que quieren saber cuánto falta y sienten la necesidad imperiosa de preguntarlo cada cinco minutos. Tengo películas de sobra para las trece horas de vuelo, pero aun así he ido espiando la ruta del aparato entre cabezada y cabezada. Hace más o menos un año empecé a tener problemas de ansiedad para volar. Por eso, en trayectos largos como este, suelo tomarme una pastilla, pero hoy no sé muy bien por qué el vuelo me está pareciendo el más largo y el más corto de mi vida, todo al mismo tiempo. Por un lado, los nervios y la inquietud me han evitado el mal trago de pensar en un posible accidente y el tiempo parece que pasa más deprisa, pero las ganas de llegar son tantas que tengo la sensación

de que llevo siglos aquí encerrada.

¡Por el amor de Dios, llévame a casa de una puñetera vez!

Estos últimos meses, he preferido no regodearme en la añoranza. Me fui a principios de febrero y llevo casi dos meses sin ver a mi familia y a mis amigos, y sin ver a Cole. Sí, hablamos por FaceTime y nos mensajeamos siempre que podemos, pero no es lo mismo. La verdad es que echo de menos la parte física de estar con alguien a quien quieres. Aparte de Leila y mi jefa, y algún que otro compañero de trabajo, apenas he quedado con nadie y tampoco me ha dado tiempo a hacer muchos amigos que digamos. Hace tiempo que nadie me abraza, me acaricia ni, obviamente, me besa. Con el tiempo es difícil no sentirse solo y, aunque he intentado refugiarme en el trabajo y hacerlo lo mejor posible, ahora mismo lo que más me apetece en el mundo es asfixiar a mi novio a besos.

Así pues, imagínate mi emoción cuando aterrizamos, cojo mi equipaje de mano (porque quién tiene paciencia para facturarlo) y atravieso el control de seguridad a la carrera. El corazón me late tan fuerte que casi puedo oírlo a cada paso que doy y me siento como si estuviera colocada del vértigo y la emoción que siento por lo que sé que está a punto de pasar.

Y entonces lo veo, justo delante de mí, buscándome entre la gente que sigue avanzando a mi alrededor. Me tomo unos segundos antes de que me localice y lo miro, lo miro y me doy cuenta de la suerte que tengo de haber encontrado a alguien de quien estoy locamente enamorada. Mucha gente te dirá que esto que siento desaparecerá con el tiempo, que las parejas que empiezan a salir en el instituto raramente duran muchos años y que la distancia las destruye a casi todas. No saben cuánto se equivocan, todos ellos, con sus juicios y sus opiniones sobre algo de lo que no tienen ni la menor idea. Porque esto que siento ahora mismo, esta alegría, esta felicidad absoluta que hace vibrar hasta el último átomo de mi cuerpo, no es fruto de la

casualidad y por eso sé que no desaparecerá nunca.

Cole lleva el pelo un poco más largo que cuando me fui. Me empapo de su presencia durante unos segundos, sin acabar de comprender su realidad, la cercanía de su cuerpo. Él se pasa la mano por el pelo y frunce el ceño en un gesto adorable mientras estira el cuello y me busca entre el gentío. Es tan alto que no necesita ponerse de puntillas, pero a estas alturas seguramente ya está pensando que he perdido el vuelo.

Hora de cerrar la boca, Tessa, e ir en busca de tu hombre.

Si dijera que hubo lágrimas, me quedaría corta. Me da un poco de vergüenza admitir que me puse a llorar como una Magdalena en cuanto me vio y su rostro se iluminó. No necesitó más que cuatro zancadas para llegar hasta mí y lo siguiente que supe es que estaba entre sus brazos.

En casa, estaba en casa.

Después de aquello no recuerdo mucho más, solo mis sollozos. Creo que traumaticé un poco a Cole, que no dejaba de pasarme las manos por todo el cuerpo para asegurarse de que no me hubiera hecho daño. Me preguntó un montón de veces si estaba bien, pero yo me había vuelto muda de la emoción, así que nos quedamos allí plantados en medio del aeropuerto, abrazados mientras yo lloraba en su hombro.

Al cabo de un rato, la vergüenza puede más que la emoción y por fin consigo controlarme. Al menos así Cole dejará de amenazar con agredir a quienquiera que se haya atrevido a hacerme daño.

—Estoy bien, estoy bien —le digo, a medio camino entre la risa y el llanto—. Es que te he echado mucho de menos.

La expresión de su rostro se hace añicos en cuanto lo oye. Me atrae hacia su pecho y apoya la frente en la mía.

—Madre mía, Tessie, te quiero. Te he echado mucho de menos, muchísimo.

Lo cojo por las solapas de la chaqueta e intento hundirme en su piel. Dios mío, lo he echado tanto de menos... Su olor, la sensación de sus labios sobre mi piel, la voz, el calor que desprende su cuerpo y todo lo que hace que Cole sea Cole.

Ninguno de los dos intenta moverse, seguro que estamos molestando a la gente que tenemos alrededor, pero creo que nos merecemos este momento de paz absoluta, así que no pienso moverme ni un milímetro. Cole me da un beso en la frente, luego en la mejilla y por fin en los labios con gesto lento y un tanto vacilante. Supongo que se lo devuelvo con demasiado entusiasmo porque se ríe contra mi boca y me sujeta por los hombros.

—Tenemos toda la semana para nosotros, bizcochito, y creo que prefiero hacerte todo lo que tengo en mente en privado.

Me vuelve a besar una, dos veces, provocándome con la lengua y retirándose antes de que me lance de nuevo sobre su boca.

—Mmm... menuda escenita montaríamos, ¿eh?

—Seguramente.

—Entonces ¿qué se supone que hacemos aquí plantados, Stone? Llévame a casa, por favor.

Nunca había visto a un hombre moverse tan deprisa como Cole.

No, no nos arrancamos la ropa a mordiscos en cuanto llegamos a casa de mi padre. Llevo más de medio día metida en un avión y tengo pinta de indigente. El olor lo desprendo, eso seguro. Así pues, decido quedarme en casa de mi padre para darme una ducha rápida, a pesar de que Cole me invita a ir con él a la de sus padres. Me deja delante de la puerta, no sin antes garantizarme que

volverá en cuanto deje el coche y se asegure de que la abu Stone está bien. Aún es pronto, mi padre está trabajando, y me recibe una casa vacía. Estoy agotada y entre el agua caliente y las sábanas limpias cortesía de la señora de la limpieza, me desplomo sobre la cama y me quedo dormida en cuestión de segundos.

Me despierto y sé que no estoy sola. Noto el peso de un brazo alrededor de mi cintura, abrazándome desde detrás, y la presión de un pecho musculoso contra la espalda. Cole está dormido, con la cara en la curva de mi cuello y las piernas enredadas con las mías. De pronto, me embarga una sensación de felicidad como hacía meses que no sentía. Vuelvo ligeramente la cabeza para contemplarlo mientras está así, vulnerable y desprevenido, y un fogonazo de deseo recorre mi cuerpo. Solo dispongo de una semana y he tenido que arrastrarme y suplicar para que me dieran unos días libres. Se lo comenté a Amy cuando acepté la oferta, le dije que necesitaba unos días libres para asistir a la boda de mi hermano y me dijo que sí, pero a medida que se iba acercando la fecha mi jefa ya no parecía tan dispuesta a dejarme ir. Estoy segura de que si hubiera dependido de ella y no de Recursos Humanos, no me habría dejado venir.

Pero apenas son cuatro los días para estar con Cole. Él se tiene que ir un poco antes que yo y ya lo echo de menos. Ha venido con el tiempo justo para asistir a la boda, que es este fin de semana, y de hecho se va el mismo día por la noche. Tiene mucho trabajo pendiente y no podía perder clases, no cuando falta tan poco para los finales. Sé que se ha traído un montón de libros y que ha aprovechado el tiempo libre para estudiar. Travis celebró su despedida de soltero a principios de mes, así que mañana solo saldremos las chicas y a una parte de mí le parece una idea odiosa: tenemos las horas contadas y me voy a pasar un día entero lejos de él. Me pregunto si algún día me resultará más fácil esto de vivir separados. Mientras lo miro, por primera vez me atrevo a

admitir que no lo planeamos demasiado bien. No le dimos importancia, creímos que no nos costaría adaptarnos y que los cuatro años pasarían tan rápido que ni nos daríamos cuenta.

Pero claro que nos hemos dado cuenta, al menos yo sí, y la distancia se está volviendo cada vez más dolorosa.

«Solo tienes que aguantar hasta julio, Tessa, y se habrá acabado.» Volveré a casa y decidiremos el próximo paso, o quizá yo volveré a Nueva York y él a Chicago, aunque no se me ocurre nada que me apetezca menos.

—Te diría que nos hiciéramos una foto, pero tendría que soltarte y no quiero —murmura Cole de repente, y yo me llevo un buen susto; no sabía que mis miraditas furtivas tenían el poder de despertarlo.

—Eh, hola. —Me doy la vuelta hasta que estamos los dos tumbados de lado, cara a cara, y le acaricio el pelo; me gusta cómo le queda así, más largo—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—La abu ha insistido para que te trajera el pan de plátano que tenía en el horno, así que he tenido que esperar un rato, y cuando he llegado ya estabas inconsciente.

—Qué rico, me encanta el pan de plátano de tu abuela.

Me acurruco contra su pecho y le paso los brazos alrededor del cuerpo. Aún me cuesta creer que estemos juntos y que pueda tocarlo cuanto me apetezca. Él debe de estar pensando lo mismo porque no para de acariciarme todo el cuerpo. Estamos enredados como si no pudiéramos soportar la idea de que un solo centímetro nos separe.

—Está encantada de que estés aquí. —Me estampa un beso en lo alto de la cabeza—. Se ha notado mucho tu ausencia, Tessie. —Me da un vuelco el corazón y abro la boca para decir algo, pero Cole se me adelanta—: Me refiero a la abu. Yo tengo la universidad, y Cassandra y mi padre están trabajando todo el día. Estaba acostumbrada a tus visitas los fines de semana,

se le nota que te echa de menos.

—¿Solo ella? —pregunto, y me muerdo el labio.

Cole pone los ojos en blanco.

—Quiero que sepas que te echo de menos, pero también estoy orgulloso de ti. Te estás enfrentando a tus miedos, vives en una ciudad nueva, en otro país, y sé que te va genial en el trabajo. Quiero que triunfes, Tessie, y que hagas realidad todos tus sueños.

Lo atraigo hacia mí para darle un beso, y es que cuando me dice cosas como esas, cuando me maravilla con lo perfecto que puede llegar a ser, soy incapaz de mantener las manos alejadas de él.

—Londres te sienta bien, Tess, estás radiante —me dice Danielle, la novia de mi padre, mientras nos sentamos para cenar.

Es una mujer preciosa: treinta y pico años, pelo castaño y todo un partido para mi padre, si se me permite decirlo. Ya llevan saliendo un tiempo y no tengo ni idea de por qué no se han ido a vivir juntos o le ha pedido que se case con él. Se nota que está loco por ella. Cuando están juntos, actúa como nunca le he visto actuar con mi madre y, por si fuera poco, la pobre es bastante tolerante con los ramalazos psicóticos de su exmujer. ¿Qué más se puede pedir?

—Gracias. Creo que el truco de los ingleses es obligarte a ir andando a todas partes para quemar los bollitos que te meten en el gazonate a todas horas.

He desarrollado una afinidad especial por ese tipo de pan en concreto y no negaré que me he hecho adicta al té solo para poder comerlos a dos carrillos.

Esta noche solo estamos Cole, mi padre, Danielle y yo. Travis y Beth también iban a venir en una especie de arranque informal de la boda, pero creo que prefieren pasar algo de tiempo juntos antes del gran día. Entre la



locura del trabajo y los planes de la boda, Beth dice que últimamente apenas se han visto. Hasta donde yo sé, ni siquiera irán de luna de miel, al menos no de momento, así que se merecen tener algo de intimidad. De todas formas, me gustaría poder ver a la familia y a todos mis amigos antes de irme y, de momento, el tiempo parece que vuela.

—Tu padre me ha contado lo bien que te has adaptado y que te va genial en el trabajo.

Me pongo colorada como un tomate. Aún no estoy acostumbrada a mantener una conversación sobre mí misma sin sentirme incómoda.

—Es mi padre, su trabajo es fardar de hija. No soy más que una humilde adjunta de redacción.

Cole me roza el pie por debajo de la mesa. Sabe perfectamente que yo preferiría hablar de los efectos secundarios de las pastillas anticonceptivas que saberme el centro de atención. Mi padre, en cambio, no se da ni cuenta. Alma de cántaro...

—Tessa es mucho más que una simple adjunta —interviene, agitando una mano como para quitarle importancia a mis palabras—. Se podría decir que mantiene la revista en pie ella sola, ¿verdad, cariño? ¿Qué me dices de aquella reunión en la que dejaste a todo el mundo impresionado?

Por un segundo, me planteo la posibilidad de hundir la cara en mi plato de puré de patata. ¿Por qué demonios se lo habré contado? Sí, fue muy importante para mí y estoy increíblemente orgullosa de la campaña en la que estoy trabajando, pero prefiero arrancarme los dientes con unos alicates que hablar de ello.

—Hablando de reuniones... Danielle, ¿verdad que dijiste que conocías a alguien en el bufete de abogados en el que quiero hacer las prácticas este verano? ¿Crees que podrías organizarme una reunión?

Un par de frases de Cole y la conversación cambia de tercio por completo.

Le doy las gracias con la mirada porque soy consciente de lo que acaba de hacer y por qué.

Mi héroe, siempre listo para acudir en mi ayuda.

El jet lag es real y gracias a la siesta de esta tarde, me paso toda la noche dando vueltas en la cama sin poder pegar ojo. Cole se queda a dormir e intenta hacerme compañía, pero al final sucumbe al cansancio y yo me tumbo boca arriba y sigo contemplando el techo de mi habitación. La parte positiva es que tengo tiempo de sobra para organizar mis pensamientos, pensamientos que llevan bombardeándome desde que esta mañana me he bajado del avión. Para empezar, Cole parece muy arrepentido por todo lo que sucedió el año pasado con Mel y creo que se culpa por mi decisión de irme a vivir a Londres. Se lo noto en la postura, en la forma de encorvarse cuando mi padre me ha dicho que me echaba de menos. Tengo que hacerle entender que si he aceptado un trabajo en otro continente no ha sido por él, sino por cómo me sentía yo en aquel momento. Había dicho que sí a un trabajo que durante la carrera ni siquiera me había planteado aceptar. Me sentía fuera de lugar, luchando para encajar en un mundo tan vertiginoso como el de la belleza y la moda. No creo que nadie se sorprenda al saber que me había imaginado haciendo algo muy distinto y que todos los días, cuando iba a trabajar, me cuestionaba si estaba perdiendo el tiempo y las energías en algo por lo que no sentía pasión alguna.

Ahora las cosas me van mucho mejor. Mi jefa, Amy, confía en mí y creo que Leila y yo estamos empezando a crear una especie de vínculo extraño y retorcido, y es que todas las noches, antes de irse de fiesta, me pregunta si el vestidito ajustado que ha elegido para la velada le hace el culo grande o no. Por fin he encontrado mi lugar en el mundo e incluso creo que empiezo a

cogerle el gustillo a esto de la presión, pero aún falta la gran pregunta: ¿esto es lo que quiero hacer a largo plazo?

Mi pasión siempre han sido los libros, leerlos, encontrar escritores que sepan contar historias y quieran compartirlas con el mundo. Se me acelera el pulso solo de pensar en ello y sé a ciencia cierta que eso es lo que me gustaría estar haciendo ahora. Miro la figura dormida de Cole y me pregunto si vale la pena pasar tanto tiempo lejos de él cuando ni siquiera sé si quiero seguir con este trabajo. Estoy hecha un lío. Pero Cole no sabe que a diario me leo las ofertas de trabajo, que tengo un montón de páginas marcadas en el navegador, un montón de correos electrónicos a medio escribir y que no pasa un solo día sin que le dé otra vuelta más al currículum por si surge la oportunidad de enviárselo a la persona indicada. Mi intención no es dejar tirada a Amy. Por eso intentaré hablar con ella en cuanto nos reincorporemos a la redacción de *Venus* en Nueva York. Hasta entonces, voy haciendo los deberes y buscando el trabajo perfecto en la empresa perfecta.

Tampoco descarto Chicago.

Niego con la cabeza porque sé que me estoy adelantando a los acontecimientos. Aún me quedan unos cuantos meses en Londres y tengo que concentrarme en hacer bien mi trabajo si quiero que Amy me escriba una buena carta de recomendación. Creo que de momento no le diré nada a Cole para que no se haga esperanzas. Sí, es buena idea.

—Es muy mala idea.

—¿Qué? ¿Por qué? —protesta Cami mientras pone en pausa la presentación de Power Point.

Sí, lo habéis oído bien. El torbellino Cami Hughes ha hecho una entrada triunfal con su arsenal habitual de trucos debajo del brazo, un arsenal que en

esta ocasión se reduce a un itinerario extrañamente completo y muy bien preparado de lo que en teoría será la despedida de soltera de Beth.

—Creo que lo más seguro es que no quiera pasar por la cárcel la misma semana que me caso —responde Beth, parapetada detrás de una taza de café enorme.

Megan, Cami y yo nos hemos levantado temprano esta mañana y nos hemos deshecho de Travis sin demasiadas contemplaciones. Primero iré a trabajar y luego quedará para tomar algo con unos colegas. Bueno, él no puede beber alcohol, pero el espíritu es el mismo. Así pues, tenemos a Beth toda para nosotras y después de un montón de gritos, abrazos y unas cuantas lágrimas, por fin estamos listas para ponernos en marcha.

O acabar la fiesta en el calabozo, si Cami se sale con la suya.

Mascullo una protesta, y es que ahora me doy cuenta de que Cole tenía razón: no debería haberlo dejado todo en manos de la que fuera mi compañera de habitación en la universidad. Su desinhibición de entonces a veces se traducían en un afán por la exageración y, aunque Beth siempre ha sido muy salvaje, ahora se conforma con llevar una vida rutinaria y muy estable, cualidades vitales para el bienestar de mi hermano. Beth no ha cambiado por él, sino que ayudar a Travis a mantenerse sobrio ha significado encontrar el sentido de la vida que siempre había buscado, o eso es lo que dice ella.

Salta a la vista que no está emocionada con lo que ha planeado Cami y yo no puedo evitar que el corazón me dé un vuelco. Megan y yo nos miramos y es evidente que está pensando lo mismo. Queríamos que esta noche fuese especial para Beth, no arrastrarla de vuelta a los demonios del pasado ni recordarle el estilo de vida salvaje y temerario que se llevó por delante a su madre.

—Quizá podríamos saltarnos lo del club de BDSM —propongo.

—En serio, confiad en mí. Será increíble. Les he pedido que nos reserven a Petra. Es la mejor instructora de todas, tiene muchos años de experiencia. Te hará una demostración de una hora y luego nos enseñará...

—Será mejor que no termines la frase —la interrumpo, tapándome las orejas.

A Beth se le escapa la risa.

—No creo que pueda enseñarme nada que no sepa hacer y, créeme, los látigos y las cadenas pasan de moda bastante rápido.

—¡Vaya! —Cami parece un globo desinflado—. En ese caso, será mejor que lo borremos de la lista.

—Y ya que estás, ¿qué tal si cambiamos un poco el código de vestir? Ya sé que «top de tubo y calzones de boxeador» suena bien, pero preferiría que no se me congelaran los pezones. Además —añade Beth, y me mira—, tu madre ya cree que me pagué la carrera haciendo estriptis. Creo que no es buena idea demostrarle que tiene razón.

A veces mi madre puede ser una auténtica imbécil, la verdad.

Así las cosas, con Cami hecha polvo por el fracaso de sus planes, decido intervenir e intentar salvar la celebración.

—Pero todo lo demás está genial, Cami.

Ella resopla.

—No pasa nada, puedes ser sincera y decir que lo he mandado todo al garete. Debería haber prestado más atención a los deseos de Beth.

Esta le dirige una sonrisa cómplice.

—Bueno, si te soy sincera, hace un par de años todo esto me habría encantado. No vas tan desencaminada como parece.

Cami se anima al instante.

—En ese caso, quizá aún estamos a tiempo. Será como un último homenaje antes de convertirte en una señora mayor. —Junta las manos en un

gesto lleno de entusiasmo—. ¡El fin de la soltería, Beth!

Beth no parece muy segura. Suspira y al final cede al ver la cara de perrito abandonado con que la mira Cami.

—Repito, mejor pensémonos lo de la demostración personalizada en el noble arte de los tapones anales. Seguro que podemos vivir sin ella.

Ah, sí, eso seguro.

Sería todo un bajón que mis inclinaciones alcohólicas me impidieran llegar con vida al día de la boda

*Abril*

Tessa

Podría hablaros de la despedida de soltera de Beth con pelos y señales. Todas llevábamos vestiditos negros y ajustados menos ella, que llevaba uno que habría hecho las delicias de mi madre. La limusina era muy espaciosa y las amigas de Beth de la universidad y del trabajo, muy majas. La verdad es que nos lo pasamos muy bien. Al principio, fue todo un poco soso: tomamos unas copas, intercambiamos un montón de regalos que me dejaron traumatizada, más que nada porque incluían a mi hermano en situaciones que preferiría arrancarme los ojos para no tener que presenciarlas, y jugamos a algún que otro juego como ese que consiste en averiguar quién conoce mejor a la novia.

Lo dicho: aburrido.

Y ahí es donde mi memoria empieza a estar borrosa. Recuerdo una discoteca y las luces centelleantes. Recuerdo unos cuantos chupitos de tequila, demasiados, y a Cami subiéndose a bailar encima de una mesa. Alguien, creo que fue Leslie, una amiga del colegio de Beth, se subió con ella y entre las dos hubo algo más que palabras. Ya he dicho que a partir de ese momento lo recuerdo todo muy borroso. No me atrevo a abrir los ojos, es

como si alguien me estuviera dando martillazos en el cráneo. Ya empiezo a sentir los primeros efectos de un dolor de cabeza monumental concentrándose en mis sienes. Hundo la cabeza en la almohada y gruño. Me duele todo el cuerpo, es como si pesara una tonelada. Tengo una sensación asquerosa en la boca, seca y con el regusto evidente del alcohol, aunque por suerte creo que no he vomitado. En cuanto lo pienso, se me revuelve el estómago y tengo que concentrarme si no quiero echar la cena.

¿Se puede saber qué pasó anoche?

—Buenos días, bizcochito.

Eh, yo conozco esa voz.

Creo que he emitido un sonido incoherente porque Cole se ríe y oigo el sonido de la puerta al cerrarse, un sonido al que de pronto soy más sensible que nunca.

—Ya sé que no está bien que me aproveche de ti estando así, pero si te digo que te avisé, ¿me pegas?

Asiento contra la almohada, craso error porque ay, mi cabeza.

—Venga, intenta levantarte. Te he traído algo.

—No puedo, estoy muerta.

La almohada amortigua mi voz. ¿Qué almohada? No lo sé, no tengo ni idea de dónde estoy, pero es suave y mullidita.

—Por suerte, llegamos antes de que las cosas se salieran de madre, pero he de decir que voluntad no os faltó. Toma, Tessie, bébete esto o te encontrarás fatal el día de la boda.

¡Dios, la boda! Es dentro de dos días, ¡dos días! ¿En qué estábamos pensando al celebrar la despedida de soltera la misma semana? Voy a necesitar mi tiempo para recuperarme de esta resaca, sobre todo teniendo en cuenta que hacía dos años que no me emborrachaba de esta manera. Lo contabilizaré como una doble celebración: mi mejor amiga se casa con mi



hermano y yo no podría alegrarme más por ellos. Aunque sería todo un bajón que mis inclinaciones alcohólicas me impidieran llegar con vida al día de la boda. Se lo digo a Cole y se ríe. Creo que es el único sonido que soy capaz de soportar.

—No voy a permitir que te pase nada malo, bizcochito. Si solo me quedan tres días contigo, puedes apostar ese culito prieto que tienes a que estarás sobria y despierta durante toda la ceremonia.

—Mmpf.

Me pongo lentamente boca arriba y miro a Cole, que está irresistible. Recién duchado, con el pelo húmedo, una camiseta negra y mis vaqueros favoritos. La visión basta para que intente levantarme, siendo «intente» el término clave. Estoy agotada, tengo el estómago revuelto y el dolor de cabeza que antes era solo una amenaza ya está en pleno apogeo.

—No me dejes volver a tocar una copa en la vida.

Cole se sienta a mi lado y me aparta un par de mechones de la cara.

—¿Te acuerdas ayer, cuando me amenazaste con descuartizarme si se me ocurría privarte de aquel chupito, no sé si era el sexto o el séptimo?

—No soy de fiar cuando voy borracha —protesto, maldiciendo entre dientes.

De hecho, juraría que yo fui la única que se opuso al goteo continuo de copas, yo y puede que Megan, así que no quiero ni imaginarme cómo estarán ahora mismo las demás.

—A ver, un momento. —Intento hacer memoria—. ¿Vinisteis a la discoteca donde estábamos nosotras?

Abro los ojos lo justo para verle negar lentamente con la cabeza.

—No, eh, digamos que las llamaditas empezaron bastante antes.

—Ay, no. —Me llevo las manos a la boca—. Por favor, dime que no...

La cara de Cole lo dice todo. El muy desgraciado se está aguantando la risa

y más le vale que lo consiga si quiere acercarse a menos de dos metros de mí.

—Creo que Travis va a necesitar hacerse friegas en los ojos con agua bendita. Una cosa es ver a tu novia vestida de conejita de Playboy y otra muy distinta ver a tu hermana de esa guisa.

—Ay, Dios, llévame contigo —me lamento aún con las manos en la boca y unas ganas tremendas de vomitar.

—Creo que Travis pensó exactamente lo mismo que tú, pero no te preocupes, Tessie, lo saqué de allí antes de que viera un primer plano. Pensé que lo mejor era ahorrarnos una vida de horrores.

—Gracias, muy amable por tu parte —le espeto, y me estrujo el cerebro intentando recordar algún detalle de anoche que explique por qué me pareció buena idea invitar a Cole y a mi novio a un burdel, pero nada—. ¿La cosa empeora? Por favor, dime que no, te lo suplico.

—Bueno, depende de qué entiendas tú por «empeorar». Todo es tan relativo, ¿verdad?

—Este no es el momento de hacerte el picapleitos conmigo, Stone.

Me mira y me ofrece una botella de agua y otra de Gatorade.

—Bébetelas, Tessie. Vas a necesitar sustento para salir de esta.

Después de una ducha abrasadora, algo para desayunar y un ibuprofeno, empiezo a sentirme como un ser humano. He llegado a la conclusión de que si quiero evitar verme envuelta en situaciones que podrían traumatizarme de por vida, será mejor que me mantenga alejada de las bebidas alcohólicas. Puede que sea genético. Mi hermano sigue luchando contra su adicción y mis padres está claro que no saben gestionar las sustancias tóxicas. Quizá debería tomármelo como una señal y dejar de invocar a la Tessie borracha porque hace mucho tiempo que dejó de parecerme divertida.

—Entonces dices que llevaba puesto eso. —Le echo una mirada fulminante al trozo de encaje rojo que nos pusimos en la discoteca con la esperanza de que empiece a arder espontáneamente—. ¿Cómo se supone que me metí ahí dentro? No creo que bajara más allá de las tetas.

Cole se atraganta con el café.

—Ah, te lo pusiste sin problemas. Lo de quitártelo ya fue otra historia.

Me he despertado en un lujoso hotel de Brooklyn en ropa interior y con una camiseta de Cole a modo de pijama, aunque juraría que no es lo que llevaba puesto anoche. No tengo ni idea de dónde está mi vestido negro, puede que en la exclusiva discoteca cuyo nombre no pienso repetir nunca más. Todas íbamos vestidas con el mismo atuendo, una especie de salto de cama rojo pensado para liberar a la diosa del sexo que llevamos dentro. ¿Que por qué no salí de allí cagando leches? Ni idea.

—¿Vine hasta aquí vestida de esa guisa? —pregunto con la boca abierta, y empiezo a plantearme la posibilidad de bajar al vestíbulo con una bolsa de papel en la cabeza.

Cole se ríe.

—¿Me crees capaz de dejarte hacer algo así? Aunque he de decir que estabas decidida a compartir tu cuerpo y descubrir sus poderes sexuales ocultos. —Esto último lo dice dibujando unas comillas con los dedos—. No podía permitir ese nivel de intimidad con toda la ciudad de Nueva York al completo.

—Te lo puse complicado, ¿eh? —pregunto arrugando la nariz.

—Mi parte favorita es cuando decidiste darlo todo en el metro. Veo que has estado practicando con la barra en Londres, ¿eh, Tessie?

—Vale, se acabó. ¿En qué piso estamos? ¿Crees que me haré daño si me tiro por la ventana?

Cole me coge de la muñeca.

—Yo no he dicho que no me gustara. De hecho, lo hiciste muy bien. Al otro tío que iba en el vagón le encantó. Creo que tenía unos ochenta años.

—¿Y las demás? No creo que fuera la única que...

—¿Que se vino arriba? —se me adelanta con una expresión picarona—. Qué va, ni siquiera fuiste la peor de todas. Fue Megan.

—¡Qué dices! —Doy un manotazo en la mesa y retiro la mano en cuanto noto que el dolor de cabeza de antes amenaza con volver. Apoyo el codo en la mesa y la barbilla en la mano—. Cuéntamelo todo con pelos y señales.

—Necesito acostarme un segundito de nada, puede que un par de siglos.

Beth lleva unas gafas de sol que le tapan toda la cara y está tumbada en el asiento de atrás del coche de mi hermano. Han pasado la noche en un hotel y se dirigen por última vez hacia su apartamento antes del gran día. Mi hermano se vuelve para mirar a su prometida y pone los ojos en blanco.

—Gracias por darle a este pobre desgraciado la confianza que tanto necesita justo antes de su boda.

—No hace falta que te pongas dramático conmigo, O'Connell, no te voy a dejar plantado en el altar. El cáterin me ha cobrado un ojo de la cara, no pienso perderme la comida.

—Mientras aparezcas, me dan igual los motivos.

—Y esto, chicos, es lo que se conoce como amor verdadero.

Beth se recoloca las gafas y luego se frota las sienes. Tiene el mismo mal aspecto que tenemos las demás. Si a eso le sumamos lo pálida que es, podemos concluir que la futura novia no está pasando por su mejor momento. Vamos con el tiempo tan justo que nadie se molesta en intentar esclarecer lo ocurrido ayer. Mejor, la verdad. Prefiero no saberlo.

Los convengo para que descansen y les recuerdo que mañana tienen que

salir a primera hora si quieren llegar a tiempo para el ensayo de la ceremonia y la cena posterior. Cruzo los dedos. Después de lo de ayer y teniendo en cuenta las caras de muerto del personal, tenemos menos probabilidades de que todo salga bien estos próximos días que el mismísimo Peeta Mellark.

Nos despedimos de las amigas de Beth hasta la boda, aunque sé que ese día haré todo lo que pueda para evitarlas, y es que hemos intimado demasiado para mí gusto. A Cole mi incomodidad le parece divertida y cuando Alana, una de las colegas de Beth, me da una palmada en el culo antes de subirse al coche y arrancar, no puede contenerse más y se ríe a carcajadas. Ya he dicho que he alcanzado un nivel de intimidad considerable con estas mujeres, muy a mi pesar. Me vuelvo hacia Cami y la fulmino con la mirada.

—Esto es culpa tuya —le suelto.

Ella se esconde detrás de Lan, su novio.

—Te juro que no sabía de qué iban los ejercicios para trabajar los lazos afectivos. Pensé que haríamos pulseritas de la amistad o algo por el estilo, no que... bueno, que tendríamos que hablar sobre nuestras preferencias sexuales con tanta alegría. Quizá demasiada para mi gusto.

Lan levanta una ceja.

—Eso no suena nada mal.

Cami apoya la barbilla sobre su hombro.

—Tienes razón, cariño. De hecho, he aprendido un montón de técnicas nuevas.

—Y esa es nuestra señal. Nos vamos —anuncia Cole mientras me coge de la mano, y la verdad es que no podría estar más de acuerdo con él.

En casa reina esa sensación de pánico perpetuo que tanto se asocia con las bodas. Da igual que mi madre contratara a un organizador de eventos desde

el minuto uno o que Travis le dejara ocuparse de todo porque sabe que domina el tema mucho más que él: cuando entro en casa, lo primero que oigo son los gritos de mis padres que, para lo divorciados que están, se comportan como si aún estuvieran casados.

—¡No me puedo creer que hayas cambiado la organización de las mesas sin consultármelo! Lo has estropeado todo.

Me quedo mirando el pisapapeles que tiene al lado y lo cojo antes de que se lo tire a mi padre a la cabeza. Él la mira y pone expresión exasperada, lo cual no ayuda a solucionar el problema.

—No se acaba el mundo si tus amiguitas de la fundación no se sientan juntas por una vez en su vida. Yo tengo que ocuparme del senador Seymour y de su familia, y resulta que los has puesto al fondo de todo, con el resto de los políticos de mi lista.

Que conste que Travis y Beth querían una boda íntima, pero esto ha acabado convirtiéndose en una especie de Frankenstein que ni ellos ni yo podemos controlar.

—Mamá, papá, ¿queréis dejarlo ya? Travis y Beth llegarán en cualquier momento y os recuerdo que aceptaron pasar las próximas dos noches aquí porque les prometisteis que no discutiríais por la boda.

Mi madre resopla.

—Ha empezado tu padre.

—Y un carajo. ¿Por qué todo tiene que girar a tu alrededor, Susan? ¿Qué más da dónde se sienten los sosos de tus amigos?

Ella se escandaliza y sé que está a punto de explotarle la cabeza, así que cuando oigo el timbre de la puerta no puedo evitar dar gracias al cielo.

—Deben de ser Travis y Beth. Como se os ocurra decir una sola palabra de más, anularé todas vuestras invitaciones. Así saldréis ganando los dos: no habrá ni senadores ni esposas de Stepford. ¿Entendido?

Me miran sorprendidos porque saben que lo digo en serio. Con una última mirada asesina y los dedos cruzados detrás de la espalda, me dirijo hacia la puerta para recibir a la pareja del año. Espero que podamos estar unos días todos juntos sin que la sangre llegue al río. Tampoco es que sea mucho pedir pero, bueno, si conoces a los O'Connell, sabrás que no nos gusta elegir el camino más fácil.

—¿Me estás diciendo que llevas dos días ahí y aún no se lo has dicho?

Leila muerde un trozo de zanahoria mientras hablamos por FaceTime y yo no puedo evitar que se me vayan los ojos hacia la puerta. Cole está a punto de llegar, viene a recogerme para ir a la cena, y lo último que quiero es que oiga esta conversación. He llamado a Leila para comentarle unos temas de trabajo porque, a pesar de que tengo unos días libres, mi bandeja de entrada está a punto de reventar y he decidido cogerme un par de horas para ponerme al día. Por desgracia, a Leila parece que le apetece hablar de todo menos de trabajo.

—¿Quieres hacer el favor de bajar la voz? Preferiría que no se enterara así.

—Espera, ¿me estás diciendo que sé un secreto y el novio perfecto no? Mmm... me pregunto cómo podría usar esta información para chantajearte...

Es una pregunta retórica, obviamente, porque antes de decirla en voz alta ya sabe la respuesta.

—No te atreverás.

—Oh, claro que sí, querida Tess, qué poco me conoces. Espera, déjame pensarlo un minuto. —Se acomoda en el horrible sofá de nuestro piso, apoya el móvil contra las rodillas y junta las yemas de los dedos—. ¿Te acuerdas de la cesta que te enviaron los de La Mer hace unas semanas para darte las gracias por el artículo?

Ya sé por dónde va y es un alivio porque es un precio muy bajo que pagar

a cambio de su silencio.

—Sí, ¿la quieres?

—Idiota, pues claro que la quiero. Tú tampoco sabrías qué hacer con una hidratante de trescientos dólares. Es solo el principio, ya hablaremos cuando se me ocurran más cosas.

—Eres muy mala, lo sabes, ¿verdad?

—¿Debería preocuparme? ¿Qué se consigue yendo de buena persona por el mundo?

—¿Tener la conciencia tranquila? ¿Cómo lo haces para conciliar el sueño por las noches?

—Con una hidratante de trescientos dólares en la cara. Adiós, Tess, cándida. Hablamos pronto.

—¿Por qué es tan imbécil la gente? —exclamo y tiro el móvil a un lado.

—Es una buena pregunta, Tessie, y no sé si conozco la respuesta, aunque ¿debería preocuparme?

Cole entra en la habitación tan guapo como siempre, con una camisa blanca entallada y unos pantalones azul marino. Ya me había dicho que hoy iríamos a un sitio elegante, así que me he puesto uno de mis vestidos favoritos, rosa palo y sin mangas, y he completado el conjunto con unos tacones de vértigo, de color crudo y con las suelas rojas. Lo más probable es que me rompa un tobillo, pero mientras sea encaramada en unos Louboutin, por mí encantada. Estos zapatos me los compré de rebajas en uno de mis fines de semanas de compras por Londres y la primera vez que me los puse, en una fiesta de la revista, recibí mi primer piropo oficial por parte de mi jefa.

Son unos zapatos increíbles y con ellos me sentía una mujer poderosa y seductora.

Me levanto del tocador en cuanto acabo de retocarme el maquillaje y veo que a Cole se le desencaja la mandíbula en cuanto me ve. Al final valdrá la



pena esto de arriesgarse a partirse el cuello por unos zapatos.

—Madre del amor hermoso, Tessie, ¿qué intentas hacerme?!

Veo que se le mueve la nuez y los ojos se le ponen vidriosos mientras contempla mis piernas desnudas, cortesía del vestido corto que he elegido para la velada. Cole es un tío más de pechos que de otra cosa y yo tampoco suelo enseñar las piernas por varios motivos, entre ellos que mis muslos están más suaves y tiernos que tonificados, pero, de verdad, estos zapatos hacen milagros y son capaces de animar a una mojjigata como yo para que enseñe el arsenal.

—¿Qué te parece? —pregunto mientras me atuso las ondas del pelo e intento dar una vuelta sobre mí misma sin caerme de morros—. ¿Me queda bien?

Cole está tan bloqueado que casi resulta cómico. Abro la boca para gastarle una broma, pero de repente se abalanza sobre mí. Cruza el poco espacio que nos separa, me atrae hacia su pecho y cubre mi boca con la suya. Yo gimo entre sus labios y le paso los brazos alrededor del cuello. El de hoy es un beso salvaje, como si hubiera decidido dejarse llevar y ceder a sus instintos más básicos. Estas dos últimas noches me ha tratado con mucho amor, con mucho cariño y, aunque me encanta sentirme tan cuidada, prefiero cuando pierde totalmente el control por mi causa.

Me hace retroceder hasta el tocador y me sienta encima. Todo lo que tengo alrededor se cae, pero me da igual. Le rodeo la cintura con las piernas y lo atraigo hacia mí. Él desliza las manos debajo de mis muslos y sigue avanzando hasta que llega al culo y gruñe contra mi boca, sin romper el beso.

Y qué beso. Ambos luchamos por el poder, nuestras lenguas se batan en duelo, nos mordemos y nos pellizcamos con los labios. No somos capaces de saciarnos. Hay una especie de desesperación en el ambiente, algo así como la certeza de que llevamos mucho tiempo separados y que apenas tenemos

margen. Le tiro del pelo y él se retira de mis labios para besarme el cuello, dejando un reguero de besos húmedos mientras sus manos se cuelan por debajo de mi vestido. Aprieto las piernas alrededor de su torso y gimo, sin aliento, consciente de que si mueve las manos un par de centímetros más arriba...

—Tessa, has visto mi... ¡Ay, Dios mío, lo siento!

Nos separamos de un salto. Yo estoy a punto de chocar contra el espejo del tocador y Cole casi se cae encima de la cama. A ambos nos cuesta respirar y es que estamos como una moto. Cole se da la vuelta para, no sé, ¿disimular?, y yo me tapo el colorado de las mejillas con las manos. Me pregunto si será posible arder víctima de la combustión espontánea por culpa de la vergüenza.

—¡Papá! —Respiro hondo y cojo aire—. ¿Qué quieres?

El pobre parece tan avergonzado como nosotros y no deja de desviar la mirada hacia todas partes. Clava los ojos en el papel de la pared y farfulla:

—Estaba buscando la cartera. Seguro que me la he dejado esta mañana en la oficina. Voy a... Luego nos vemos, chicos.

Y, de repente, sale disparado antes de que yo tenga tiempo de abrir la boca y oigo cerrarse la puerta. Cole y yo nos miramos.

—Si te ríes te mato, Stone. —Lo señalo con el dedo mientras él intenta aguantarse la risa. Me bajo del tocador de un salto y me recoloco el vestido—. Tengo veinticuatro años, por el amor de Dios. Mi padre no debería pillarme enrollándome con mi novio.

Cole hace un ruido, como si se estuviera ahogando, y yo me doy la vuelta.

—Ni se te ocurra decir «Te lo dije». Vamos a coger una habitación de hotel como sugeriste y a quitarnos esto de encima de una puñetera vez.

Él asiente, incapaz de decir nada, y yo cojo el bolso y el móvil porque quiero salir de aquí cuanto antes. Los tacones repican en el suelo mientras camino. Cole me alcanza, justo antes de cruzar la puerta, me pone las manos

en la cintura y aprieta el pecho contra mi espalda. De repente, me da igual que alguien de mi familia, quien sea, aparezca de la nada. Antes de que nos interrumpieran, estaba cabalgando una ola, subiéndome a la cresta rodeada por el olor de Cole y el calor que desprende su cuerpo.

—Sabía que estos zapatos serían un problema en cuanto los vi.

Me da un beso justo debajo de la oreja, en ese punto tan sensible, y se aparta dejando tras de sí un charco en el suelo. Si pudiera levantar un altar en honor a los zapatos y venerarlos a diario, lo haría sin dudar.

*Abril*

Cole

No podría decirles nada sobre la cena que mi bizcochito y yo hemos compartido esta noche, y es una lástima porque es casi imposible conseguir mesa en ese restaurante y los precios son un escándalo. Aun así, no me arrepiento ni un segundo porque he podido ver a mi chica maravillarse con la decoración, relamerse con el menú y gemir de placer con la llegada de cada plato.

Por mi parte, he tenido que armarme de paciencia para aguantar toda la cena sentado y no cargarme a Tessa encima del hombro, llevármela hasta la cama más cercana y pasarme las próximas veinticuatro horas adorando su cuerpo. Sí, he calculado el tiempo y sé cuántas horas necesita para arreglarse antes del ensayo. Si nos vamos ya, me da tiempo a tachar unas cuantas cosas de mi lista de deseos.

Lo ideal sería agasajarla un poquito más, hacerle saber que he echado de menos algo más que su cuerpo, pero ese vestido y esos zapatos... Casi me dio algo cuando entré en su habitación y ella se puso de pie, con todas las piernas a la vista. Tessa no suele llevar vestidos cortos, pero cuando lo hace y me bendice con la visión de esas piernas largas y tonificadas, me doy cuenta de

que me cuesta funcionar con normalidad. Ahora mismo las tiene escondidas debajo de la mesa, pero es ella la que me distrae, todo lo que la envuelve, cada palabra que sale de sus labios. Habrá quien diga que me tiene dominado y yo le diré que lo siento por aquellos que no tienen a nadie en sus vidas que les haga perder la cabeza.

—¿Te puedes creer que la muy caradura esperaba que le hiciera su parte del trabajo solo porque una vez le pedí que me ayudara?

—¿Qué?

Hoy no estoy especialmente atento, sobre todo porque tengo la cabeza en otras cosas, en otros sitios, en otras actividades y otras posturas. Tessa sonrío y se muerde el labio.

—¿Has oído algo de lo que he dicho?

Me encojo de hombros.

—¿Te enfadas si te digo que no? Si apenas me acuerdo de lo que he cenado...

Tessa se lleva la cuchara a la boca y lame los restos de *mousse* de chocolate. Vale, ahora ya sé que me está torturando a propósito.

—Pues es una lástima. La comida estaba buenísima.

—Estaba pensando en cosas más decadentes.

Tal como esperaba, se pone colorada y agacha un poco la cabeza. Tengo tantas ganas de besarla que le cojo la mano por encima de la mesa y la aprieto para que sepa hasta qué punto me afecta su presencia. Si de algo estoy seguro ahora mismo es de que estoy haciendo lo correcto. Por muy absurdo que sea mi plan, por muy atropellado que parezca, sé en lo más profundo de mi ser que es lo que tengo que hacer. Ya sé que es un mal momento, que las clases me traen de cabeza, que apenas tengo tiempo para respirar, no digamos ya para tomar decisiones vitales de esta magnitud, pero por Tessa estoy dispuesto a hacer lo que haga falta.

No quiero seguir viviendo lejos de ella.

Creo que se ha dado cuenta de mi cambio de humor porque me pregunta en voz baja, como si tuviera miedo de saber en qué estoy pensando.

—¿Qué pasa, Cole? ¿Quieres decirme algo?

De pronto, me mira tan seria, tan vulnerable, que se me parte el corazón. No sé qué he hecho para ganarme su confianza cuando, en realidad, la he traicionado unas cuantas veces. Desde que éramos pequeños hasta hace un par de meses, han sido numerosas las ocasiones en que he metido la pata hasta el fondo y, aun así, ella siempre elige perdonarme, cogermela de la mano y repetirme una y otra vez que todo va a ir bien. Está tan ocupada cuidando de mí, manteniendo mi vida a flote, pensando que soy su protector y que me necesita para sobrevivir, que no se da cuenta de que, en realidad, la única persona vital para su supervivencia es ella misma. Mi chica es fuerte como la que más y la persona más valiente que conozco. Está a miles de kilómetros de casa haciendo algo que nunca soñó hacer, y verla crecer me hace pensar que al final la distancia sí que habrá valido la pena.

—Podría preguntarte lo mismo, bizcochito. Te he oído hablando con Leila.

Se le escapa una mueca, lo cual no es buena señal. Antes, cuando la he oído hablando con su compañera de piso sobre ocultarme algo, tampoco le he dado más importancia. Tessa es como un libro abierto, si realmente estuviera preocupada por algo, ya me habría percatado. Claro que quizá ya no soy tan buen observador porque, ahora que me fijo, diría que se está debatiendo entre decirme la verdad o no.

—Hagamos una cosa. Por mí. ¿Te importa?

—Lo que quieras —le prometo; sea lo que sea, puede contar conmigo.

—Solo tenemos dos días para estar juntos antes de que te vayas. No sé si podré volver antes de julio y... me gustaría que estuviéramos juntos sin tener que decidir el resto de nuestras vidas. Hay algo de lo que me gustaría que

habláramos. —Cubre mi mano con las tuyas y sonríe—. Y sé que tú también me estás ocultando algo, pero confío en ti. Ya me lo contarás cuando estés preparado.

No puedo evitarlo, me inclino hacia ella y le doy un beso largo y profundo. Estamos en una esquina alejada del restaurante y, aunque desde aquí se oyen las conversaciones del resto de los comensales, nadie nos ve y por eso decido aprovecharme. Cuando por fin nos separamos, nos hemos quedado los dos sin aliento.

—Deberíamos irnos de aquí antes de que nos echen.

Tessa aún está un poco aturdida por el beso. Me mira extrañada y frunce el ceño en un gesto adorable.

—¿Y por qué nos van a echar?

—Porque lo que estoy pensando ahora mismo, bizcochito, implica el uso de muy poca ropa.

Su boca dibuja una O. Estoy a punto de inclinarme otra vez hacia ella para besarla cuando, de pronto, el camarero carraspea junto a la mesa y nos pregunta si queremos la cuenta.

Creo que nunca me había importado menos pagar una cena tan cara.

No he traído muchas cosas de Chicago, solo una mochila con lo básico. El esmoquin ya estaba aquí. Eso significa que tardo mucho menos tiempo que Tessa en preparar la bolsa para los próximos dos días. Cuando me dispongo a salir de casa para ir a buscarla, Cassandra me tiende una emboscada, y digo «emboscada» porque estos días todos nuestros encuentros implican un montón de consejos gratuitos de los que intento zafarme como puedo.

De momento, parece que no se ha dado cuenta.

—Esto llegó hace un par de días.

Me entrega un sobre cerrado con un logo en la parte delantera y no puedo evitar maldecir para mis adentros. Pensaba que me lo mandarían a la dirección de Chicago, pero supongo que me equivoqué y, cómo no, ha acabado en manos de Cassandra.

—Gracias.

Lo cojo y me lo guardo en la mochila, pero Cassandra no se mueve de donde está. Está esperando que le explique qué es.

—¿Es lo que creo que es?

Mi madrastra es una neurocirujana de renombre que se gana el pan de cada día salvando vidas humanas. Es capaz de achantar a cualquiera, supongo que porque tiene las mismas cualidades que tenía yo en mi fase más rebelde de la adolescencia. Me mira expectante, con los ojos entornados y los brazos cruzados, y de pronto siento que vuelvo a tener quince años.

—Eso depende de lo que creas que es.

—Ya tengo a tu padre haciéndose el listillo con el tema de su salud —me espeta, alzando los ojos con exasperación—, preferiría que no hicieras lo mismo, Cole Grayson.

Atentos al uso estratégico de mi segundo nombre. Lo ha hecho a propósito, obviamente, para que me sienta como si me acabaran de pillar saltándome el toque de queda.

Dato curioso: nunca me pillaron. Siempre era el imbécil de mi hermanastro.

—No sé por qué preguntas si ya sabes lo que pone dentro.

—Porque si es lo que creo que es, Cole —replica con un suspiro, como si estuviera un poco espesito—, tengo que decirte lo que pienso.

Miro el reloj; sé que Tessa está esperando que la recoja para ir al hotel. No tengo tiempo para escuchar a Cassandra explicándome por qué cree que estoy destruyendo mi futuro por una chica. Además, es una conversación que ya



hemos tenido unas cuantas veces.

—Siempre me dices lo que piensas, pero ¿te importa que esta vez lo dejemos para más adelante? Me están esperando. —Abre la boca para protestar—. Y te agradecería que no lo comentaras con nadie hasta que hable con ella.

—¿Por qué todo tiene que girar a su alrededor? Las cosas te van muy bien, Cole. Sé que últimamente ya no hablamos tanto como antes, pero se nota que eres feliz y que las cosas te van bien en la universidad. ¿De verdad vale la pena arriesgar todo lo que estás consiguiendo?

—Si lo que me estás preguntando es si vale la pena hacerlo por la chica a la que amo, por supuesto que sí. Eres consciente de que la escogería a ella fuera cual fuese la elección, ¿verdad?

—Como madre que soy, no puedo aprobar una relación así. Estás demasiado metido, no piensas con claridad y si cree que mudándose a otro país durante unos meses puede manipularte e influir en tus decisiones, está claro que no es la persona que crees que es.

—Por el amor de Dios, Cassandra, ¿se puede saber qué te ha hecho? ¿Por qué la odias tanto? ¿Manipularme? —La idea es tan absurda que no puedo evitar reírme—. No la conoces, no puedes hacer como si la tuvieras calada de toda la vida. Hasta ahora he estado callado, aunque llevas años tratándola como a una mierda, porque ella no quiere que haya tensión entre tú y yo, pero ya está bien, en serio.

Cassandra me fulmina con la mirada. Se nota que está deseando poder defender las ideas absurdas que se ha inventado sobre mi novia, pero me está vibrando el móvil en el bolsillo. Tessa me espera y esta casa empieza a resultarme asfixiante. Dejo a mi madrastra donde está y me dirijo hacia la puerta.

—Solo estará aquí una semana, una semana, y quiero que esté a gusto con

su familia. Si no es mucho pedir, no le digas nada que pueda molestarle o puedes ir olvidándote de verme el pelo este verano, o incluso para siempre.

Cierro la puerta de golpe. Me hierve la sangre cada vez que pienso en lo que acaba de decirme. De verdad que no sé qué problema tiene con Tessa, es como si estuviera obsesionada por sacar defectos de donde no los hay. Ahora ya sé por qué Tessa nunca quiere venir a casa de mis padres o por qué se queda callada cuando le hablo de mi familia. Cassandra ha conseguido que se sienta como una extraña cuando no lo es.

Me subo al coche y piso a fondo el acelerador. Estoy furioso, pero tengo que conseguir calmarme antes de llegar a casa de Tessa. Se dará cuenta de que me pasa algo y, lo que es más importante aún, querrá saber qué es. Miro de reojo hacia la mochila, meto la mano, saco el sobre y lo dejo en el salpicadero, debajo de un montón de cartas y facturas antiguas. Espero que no lo vea.

Pero si lo ve tampoco pasa nada, de todas formas se lo iba a contar y, además, creo que se alegrará. Al menos, eso espero. Con el tiempo me he percatado de que mi bizcochito no es muy fan de las sorpresas, al menos no de las grandes como esta, y aunque sé que al principio se lo tomará mal, sé que acabaré convenciéndola de que es lo mejor para los dos. Si no lo consigo, siempre puedo atiborrarla de chocolate hasta que me dé la razón.

Seguro que funciona. ¿A que sí?

—Cole, qué bonito, pero no hacía falta que te gastaras tanto dinero.

Tessa está contemplando las vistas de la ciudad desde la suite del hotel y yo la contemplo a ella, el perfil iluminado por la luz de la luna. Lleva el mismo vestido y esos zapatos capaces de postrar a cualquier hombre a sus pies. No me puedo creer que la tenga solo para mí, al menos esta noche, sin

interrupciones, sin emergencias familiares y sin fuegos que apagar antes de la boda.

—Ha valido la pena aunque solo sea para ver la cara que has puesto.

Se da la vuelta y me regala una sonrisa deslumbrante, cubre la distancia que nos separa y me pasa los brazos alrededor del cuello. Mis manos se posan en su cintura en un acto casi reflejo y la atraigo hacia mi pecho.

—No me lo vas a poner fácil, ¿verdad?, cuando me tenga que ir a finales de semana.

Le brillan los ojos. Me inclino sobre ella y pongo los labios suavemente contra los suyos. No perdemos la cabeza como el otro día en casa de su padre, lo que necesito ahora es sentirla y abrazarla porque sé que nos queda poco tiempo y, la verdad, es una mierda. Es una mierda que hayamos vivido juntos durante tres años y que ahora tengamos que separarnos. Es una mierda que pueda contar con los dedos de una mano las veces que la he visto en estos últimos seis meses y es una mierda que la base de nuestra relación sea un puto teléfono móvil.

—Aunque quizá ese es el plan: volverme tan loco que no quiera separarme de ti de nuevo.

Tessa se ríe mientras juega con los mechones de mi pelo.

—En ese caso, el tiro me ha salido por la culata porque soy yo la que no quiere separarse de ti, Cole. No hay nada que puedas hacer para que te quiera más de lo que ya te quiero. A veces siento como si mi corazón no pudiera albergar todo lo que siento por ti. Son tantas cosas, tantas emociones, que es como si rebosaran. No sé ni qué hacer, siempre estoy nerviosa y...

El corazón me late tan fuerte que me extraña que Tessa no lo oiga. Escucharla y ver cómo se abre con tanta sinceridad mientras su cuerpo se amolda al mío es la experiencia más transformadora y exquisita del mundo.

—Nunca pensé que podría sentir esto por alguien —continúa— y tú me

ayudaste a creer, Cole, me enseñaste que puedes entregarle a otra persona un trozo enorme de tu corazón y no querer que te lo devuelva nunca más. Eso es lo que siento, como si no estuviera completa cuando no estoy contigo.

Le sujeto la cabeza entre las manos y ahora sí que la beso con todo lo que tengo. Puede que no me salgan las palabras y que no sea capaz de expresarme como ella, pero puedo demostrárselo con las manos, con los labios y la lengua, con cada átomo de mi cuerpo que solo aspira a amarla locamente y no dejarla nunca más.

Por eso, mientras le quito el vestido y me entretengo con los zapatos, mientras le acaricio las piernas y veo que empieza a jadear, que le cuesta respirar, me digo a mí mismo que esta noche es solo para ella. La llevo hasta la cama y me aseguro de hacerle entender con cada caricia de mis labios lo que antes no he sido capaz de expresar con palabras. Que a veces yo también tengo miedo cuando me doy cuenta de lo mucho que la quiero. Sé lo que ese tipo de amor puede llegar a hacer, lo que es vivir con el miedo constante a perder al otro. Sé lo absurda que parece la vida cuando tu media naranja no está, lo adictiva que puede llegar a ser su presencia. Si lo piensas fríamente, da miedo querer tanto, pero entregar tu corazón, amar a alguien con el cuerpo y con el alma y ser amado con la misma intensidad es una experiencia que vale la pena.

Me despierto sabiendo que Tessa no está en la cama y el sonido de la ducha me lo confirma. Estoy totalmente desnudo; mi ropa sigue esparcida por toda la habitación, allí donde Tessa me la arrancó anoche, y las botellas de champán que pedimos descansan en un baño de agua tibia.

Anoche. Sonríó al recordar todo lo que Tessa me dejó hacerle. Percibió mi desesperación, se alimentó de ella y me la devolvió con creces. Tengo marcas

en el cuerpo que pueden demostrarlo. Me duele todo como hacía meses que no me dolía, concretamente desde que Tessa se marchó, pero es el mejor dolor que existe y no me importaría sufrirlo más a menudo si eso significara poder tenerla en mi cama toda la noche. La oigo cantar en la ducha mientras recojo la ropa del suelo. Saco una muda del petate y me pongo unos pantalones de chándal. Por un momento, me planteo la posibilidad de meterme en la ducha con Tessa, pero seguramente no es buena idea. Tiene que llegar pronto a casa para ayudar con los preparativos del ensayo de esta noche. Tendré que ducharme cuando acabe ella y es una lástima.

Lo digo por ahorrar agua. Obviamente.

Mientras espero a que salga, pido el desayuno y enciendo el móvil por primera vez desde anoche. Quería asegurarme de que nadie nos interrumpía. Espero que no haya pasado nada grave y respiro aliviado cuando lo que oigo es un silencio absoluto y no el sonido de un millón de mensajes y de llamadas perdidas. Tengo un correo electrónico de un profesor, eso sí, diciéndome que vaya a verlo en cuanto vuelva. Es lo único que me provoca cierto pánico y es que sé de qué se trata y podría ir muy bien o mandar al garete todo en lo que he estado trabajando últimamente. El hombre es bastante majo y yo siempre intento llegar a la hora y estar atento durante la clase. Encima soy el alumno con mejores notas de todo el grupo, así que no creo que haya problemas.

Voy a tener los dedos cruzados hasta que me reúna con él, pero es un paso más en la dirección correcta. Si fuera de esos que creen que los sueños se hacen realidad, miraría la hora en el móvil, vería que son las once y once clavadas y pediría un deseo: que todo salga bien. Normalmente no soy de esos, pero creo que hoy haré una excepción.

Una vez duchados y vestidos, todo por separado, nos sentamos a desayunar

antes de volver a casa. Puede parecer absurdo coger una habitación de hotel cuando los dos tenemos habitación a veinte minutos de distancia, pero no estoy de humor para ver a Cassandra y la casa de Tessa se ha convertido en un manicomio lleno de amigos y familiares, tanto de los padres del novio como de los futuros esposos. He de decir que he sido previsor y he cogido la habitación en el mismo hotel donde se celebran el convite y el ensayo de esta noche, así que mis motivaciones no han sido puramente egoístas. También lo he hecho pensando en la comodidad de todos. Más o menos.

—No me quiero ir. —Tessa apoya la cabeza en mi hombro—. Mi casa debe de parecer una zona de guerra.

—Podríamos quedarnos aquí, cerrar la puerta con llave y apagar los móviles. Nos saltamos el ensayo y aparecemos solo para la cena.

—Beth me mataría. Ya soy la peor dama de honor de la historia, apenas le he ayudado con los preparativos, pero si vamos al convite no podemos saltarnos el ensayo. Además, necesito rescatarla de las garras de mi madre. A saber qué le ha hecho ya a la pobre.

—Juraría que si hay alguien capaz de plantarle cara a tu madre es Beth.

A Tessa se le escapa la risa.

—Y no te falta razón, pero me da la impresión de que últimamente le ha dejado salirse con la suya unas cuantas veces, como si tuviera miedo de dar su opinión y molestar a su futura suegra. Ya le he dicho que es una tontería, que mi madre pierde el norte y necesita que alguien le pare los pies al menos un par de veces al día.

—Y para eso tienes que estar presente, ¿verdad?

Lo pregunto haciendo pucheros como un niño pequeño, pero me da igual. Pensaba que lo soportaría, que podría compartirla con el resto del mundo los pocos días que la tengo conmigo, pero me está costando más de lo que creía.

—Pues sí —responde ella con un suspiro—. Tengo que llegar temprano a

la iglesia si no quiero que a mi madre le dé algo.

Es la señal para que la lleve a casa, así que aprovecho para darle otro beso y me concedo unos segundos para admirar lo increíblemente guapa que está, con la cara limpia, el pelo recogido en una trenza que cae sobre uno de sus hombros y vestida con una sencilla camiseta blanca y unos vaqueros que le quedan como un guante. El contraste con su aspecto de ayer es total, pero incluso así, tan sencilla y discreta, sigue siendo la chica más guapa del mundo. Se lo he dicho antes, mientras terminaba de arreglarse, y podríamos haber acabado otra vez en la cama, pero justo en ese momento ha empezado a recibir llamadas de casa. Cómo no.

—Te veo en la iglesia, ¿vale? Luego iremos juntos a la cena.

—Claro. Seré el tío que esté esperándote en el altar.

Tessa abre los ojos como platos y enseguida me doy cuenta de que es por lo que acabo de decir. No pretendía que sonara así, no del todo, vamos, pero tampoco me arrepiento de haberlo dicho.

—¿Demasiado pronto?

—Cole. —Se le ha acelerado la respiración—. Un día de estos conseguirás que me dé un infarto.

—¿Qué? ¿La idea de que te cases conmigo te resulta potencialmente letal o qué?

Ella me da un manotazo en el hombro y se pone colorada como un tomate.

—No es eso y lo sabes. Lo mejor... es que vayamos paso a paso y, de momento, empecemos por intentar vivir en el mismo continente.

—¿Y luego? ¿Qué haremos? ¿Sería demasiado para ti? ¿O demasiado pronto?

Tessa abre la boca para darme una respuesta que es demasiado importante para mí, teniendo en cuenta que he empezado a sudar y me va el corazón a doscientos. No quería preguntárselo así, pero ha salido el tema y ya no puedo

retirar la pregunta, aunque soy consciente de que el momento difícilmente podría ser peor.

Alguien da unos golpecitos en el cristal de la ventanilla y yo maldigo entre dientes. Tessa se da la vuelta, sin mirarme antes a los ojos, y los dos vemos a Beth con el rostro descompuesto y haciéndonos señales para que bajemos la ventanilla.

—El vestido que me compró tu madre me viene pequeño. Debe de costar el equivalente a tres meses de alquiler y no consigo que baje más allá de la cadera.

Está a punto de echarse a llorar, lo cual es bastante impresionante considerando que Beth Romano no es la típica chica que llora por un vestido. Madre mía, no quiero ni pensar en la que está liando la madre de Tessa para que Beth acabe hecha un mar de lágrimas.

En cuestión de segundos, Tessa ya se ha bajado del coche y está consolando a su amiga y diciéndole que no se preocupe, que ya se les ocurrirá algo. La lleva de nuevo hacia el interior de la casa y, de camino, me mira por encima del hombro y me dirige una mirada y una sonrisa que conozco a la perfección.

Me está diciendo que si se lo pregunto como Dios manda, sin hacerle una emboscada en el coche y dándole tiempo para procesar la información, solo se le ocurre una respuesta posible.



A partir de ahora, mi lema será vivir con la sinceridad  
brutal de una canción de Cardi B

*Abril*

Tessa

Es curioso el tiempo que dedicamos a organizar una boda y lo rápido que pasa luego. Meses y meses de estrés, de darle mil vueltas a todo y de perder los nervios por cualquier tontería que desembocan en el día en que lo único que importa es que has encontrado al amor de tu vida y que le vas a prometer fidelidad eterna. Lloro como una Magdalena cuando mi hermano y Beth intercambian los votos. Al otro lado del altar, en la parte del novio, Cole me mira y me guiña un ojo. Ya me había avisado de que pasaría esto porque me conoce y sabe que siempre lloro en las bodas, y yo le dije que esta vez sería diferente. El hecho de que no haya elegido un rímel resistente al agua lo dice todo. Confiaba demasiado en mi habilidad para no llorar y ahora parezco un panda. Al lado tengo a Megan, que también está hecha unos zorros. Los únicos que están demostrando una gran capacidad de autocontrol son el novio y la novia. Mi hermano está a punto de romperse, se lo noto, y a Beth le tiembla la voz mientras recita sus votos.

Después de todos los nervios previos a la boda, me sorprende lo tranquila que parece Beth. Está preciosa, como una Blancanieves con un vestido de

encaje de color marfil. Ya lo había visto, Megan y yo la acompañamos a recogerlo antes de que me fuera a Londres, pero ahora que se lo veo puesto me parece aún más exquisito. Mi madre se pasó semanas lanzándole indirectas para que se comprara uno caro, de los de diseñador, pero al final encontramos una tiendecita perfecta en el pueblo y Beth se enamoró del vestido en cuanto lo vio. Nunca le han gustado las faldas y creo que nos temíamos que se casara con un traje pantalón, pero nos sorprendió a todos con este vestido que parece sacado de un cuento y con el que recuerda a un hada. Tiene las mangas largas, de encaje, un escote en forma de uve y la espalda abierta. El corpiño es ajustado, lo cual acentúa su cinturita de avispa, y la falda es larga hasta los pies y acampanada, con una cola no demasiado larga. Lleva el pelo suelto, recogido únicamente con un par de mechones enroscados para que no le tape la cara, y decorado con flores. La estilista ha hecho un trabajo increíble. El look es muy Beth: sencillo pero arrebatador precisamente por su simplicidad. La cara de mi hermano cuando la ha visto caminando por el pasillo hacia el altar lo decía todo. Incluso ahora parece que no se acabe de creer que va a ser su mujer. Su mujer. Hasta a mí se me hace raro decirlo, pero está claro que están hechos el uno para el otro.

Cuando la ceremonia termina y los recién casados se besan, Megan me coge de la mano y me la aprieta.

—¿No te parece increíble? ¿Que una de nosotras sea una mujer casada?

Aún tiene los ojos llenos de lágrimas, igual que yo. Es que me alegro tanto por ellos y me hace tan feliz que se hayan encontrado y se hayan salvado mutuamente de tantas formas distintas... La gente decía que eran demasiado jóvenes para casarse, pero, ay, si alguien es capaz de conseguir que esto funcione son Travis y Beth.

—Qué locura.

Me rio al ver que el beso se alarga más de lo esperado. Alguien carraspea,

el cura seguramente, y los novios se separan entre las risas de los presentes.

—Es una locura, pero es perfecto para ellos, ¿verdad?

Lo es, estoy de acuerdo con Megan.

La idea era que la ceremonia fuese íntima. El convite, en cambio, es otra historia por cortesía de mis padres. Se celebra en el mismo hotel donde nos alojamos Cole y yo, lo cual me permite ir corriendo desde la suite de Beth a la mía. Se va a cambiar a una versión más divertida de su vestido de novia, algo imprescindible, según ella, para poder bailar toda la noche. Cuando llego a su habitación, le echamos una mano entre Cami y yo para que pueda ir tranquilamente al lavabo. Luego viene la estilista a fin de hacerle un peinado más informal para la recepción y aprovecha para retocarle el maquillaje, aunque, la verdad, tampoco es que lo necesite, y eso que ha llorado lo suyo. Es como si no pudiera contener la alegría que siente y desprendiera una especie de brillo interior. La ayudamos a recoger sus cosas antes de bajar al convite. Estamos borrachas de vida y hasta un poco mareadas, y aprovecho para darle mi regalo. Han decidido no ir de luna de miel, al menos no de momento. Dentro de un par de días volverán al trabajo, pero como supongo que lo que les apetece es encerrarse los dos juntos y hacerlo como conejos, he pensado que podrían hacerlo en un sitio especial. Mis padres querían ayudarme con el regalo y al final les he sacado una semana en el hotel balneario más elegante y exclusivo de Stowe, Vermont. Sé que les va a encantar y encima a mi hermano siempre le ha gustado mucho la montaña. Así pues, cuando le explico a Beth el itinerario y le doy los detalles de la reserva, se pone a gritar como una loca y me da un abrazo.

—Tessa, esto es demasiado, no me lo puedo creer.

Teniendo en cuenta todo lo que lleva llorado hasta ahora, creía que no

podría llorar más, pero está claro que me equivocaba. Como sé que no le conviene, dejo que Cami se cargue la magia del momento y le haga reír.

—Oooh, qué chulo, pero me apuesto diez pavos a que no salís de la habitación. De alguna manera hay que mantenerse calentito, ¿eh, señora O’Connell? Sobre todo cuando hay tanto que consumir.

La señora O’Connell siempre ha sido mi madre. Se me hace raro que Cami la llame así, pero es lo que ha elegido ella, se ha cambiado el apellido y, es verdad, se llama así.

Beth, que no tiene reparos en hablar abiertamente de su vida sexual, se pone colorada como un tomate y le da una palmada en el hombro a Cami.

—No digas eso que ya estoy suficientemente nerviosa —protesta, y se tapa la cara con las manos.

—¿Y por qué estás nerviosa?

Me lo ha parecido un par de veces durante el día, pero he supuesto que era por la tensión de la boda. Ahora ya debería estar más relajada, pero se nota que está nerviosa y no es lo que esperas de una recién casada.

—Pues porque... ya es oficial, ¿no? Soy la mujer de alguien. —Cami me mira y, por la cara que pone, diría que lo ha entendido; la psiquiatra que lleva dentro ya ha sacado las primeras conclusiones—. Es algo muy importante y no tengo ni idea de cómo es un matrimonio ejemplar. Joder, si ni siquiera sé quién es mi padre. ¿Y si la cago? Travis no necesita a otra chica que le provoque otro desengaño amoroso.

Nos mira con una expresión de pánico y no puedo evitar que se me rompa el corazón al verlo. Su madre nunca le dijo quién era su padre, aunque la gente del pueblo siempre ha tenido su lista de candidatos. Travis comenta que es algo que le afecta mucho. De hecho, cuando decidieron casarse, cada vez que salía el tema de los invitados Beth se ponía de mal humor porque siempre ha tenido muy poca familia. Se define a sí misma como huérfana y nunca sé

si lo dice como una autocrítica o si realmente le apena. A la boda han venido unos cuantos familiares lejanos y varios tíos y tías, aunque al final ha preferido caminar sola hasta el altar en una actitud muy de Beth. Ahora que veo lo mucho que le afectan las dudas, me parece increíble que no me haya dado cuenta antes de lo complicado que sería el día de hoy para ella.

—Eh, escúchame un momento. Travis y tú lleváis años juntos y está loco por ti. Un trozo de papel no va a cambiar vuestra relación. Mi hermano te quiere tal como eres.

Tiene los ojos húmedos y me maldigo porque no he sido consciente antes. Está muerta de miedo. Cami y yo intercambiamos una mirada y justo en ese instante entra Megan en la habitación y se percata de la escena que tiene delante.

—Tessa tiene razón, ¿vale? El matrimonio no cambiará en nada lo que sois como pareja. Tú quieres a Travis, eso lo ve cualquiera, y por lo que me cuenta Tessa, has sido muy buena con él.

Yo asiento.

—Mi hermano tiene mucha suerte por haberte encontrado y estoy convencida de que vas a ser la esposa perfecta para él. No la más perfecta del mundo, pero sí la perfecta para él porque nadie lo quiere como tú y eso es lo más importante.

Beth se enjuga las lágrimas, todas lo hacemos.

—Eh. —Megan se acerca a la recién casada y le coge las manos—. ¿Te acuerdas de cuando íbamos al instituto y os gustabais sin que nadie lo supiera y tú intentaste por todos los medios no enamorarte de él?

Beth asiente y sonrío al recordarlo.

—Nos dijiste que no podías mantenerte alejada, que Travis te trataba mejor que todos los tíos con los que habías salido y que fue mágico, que te enamoraste de él sin apenas darte cuenta.

—Y es verdad. Travis era tan... persistente que nunca tuve la más mínima oportunidad.

—Te necesita, Beth, si fue detrás de ti es porque te ama. No quiere una esposa perfecta o un matrimonio de cuento y sí pasar el resto de su vida a tu lado, equivocándose y aprendiendo de los errores junto a ti. Y ahora dime qué es lo que te preocupa.

Ella se enjuga las lágrimas otra vez y niega con la cabeza.

—No estoy preocupada, ya no. No vais a dejar que pierda los papeles, ¿verdad?

—Hoy no, con el salón del banquete lleno de comida y de parafernalia por valor de miles de dólares. Disfrútalo y posa para ese fotógrafo tan caro que habéis contratado, que mañana ya tendrás tiempo de ponerte de los nervios — le dice Cami y así, sin más, es como Beth recupera su seguridad de siempre.

—Eres difícil de atrapar, ¿eh, O'Connell?

Sonrío y Jay me sujeta por la cintura antes de que alguien se le adelante. Hace horas que bailamos y la fiesta no parece que vaya a terminar pronto. Veo a Beth bailando con mi padre y a Travis con la abu Stone, y siento una sensación de satisfacción y de consuelo que solo se siente estando en casa. No quiero parecer desagradecida, pero aunque Londres es maravilloso, no hay nada como estar rodeada de la gente a la que más quieres.

—Tampoco te has esforzado mucho buscándome.

Arqueo una ceja y desvío la mirada hacia Alana, la amiga de Beth, que lleva todo el día cuchicheando y tonteando con Jay. Él sonrío.

—Solo intento ser amable, nada más.

—Ya, claro. Está tan impresionada con tus habilidades como anfitrión que no para de mirar hacia aquí con cara de corderito degollado.

Nos balanceamos al ritmo de la música y me alegro al darme cuenta de que esto no tiene nada que ver con los bailes lentos e incómodos de antes con Jason Stone. Nos hicimos muy amigos cuando se mudó a la ciudad, pero después de unos meses fuera creí que me sentiría más incómoda y no. Jay sigue siendo el mismo de siempre.

—Enseguida vuelvo con ella, siempre hay que tenerlas a raya para que quieran más.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Y te funciona?

Con el rabillo del ojo, veo que uno de los amigos de Travis se acerca a Alana y la invita a bailar. Intento aguantarme las ganas de reír porque es evidente que lo que Jay no ve acabará pasándole factura.

Él se encoge de hombros.

—Casi siempre, pero a esa la tengo en el bote. Llevo todo el día currándomelo.

—Ajá.

Al fondo de la sala, Alana se ríe de algo que le ha dicho el amigo de mi hermano y, de repente, se le iluminan los ojos. Pues sí, parece que está en el bote, aunque no en el de Jason Stone.

—¿Sabes lo que no nos gusta nada a las mujeres?

—¿Los tíos majos que os tratan bien y no os rompen el corazón?

—No, no me refería precisamente a eso. No nos gusta que nos traten como objetos, y es válido tanto para ella como para todas las demás. ¿Qué pasa? ¿Que quieres fardar de dama de honor con tus amigotes?

—Tampoco soy tan capullo, ¿sabes?, a pesar de lo que opine Cole. Me ha parecido que estaba sola y que no conocía a nadie, así que he pensado que estaría bien hacerle compañía. —De pronto, me siento culpable por lo que le acabo de decir, pero no me dura mucho, solo hasta que vuelve a abrir la boca

—. Y si encima triunfo, ¿cuál es el problema? —Me hace girar sobre mí misma y luego tira otra vez de mí—. Bueno, será mejor que me vaya antes de que tu novio decida arrancarme los brazos.

Mira por encima de mi hombro y, cuando me doy la vuelta, veo a Cole en una esquina con el ceño fruncido y fulminándonos a los dos con la mirada. No sé si es posible, pero siento que el corazón se me derrite y se hiela al mismo tiempo. Hemos pasado un día perfecto. Cuando me ha visto con mi vestido de dama de honor, sin mangas, largo hasta los pies y de color lavanda, se le ha iluminado la cara. Todas llevamos una versión un poco distinta del mismo modelo; el mío tiene una abertura lateral y, tal como hemos descubierto esta misma semana, resulta que a Cole le encantan mis piernas. Ha estado toda la noche sin quitarme las manos de encima, para diversión de mis amigos y desgracia de una servidora. Pero la noche ya se acerca a su fin y si me ha dejado sola el tiempo suficiente para que Jay haya podido sacarme a bailar es porque estaba haciendo la maleta y cambiándose para ir al aeropuerto.

Me da un poco de vergüenza la rapidez con que se me llenan los ojos de lágrimas. No estoy preparada para despedirme de él y no verlo hasta dentro de tres meses y, la verdad, esta vez no creo que podamos vernos antes. Yo estaré hasta arriba de trabajo y él, en cuanto acabe las clases, empezará las prácticas de verano y luego tendrá que prepararse para el segundo año.

Jay se retira disimuladamente mientras Cole se dirige hacia mí. Ha cambiado el esmoquin por unos vaqueros y una camiseta, pero aun así no me importaría saltarle al cuello aquí mismo, delante de toda esta gente. La verdad es que sabe cómo llevar un traje, pero está igual de despampanante se ponga lo que se ponga. El número de mujeres, tanto jóvenes como mayores, que se han parado a mirarlo me ha parecido preocupante, pero también me ha llenado de orgullo porque, al fin y al cabo, sé que es todo mío.



—Aquí el que no corre, vuela.

Cole mira de reojo hacia la zona donde está Jay, que de pronto parece que llega tarde a una cita.

—Venga ya, ¿de verdad quieres perder el tiempo discutiendo sobre Jay? ¿Tenemos que volver al mismo tema de siempre?

Lo piensa y decide que, como de costumbre, yo soy la más madura de los dos y, como tal, siempre tengo la razón.

—Me despido de mi familia y nos vamos, ¿vale?

—Vale —respondo, y sé que, aunque solo es una palabra, me ha temblado la voz.

Yo ya he cumplido con mis obligaciones de anfitriona y de dama de honor. Miro a Travis y a Beth y sé que están bien y que la velada ha ido como esperaban. Mis padres se han comportado sorprendentemente bien; no he detectado tensión alguna ni entre ellos ni con sus respectivas parejas. La abu Stone ha mencionado a su futuro bisnieto una sola vez, lo cual es toda una victoria, y Cassandra se ha mantenido lejos de mí, aunque, ahora que ha vuelto su hijo, noto que sus ojos no se apartan de mí. Cole me da un beso fugaz antes de hacer una ronda por toda la sala y, de repente, siento un frío insoportable. Cruzo los brazos e intento entrar en calor, pero es como si Cole se hubiera llevado consigo el mismísimo sol. Lo sigo con la mirada mientras se despide de sus padres y de su abuela, le da unas palmadas en la espalda a su hermano y luego se dirige hacia mi familia. Abraza a la pareja, se ríe de algo que le ha dicho Beth y luego se funde en un abrazo con mi padre. Los miro y no puedo evitar que se me vuelvan a llenar los ojos de lágrimas. ¿Desde cuándo soy tan sensible? Ah, sí, desde que me enamoré de Cole Stone. Hablando de Cole, por fin acaba la ronda de felicitaciones y despedidas; se reúne conmigo y me coge de la mano.

—¿Lista?

«No llores, Tessa, ni se te ocurra llorar.»

Contesto que sí y no puedo evitar sentirme orgullosa porque apenas me tiembla la voz.

El Uber aún tardará un rato en llegar, así que aprovecho y me llevo a Cole de vuelta a la habitación, a nuestra burbuja particular. Cada paso que doy supone cargar con un peso que ayer por la noche no estaba ahí. Dios mío, ¿fue anoche cuando estábamos tan felices y no nos preocupaba el futuro? Volvimos a la habitación después de la cena de ensayo y, a pesar de que muchos de los invitados se alojan en este mismo hotel, conseguimos escondernos. Ahora me siento un poco ridícula. ¿Qué necesidad teníamos de dormir ocho horas cuando podríamos haber pasado la noche en vela hablando, tocándonos o simplemente haciéndonos compañía? Las palabras se amontonan en mi garganta, pero hay un nudo enorme que la bloquea y no las deja pasar. Me da miedo abrir la boca y que lo único que salga por ella sean sollozos y lamentos. No es lo que necesita Cole ahora mismo.

La verdad es que Cole también está muy callado. Hacía tiempo que no lo veía tan serio, pero nos queda una hora juntos y quiero explicarle todo lo que le he estado ocultando estos últimos meses. Quiero que tenga fe en un futuro al que los dos podamos aferrarnos y que estos próximos meses pasen volando, y es que he decidido que la vida es demasiado corta para empecinarnos en sufrir de esta manera. Ningún trabajo es tan importante para mantenernos separados, sobre todo si ni siquiera estoy segura de que sea lo que quiero hacer el resto de mi vida. Estoy convencida de que entre los dos conseguiremos que esto nuestro funcione y esta vez soy yo la encargada de dar el primer paso.

El servicio de limpieza ha pasado por aquí: la habitación está impecable y

la cama hecha. No se parece en nada a como la hemos dejado estas dos últimas noches y el contraste es tan fuerte que me embarga una sensación de pánico. No sé qué hacer, no sé cómo cambiar nuestra situación, evitar que se vaya o dejar mi trabajo. La realidad es que Cole se marcha en menos de una hora y, cuando yo vuelva, seguiremos viviendo separados durante al menos dos años más. Me parece tan increíble que me entran ganas de romper algo. No, eso no va a pasar. Buscaré otro trabajo y le diré que...

—Tessie, tengo que contarte algo.

Menos mal que estoy sentada en la cama cuando lo dice. Me coge de las manos y su voz me suena inquietante. De pronto, no quiero saber de qué se trata. Son demasiadas emociones juntas y poco tiempo para procesarlas, y yo estoy física y mentalmente agotada.

—Estoy un poco asustada.

Creo que la mejor forma de gestionar cómo me siento es admitirlo en voz alta y no guardármelo para mí. La falta de comunicación ha estado a punto de costárnoslo todo, así que a partir de ahora, mi lema será vivir con la sinceridad brutal de una canción de Cardi B.

Tampoco es mucho pedir, ¿no?

—¿Por qué?

Parece sorprendido, como si no se hubiera dado cuenta de que estoy a punto de echarme a llorar.

—No lo sé. Llevo todo el día con la sensación de que va a pasar algo y ahora mismo diría que lo que me vas a contar es algo gordo.

Cole asiente.

—Lo es.

—Ay, Dios mío, Cole. ¿Quieres matarme o qué? ¿Qué pasa?

Se queda callado durante unos segundos, demasiados para mi gusto, y por un momento creo que se me va a parar el corazón. Existe la posibilidad de

que la palme ahora mismo y resucite gracias a mi rara naturaleza. ¿Qué es lo que me está ocultando?

Coge la mochila del suelo y saca un sobre marrón. Me lo da y hace un gesto con la cabeza.

—Ábrelo.

¿Es legal que me entregue los papeles del divorcio si ni siquiera estamos casados? Porque estos sobres siempre son para las malas noticias. Levanto el cierre lentamente y lo abro. Me tiemblan las manos. Dentro hay unos papeles sujetos con un clip, pero solo necesito leer la primera página para saber lo que es. Se me escapa una exclamación de sorpresa y mi cuerpo reacciona enseguida a lo que estoy viendo. Si hasta ahora me temblaban las manos, ahora me tiembla el cuerpo entero y con tanta violencia que me cuesta respirar.

—No hace falta que te lo leas todo. Yo solo... quería poder darte algo más que palabras. Estoy trabajando en ello, llevo trabajando en ello desde principios de semestre, y estoy a punto de conseguirlo, Tessie. No está hecho, pero los profesores creen que lo conseguiré.

—¿Es real? Dios mío, Cole, ¿lo vas a hacer de verdad?

No sé hacia dónde mirar, al formulario de ingreso de la facultad de Derecho de Columbia o a él, que me observa expectante.

—Es lo que quiero, claro, si a ti también te parece bien. Quizá sea correr demasiado y ya sé que dijimos que nos vendría bien pasar un tiempo separados, pero...

No le dejo terminar la frase, lo beso como si me hubiera hecho la persona más feliz del mundo, que es exactamente lo que acaba de hacer. Esta vez se ha superado y tengo menos de una hora para demostrárselo, así que mejor dejémonos de palabras.

Aquí la única que tiene permiso para comportarse como  
una imbécil soy yo

*En el presente*

Tessa

Aún estoy un poco emocionada después de la cena de anoche, voy por la oficina un poco aturdida. Por eso Leila necesita un par de intentos hasta que consigue que le haga caso.

—¿A ti qué te pasa hoy? Estás más ausente que de costumbre, me pones nerviosa.

Niego con la cabeza e intento concentrarme, pero no puedo parar de pensar en la conversación que tuve con Cole y en cómo adaptar la nueva realidad a los planes que tenía para este verano, planes que no llegué a contarle porque se me adelantó.

—Perdona, es que he dormido fatal.

Leila pone cara de pocos amigos.

—Pues espabila porque la jefa ha preguntado por ti.

Seis meses debería ser tiempo más que suficiente para sentar las bases de una amistad duradera, pero con Leila es al contrario, es como si mi presencia le resultara tan molesta como al principio. Con el paso de los días, he llegado a la conclusión de que no practica el mal al estilo Nicole Bishop, sino que

simplemente está tan encantada de haberse conocido que es muy fácil ver en ella a una bruja egocéntrica y rabiosa, cuando en realidad, cuando la conoces de verdad, te das cuenta de que es inofensiva.

—¿Ha dicho por qué?

—Ni idea, pero, eh, si al final vas a hacer lo que creo que vas a hacer, estaría bien que aprovecharas para decírselo.

Da media vuelta y se dirige hacia su cubículo como si no acabara de abrir la caja de los truenos. Yo había hecho planes para este verano y los había compartido con ella, pero la revelación de Cole del otro día lo ha puesto todo patas arriba.

—Ya no estoy segura de nada —le digo cuando paso junto a ella de camino hacia la oficina de Amy Drake.

Por un momento, me pregunto si Leila se habrá ido de la lengua para marcarse un tanto con la jefa, pero al final decido que ni siquiera ella es tan mala.

Llamo a la puerta de Amy, que me hace pasar.

—Cierra la puerta, ¿quieres?

El despacho de Amy es tan chic como ella, en tonos crema y dorados con algún que otro detalle en negro. Es el despacho más grande de todo el edificio y el que tiene mejores vistas de Nueva York, gracias a los ventanales de pared a pared. La primera vez que estuve aquí, me sentí muy intimidada, y es que esta mujer es famosa por haber hecho llorar a cientos de becarios, pero después de haber pasado varios meses con ella en Londres, ya no me intimida tanto. Bueno, al menos no tanto como antes. De hecho, ahora soy capaz de completar una frase entera sin tartamudear.

Me hace una señal para que me siente y yo me entretengo toqueteando la pantalla del iPad y preparándome para tomar notas por si resulta que esto es una reunión. Pero entonces me mira por encima de la pantalla de su

ordenador y tengo la sensación de que esta no es otra de nuestras lluvias de ideas.

—Muy interesante el artículo que has entregado.

No me hace falta pensar demasiado para saber a qué artículo se refiere. Me hace tanta ilusión que quiera comentarlo conmigo que estoy entre feliz e histérica, todo al mismo tiempo. El encargo era cubrir marcas de maquillaje más independientes y no solo las que copan los mostradores de los grandes centros comerciales. El comercio electrónico y el maquillaje están pasando por su mejor momento, y yo tenía que escribir un artículo sobre una marca creada por una madre soltera cuya hija tiene una enfermedad en la piel que le impide usar cualquier tipo de maquillaje. Me pareció que la historia de Samantha era muy inspiradora porque lo había hecho pensando en su hija y eso la había llevado a fundar un pequeño negocio familiar en clara expansión. Lo mejor de todo fue la alegría desbordante en la cara de Lissy, su hija de diez años, mientras se aplicaba los productos de su madre sin que le provocaran ninguna reacción en la piel.

Obviamente, me dejé llevar por la vertiente más emotiva de la historia y puede que no dedicara demasiado tiempo a cubrir los productos en sí. Lo siento, *mea culpa*. Ahora me preocupa que Amy me diga que he metido la pata, lo cual, teniendo en cuenta los plazos de entrega con los que trabajamos, podría costarle un dineral a la revista. Ha dicho que el artículo es interesante y eso podría querer decir que no está mal o que estoy despedida. Su expresión no desvela absolutamente nada, así que cruzo los dedos y todos los apéndices cruzables de mi cuerpo con la esperanza de que no le haya parecido un desastre.

—Es un poco diferente de lo que esperaba —empieza, y yo me muerdo los carrillos por dentro e intento que mi rodilla se esté quieta porque sé que Amy lo odia—. Dicho esto, reconozco que me ha sorprendido positivamente. Has

hecho un gran trabajo, Tessa.

La miro y abro los ojos como platos. ¿En serio?

—¿En serio?

Ella se ríe, bueno, si es que la dama de hierro es capaz de tal cosa.

—No te hagas la sorprendida, las dos sabemos que eres buena escribiendo. Estudiaste Filología Inglesa en la universidad, ¿verdad? —Asiento con la cabeza y ella me mira fijamente, como si quisiera colarse en ella y saber todos mis secretos—. Me ha encantado, creo que cualquiera que lo lea querrá ayudar a Samantha y además es un gran artículo sobre mujeres emprendedoras. Es apasionado, sentimental y con la cantidad exacta de denuncia social, pero...

Por un momento, siento la tentación de cerrar los ojos. Después de tantos halagos, un «pero» nunca puede ser bueno. Es un buen artículo, pero no lo que está buscando. Lo supe en cuanto lo envié, pero creo que una parte de mí no quería malgastar palabras hablando de fórmulas y pigmentaciones cuando la pieza transpiraba un contenido humano mucho más importante. Supongo que me lo he buscado, pero estoy orgullosa de lo que he escrito y me alegro de haberme centrado en la relación entre Samantha y su hija Lissy.

—... no es exactamente lo que buscamos en esta revista.

Maldigo para mis adentros e intento que no se me note la decepción en la cara. He invertido mucho esfuerzo en este artículo, sería una lástima que no viera la luz. Además, quería que todo el mundo oyera hablar de la increíble aventura de Samantha y ahora resulta que le he fallado.

—Lo siento —le digo a mi jefa—. Lo he intentado, pero supongo que la pieza acabó siguiendo su propio rumbo. Intenté centrarme en los productos de la marca, pero Sam es una mujer increíble y pensé que su historia era más importante que el tono de pintalabios que le queda mejor a una piel trigueña.

Me siento frustrada, es evidente, y no pienso con claridad o jamás se me



habría ocurrido quitarle importancia al maquillaje delante de mi jefa, que es algo que hago a menudo con mis amigas. Me gusta trabajar aquí, de verdad, y he desarrollado una leve adicción a los potingues, pero en el fondo sigo siendo la misma chica que se graduó en la universidad porque quería contar historias humanas de personas reales y luego compartirlas con el mundo.

—No me he explicado bien. Quería decir que sí, que son unos productos muy buenos, obviamente, y que seguro que se venden muy bien, sobre todo ahora que el maquillaje natural está tan de moda, pero hay mucho más que contar, ¿me explico? Samantha tuvo que dejar la universidad en segundo porque se quedó embarazada y su novio la abandonó cuando acababa de tener a la niña. Lissy tiene una enfermedad de la piel que le impide usar cremas normales y su madre llevaba mucho tiempo buscando productos que le fueran bien. Me parece increíble todo el proceso de investigación que hizo y que consiguiera fabricarlas en casa...

Dejo de hablar al tuntún y me doy cuenta de que a Amy le parece muy divertido. Me pongo roja como un tomate y me pego una colleja mental porque sé que no debería haberme dejado llevar de esta manera por mis emociones. Puede que a mí me parezca una historia fascinante, pero en esta revista es más importante el tono de pintalabios favorito de la última *it girl* de moda... y ¿a que no sabes qué artículo preferirían las lectoras? En momentos como este es cuando más fuera de lugar me siento. ¿Una revista con el potencial y el número de lectoras que tiene *Venus* no debería apostar por una buena causa? Ya sé que lo nuestro no es el activismo ni la política, pero podríamos aprovechar para denunciar los problemas que tienen las mujeres emprendedoras para encontrar financiación o las pocas ayudas que hay para madres solteras, sobre todo cuando sus hijos sufren enfermedades o tienen necesidades especiales. También había escrito sobre eso, con miles de datos y un análisis de lo más sesudo, pero, claro, no es lo que se esperaba de mí.

—Se nota que te interesa mucho el tema y me parece muy loable. De hecho, casi todo lo que has escrito hasta ahora tiene la misma perspectiva que este texto. Ya sé que te interesa saber cómo son las personas que hay detrás de la marca, pero así no es como se vacían las estanterías de las tiendas, Tessa.

Me vuelvo a disculpar y le digo que tengo información de sobra, que reescribiré la pieza centrandó la atención en el maquillaje y en las cremas, pero mi jefa me mira y niega lentamente con la cabeza.

—Es un artículo muy bueno. Si lo viera en una revista, me lo leería sin dudarlo y querría hablar con esa mujer y decirle que está haciendo un trabajo increíble. Has hecho algo muy especial, Tessa, y quiero que la gente lo lea. Por eso se lo he enviado al editor jefe de cierta revista de negocios de la que seguro que has oído hablar. Los dos pertenecemos al mismo grupo editorial, así que ha sido fácil.

Me dice el nombre de la revista y a mí se me desencaja la mandíbula porque

¡ay,

Dios

mío!

—¡No puede ser!

Me tapo la boca con las manos para no ponerme a gritar y es que voy a publicar un artículo en el equivalente de la *Forbes* para mujeres empresarias. Amy sonrío.

—Le ha encantado, así que felicidades, vas a publicar en una de las pocas revistas que me tomo la molestia de leer.

—Gracias, gracias, gracias, de verdad.

Estoy que no quepo en mí de la emoción. Esto es un paso de gigante para mi carrera y me servirá de ayuda cuando mande el currículum a... Mierda,

aún no le he dicho nada a Amy.

—Te lo mereces —me dice, y agita una mano como quitándole importancia al asunto—, pero la próxima vez intenta centrarte un poco más en el maquillaje, por muy superficial que te parezca. Y ahora márchate antes de que Leila piense que te estoy ascendiendo y le dé un ataque.

Me rio y le doy las gracias otra vez, y justo cuando me dirijo hacia la puerta va ella y lanza la bomba.

—Ah, y Tessa, ¿qué te parece si nos reunimos cuando vuelva de Japón y me cuentas dónde te ves trabajando dentro de cinco años?

—Eh... pues...

—No hace falta que disimules, pero ya hablaremos, ¿vale? Ahora tengo que empezar a mirar currículums.

Maldita sea, ¡también es adivina!

—A ver, un momento. ¿Me estás diciendo que ya sabía que te quieres ir?

Megan apoya el móvil contra algo y se dispone a prepararse la cena mientras yo echo una mirada lastimera a mi ramen de microondas. No recuerdo cuándo fue la última vez que llené la nevera o cociné algo que no fueran huevos. Y ahí está mi amiga, la Jamie Oliver pelirroja, cocinando un menú de tres platos capaz de hacerme salivar desde el otro lado de la pantalla.

—Es lo que me ha parecido entender, pero no estoy segura. Tampoco he hecho nada que le haga creer que estoy pensando en cambiar de trabajo.

—Aparte de negarte por sistema a escribir sobre maquillaje y centrarte en la parte más humana de cada historia.

—Vaya, quizá eso sí que lo he hecho, ¿verdad?

—Pero es algo bueno, ¿no? Así te ahorras el mal trago de tener que darle los quince días. Ya lo ha hecho ella por ti.

—La verdad es que no sé muy bien cómo sentirme, si halagada u ofendida, ahora que sé que ya está buscando a mi sustituta.

—Un poco las dos cosas, ¿no? Madre mía, ya veo que en el mundo de la belleza el que no corre, vuela. Supongo que tiene que pensar en sí misma.

—Si lo entiendo, de verdad, pero ahora tengo que darme prisa en encontrar trabajo.

Llevo dándole vueltas a mi currículum demasiado tiempo, esperando el momento adecuado para enviarlo a las editoriales, pero siempre había algo que me lo impedía. Ahora que por fin tengo el beneplácito de mi jefa, más me vale ponerme manos a la obra cuanto antes.

—¿Se lo vas a contar a Cole?

—Pues... no sé qué hacer. Él ha decidido poner su vida patas arriba por mí y yo no sé si sería capaz de permitirselo y luego vivir con ello. Si lo hago, Cassandra habrá tenido razón desde el principio. Seré la persona dependiente y manipuladora que siempre ha creído que soy, la que obliga a su hijo a renunciar a sus sueños por los míos. Cole ya se vino conmigo a la universidad y ahora quiere venirse aquí, y no sé qué pensar.

Le he contado la conversación que Cole y yo tuvimos el día de la boda de mi hermano. Lo tenía todo planeado, me dijo que quería pedir el traslado a Columbia. Al principio, me alegré tanto que no se me ocurrió pensar en lo que significaba un cambio así para él. Pasamos el poco tiempo que nos quedaba juntos haciendo planes para el futuro, pero la alegría empezó a desvanecerse a los pocos días cuando me di cuenta de que todo giraba otra vez a mi alrededor. Tuve pesadillas con Cassandra, cómo no; me decía que estaba destrozándole la vida a su hijo. No quiero que se me malinterprete: Columbia tiene muy buena fama, seguro que también le iría muy bien aquí, pero él siempre ha querido estudiar en Chicago y, si se marcha, perderá todos los contactos que ha hecho durante el primer año. Trabajó muy duro para

asegurarse una plaza allí. Yo estaba con él el día que recibió la carta de admisión, vi su cara de alegría. ¿Podría vivir con el peso de saber que ha dejado la universidad de sus sueños por mí?

Me frotó las sienes; se avecina un buen dolor de cabeza.

—El otro día lo estuvimos hablando durante la cena. Le han aceptado el traslado, cómo no.

Megan pone cara de pena, pero conozco a mi amiga y sé que lo que estoy viendo ahora mismo es empatía, no simpatía. Siempre ha sido un trozo de pan, por eso tiene tanto sentido que esté estudiando medicina y hace poco haya decidido especializarse en pediatría. Se lo está trabajando tanto o más que Cole, pero la diferencia es que su novio y mejor amigo del mío, Alex, siempre ha estado a su lado. Me da envidia lo fácil que lo han tenido todos en ese aspecto, mientras que Cole y yo seguimos atrapados en el limbo de las relaciones a distancia. Hablando del rey de Roma, creo que he oído la voz de Alex. Me pregunto si Cole le habrá explicado sus planes y si le habrá contado algo que yo no sepa.

—¿Alex lo sabe?

Megan niega con la cabeza.

—Dice que no, pero que se olía algo. Por lo visto, Cole se ha dejado la piel intentando cuadrarlo todo. Es increíble lo que ha conseguido, pero...

Otra vez el «pero».

—¿Pero?

—Ten cuidado, ¿vale? Quién sabe, quizá dentro de un par de meses se arrepienta y te eche la culpa a ti. Chicago era su primera opción, ¿verdad?, la universidad de sus sueños. Tiene que ser duro renunciar a algo así.

Sé lo que está pensando porque es lo mismo que llevo pensando yo todo el verano. Para mí sería más fácil mudarme de ciudad y cambiar de vida que para Cole. La verdad es que podría haberme esforzado un poquito más en

encontrar trabajo en Chicago, pero estaba tan obsesionada con volver a Nueva York que no se me ocurrió pensar que aún nos quedan tres años viviendo separados. Muy bien, Tessa, tan lista como siempre. Un día de estos tendré que tragarme el orgullo y reconocer que la vida en la ciudad no es lo que esperaba.

He tomado un montón de decisiones absurdas en mis escasos años de vida, pero esta se lleva la palma. Cuanto más pienso en todos los cambios que me esperan en los próximos meses, más cuenta me doy de que tengo que dejar de pasar de puntillas por la vida y coger el toro por los cuernos de una vez por todas. Y si eso significa reunirme con mi madre, que así sea.

—¿Dónde has dicho que vas?

—A ver a mi madre.

—¿Y por qué quieres hacerte eso a ti misma, si se puede saber?

Pongo los ojos en blanco, pero eso él no lo ve porque solo es una llamada de voz, no un FaceTime. Aguanto el móvil con el hombro e intento recoger mis cosas lo más rápido que puedo porque no quiero perder el tren. Mi madre se ha ofrecido a enviarme un coche, pero no quiero pasarme horas atrapada en un atasco y, además, últimamente siempre funciono en modo crisis: hay que hacerlo todo rápido y para ayer.

—Tampoco es tan mala. ¿Sabes que les ha pagado las obras a Beth y a Travis como regalo de boda? Puede ser muy considerada cuando se lo propone.

—O le gusta arreglar los problemas a base de dinero.

Tanto cinismo no es propio de Cole. De hecho, toda la conversación está siendo un poco extraña. Sé que está estresado, pero eso no quiere decir que tenga que permitirle que me hable así y se lo digo.

—Perdona, bizcochito, he tenido un par de días muy duros en el trabajo.

—No pasa nada, tranquilo. No sabes cómo me gustaría poder ayudarte, pero Cole, no dejes que esto pueda contigo. Tú no eres así, ¿vale? Aquí la única que tiene permiso para comportarse como una imbécil soy yo — bromeo, y consigo arrancarle una carcajada.

—Dios, te echo de menos y estoy harto de repetir siempre las mismas palabras. Qué ganas tengo de estar ahí contigo.

—Yo también, Cole, yo también.

No le digo que ahora mismo estamos trabajando en direcciones totalmente opuestas, pero estoy convencida de que he tomado la decisión correcta y si para conseguir mi objetivo tengo que ir de visita a casa del novio machista de mi madre, que así sea.

Llego a la mansión de Ray justo a tiempo. El conductor del Uber que me ha traído desde la estación silba al ver el tamaño de semejante monstruosidad. ¿Los hombres que se construyen casas así de grandes lo hacen para compensar lo que les falta por otro lado? Porque, de verdad, ¿eran necesarias dos entradas distintas a la finca?

—¿Este tío es famoso o qué?

—No, es el novio rico de mi madre.

—Vaya, vaya con tu madre. Me alegro por ella.

Chocamos los puños y me río porque qué menos que buscarle el lado gracioso a la situación.

Un mayordomo como los de antes me abre la puerta y me acompaña al interior de la casa, no sin antes inclinarse en una reverencia como si esto fuera la Inglaterra del siglo XVIII.

—Bienvenida, señorita O'Connell. Su madre la está esperando.

Me siento como si estuviera en un episodio de *Los Soprano*. Cuando menos me lo espere, me atacará alguien armado con una pistola o me partirá

el cuello. El silencio es inquietante. La mansión, a pesar sus techos altos y de sus suelos de mármol, apesta a soledad. Mi padre tiene dinero, pero no tanto. Me entristece pensar que quizá esto es lo que mi madre siempre ha querido y que ahora que por fin lo tiene, sigue sin ser feliz.

El mayordomo me acompaña hasta una sala de estar donde mi madre toma el té como si estuviera esperando a la mismísima reina de Inglaterra. El único momento en que me parece entrever alguna emoción por su parte es cuando se levanta y me abraza con fuerza, y es que nunca vengo a verla.

—Ya creía que nunca vendrías a verme. La verdad es que me he sorprendido cuando me has dicho que querías venir.

La miro e intento encontrar algún parecido con la mujer que me crio, pero se ha hecho tantas cosas para parecer más joven y mantener el interés de Ray que apenas la reconozco. Ahora que me fijo, hay cierta luz en sus ojos que no estaba ahí cuando yo era pequeña. Solía tomar antidepresivos, por eso siempre parecía un poco ausente, pero creo que los ha sustituido por una nueva adicción.

—Lo siento, es que... Ya sé que te dije que intentaría venir a verte más a menudo después de la boda de Travis, pero últimamente tengo mucho trabajo.

—He leído todos tus artículos y he convencido a todas mis amigas para que se compren la revista. Están enganchadísimas.

—Gracias, mamá, es un trabajo genial. Hay cosas que me encantan, pero...

—No es lo que quieres hacer el resto de tu vida, ¿verdad?

Me dedica una mirada cómplice porque, aunque nunca ha sido la madre más atenta del mundo, sabe perfectamente que mi sueño es trabajar en el mundo editorial y por eso estoy aquí.

—No y creo que ha llegado la hora de cambiar de aires. Supongo que me fui a vivir a Nueva York porque quería demostrarme algo a mí misma, no



porque me planteara la posibilidad de ser feliz allí. Ya no soy feliz allí, mamá, no puedo seguir engañándome más.

—Bueno, pues habrá que hacer algo, ¿no? Creo que sé por dónde vas, tú déjame que hable con Ray. Yo creo que podremos conseguirte un par de entrevistas en Chicago.

Me inclino hacia ella y la abrazo para agradecerle que me haya evitado la humillación de tener que arrastrarme y suplicar. Por primera vez en mucho tiempo, estamos conectadas y mi madre sabe qué pasa por mi cabeza. Nunca me ha gustado pedir favores a mis padres ni aprovecharme de su dinero, pero el amor a veces nos lleva a hacer cosas que nunca habíamos imaginado, ¿verdad?

## En tu ropa siempre caben más cosas que en el bolso de Mary Poppins

Tessa

Quiero que todo el mundo sepa que yo, Tessa O'Connell, jamás haré carrera en el mundo del espionaje. Se me da fatal la discreción y guardar secretos, lo cual explica por qué cuando intento convencer a Cole para que detenga el traslado de su expediente a Columbia, no tarda en darse cuenta de que aquí pasa algo. Bueno, no es que se dé cuenta, es que me conoce perfectamente y sabe leerme como si fuera un libro abierto. Así pues, no sirve de nada que intente ocultarle lo que he hecho estos últimos dos días.

Acabo de llegar de trabajar. He quedado con Beth para tomar algo dentro de un rato, pero Cole me pilla justo leyendo unos correos electrónicos muy importantes y soy incapaz de ocultarle mi alegría.

—Ya te he dicho que no necesito pensarlo. Lo he hecho convencido y no pienso echarme atrás.

Está en su habitación, ese espacio decorado con un gusto exquisitamente masculino, todo en tonalidades de gris y blanco, con una cama enorme que ocupa buena parte del espacio y un cabecero tapizado de madera de caoba. Me ha enseñado el piso un par de veces mientras hablábamos por teléfono y otra en un viaje relámpago que hice hace unos meses. Es una mejora

importante en comparación con el edificio ruinoso en el que vivía antes y donde conoció a Mel y a Lainey, pero el sheriff Stone insistió en echarle una mano para que al menos pudiera vivir en un barrio que no tuviera el índice de criminalidad de una cárcel de alta seguridad.

—A ver, escúchame un momento. Te conozco y sé que desde que supiste que querías ser abogado, tu objetivo siempre ha sido ir a esa universidad. Estaba delante, por si no lo recuerdas. Es tu sueño.

—Pero los sueños cambian, Tessie, cambian continuamente. ¿A qué viene esto? Creía que estábamos de acuerdo en este asunto. ¿Te ha llamado Cassandra?

Me mira con los ojos entornados, pero si su madre se hubiera puesto en contacto conmigo para recordarme que estoy desestabilizando la vida de su hijo y destruyendo todo por lo que ha luchado, tampoco se lo diría. Cole es una persona de extremos en lo que a mí se refiere y prefiero no empeorar la relación con sus padres. Seguro que tampoco están contentos con su decisión de mudarse, aunque implique tenerlo más cerca de casa, porque para ellos será otro cambio de rumbo más para ir detrás de su novia, que encima nunca le devuelve los favores.

Hasta ahora.

En realidad, no le estoy haciendo un favor a nadie, ni siquiera a Cole, y es que cuanto más me meto en harina, más me emociono y más consciente soy de que esto es lo que quiero. No implica hacer un sacrificio ni renunciar al sueño de toda una vida. Estoy haciendo algo que, a la larga, nos hará más felices a los dos.

Aunque ahora mismo no lo parezca.

—¿Quieres hacer el favor de confiar un poquito en mí? No me ha llamado nadie. Además, la última vez que hablamos de esto, yo aún estaba en Londres y te echaba tanto de menos que no podía pensar con claridad. Por favor, dame

un tiempo para que lo piense tranquilamente, ¿vale?

Es el «por favor» lo que lo desarma y, aunque se pasa un buen rato protestando y pataleando, sé que lo he convencido. Ahora al menos tendré un margen de tiempo hasta que sepa algo de mi madre. Al final, Cole habrá de reconocer la genialidad de mi plan. Que también puede ser que al principio me odie, pero en algún momento me dará las gracias por lo que estoy a punto de hacer.

Eso espero.

Beth me mira un segundo de más y la ansiedad que tanto me ha costado controlar empieza a resurgir con más fuerza que nunca. Su mirada no dice «¡Tessa, eres un genio!», sino más bien: «¿Cómo coño se te ha ocurrido?». Y ese no es exactamente el efecto que estaba buscando.

—¿Lo dices en serio?

—Tan en serio como un infarto.

Parpadea y acto seguido le pide otra ronda al camarero. Me alegro de que esta noche se quede a dormir en mi casa aprovechando que mi hermano está de viaje, porque a este ritmo no sé cómo va a acabar la velada.

—Sabes que me encantan los gestos románticos y grandilocuentes, pero Tess, ¿qué estás haciendo? Díselo ya o piensa en otra cosa porque me parece que esto no va a acabar bien.

—No puedo pedirle que renuncie a todo en lo que ha estado trabajando este verano sin tener como mínimo un plan sólido. Ray está trabajando en ello. Ya tengo algunos correos electrónicos, no creo que tarde mucho en encontrar algo.

—Pero ya sabes cómo es Cole y lo mucho que le gusta actuar primero y pensar después. No cambiaré de idea hasta que le cuentes lo que te traes entre

manos.

—Si se lo cuento ya, no me dejará aceptar ninguna oferta que venga de Chicago. Ya puedo decirle misa, que como esté convencido de que mi sitio está aquí, se opondrá a que deje el trabajo en la revista.

—¿Nunca le has dicho que el complejo ese de salvador es como muy de instituto?

La miro exasperada.

—Nunca lo superará, da igual las veces que le repita que ya no soy la de antes, que necesito que me vea como a una igual. Ha mejorado bastante desde que volví de Londres, pero las malas costumbres son difíciles de erradicar.

—¿Le has contado lo de aquella vez que te robaron en el metro, saliste corriendo detrás del ladrón y le hiciste una llave hasta que te devolvió tus cosas?

Me asomo por encima de la montura de mis gafas y sonrío.

—Creo que lo mejor es que nunca lo sepa.

—Tiene que entender que eres capaz de tomar tus propias decisiones y que él ha de respetarlas. ¿Quieres mudarte a Chicago? Pues hazlo. Te echaré muchísimo de menos, pero si crees que es donde está tu futuro, adelante.

—Eh. —Me inclino hacia delante y le cojo la mano—. Sería solo un par de años y, cuando Cole acabe la universidad, quién sabe, quizá nos vendríamos a vivir más cerca de casa.

Beth se suena los mocos; siempre ha sido de ese tipo de borrachos que se ponen emotivos.

—Más te vale porque te necesito cerca de mí. Las señoras del club de jardinería me están volviendo loca.

—¿Te has apuntado a un club de jardinería? ¿Por qué?

—Quería ser la típica esposa perfecta, pero me he dado cuenta de que prefiero sacarme los ojos con una cucharilla.

—Ay.

La situación en el trabajo es un poco extraña. Por un lado, quiero seguir haciendo mi labor lo mejor posible, pero por el otro me voy haciendo a la idea de que dentro de dos semanas ya no estaré aquí. Le di a Amy mi carta de despido y no voy a mentir, fue un intercambio bastante emotivo. Sé que estoy haciendo lo correcto para mi futura felicidad, pero a veces cuesta salir de la zona de confort, que extrañamente es lo que llevo haciendo todos estos meses en *Venus*. He pasado medio año increíble en Londres y, a finales del año pasado, este trabajo me mantuvo a flote cuando todo se hundía a mi alrededor. Está claro que echaré de menos este sitio y a la gente con la que trabajo, incluso a Leila. Estos días parece un poco confusa entre su propia reacción al enterarse y la extraña confirmación de que en realidad le gusto lo suficiente para echarme de menos.

—Creo que lo que más me molesta de todo esto es que tendré que volver a repasar las normas con la persona que te sustituya.

—¿Qué normas?

—Lo básico: mi condición de ser superior y la obligación de mantenerse en su puesto. ¿No te sabes las normas?

—Seguro que te las apañas. ¿Qué persona estaría tan loca para cuestionar tus normas?

Diría que lo piensa un segundo y luego da media vuelta y se dirige de regreso hacia su cubículo.

—Oye, ¿cuándo te vas?

Lleva todo el día con lo mismo, haciéndome preguntas ridículas sobre mi futura mudanza, el trabajo, qué haré con las plantas de casa y si echaré de menos los productos de maquillaje a los que tengo acceso gracias a mi

trabajo.

Echaré de menos el maquillaje, eso es verdad. Me he convertido en una yonki de esas que no está enganchada del todo pero poco le falta. A Leila le da pena que me marche y no sabe cómo expresarlo. No está acostumbrada a hablar de su vida privada, pero gracias a la convivencia de estos últimos meses he aprendido unas cuantas cosas sobre ella. Por lo visto, se lleva muy bien con su madre, que es la única persona a la que llama todos los días. Creo que también tiene una hermana mayor con la que apenas se relaciona; de su padre y de su círculo de amigos, ni rastro. Cada semana sale con un chico nuevo, así que supongo que no tiene novio ni nada que se le parezca, y no sé por qué pero juraría que le cuesta hacer amigos. Yo tengo el mismo problema que ella para conocer gente y entablar relaciones, así que me resulta más fácil detectarlo en otras personas.

—Aún tengo que acabar un par de cosas y hacer el papeleo de rigor, pero supongo que para finales de mes.

—Ah. —No dice nada más durante unos segundos, aunque sé que está deseándolo—. Bueno, si quieres saber mi opinión, me parece una estupidez que pongas tu vida patas arriba por un chico y, si yo fuera tú, habría aceptado la oferta de Londres.

Ya lo ha dicho.

Cierro los ojos e intento no pensar en el único reproche que podría surgir de todo esto. Es lo que he estado ocultándole a Cole desde hace tiempo: una oferta de trabajo que me estaba esperando encima de la mesa en mi último día en la oficina de Londres. Era para el mismo puesto que tengo ahora, pero cobrando más porque sería la única editora júnior de belleza, mientras que aquí tengo que compartir el puesto con Leila. Están muy impresionados con mi trabajo, con el de las dos, pero Leila ya había dicho que quería volver a casa en cuanto pasaran los seis meses y yo quizá no había sido tan clara como

ella. En cualquier caso, cuando volvió la homóloga de Amy me pidió que me quedara y, después de pensarlo detenidamente, decidí rechazar la oferta. En la boda de mi hermano ya sabía lo de la oferta porque habían ido dejando caer alguna que otra pista. Creo que esa semana con Cole me sirvió para reflexionar. Me encantaba la ciudad y la oportunidad de poder vivir y trabajar en ella, pero quiero demasiado a mi familia para mudarme a otro país indefinidamente. Es otra cosa más de la que Cole acabará culpándose en cuanto se entere, y repetirá una y otra vez que es un lastre para mí.

Así que sí, es evidente que tenemos que trabajar la comunicación de pareja. Y yo tengo una conversación pendiente con él.

—¿Qué puedo decir? Todos somos tontos en el amor.

A Leila se le escapa la risa.

—Yo no. Jamás dejaría que un tío influyera en mis decisiones.

—No es un simple tío, Leila. Llevamos mucho tiempo juntos.

—Aun así, precisamente por eso evito enamorarme de ellos a toda costa. ¿Quién quiere amor pudiendo comprarse un bolso Gucci cada dos o tres meses?

—Mmm... ¿yo?

—Porque tú eres tonta.

Me pone los ojos en blanco y luego vuelve al trabajo. Juraría que acaba de decirme que me va a echar de menos y si eso no significa que el mundo está a punto de acabarse, yo ya no sé.

Es como si mi incapacidad para hablar con Cole acelerara los acontecimientos hasta que no me queda más remedio que contárselo todo. Al final consigo trabajo en una editorial pequeña pero prometedora. Han conseguido colar varios de sus libros en la lista de los más vendidos del *New*



*York Times* y están buscando gente con ganas de trabajar con un plantel de autores increíble y en clara expansión. El día que acepto el puesto de editora júnior, siento una emoción tan grande que sé que estoy haciendo lo correcto. Lo único que me falta es explicárselo a Cole.

Porque seguir evitándolo sería absurdo, ¿verdad?

Quería aprovechar la semana que estará en casa, justo cuando termine las prácticas, para darle una sorpresa, pero está empezando a ponerse nervioso con lo del cambio de universidad. Ya no sé qué decirle para que no reactive el traslado de expediente, así que ha llegado la hora de contárselo. Estoy sopesando cómo hacerlo cuando, de repente, recibo una pista en forma de intervención divina.

Mis responsabilidades en *Venus* han ido a menos, pero aún superviso algunos proyectos. El año pasado, Leila y yo trabajamos con una marca emergente de Chicago que justo ahora va a celebrar la fiesta de presentación de un nuevo producto que tiene en ascuas a todo el sector. Estos días es imposible abrir Instagram y no encontrarte con un montón de *influencers* por todas partes, tumbadas sobre flamencos de goma en hoteles de Cancún o deambulando de aquí para allá ataviadas con biquinis de cinco dólares en algún punto remoto del océano Pacífico. Obviamente, Amy quería que Leila y yo nos encargáramos de la cobertura porque conocemos la historia de la marca y sus valores. También intuyo que me está haciendo un favor, teniendo en cuenta el poco tiempo que me queda en la revista, para que pueda visitar la editorial para la que voy a trabajar y, bueno, decirle a mi novio, si me acepta, que me gustaría irme a vivir con él.

Leila está cabreada y aprovecha el vuelo para asegurarse de que no se me escape el detalle. Por una parte, me halaga que me haya cogido tanto cariño para echarme de menos, pero al cabo de un rato las pullas sobre mi papel en la regresión del feminismo empiezan a resultarme molestas. He de decir que

el otro día conseguí convencerla para que me ayudara a empaquetar mis cosas y fue, con diferencia, lo mejor de la semana. Beth y Travis estaban ocupados entre el trabajo y las obras de casa, y mis únicas opciones disponibles —o, como me gusta llamarlas, personas clasificables bajo la etiqueta de amigos— eran Jay y Leila. Así pues, hablé con ellos y, para mi sorpresa, los dos dijeron que sí. Si existiera la posibilidad real de ver fuegos artificiales entre dos personas, no me cabe la menor duda de que esas personas serían Jay y Leila. Ya se conocían y Leila había mostrado cierto interés por él, pero Jay estaba demasiado quemado por culpa de Nicole y no quería ni acercarse a alguien que le recordaba a su exnovia. Salimos un par de veces a tomar algo, él mantuvo la distancia de una forma bastante evidente y ella acabó cansándose y pasando página. Al final, conseguí convencerlo de que Leila no es el segundo advenimiento de Nicole Bishop. Fue entonces cuando se percató de que esta chica, que se encuentra claramente fuera de su alcance, podría estar interesada en él si se lo currara un poquito.

Y vaya si se lo curró. Madre mía, hacía tiempo que no veía tanta química entre dos personas.

Los dejé solos el tiempo necesario para que, a mi vuelta, ya hubieran intercambiado números de teléfono. Desde aquel día, Leila se dedicó a mencionar a Jay en todas nuestras conversaciones y a hacerme preguntas triviales sobre él. A día de hoy, hemos agotado el tema y estoy bastante segura de que, cuando me vaya, ninguno de los dos se sentirá especialmente solo.

Cuando por fin aterrizamos en Chicago, cogemos un Uber que nos lleva al hotel. Cole se había ofrecido a recogerme en el aeropuerto y llevarme a su apartamento. Espero que sea buena idea esto de mantener la distancia porque sé que, en cuanto le explique lo que me traigo entre manos, la cosa se pondrá un poco tensa. Otra razón para preferir el hotel es que casi todas las reuniones

serán allí y sería muy poco profesional por mi parte no estar presente cuando las marcas quieran reunirse con nosotras. Al menos eso es lo que me digo a mí misma mientras intento no pensar en la increíble carta de recomendación que me ha escrito Amy.

La habitación de Leila está delante de la mía. Por eso tarda menos de cinco minutos desde que hemos llegado en presentarse ante mi puerta.

—¿Cuánto falta para que venga tu maromo? Tenemos faena pendiente.

—Está trabajando, no podrá venir hasta la noche. Tenemos tiempo de sobra, así que ¿por qué no cortas el rollo con lo del craso favor que le estoy haciendo al género femenino y mejor comentamos las bondades del brillo de labios sabor cereza?

Cuando damos por zanjada la lluvia de ideas para el artículo sobre la marca de Chicago y cómo abordar el tema del marketing en las redes sociales, ya son casi las siete. Leila quiere contactar con algunos blogueros de la ciudad a través de nuestra cuenta de Instagram y, mientras lo hace, yo aprovecho para darme una ducha rápida y cambiar la ropa del viaje por algo un poco más favorecedor. Me pongo un top cruzado color cereza de una marca que está muy de moda. Tiene unos topitos blancos muy monos; aparte de eso, la forma es muy sexy: corto, ajustado, y con unos volantes en el pecho que realzan mi escote de Victoria's Secret. Hoy pienso tirar la casa por la ventana, así que lo combino con mis vaqueros negros más ajustados y con unos botines. Leila me ayuda a hacerme esas ondas tan naturales en el pelo y me retoca un poco el maquillaje, todo ello a regañadientes. Ya estoy preparada para tenderle una emboscada a Cole.

—Te va a calar en cuanto te ponga el ojo encima.

Leila está asaltando mi armario en busca de algo que robarme para su ligue

de esta noche.

—¿Por qué lo dices?

—En tu ropa siempre caben más cosas que en el bolso de Mary Poppins. Podría meter un paraguas entero dentro de una de tus camisetas anchas, pero justo hoy has decidido no vestirme de tienda de campaña humana. Se va a dar cuenta.

¿Por qué pregunto? Hablar con Leila siempre es como si te pegaran una patada en el ego.

—Bueno, estos pantalones me cortan la circulación de las piernas. Espero que merezca la pena morir por ellos.

—¿No es ese el lema de la moda?

Dos mundos diferentes, gente. Dos mundos diferentes.

Sorprendo a Cole en casa con una bolsa llena de comida china para llevar y nuestro vino favorito. Le he dicho que estaría trabajando hasta mucho más tarde, así que la cara de sorpresa que pone al verme compensa la decepción en su voz de antes.

En cuanto me ve con este modelito tan sexy, se le abren los ojos como platos y yo me doy una palmadita en la espalda. A juzgar por su expresión aturrida, diría que la cosa va a ser más fácil de lo que pensaba.

—Madre mía, bizcochito —exclama, y traga saliva—, ¿quieres que me dé un infarto o qué?

Paso por su lado y entro en el apartamento, y es que mi atuendo le ha provocado una repentina muerte cerebral.

—Nunca enseñes todas tus cartas, Stone, ese es mi lema.

Me siento como en casa. Dejo la comida, voy a la cocina y cojo un par de platos. Proyecto tranquilidad, pero es todo mentira. Por dentro siento una

extraña mezcla de nervios y dudas, sazonadas con una euforia incontenible.

De pronto, Cole entra en acción: cierra la puerta de la entrada y se dirige hacia mí. Yo retrocedo contra la isla de la cocina y me olvido por completo de la comida. ¿Quién se acuerda del pollo *Lo Mein* teniendo a Cole Stone tan cerca? Sus grandes manos se cierran alrededor de mi cintura. Me sienta en la isla, se coloca entre mis piernas y me besa con fuerza. Mis brazos se cierran alrededor de su cuello como si tuvieran vida propia y yo me aprieto aún más contra él. Estar así, con él, me recuerda por qué hice tantos malabarismos para que pudiéramos estar juntos. La vida no es lo mismo sin Cole, yo no soy la misma persona y, por mucho que intente convencerme, por mucho que me repita que puedo hacerlo yo sola, lo cierto es que echo de menos a Cole a todas horas como si me faltara un pedazo, y eso no es forma de vivir.

Así que salto al vacío esperando que me coja.

—Para, para —le pido sin aliento mientras me besa el cuello.

Apoyo las manos contra su pecho y noto los músculos contrayéndose debajo de mis dedos. Tengo que decirlo ya o luego no me atreveré.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Es que... quiero preguntarte una cosa y me gustaría que me respondieras. Se le ve confundido, y es normal.

—Lo que quieras, bizcochito, sabes que puedes preguntarme lo que quieras.

—Vale.

Respiro hondo. Se nota que está preocupado y yo solo quiero decírselo ya para que no piense que me quedan seis meses de vida.

—Cole —le digo, acariciándole la mejilla—, ¿qué te parecería que me viniera a vivir aquí contigo?

No dice nada. Su cuerpo permanece inmóvil y, debajo de mi mano, los músculos de la mandíbula se contraen de la tensión.

—Porque acabo de aceptar un trabajo aquí y no me apetece buscar piso. Teniendo en cuenta mi suerte, seguro que acabo alquilándole el piso a un mafioso y ¿sabes que hacen los mafiosos con la gente que quiere dejar sus pisos?

Estoy hablando sin ton ni son, pero no puedo parar porque Cole, de momento, no ha dicho nada. Agito las manos como para complementar lo que acabo de decir, pero Cole me interrumpe y me cierra la boca con un beso ardiente. Cuando se retira, apoya la frente contra la mía e intenta recuperar la respiración.

—Dios mío, bizcochito, claro que quiero vivir contigo y que nos encerremos en la habitación para siempre. No hace falta que me convenzas. Te quiero aquí, te necesito aquí a mi lado y no sé cómo lo has hecho, pero no sabes cuánto me alegro.

Creo que se me escapa alguna que otra lágrima de alegría porque, por primera vez en mucho tiempo, puedo ver el futuro y Cole está a mi lado.

## Parece que el sofá acaba de convertirse en la caseta del perro

*Seis meses después*

Cole

Felix me intercepta a la salida de la biblioteca para hablar de un trabajo que tenemos que entregar la semana que viene. Yo ya lo he acabado, así que no me importa echarle una mano, pero esta noche he quedado, ya llego tarde y esto me va a entretener al menos un cuarto de hora más.

—¿Tienes prisa?

Me observa con una media sonrisa mientras yo repaso a toda prisa las fuentes que he usado para el trabajo y los libros que me han sido útiles. Lo miro y me muerdo la lengua para no soltarle una fresca. Últimamente, se ha convertido en uno de mis mejores amigos en la universidad y parece que Tessa también lo quiere mucho. Pero no tanto como a mí, claro está.

—Más o menos. Se me ha ido el santo al cielo y Tessa se va a poner hecha un basilisco porque vamos a perder la reserva.

Tessa quería que hoy fuese una cena especial para celebrar que el escritor al que lleva meses apoyando va a publicar su primer libro y ella ha tenido un papel primordial en la promoción del manuscrito. Aún recuerdo la noche que se quedó despierta leyendo las quinientas páginas de la obra, lo emocionada

que estaba porque, según ella, era la primera vez que se enamoraba así de un libro y encima iba a poder recomendárselo a su editor. Para ella, ha sido un cambio radical pasar de tener voz y voto en la revista a lo que hace ahora en la editorial Peak, pero le encanta picar piedra y, poco a poco, está encontrando su lugar en la empresa. Esta semana ha sido importantísima para ella, por eso queríamos celebrarlo juntos, pero este segundo año voy de culo con las clases y, cuando no estoy en la facultad, me encierro en la biblioteca a estudiar o a hacer trabajos pendientes.

Tessa es la novia más comprensiva del mundo y yo, el tío con más suerte por haberle echado el lazo. Sabe que mis horarios son una locura y que, cuando no estoy en clase o en la biblioteca, ayudo a los profesores que trabajan como abogados de oficio para acumular toda la experiencia que pueda.

Este año, la competición es feroz, todo el mundo quiere las mejores prácticas y las notas más altas para, en cuanto acaben los estudios, asegurarse el trabajo de sus sueños. Yo ni siquiera sé qué quiero hacer el año que viene, pero intento hacerlo lo mejor que puedo y, cuando pase a tercero, haber escogido ya especialización. Es un trabajo muy exigente y confiaba en que Tessa lo entendiera, pero la verdad es que ha sido muy comprensiva. Se levanta la primera casi todos los días y me prepara el desayuno, a mí, que últimamente me había acostumbrado a sobrevivir a base de café y barritas de proteínas. Alucinó el día que vio el estado de la despensa y de la nevera y, a riesgo de parecer un cerdo machista, he de decir que una de las ventajas de vivir con mi novia es que me prepara comida casera al menos dos veces al día.

Hablando del rey de Roma, si no me doy prisa, esta semana me voy a morir de hambre.

—Vale, creo que lo tengo. Un millón de gracias, Cole. Sigue en pie lo del



sábado, ¿no?

Me cuelgo la mochila a la espalda e intento librarme de Felix a toda costa.

—Sí, claro. Os vemos allí. Saluda a Vic de mi parte.

Victoria es su novia actual. Ya llevan tres meses juntos y a Tessa le cae mejor que la anterior, por eso intentamos quedar con ellos los fines de semana que no hacemos algo los dos solos. Me marché pensando en lo orgulloso que estoy de que Tessa haya conseguido encajar tan bien con mis amigos y lo rápido que se ha acostumbrado a la vida aquí, y es que estos últimos seis meses han sido una auténtica gozada.

Voy corriendo a casa. Mi apartamento está a un cuarto de hora de la universidad, pero suelo recorrer la distancia en diez minutos. Cuando por fin llego, lo hago con más de una hora de retraso respecto a lo que había prometido. Cierro los ojos y rezo para que, cuando abra la puerta, Tessa no me reciba subiéndose por las paredes.

Pero el apartamento está vacío. Estaba convencido de que me esperaba, preparada para leerme la cartilla, pero es evidente que no está en casa. Por si acaso, reviso el dormitorio, los lavabos y el balcón, pero nada, ni rastro. Saco el móvil, que sé que está sin batería, y reniego en voz alta porque hoy iba a ser un día especial para Tessa y la he vuelto a cagar. Lo enchufo para que se cargue y, cuando se enciende la pantalla, veo las llamadas perdidas y los mensajes que me ha enviado. No es lo habitual. Cuando sabe que voy muy liado, prefiere no molestarme, así que si me ha llamado es porque estoy metido en un buen lío. Al fin y al cabo, le prometí que llegaría pronto a casa.

En el último mensaje que me ha enviado dice que no sabe nada de la policía, que nadie la ha llamado para comunicarle que he tenido un accidente de coche, así que se va a cenar sola porque la próxima vez que consigamos una reserva en un restaurante con estrella Michelin probablemente será dentro de unos dos años.

Mierda.

Me cambio de ropa en un suspiro, salgo corriendo por la puerta, me dirijo hacia las escaleras y las bajo de dos en dos. Los vecinos me lanzan alguna que otra miradita, pero sinceramente me da igual. El portero me pregunta si es una emergencia, yo le digo que sí y entre los dos conseguimos parar un taxi en hora punta. Le doy el nombre del restaurante al taxista y le prometo una propina importante si me lleva hasta allí en menos de diez minutos. Si Tessa ha llegado puntual, es posible que aún vaya por el segundo o tercer plato. Qué suerte que existan estos restaurantes de lujo con sus menús de siete platos que son como bocaditos minúsculos de comida.

Estoy a punto de morir unas seis veces de camino al restaurante. Cuando llegamos, dejo un billete de cien dólares en el asiento del copiloto y salgo corriendo. La mujer de recepción me mira desde detrás de su atril como si estuviera loco y veo que sus ojos buscan al vigilante de seguridad que hay junto a la puerta, lista para ponerme de patitas en la calle si se me ocurre montar una escena. Cuando por fin consigo recuperar el aliento, le digo que tengo una reserva, pero me parece que no me cree.

—Mi novia me está esperando dentro.

En ocasiones como esta, nunca está de más echar mano del encanto personal, dar conversación a la gente y hacer todo lo que prometí no volver a hacer ahora que tengo una edad. Ciertos trucos nunca fallan con las mujeres, así que me estiro cuan alto soy, intento parecer seguro de mí mismo, encantador y un poco arrogante, todo al mismo tiempo. A las mujeres les encantan los hombres que saben cuándo llevar las riendas y cuándo soltarlas. Ahora mismo, soy ese tipo capaz de coger el toro por los cuernos, la viva imagen de la tranquilidad y de la confianza. En cuestión de segundos, veo que a la de

recepción se le han dilatado las pupilas y que su pecho sube y baja más deprisa. No suelo hacer esto a menudo, solo cuando no tengo más remedio si no quiero dormir en el rellano.

—Por aquí, señor Stone.

No se me escapa el balanceo extra que la mujer añade a sus andares porque insiste en caminar delante de mí y la tengo muy cerca. Es un esfuerzo inútil, entre otras cosas porque yo estoy muy ocupado mirando alrededor, intentando localizar la melena rubia de mi novia. El restaurante está llenísimo y la de recepción parece que se dirige hacia el fondo del local. La reserva era parte del regalo de Navidad que el padre de Tessa nos hizo el año pasado. La habíamos guardado para una ocasión especial y esta semana por fin surgió la oportunidad de celebrar algo. A Tessa le hacía mucha ilusión, no me puedo creer que le haya hecho esto.

—Por aquí, su mesa está justo al doblar la esquina, señor Stone.

Y ahí esta Tessa, tan bonita que me quedo embobado mirándola. A pesar del tiempo que llevamos juntos, de vez en cuando aún me coge desprevenido y me deja sin aliento. No veo mucho desde donde estoy, pero sí que se ha recogido el pelo en un moño bajo que le destaca todavía más la forma de la cara, la piel lisa y tersa, los pómulos altos y la nariz romana, los labios carnosos y siempre tan apetecibles gracias al brillo de labios sabor cereza que tanto le gusta. También se ha hecho algo en los ojos que realza tanto el color verde que es como si te hipnotizaran. Lleva el vestido que escogí para ella el otro día, cuando fuimos de compras. Es de tirantes, con una falda bastante corta que deja buena parte de las piernas al descubierto. Es perfecto, todo el conjunto, como una fantasía de *Los vigilantes de la playa* hecha realidad.

Lo que ya no es tan perfecto es el tío que está sentado con ella, demasiado cerca para mi gusto y que debe de ser muy divertido porque Tessa no deja de reírse.

Voy a tener que tomar cartas en el asunto e interrumpir la escenita. Si este tío se cree que puede aprovecharse de mi novia solo porque está cenando sola, lo lleva claro. Sé cómo piensan los tíos como él, los pocos reparos que tienen cuando se trata de echarle el cebo a una mujer sola en un restaurante o en un bar. Encima es un tirillas, de esos que han tenido una guitarra en algún momento de su vida y tocan fatal. Lleva el pelo largo y alborotado, como si no supiera qué es una peluquería. Quizá cuando acabe con él le preste un peine. Lleva gafas de moderno y no parece que esté muy cómodo con el traje que viste porque no para de tocarse el cuello de la camisa. Seguro que es la primera vez que se lo pone. A este tío me lo ventilo yo en cuestión de segundos, pero será mejor que vaya con cuidado porque parece que a Tessa le cae bien y él está muy cómodo en mi silla. Así pues, decido improvisar y entro en escena. Espero no tener que dar la noche por perdida.

—Eh, tío, gracias por hacerle compañía a mi chica, pero me ocupo yo.

Vale, puede que la sutileza no sea lo mío. Lo intento, de verdad, pero hay cosas que nunca cambian.

—¡Cole!

Me miran los dos al mismo tiempo, pero es Tessa la que me fulmina con la mirada. Si no estuviera tan cabreada, le diría lo sexy que se pone cuando se enfada, pero mejor me callo. Podría acabar empapado de vino y este traje cuesta un ojo de la cara.

—Eh, bizcochito, siento llegar tarde. Estaba en la biblioteca, he perdido la noción del tiempo y encima se me ha apagado el móvil, pero he venido en cuanto he podido. Pero me alegro de que este chico tan amable te haya hecho compañía. Ahora ya puedes volver a tu mesa.

Miro al moderno y le dirijo una sonrisa de oreja a oreja que, en realidad, es

una invitación para que se marche... y cuanto antes.

—¡Cole! —protesta Tessa, y me parece un poco exagerado que reaccione así por un tipo al que acaba de conocer—. Este es Wyatt McKinnon, el autor del libro del que te he hablado, ¿recuerdas?

Mierda.

Tessa se ríe y luego aprieta los dientes, señal de que esta noche duermo en el sofá. Este es el tío del que no para de hablar y que va a publicar su libro gracias a mi novia. Lleva meses haciendo campaña por él, moviendo el manuscrito por toda la editorial y convenciendo al editor para que le dé una oportunidad. Sé que se ha dejado la piel por este tío y yo acabo de meter la pata hasta el fondo.

—Ah, me alegro de conocerte, Cole. He oído hablar mucho de ti.

Me tiende la mano, lo cual demuestra que se está haciendo el hombretón conmigo. Habría preferido una pataleta por su parte, la verdad, porque ahora mismo para Tessa soy un gilipollas y un maleducado y él, un escritor brillante y autor del libro con el que está obsesionada. ¿Quién le debe de parecer más atractivo de los dos?

—Lo mismo digo. Siento haberme comportado como un imbécil. Creía que eras el típico tío mierda que se aprovecha de las novias de los demás.

—¡Cole!

Será mejor que cierre la boca, cuanto antes mejor.

—Tranquilo, de verdad. No pasa todos los días que un tío como tú se sienta amenazado por alguien como yo. Déjame disfrutar del momento, Tessa.

—Lo siento, Wyatt, cuando te he invitado, no tenía ni idea de que acabaría viniendo.

Él hace un gesto con la mano, como quitándole importancia al asunto.

—No pasa nada, entiendo que ha sido un malentendido entre vosotros dos.

Aquí ya casi hemos terminado, Cole, ¿por qué no te unes a los postres? Siento haberte quitado el sitio.

Menudo papelón, no me extraña que a Tessa los ojos le hagan chiribitas. El tío está quedando como un señor y dejándome a mí a la altura del betún, y no es para menos porque yo me he comportado como un auténtico neandertal y él como un Leonardo da Vinci versión milenial. El maître protesta un poco, pero al final me deja unirme a la mesa, aunque empiezo a pensar que debería haber tomado la sabia decisión de marcharme porque Tessa ni siquiera me mira. La he avergonzado delante de este tío tan importante, seguro que está deseando hacérmelo pagar.

—Tessa dice que quieres ser abogado. Es impresionante, yo apenas duré un semestre en la universidad antes de dejarlo. —Se sube las gafas hasta lo alto de la nariz y le sonrío a Tessa como si fuera un chiste privado—. Si no fuera por ella, quizá tendría que volver a apuntarme e intentar hacer algo de provecho con mi vida.

—Venga ya, yo no he hecho nada. Tu libro es muy bueno, te lo puede decir cualquiera que trabaje en la editorial.

Intento participar en la pantomima, pero sin demasiado éxito. Tessa está de mal humor, así que les dejo que tengan su momento. Cuando acabamos el postre, le pregunto a Wyatt si le apetece tomar algo con nosotros y, por suerte, me dice que no. Mañana por la mañana tiene una conferencia o algo así y debe coger un vuelo a primera hora. Esperamos con él hasta que llega el Uber y, en cuanto se monta en el coche, Tessa echa a andar calle abajo.

—Eh, Tessie, venga, te he pedido perdón. Siento haber llegado tarde y siento haberle hablado así a Wyatt. ¿Cómo iba a saber quién era?

—¿Y eso lo justifica? —Se nota que está nerviosa; tengo que encontrar la forma de arreglar las cosas—. No puedes ir por ahí hablándole así a la gente, Cole, no está bien. Wyatt es cliente mío y, si fuera de otra manera y le

hubiera molestado lo que le has dicho, podría haberme quedado sin trabajo.

Suspiro, y es que tiene razón. Podría decirle que no tiene sentido imaginar esa posibilidad porque, al parecer, Wyatt McKinnon es un tío majísimo e incapaz de hacer nada mal. Hemos evitado la crisis, estamos bien y, aun así, se aleja de mí a una velocidad de vértigo. Aprieto el paso para alcanzarla mientras intento conseguir un Uber que nos lleve a casa.

—Sé que tendría que haberme mordido la lengua y no solo porque trabajes con él. Te dije que no perdería la cabeza con cada tío que conocieras y creo que, hasta ahora, tampoco lo he hecho tan mal.

—Mattie no cuenta, sabes perfectamente que es gay.

Mattie es un compañero del trabajo, asistente editorial como ella y un tío majo, y no lo digo porque sea gay. Es de Nueva Inglaterra y encima muy fan de los Patriots, lo cual significa que nos llevamos de miedo. Empezó a trabajar en la editorial más o menos al mismo tiempo que Tessa y, según ella, es de los pocos compañeros que no están esperando la oportunidad para apuñalarte por la espalda. Así que claro que me cae bien, aunque quizá este no sea el mejor momento para hablar de ello.

—Mira, sé que lo que he hecho no tiene justificación, pero me ha parecido que estaba intentando aprovecharse de ti y...

—¡Deberías confiar más en mi capacidad para juzgar a la gente y cuidar de mí misma! Esto ya lo hemos hablado, Cole, no puedes ir por ahí salvándome del peligro, ¡más que nada porque te he dicho que puedo hacerlo yo solita!

—Eh, grítame todo lo que quieras. Sé que la he cagado, ¿vale?, pero no me pidas que no te cuide ni te proteja porque eso lo haré el resto de mi vida.

De pronto, se le suaviza la mirada y deja que me acerque un poco. Le tiembla el cuerpo: es el efecto de mi presencia. Sigue enfadada, pero sé que me desea, y encima hoy llevo este traje que es uno de sus favoritos.

Pero Tessa está hecha de otra pasta. Carraspea y me mira fijamente.

—Hay una diferencia considerable entre proteger y exagerar. ¿Qué tal si trabajas un poquito más lo segundo y la próxima vez no me dejas plantada, sobre todo después de que me haya pasado toda la semana hablando de esta cena?

Me paso la mano por la cara y resoplo. De esta no me libro.

—Lo siento. No sé qué más decir, solo que sabes que yo jamás te decepcionaría, al menos no a propósito.

Está empezando a ceder, se lo noto. Le cojo una mano, me la llevo a los labios y le beso el dorso. Estamos en plena calle, rodeados de gente, pero Tessa no aparta la mirada de mí y de mis labios. Sé que voy a tener que arrastrarme como un gusano para arreglar el desastre de esta noche, pero creo que de momento lo tengo controlado.

Error.

De pronto, retira la mano y exclama:

—¡Es que no me puedo creer que hayas tratado así a Wyatt!

Y echa a andar otra vez.

Vale, bien, parece que el sofá acaba de convertirse en la caseta del perro y que voy a tener que echar mano de algo realmente espectacular si quiero librarme de esta. Por suerte para mí, San Valentín está a la vuelta de la esquina.



## Te has echado novio, no te has hecho una lobotomía

### Tessa

En estos últimos seis meses, mi vida ha vuelto a dar un giro de ciento ochenta grados. Cuando me fui a vivir a Nueva York, pensé que sería mi hogar los siguientes dos o tres años. Luego me mudé a Londres, cuando apenas llevaba un par de meses en *Venus*, y ahora he venido a Chicago para dedicarme a mi vocación y estar más cerca de mi novio, y la conclusión final es que esto de cambiar de casa no se me da tan bien como pensaba. Intento que Cole no se dé cuenta de que a veces no me siento cómoda y que el trabajo puede llegar a ser muy agobiante. No quiero ser la típica chica que necesita estar cerca de su novio a todas horas porque lo de hacer amigos no es lo suyo o porque no acaba de adaptarse a la rutina de su nueva vida.

Así pues, me aprieto los machos, hago caso omiso de cualquier miedo o duda que pueda tener y, en cuanto consigo superar el impacto inicial, me lanzo de cabeza a mi nueva vida. Mi trabajo como asistente editorial en Peak Publishing es una versión pretenciosa del becario de toda la vida que se pasa el día haciendo todo tipo de tareas sin importancia. Al principio, me costó acostumbrarme al cambio. Había pasado de tener voz y voto, además de mucho control creativo, a convertirme en una especie de asistente cuya tarea principal es pelearse con la fotocopidora porque la muy desgraciada siempre

se queda sin tinta.

Ahora ya me he acostumbrado, incluso disfruto con la parte más rutinaria del trabajo, porque después de seis meses también hago otras cosas más interesantes como buscar obras publicables o revisar manuscritos para recomendárselos al editor. La verdad es que es una experiencia alucinante ver la pasión de alguien hecha realidad en forma de libro. Tiene que ser una de las sensaciones más satisfactorias del mundo.

Hablando de libros...

«Te mando los archivos por correo electrónico y nos ponemos con las primeras correcciones. Dime si tienes alguna pregunta y yo se la paso a Kevin.»

Kevin es mi jefe y el editor para el que trabajo. Él también es nuevo en el puesto, cuando yo llegué lo acababan de ascender, así que en cierto modo hemos crecido juntos y he aprendido muchísimo de él. Es un apasionado de los libros y, en lugar de ser autoritario y controlador, me ha adoptado como pupila y me está enseñando todo lo que sabe. Según él, tenía que pasar por la fase en la que todo el mundo te trata como si fueras de su propiedad porque a) eso ayuda a endurecer el carácter, o eso dice él, y b) en algún momento se cansarían y empezarían a tratarme con más respeto.

Por lo visto, tenía razón.

Wyatt, que es uno de nuestros mejores clientes, se pasa por mi mesa después de una reunión y yo le explico lo que haremos las próximas dos semanas como parte del proceso de edición, que siempre es duro pero muy gratificante. No puedo evitar morirme de la vergüenza al recordar lo que pasó el fin de semana. Aún estoy enfadada con Cole por su forma de comportarse. Puede que Wyatt sea un tío majo y un auténtico caballero, pero que tuviéramos suerte y la cosa no fuera a más no significa que mi novio se vaya a ir de rositas.

—Sí, hemos hablado de la cronología y de las entregas. Si quieres, te mando las fechas por correo electrónico, así puedes concertar la siguiente reunión cuando Kevin esté libre.

—Eso haré. Ah, y Wyatt, siento lo del fin de semana. Cole no suele comportarse así y no pretendo excusar su comportamiento, pero, por favor, se siente fatal por lo que te dijo.

En realidad, no sé si eso es verdad, pero necesito reconstruir una buena relación con este hombre, así que estoy dispuesta a mentir como si mi vida dependiera de ello.

—Eh, no te preocupes, en serio. Entiendo por qué reaccionó así. Yo por mi parte ya lo he olvidado y espero que tú también.

Es un tío muy majo, de unos veintiséis años y bastante mono al estilo Seth Cohen, con una estética un poco *nerd*. Sé de unas cuantas chicas de la oficina que se mueren por conocerlo, pero creo que Wyatt no está preparado para una relación. Una vez le pregunté si salía con alguien y se quedó helado, como si la sola idea del compromiso le pareciera horrible, así que no he vuelto a sacar el tema. Por lo que sé de él, dedica casi todo su tiempo a escribir y organizar talleres de escritura y clases para estudiantes de instituto, que es una de las cosas más bonitas que he oído en mi vida. Justo porque es de los pocos tíos decentes que he conocido últimamente, me siento fatal por lo del otro día. Le invité a cenar porque Cole me había dado plantón y estaba enfadada. No quería desperdiciar la reserva, así que le pregunté si le apetecía celebrar la publicación de su libro y, aunque le sorprendió la invitación, me dijo que sí. Si hubiera sabido lo que iba a pasar, no le habría dicho nada.

Aunque parece que ya lo ha superado y yo debería hacer lo mismo.

—Vale, pero gracias igualmente por ser tan comprensivo.

—No tienes que darme las gracias. Yo una vez también estuve tan enamorado de una chica que no me habría importado partírla la cara a

cualquiera que intentara algo con ella.

Decido no corregirlo, aunque es evidente que él no estaba intentando nada conmigo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué pasó? ¿Sigue formando parte de tu vida?

Un gesto de dolor le ensombrece el rostro, pero enseguida desaparece.

—Qué va —responde, negando con la cabeza—, al final se dio cuenta de que le encantaba ser el centro de atención, sobre todo de su jefe.

No sé por qué le he preguntado, me había prometido a mí misma que no diría nada, y ahora he provocado una situación incómoda.

—Lo siento, no debería haber dicho nada. Madre mía, menuda semanita llevo, ¿eh?

Wyatt se ríe.

—No te preocupes. Fue hace mucho tiempo y ya sabes lo que dicen de los escritores y el mal de amores. Cuando rompimos, escribí algunos de mis mejores textos y mira dónde he terminado.

—Ah, eres de los que ven el vaso medio lleno, ¿eh?

—Qué pasa, ¿que no te gusta nuestra filosofía de vida?

—No es eso. —Me encojo de hombros, aliviada ahora que parece que todo ha vuelto a la normalidad—. Mi visión del mundo tiende a ser más oscura, así que admiro cualquier forma de optimismo.

—Ese soy yo, el heraldo de las buenas noticias.

Sonríe y me dice que nos veremos pronto. Luego da media vuelta y se va. Suelto el aire que no sabía ni que estaba aguantando y me hundo en la silla. Me alegro tanto de haberlo hablado y de que en el futuro podamos tener una relación normal que, aunque solo sea por esta vez, creo que en esta ocasión no se lo tendré en cuenta a Cole.

—A ese tío le haces tilín.

¿Recuerdas el compañero de trabajo que le cae tan bien a Cole? Se llama Mattie y es una maravilla. De la misma zona del país que yo, siempre es el alma de la fiesta y es imposible ignorar su presencia gracias a una mata de pelo rizado espectacular y a su metro ochenta de altura. Siempre explica que su padre era un jugador de básquet afroamericano y su madre, una pálida escritora de teatro irlandesa, y que, al juntarlos, salió la belleza nada desdeñable de Mattie Sanders. Tiene la piel más perfecta que he visto en mi vida, los ojos almendrados y unos dientes blancos y perfectos que veo a todas horas porque siempre está sonriendo o riéndose a carcajadas. Está obsesionado con su aspecto físico y creo que se gasta el sueldo íntegro en comprarse ropa nueva. Nos hicimos amigos porque los dos éramos nuevos y nos estaban tratando igual de mal, y en estos seis meses nos hemos vuelto inseparables. Ahora que Travis está tan lejos, me doy cuenta de que he tenido suerte de encontrar a Mattie porque es un tío genial.

Aunque ahora mismo no sepa ni lo que dice.

Hemos salido a comprar algo para comer y esto es lo que me suelta de repente mientras hago cola en la tienda de la esquina para comprarme un sándwich. Al principio, no le hago ni caso, pero insiste. Según él, esta mañana Wyatt estaba tonteando conmigo de una forma bastante evidente. Por eso cree que tengo que ir con cuidado y no hacerle creer lo que no es.

—¿Esto es idea de Cole? En serio, si es que habláis más entre vosotros que conmigo.

Nos sentamos a una mesa cerca de la puerta y Mattie no tarda ni cinco segundos en volver a la carga.

—Me ha contado lo del fiasco de cena, pero eso es otro tema. ¿Has visto cómo te miraba esta mañana?

—¿Que cómo me miraba? ¿Como si fuera una persona de verdad y no una

vagina con patas? ¿O como si le hubiera ayudado a publicar y ahora sintiera que está en deuda conmigo? Es un chico muy agradable, Mattie, que solo intentaba ser agradable conmigo.

—Y mi tía Carla solo pretendía ser amable el día que decidió atacar mi pelo con unas tijeras de podar.

—Uy, eso parece doloroso.

—Y lo fue. —Se estremece al recordarlo—. Pero esa no es la cuestión. Tienes que andarte con ojo porque vais a trabajar juntos, codo con codo, y en cualquier momento se puede ir todo al garete si le parece que lo que siente por ti es correspondido. Menudo culebrón se va a liar.

—Madre mía, Mattie, cómo se nota que no sabes nada de mi vida antes de que viniera a Chicago. —Suspiro como si estuviera hablando con un niño—. He tenido suficientes culebrones para el resto de mis días. Pero no estoy de acuerdo contigo, no le gusto. Diría que alguien le ha hecho mucho daño y ahora solo quiere centrarse en el trabajo.

Mattie chasquea la lengua.

—Tú ve con cuidado, ¿vale? No quiero que la cosa se líe solo porque ese tío no sabe controlar el pajarito.

—Qué bruto.

—Bueno, alguien tiene que cuidar de ti. Te relacionas con los hombres con la cabeza enterrada en la arena, totalmente ajena al hecho de que provocas una reacción en ellos. Ya sé que eres asquerosamente feliz con tu maromo, pero por Dios, Tessa, que te has echado novio, no te has hecho una lobotomía.

Por poco no escupo el batido, pero al final consigo tragármelo. Mattie suele decir cosas divertidas y bastante estafalarias, pero a veces me pregunto si soy imbécil por tomarme sus consejos al pie de la letra. Ahora mismo, por ejemplo, estoy repasando mentalmente la conversación con Wyatt por si se

me ha escapado algún detalle, pero no, confío en mi instinto y estoy convencida de que todo esto es idea de Cole.

—¿Sabes qué? Cuando le pases el informe a tu amiguito del alma, dile que no soy tan inocente como cree y que va a necesitar mucho más que dos personas conspirando a mis espaldas para que lo perdone.

De pronto, a Mattie le cambia la cara tal como yo esperaba porque sabe que lo he pillado *in fraganti*. Increíble, yo pensando en arreglar las cosas con Cole y pasar página y él yendo por detrás e intentando demostrar que tiene razón. Estoy que trino, pero aún me queda medio día de trabajo por delante, así que decido aparcar el tema de momento. Eso sí, se acaba de meter en un buen lío.

Salgo del trabajo antes de que Cole llegue a casa, como casi siempre. Cuando no está en clase, está con el grupo de estudio o en la biblioteca. He aceptado esta rutina porque sé que los estudios de Derecho son duros. Ahora que se acercan los parciales, Cole pasa más tiempo en el campus que en casa. Se siente culpable por dejarme sola tan a menudo, pero le he dicho mil veces que siempre me traigo trabajo de la oficina para mantenerme ocupada unas cuantas horas. Siempre estoy editando, respondiendo correos electrónicos y leyendo los manuscritos que me pasa mi jefe, así que muchos días me duermo con un taco de folios encima y un rotulador fluorescente en la mano.

Eso no quiere decir que no eche de menos a Cole o que no prefiera pasar más tiempo con él. Es una de las razones por las que me hacía tanta ilusión la cena de la semana pasada y por eso me sentí tan humillada, tan dolida cuando vi que no aparecía ni respondía a mis llamadas. Los dos estamos tan ocupados que apenas nos vemos más allá de los dos minutos que tarda en quedarse dormido nada más cruzar la puerta de casa, pero tampoco quiero

atosigarlo. Al menos esa es la intención porque cada vez que pienso en las ideas absurdas que Mattie ha intentado meterme en la cabeza, no puedo evitar ponerme furiosa. A partir de ahora, cada vez que esté con Wyatt no podré dejar de pensar que me está tirando los trastos y me sentiré incómoda. ¡Maldito seas, Mattie!

Como parte de mi rutina habitual, me pongo a preparar la cena, algo en lo que he mejorado sorprendentemente con el tiempo, sobre todo si tenemos en cuenta que el primer mes en Chicago sobrevivimos a base de comida para llevar y donuts de la cafetería de abajo. Un buen día, me di cuenta de que mis vaqueros favoritos ya no me cabían y, en un ataque de pánico, compré un montón de libros de cocina, le supliqué a Megan que me enseñara a cocinar y *voilà!*, ahora cenamos como reyes casi todas las noches. Pero solo si los reyes son fans absolutos de la salsa de tomate seis días a la semana, porque los domingos comemos fuera. Dime que me meta en la cocina un domingo y es bastante probable que te envenene.

Mientras cocino y recojo un poco, recibo una llamada de mi padre. Me dice que la semana que viene vendrá a la ciudad, que tiene que supervisar unas propiedades en las que está invirtiendo, y yo me alegro porque hace tiempo que no nos vemos. Lo malo de vivir en Chicago es que apenas veo a mi familia ni a mis amigos en persona. Hace poco más de un mes, en vacaciones, estuvimos en casa unos días, pero aun así echo de menos verme rodeada de la gente a la que quiero y me pierdo un montón de cosas por culpa de la distancia. Travis y Beth han terminado de reformar su preciosa casita de Jersey, y creo que ella por fin ha descubierto que no necesita hacer de esposa perfecta para sobrevivir. Le encanta la vida de mujer casada. La han ascendido en la discográfica y Travis ha empezado a trabajar en una empresa de marketing. Es bastante probable que en otoño comience un máster de Administración de Empresas. Mi hermano nunca ha dado el perfil de hombre



de negocios, pero tiene mucho instinto para la publicidad y el marketing. Mi padre está encantado. Ya le ha propuesto que deje el trabajo y entre en la empresa de cuya junta de dirección él forma parte pero Travis prefiere hacer las cosas a su manera.

Creo que mi padre no viene únicamente por los negocios. Lleva un par de semanas comportándose de una forma bastante extraña y solo es una corazonada, pero creo que por fin le va a pedir matrimonio a Danielle y le preocupa su reacción. Es una tontería, es imposible que le diga que no, pero con estas cosas nunca se sabe. Si me pregunta, le diré que adelante, que se lo pida, y quizá le eche una mano para encontrar el anillo perfecto mientras él esté en la ciudad. Conozco a mi padre, se pondrá tan nervioso que se le olvidará comprarlo. Además, nos ayudará a estar más unidos. Las cosas se pusieron un poco tensas cuando le pedí a Ray que me echara una mano para encontrar trabajo. Mi madre no pudo callárselo y mi padre, al enterarse de la facilidad con la que lo conseguí, se cabreó porque, según él, Ray no debería haber hecho nada. Intenté razonar con él, hacerle entender que yo ya tenía un currículum inmejorable gracias a mi exjefa Amy y que, si me hubiera presentado por libre, habría conseguido el puesto igualmente. Ray solo me ayudó a dar el primer paso y yo hice el resto.

Nos ponemos al día, hacemos planes para cuando esté aquí y, en cuanto cuelgo, empiezo a darle vueltas otra vez a lo de Wyatt, tanto que acabo de hacer la cena sin darme cuenta ni de dónde estoy. Cuando me percato, ya son las ocho. He contestado los mensajes pendientes y me dispongo a bajar al gimnasio del edificio, pero en ese momento se abre la puerta y entra Cole. Se le ve demasiado confiado para mi gusto. Deja la mochila junto al sofá y saca un ramo enorme de calas que estaba escondiendo detrás de la espalda. Las flores obran maravillas en el corazón de una mujer y yo no soy una excepción. Me estoy derritiendo por dentro, pero no quiero que se dé cuenta,

así que me siento en la butaca y cruzo los brazos.

—Mattie te ha llamado, ¿no?

La expresión de su cara no me dice nada.

—No tengo ni idea de a qué te refieres. Acabo de salir del grupo de estudio y te las he comprado por el camino porque sé que te gusta tener flores frescas en casa, pero sobre todo porque me he comportado como un imbécil y quiero arreglar las cosas.

—Cole.

Su expresión sigue siendo extrañamente impenetrable. Me ofrece las flores y yo las acepto a regañadientes, pero las acuno contra mi pecho como si fueran un recién nacido.

—¿Sí, bizcochito?

—¿De verdad me crees tan tonta?

—Eh, no pongas palabras en mi boca que yo nunca he dicho. ¿Y por qué seguimos hablando de lo de Wyatt? Le he pedido disculpas y él las ha aceptado. Si quieres, le envío una carta y la acompaño con una cesta de fruta fresca. ¿Qué te parece?

Tan listillo como siempre. Le pongo los ojos en blanco y luego lo miro sin acabar de fiarme.

—Espera un segundo. Yo no he mencionado a Wyatt en ningún momento. ¿Cómo has sabido que esto iba de él?

Oh, oh, parece que alguien ha metido la pata.

Al menos tiene la decencia de poner cara de arrepentimiento antes de desplomarse en el sofá que tengo al lado.

—Hoy estoy en racha, ¿eh? Primero me olvido de enviar un trabajo en el que llevo trabajando toda la semana y ahora soy incapaz de mentir ni aunque me vaya la vida en ello. ¿Qué me está pasando? ¿Será una crisis temprana de la mediana edad? Yo antes molaba.

—Ser capaz de mentirle a tu novia no es molar, Cole. No está bien que me hagas dudar de mi propio criterio. No todos los hombres con los que trabajo están interesados en mí. No sé si te has dado cuenta, pero hay un montón de mujeres preciosas ahí fuera entre las que escoger y seguro que duermen con lencería fina, no con una sudadera vieja de la universidad de su novio con más agujeros que un queso de Gruyère.

—Oye, ya sé que esta semana no he parado de cagarla, pero no hace falta que te ningunees de esa manera. Como se te ocurra dudar un solo segundo de lo increíblemente guapa que eres, será por mi culpa porque querrá decir que no te lo repito lo suficiente. Eres la chica más bonita que conozco, Tessie, da igual lo que te pongas. Siempre serás la más sexy, estés donde estés. Podría alabar tu cuerpo más a menudo para ver si así te lo crees.

Vale, tiene labia y lo sabe. Cuando termina de derretirme por dentro, casi me he olvidado de que ha utilizado a Mattie para que le haga el trabajo sucio. La cuestión es que sé que no está intentando manipularme, que lo que me acaba de decir lo piensa de verdad. Su forma de hablar, la pasión que transmite su voz y la intensidad de sus palabras me confirman que lo dice en serio y que esto no tiene nada que ver con Wyatt ni con Mattie. Es entre él y yo.

A veces se equivoca en la forma de protegerme o demostrarme que me quiere y la prueba más evidente es lo que ha pasado con Wyatt. Siempre intenta solucionarlo todo deprisa y corriendo, y acaba perdiendo el norte, como con Mattie, pero al final lo que demuestra con su comportamiento es lo mucho que le importo. No soy de las que se desmayan ante el más mínimo acto de caballerosidad, entre otras cosas porque he aprendido a diferenciar entre ser caballeroso y controlar a tu pareja. Así pues, Cole y yo vamos a hablar largo y tendido y va a tener que escucharme, pero ahora mismo es lo que menos me apetece del mundo. Por eso, me levanto de la butaca y me

acurrucó sobre su regazo, con la cabeza en su pecho.

—Eres muy convincente, lo sabes, ¿verdad?

—No son palabras huecas, Tessie, y tampoco estoy intentando camelarte, te lo prometo. Eso que te he dicho de que a veces no te das cuenta del efecto que causas en la gente lo digo totalmente en serio y te lo repetiría cien veces al día para que me creyeras.

—Ya no soy la chica insegura de antes, Cole. —Le paso una mano por el pecho y acaricio el suave algodón de la camisa—. No necesito que me hagas comentarios positivos a todas horas... A veces me apetece sentirme mal conmigo misma, pero te creo cuando me dices que para ti soy guapa. El resto del mundo me da igual, no pienso pasarme el día preocupándome por lo que pueda pensar de mí.

Cole me da un beso en lo alto de la cabeza.

—La gente ve lo mismo que yo: una chica guapa, inteligente, segura de sí misma, capaz de iluminar una habitación con una sonrisa, tan compasiva y generosa que todo el mundo quiere estar cerca de ella. Y todo esto lo sé porque, cuando no estoy contigo, siento exactamente qué es lo que me falta.

—Dios, no me puedo creer que estemos hablando de esto. ¿No es un poco fuerte para un lunes por la noche? —bromeo, pero en realidad me empapo de sus palabras no porque necesite oír las alabanzas, sino porque después de tanto tiempo oír a Cole hablando de sus sentimientos, escuchar esas palabras que yo nunca seré capaz de hilar le hace un bien increíble a mi alma.

Vivir en Chicago ha sido un gran cambio para los dos, mi trabajo empezó siendo muy distinto de lo que esperaba y estar separada de mi familia es una prueba constante, pero ¿esto de ahora? Verlo todos los días y todas las noches, y poder pasar tiempo juntos hace que al final todo valga la pena.

## O estaba enamorado de ti o era un mentiroso patológico

### Tessa

Cole se trae algo entre manos y, de momento, no he conseguido averiguar qué es. No digo que me esté poniendo los cuernos con otra o algo así, pero es evidente que me está ocultando algo y me estoy volviendo loca por momentos. Empezó con la discusión por el numerito con mi cliente, aunque con el paso de los días he entendido que lo siente y que en el futuro será más respetuoso con la gente con la que yo me relacione. Así que imagina mi intriga al darme cuenta de que está tramando algo, y es que ¿qué sentido tendría remover esas aguas?

No tengo mucho tiempo para pensar en las correrías de Cole porque estoy sepultada bajo una montaña de trabajo, pero a pesar de ello una vocecita en mi cabeza insiste en que vigile las señales. Quién sabe, puede que haya encontrado a otra madre soltera que necesita que la protejan de un exviolento. Nuestro edificio es bastante soso, la mayoría de los vecinos son milenials o estudiantes universitarios, así que dudo de que haya encontrado una nueva misión. De momento, estamos a salvo. Pero aun así es evidente que se comporta de una forma muy extraña, intenta esconderme el móvil para que no lo vea y está especialmente evasivo. Es imposible que no me esté ocultando algo, y es lo que le digo a Mattie al día siguiente en el trabajo.

Además de dar buenos consejos, Mattie nos conoce a los dos bastante bien y, la verdad, es agradable poder hablar con alguien cara a cara de vez en cuando y no a través del teléfono o de una pantalla.

Me escucha con atención mientras le explico el historial de Cole, en concreto todas las veces que pretendía hacer algo bueno por nosotros y ha acabado estallándonos en la cara, pero no parece muy preocupado.

—¿No te parece que estás siendo un poco paranoica, Tessa? Creo que estás analizando demasiado las cosas.

Abro la boca para rebatir lo que acaba de decir, pero justo en ese momento Kevin pasa por delante de mi mesa y me deja lo que parece ser una montaña de manuscritos.

—Necesito los informes sobre mi mesa para la semana que viene y si encuentras alguno tan bueno como en el Wyatt McKinnon, oblígame a leerlo, ¿vale?

—Dalo por hecho, jefe.

Se despide con la cabeza antes de regresar a su despacho y Mattie silba al ver la cantidad de manuscritos que tengo que revisar. Su jefa aún no le deja ocuparse de esa parte del trabajo. De vez en cuando, le llega alguno que otro, normalmente los del montón, los que tienen pocas o ninguna posibilidad de ver la luz, y a él le duele tener que acabar con los sueños de tanta gente. Espero que Donna, la controladora de su jefa, se dé cuenta de lo bueno que es, del ojo que tiene para los superventas, y le asigne más responsabilidades.

—¿Pretende que te leas todo eso en una semana? Cuántas son, ¿unas dos mil páginas?

—Me tiene bien enseñada. Normalmente con los diez primeros capítulos ya sé si le puede interesar a Kevin o no, y si sé que va a acabar en la papelera, ya ni me molesto en redactar el informe.

—No sabes la envidia que me das. ¿Qué le costaría a Donna darme un

libro bueno de vez en cuando? ¡Solo uno! —se queja Mattie y apoya la frente encima de la mesa.

—¿Y correr el riesgo de que te apuntes tú el tanto? Ni loca.

—¿Quieres que intercambiamos editores?

—Cuando las ranas tengan pelo.

Me saca la lengua y regresa a la web de la *GQ*, y es que, aunque se pasa el día quejándose del poco trabajo que le asignan, en momentos como este no puedo evitar pensar en la suerte que tiene. Contemplo la pila que descansa sobre mi mesa y resoplo porque sé que me voy a pasar el fin de semana leyendo justo cuando mi padre está aquí. Espero poder avanzar bastante antes de que llegue porque, si realmente quiere hablar sobre Danielle, tendré que prestarle toda la atención del mundo. Ya va siendo hora de que encuentre la felicidad y se cure las heridas de guerra que le han quedado de su relación con mi madre.

Cuando llego a casa, me encuentro a Cole haciendo la cena. Hoy me he quedado un rato más en la oficina para intentar adelantar trabajo y tengo el cerebro frito. La idea era pedir una pizza estilo Chicago y comer hasta vomitar.

De hecho, llevo toda la semana encontrándome mal, creo que no me hace falta una pizza para potar, pero de momento decido no pensar en ello. Todo lo que tenga que ver con estar enfermo o ir al médico me da una pereza tremenda y, además, sé que lo único que me pasa es que estoy agotada. El trabajo es estresante, pero tengo que darlo todo si quiero que mi jefe y la empresa se den cuenta de que puedo hacer más de lo que creen... Sería genial participar más directamente en el proceso de publicación. Así pues, hago de tripas corazón, aunque ahora mismo estoy muerta y sé que me voy a quedar

dormida en cuanto me meta en la cama, pero ver a Cole de buen humor, yendo de aquí para allá mientras cocina algo que huele genial, basta para levantarme el ánimo y atraerme hacia el olor que sale de la cocina en volutas, como en los dibujos animados.

—Hola, bizcochito, me has asustado. —Se inclina sobre la encimera y me da un beso—. No sabía que te quedabas a trabajar hasta tarde y encima no respondías mis mensajes.

Disimulo un bostezo.

—Lo siento, se me ha ido el santo al cielo y supongo que se me ha muerto el móvil en algún momento entre los capítulos veinte y cuarenta.

Me mira y levanta una ceja.

—Eso es mucha lectura. Le he mandado un mensaje a Mattie y me ha dicho que estabas trabajando y que él acababa de irse. Un día largo, ¿no?

—Larguísimo y lo que me queda. Pero no me quejo, ¿eh?, que ya he visto lo que tienes que estudiar para de aquí a unas semanas.

Cole tuerce el gesto.

—No va a ser divertido, pero prefiero no hablar de eso. Ahora quiero que te metas en la bañera que te he preparado y luego vengas a disfrutar de las chuletas de cordero que no se me hayan quemado.

Me rio porque sé que es un gran cocinero, aunque últimamente apenas tiene tiempo para cuidarme tanto.

—Suenan genial, pero ¿qué celebramos? Podríamos haber pedido algo por teléfono.

—El romanticismo aún no ha muerto, Tessie —me dice con voz melosa—, y si me apetece prepararte una cena romántica de vez en cuando, pienso hacerlo y punto.

Levanto las manos en un gesto defensivo:

—¡Eh, que solo era una pregunta! Además, ya sabes que me encanta cómo



cocinas, así que todo tuyo.

—En la nevera hay un paquete de esos pastelitos que tanto te gustan, los de lava de chocolate. Los meteré en el horno en cuanto acaben de hacerse las chuletas.

Se me hace la boca agua solo de pensar en el postre. La verdad es que tengo mucha suerte de estar con Cole. Cuando vivía en Nueva York, muchas noches volvía a casa después de un día de trabajo agotador y me sentía increíblemente sola sin él. Me había acostumbrado a vivir con él cuando estábamos en la universidad y, de pronto, no tenía a nadie. Por eso, en momentos como este recuerdo por qué puse mi vida patas arriba para estar con él.

Básicamente, porque cuando no se comporta como un imbécil posesivo, es perfecto, tal cual, y la persona a la que más quiero en el mundo.

—Que sepas que te estoy vigilando. Tú tramas algo y descubriré qué es.

Él suspira con aire dramático.

—Vas a conseguir que me sienta como un novio de mierda, Tessa. No solo tengo detalles contigo cuando estoy tramando algo o lo que creas que hago en mi tiempo libre.

—Eh, eso solo fue una vez y porque creí que ibas a matar a Jay de verdad. Tenía que hacer algo para salvar a tu familia.

—Le dijiste que haría bien en informarse sobre cómo ponerme una orden de alejamiento.

Me señala con la espátula que tiene en la mano y le hace un manchurrón de salsa a mi delantal favorito en el que pone: «Lo que más me importa en este mundo es el chocolate y puede que dos o tres personas».

—Lo hice por los dos. Jay no puede evitar meter la pata cada vez que te tiene cerca y tú siempre tienes que reaccionar.

—Se pasó de la raya y lo sabes.

—Era Nochevieja, estaba borracho y Leila acababa de dejarlo por quinta vez. Es normal que...

—¿Que sintiera la necesidad de recordarme aquella vez que te sorprendió vestida únicamente con una toalla?

—Se equivocó y ya está, no debería haberlo mencionado. Ya sabes cómo se pone cuando discute con Leila.

Cole respira hondo.

—¿Sabes? La idea era disfrutar de una velada tranquila y relajada antes de las semanas de noches en vela que me esperan, y lo voy a estropear hablando del imbécil de mi hermano. Date un buen baño, ponte la bata rosa que tanto me gusta y disfrutemos de esta exquisitez que te estoy preparando con tanto amor, ¿vale?

Sonrío porque realmente se nota el esfuerzo que ha invertido en prepararlo todo y ¿quién soy yo para resistirme a los encantos de Cole Stone?

Después de una cena deliciosa, cogemos el postre y nos acurrucamos bien juntitos en el sofá para seguir viendo *The Office*. Cole me acaricia el pelo con una mano y yo tengo la sensación de que quiere decirme algo, pero prefiero no presionarlo. Sé que conseguiría el efecto contrario y por eso intento sacar el tema con mucho tacto.

—Te acuerdas de que mi padre viene el viernes, ¿no?

—Sí, está apuntado en el calendario. ¿Vas a recogerlo tú?

—Sí. Me parece que viene a decirme algo importante y quiero que sepa que puede contar conmigo.

—¿Crees que le va a pedir matrimonio a Danielle?

Asiento con la cabeza apoyada en su pecho.

—Sí, y me alegro mucho por él.

Cole murmura algo, como asintiendo, y nos quedamos otra vez en silencio. No sé qué más decir para conseguir que cante.

—Eh, bizcochito.

Cierro los ojos y me doy una palmadita mental en la espalda. Estoy muy orgullosa de Cole porque al final no ha necesitado el empujoncito final.

—Dime.

—Quería que fuera una sorpresa, pero estoy aquí sentado oliendo tu perfume y está claro que no tengo remedio cuando se trata de ti, así que ¿por qué no coges la revista que está encima de la mesa?

—¿Cuál? ¿Esa?

Está señalando un número de *Venus*, de la que, obviamente, me he hecho suscriptora por pura lealtad. He de decir que Leila está que se sale desde que me fui y Amy decidió no contratar a nadie y darle toda la responsabilidad a ella. Pero no creo que esto tenga nada que ver con ella, así que cojo la revista y empiezo a pasar las páginas. Estoy un poco nerviosa. Ya me la miré a principios de mes, no sé qué se me puede haber pasado por alto.

De pronto, ahogo una exclamación de sorpresa.

—¡No puede ser!

—Es.

Sonríe y, como es tan previsor, deja los platos del postre encima de la mesa justo antes de que me abalance sobre él y lo abrace como un koala.

—¿Cómo lo has sabido?

—Bueno, siempre dejas todas las cuentas abiertas y la fecha de tu cumpleaños no es la mejor contraseña para bloquear el portátil, ¿sabes?

Le doy un manotazo en el hombro.

—¿Qué pasa? ¿Ahora te dedicas a acosarme por las redes?

—Solo miré en el tablero «Vacaciones de ensueño» de tu Pinterest. A ver, que me podría haber equivocado perfectamente de sitio, pero después de

veinte fotos seguidas de Bora Bora supe que había acertado.

—¿Y has reservado el viaje directamente?

—Claro. Una semana de arena, sol, cielos azules y el mar de fondo. Y tú, ligerita de ropa.

Le sujeto la cara entre las manos y le doy un sonoro beso. Estoy que no me lo creo. Hemos visitado algunas ciudades y también hemos ido a esquiar varias veces, pero nunca hemos hecho un viaje así. Guardé las fotos en mi Pinterest por si podíamos ir en verano, pero me parece alucinante que Cole lo haya hecho así y, porque, la verdad, no me había dado cuenta de lo mucho que necesitamos darnos un respiro ahora mismo.

—Los billetes son para finales de marzo. ¿No tienes clase?

—No, es Semana Santa, y ¿recuerdas que hace un par de días te pregunté si te quedaban días de vacaciones?

Mi boca se abre en forma de O.

—Por eso me preguntaste si esa semana podía ir contigo para echarle una mano a la abu Stone con la cirugía de la cadera. No van a operarla, ¿verdad?

—No —responde él—, pero ¿a que es buena actriz?

En cuanto Cole me dijo lo de la operación, la llamé corriendo y, madre mía, estará mayor pero qué arte tiene para mentir. Le siguió la corriente a su nieto y yo acabé al borde de las lágrimas y diciéndole que no se preocupara, que le leería todas las novelas picantonas que quisiera mientras durara la recuperación.

Qué alivio saber que me voy a librar de la tortura.

Estoy tan contenta que tengo ganas de saltar de alegría. Cole se ríe, pero no sabe la ilusión que me hace saber que dentro de unas semanas estaré en la playa, en medio de la nada y bebiendo piña colada día y noche.

—Feliz Día de San Valentín, bizcochito.

Señala hacia el reloj, que marca las doce. Yo ya debería estar acostada

hace rato, pero tiene razón, ya es San Valentín y Cole se acaba de marcar todo un detallazo.

—Te quiero. —Me inclino hacia él y le doy un beso—. Feliz San Valentín, Cole.

Lo quiero pero no porque se haya gastado un dineral en los billetes o en el hotel, que me parece genial, sino porque he crecido sabiendo que el dinero no puede comprar la felicidad si no hay amor en tu vida. Lo quiero porque me cuida, porque es considerado como nadie que haya conocido nunca y porque siempre me demuestra que soy una prioridad en su vida. Ya no soy la chica dependiente de antes, no necesito estar pegada a él ni que me haga caso a todas horas, pero sí necesito la seguridad de que en este amor tan loco que me consume no estoy sola y eso es algo que Cole me ha demostrado una y otra vez.

Una de las peores partes de convertirse en un adulto con responsabilidades y un trabajo de verdad es no poder cogerte el día libre a menos que algún muermo del Gobierno haya decidido que ese día en cuestión merece ser festivo. Así pues, aunque es San Valentín y mi novio me acaba de hacer el regalo del siglo, yo no tengo horas suficientes por delante para devolverle semejante detalle con algo que esté a la altura, que es lo que habría hecho cuando iba a la universidad o al instituto. Sí que tengo algo planeado desde hace semanas, además de un par de trucos en la manga, pero ¿cómo voy a competir con Bora Bora?

Le hago esa misma pregunta a mi confidente favorito y él se queda mirándome con la boca abierta.

—Pero, perra, ¿qué me estás contando?

Abro los ojos como platos.

—Eh, no hace falta que me insultes, que solo te he hecho una pregunta.  
Mattie pone los ojos en blanco.

—No te estoy llamando «perra», Tess, cariño, lo digo en plan sorpresa y envidia cochina porque me parece increíble que tu novio, además de estar más bueno que el pan, también sea un romántico empedernido. No es justo que tú tengas semejante portento todo para ti y que a mí Juan ni siquiera me devuelva las llamadas.

—Vaya, ¿aún no te ha llamado? ¿Cuánto tiempo ha pasado, dos semanas? Quizá deberías pasar página.

De pronto, da un puñetazo en la mesa y yo me alegro de que nuestras mesas estén en una esquina de la planta y de que nuestros respectivos jefes estén en una reunión porque este tío está loco.

—¡Jamás! Tuvimos mucha química, Tess, estoy seguro de que le hice tilín. Tiene que decidirse a hablar con su madre y dejarle claro que no quiere salir con la chica del salón de manicura porque la pobre no trae el equipamiento correcto.

—Vale, pero si está jugando contigo, dímelo, ¿eh? Sé de alguien que haría que pareciera un accidente.

Mattie me da unas palmaditas en la cabeza como si fuera una niña.

—Sé cuidar de mí mismo, Tess, pero mejor hablemos de ti. ¿Qué le has preparado a tu chico para el Día de los Tortolitos? ¿Cómo vas a superar lo de Bora Bora?

Yo resoplo.

—Nada supera unas vacaciones en el paraíso. Ahora mismo, mi pícnic en el parque me parece una soberana tontería. ¿Perritos calientes al aire libre? ¿Cómo se me pudo ocurrir?

—No es mala idea, pero tienes que llevarla al siguiente nivel. Mira, hoy Donna se va un poco antes y me ha dicho que me puedo ir a casa si quiero.

¿Qué te parece si me quedo un rato y me invento algo mientras tú haces todo eso tan importante que el monstruo de mi jefa no me deja hacer?

Me siento eufórica y un poco triste al mismo tiempo. Me apena que Donna desperdicie el talento de Mattie de esa manera, aunque estoy segura de que en algún momento rectificará.

—¿De verdad harías eso por mí?

—Claro que sí, cariño. Ya sabes que tu relación con Cole nos da esperanza al resto de los mortales. Tu déjame creer un poco más en el amor antes de resignarme a la soledad.

—Eh —le digo, y él aparta la mirada—, encontrarás a alguien, ya lo verás, y cuando eso pase yo seré la primera que lo celebre. Estos últimos seis meses aquí has hecho que me sintiera como en casa, Mattie. Ya no hay gente como tú.

—Pues claro que no, Dios rompió el molde conmigo.

Qué suerte estar rodeada de hombres que no necesitan abuela. De verdad, es una bendición.

O no.

El día se me hace eterno, me siento apática y sé que probablemente estoy incubando algo. Como aún es San Valentín y Cole se merece algo mejor que una novia narcoléptica, planeo una velada especial con la ayuda de Mattie. Acabo el trabajo en tiempo récord y me paso el resto del día haciendo llamadas y mensajeándome con Cole para saber si está libre esta tarde. Cuando lo tengo todo listo, me voy a casa para arreglarme. Le tengo que comprar una caja de *cupcakes* de Sprinkles a Mattie, sus favoritas, para darle las gracias. El atuendo para esta noche es un poco más complicado, así que voy al H&M más cercano a comprar lo que necesito. No tienen el conjunto

exacto que llevo en mente, pero sí encuentro algo bastante parecido y corro a casa cargada de bolsas. Una vez allí, me pongo manos a la obra, no sin antes mandarle un mensaje a Cole para decirle dónde quedamos. Aquí no vamos a encontrar el sitio exacto, pero sí lo más parecido posible. Una vez lo tengo todo preparado, llamo un Uber y me dirijo hacia allí.

Apenas llevo diez minutos esperando en la típica cafetería retro cuando Cole aparece por la puerta con cara de estar descolocado. Viene directamente de clase, se le nota el cansancio en los ojos. Por un momento, me planteo si seguir adelante o no, pero al final decido que sí porque sé que esto le va a encantar. O eso espero.

—Eh, bizcochito. —Se inclina sobre la mesa y me da un beso antes de sentarse—. Esto está un poco lejos, ¿no?

Quería encontrar un sitio que estuviera frente al mar, pero por lo visto aquí no hay muchos. Al final, me he decidido por la playa de Oak Beach, que no está especialmente cerca de casa, pero la cafetería se parece a otra en la que estuvimos una vez y no podía desaprovechar la oportunidad.

—Pero vale la pena, ¿a que sí?

Me mira un poco desconcertado, como si no supiera si lo digo en serio o si estoy a punto de montarle un pollo por algo que ni siquiera sabe si ha hecho.

Pobrecito mío, la verdad es que últimamente he sido un poco dura con él.

—¿Aún no lo pillas?

Me levanto de la mesa y me doy la vuelta para que vea lo que llevo puesto. Pantalones vaqueros cortos, camiseta de rayas y sandalias. Hasta he intentado peinarme como cuando tenía diecisiete años, secando el pelo al aire y luego ondulándolo un poco con la plancha. Lo que sí que no he hecho ha sido maquillarme igual; a saber lo que me ponía en la cara por aquel entonces.



Pero tampoco pasa nada si no se da cuenta de qué va esto y es que, con todo lo que hemos vivido después de aquella primera cita no oficial, sería un milagro si lo recordara.

—Voy a tener problemas por esto, ¿verdad?

Está tan adorable que no puedo evitar reírme.

—No, pero intenta hacer memoria, Cole, lo tienes delante de los morros. La playa, la cafetería... Si hasta me he adelantado y he pedido una hamburguesa con queso y un batido de fresa para mí.

Cole parpadea, intenta recordar y, de pronto, le cambia la cara y me mira con la expresión inconfundible de quien está enamorado hasta las trancas de su pareja y así, sin más, siento que todo ha valido la pena.

—¿Cómo es posible que no me acordara? Fue el día en que cambió todo.

—No, en realidad fue el día en que te dije que todo había cambiado. Me tenías en el bote hacía tiempo, Cole, pero me daba miedo que lo supieras por si todo acababa siendo una broma de mal gusto.

Me vuelvo a sentar y Cole me coge de la mano.

—¿Y de quién era la culpa? Seguro que pensabas que o estaba enamorado de ti o era un mentiroso patológico.

—Algo así, pero aquel día estuvo muy bien, ¿verdad? Quién iba a decir que aquella expedición para buscar a la abu iba a tener un final tan feliz.

—El mejor final. Aún no me creo que fuera capaz de confesarte todo lo que llevaba tanto tiempo queriendo decirte. Estaba tan nervioso que recuerdo pensar que iba a vomitar en plena confesión.

—Habría sido una buena manera de cargarse la magia... Me alegro de que no lo hicieras. Yo estaba alucinada contigo, completamente obsesionada. Aquel día pensé que eras la persona más maravillosa del mundo.

—Madre mía, bizcochito, vas a conseguir que no quepa por la puerta. Entonces ¿ya no te parezco el tío más maravilloso del planeta? —bromea, y

antes de responder espero a que la camarera deje la comida sobre la mesa y se aleje.

—Ya no te tengo idealizado, Cole, porque ahora te conozco casi mejor que a mí misma y sé que eres aún más increíble de lo que pensaba. Feliz San Valentín, Cole. Te quiero y no sabes cuánto me alegro de que aquel día decidieras contarme lo que sentías.

Saco su regalo de la bolsa de la tela que llevo cargando toda la tarde y lo dejo encima de la mesa, entre los dos. Él rompe el papel con cuidado y saca una botella de cristal llena hasta arriba de trocitos de papel doblados en cuadraditos minúsculos.

—Aquí están guardados todos mis recuerdos favoritos contigo. Se nota que es un regalo temático, ¿verdad?

Me paso un mechón de pelo por detrás de la oreja y es que, de repente, me he puesto nerviosa. Él me lleva a Bora Bora y yo le regalo el típico mensaje en una botella, pero tampoco parece muy decepcionado. No es mala señal, ¿no?

—Sé que llevamos días sin tener una conversación en condiciones y que no suelo decirte lo feliz que me haces, así que te he hecho estos recordatorios de nuestros momentos favoritos por si alguna vez se me olvidan.

Cole cierra los ojos un segundo como si hubiera notado un dolor, pero cuando vuelve a abrirlos están rebotando del amor que siente por mí. Se inclina hacia delante y nos encontramos en el centro de la mesa para darnos un beso dulce pero profundo.

—Vas a tener que seguir añadiendo papelitos a la botella, Tessie, porque este momento va directo al top cinco de mi lista.

## Hay más tostadas de aguacate que en todo mi Instagram

Tessa

—Bonito piso, papá. ¿Estás pensando en venirte a vivir aquí?

—¿No llevo ni una hora en Chicago y ya quieres que me vaya? ¿Qué he hecho mal como padre?

Alzo los ojos exasperada y sigo la gira por el increíble AirBnB de dos habitaciones que mi padre ha alquilado para su estancia en la ciudad. Está claro que no necesita en absoluto ni las vistas de los rascacielos que se divisan a través de los enormes ventanales ni tener la Milla Magnífica o el Navy Pier a la vuelta de la esquina. No puedo evitar silbar cuando entro en el enorme dormitorio principal con un baño privado, presidido por una bañera tan grande que tiene capacidad, como mínimo, para cinco personas. La cocina está perfectamente equipada y hay una zona de descanso separada por si mi padre quiere invitar a alguien más y no caben en las habitaciones.

—Te lo vuelvo a preguntar: ¿seguro que has venido para un par de días y no para quedarte a vivir?

—Me gusta estar cómodo cuando viajo, eso es todo.

—Una cosa es estar cómodo y otra muy distinta tirar el dinero. Podrías haberte alojado en un hotel por la mitad de lo que has pagado aquí. Te estás haciendo mayor, papá, ¿no deberías empezar a ahorrar para la jubilación?

—Este es el pago que recibo por haber criado dos hijos fuertes e independientes. No llevan ni dos años fuera del nido, y ya me llaman «viejo» y se dedican a planear mi entierro.

—Venga ya, papá, los dos sabemos que tu especialidad no es el melodrama, para eso ya está mamá. Por cierto, me ha llamado unas cinco veces desde que has aterrizado preguntándome si has venido con la golfa de tu novia.

Diría que a mi padre le hace gracia el comentario, pero me alegro de que por fin los dos hayan aprendido a ignorar los insultos del otro. No hace mucho, en otra vida, la vajilla habría salido volando, la ropa habría acabado tirada en la calle y las tarjetas de crédito, canceladas.

Ah, qué tiempos aquellos.

—Me alegra saber que sigue peleona como siempre, espero que gracias al semental ese que se ha echado de novio.

Se ríe y creo que me sube un poco la comida a la boca. Da igual la edad que tengas, basta con oír a tus padres mencionar algo remotamente sexual para que te entren unas ganas tremendas de declararte fruto de la divina concepción y no de la relación entre tus progenitores.

Qué asco, por favor.

—Al final estarás reunido todo el día, ¿verdad?

Cojo las llaves y el bolso, lista para salir por la puerta.

—Sí, pero me gustaría cenar con vosotros esta noche si estáis libres. Podemos tomar algo antes en el bar de la esquina y luego ir a un italiano, por ejemplo. Me han dicho que hay uno muy bueno cerca de aquí.

—Me parece genial, papá, no creo que Cole tenga nada esta noche. Llámame si necesitas algo y, si no, nos vemos luego.

Me mira como si fuera a decirme algo, pero se lo piensa mejor y eso me recuerda que es bastante probable que haya venido para hacerme saber que se

quiere casar con Danielle. No debería estar nervioso, pero lo está y me parece adorable. Danielle me cae genial y encima es perfecta para él, así que puede contar con mis bendiciones. Solo hay que esperar a que se decida a soltarlo.

De camino a casa, con mi padre ya instalado, llamo a mi hermano y a Beth. En los últimos tiempos, sus vidas únicamente giran alrededor de la casa. No tenemos una sola conversación en la que no acabemos hablando de azulejos, salpicaderos para la cocina o tipos de pintura. Tampoco quiero cortarles el rollo, pero no es un tema que me plantee ahora mismo y ni siquiera lo domino, pero, eh, si la chica que hasta hace poco solo sabía hablar de corsés y ropa de cuero ahora prefiere hablar de las ventajas que supone tener una encimera de mármol, ¿quién soy yo para impedirselo?

—¿De verdad crees que se está planteando casarse?

Oigo el sonido de un taladro de fondo y Travis se da la vuelta para enseñarme cómo van las obras. Su primera casa empieza a cobrar forma, se nota la mezcla de estilos de cada uno, no solo en la pintura, que va desde los blancos rotos hasta el contraste en negro de una pared, sino también en su amor por la música que ocupa todas las paredes. La música fue precisamente lo que los unió y, cuando ves los discos de rock clásico de Beth al lado de los de jazz y blues de Travis, te das cuenta de que son dos personas que han entendido a la perfección que el matrimonio es el arte de saber comprometerse.

Claro que si a Travis le gustara el country, Beth le habría pedido el divorcio hace tiempo. Ahora mismo está en el jardín de atrás, peleándose con las plantas y las rosas que tanto le interesan últimamente. En serio, si no me mandara de vez en cuando algún artículo de *Cosmopolitan* sobre intimidades descritas con todo lujo de detalle, creería que la ha poseído el espíritu de una

de esas madres perfectas de las películas que lo mismo crían a media docena de niños que te organizan una liga infantil interestatal. Yo sé que mi chica sigue ahí, en algún sitio, aunque ahora se pase el día buscando la mejor marca de fertilizante.

—Si es así, yo le diré que adelante. Danielle es genial.

—¿No crees que acabará envenenándolo, quedándose con su dinero y escapándose con el chico de la piscina?

—Bueno, si mamá no lo hizo en veintidós años de matrimonio, no creo que Danielle lo haga.

—Eso no ayuda.

Le digo a Travis que espere un segundo, que acabo de entrar en casa, y acto seguido soy consciente de que necesito sentarme. De repente, estoy muy mareada y me cuesta mantenerme en pie. Cierro la puerta, dejo el bolso en el sofá y me estiro.

—¿Estás bien, Tess?

Cambio a FaceTime de audio, me pongo el móvil entre el hombro y la barbilla, me aparto el pelo de la cara e intento respirar hondo. Ya sabía que me pasaba algo, llevo un par de días sintiéndome extrañamente cansada. Me cuesta un mundo levantarme de la cama por las mañanas y soy incapaz de funcionar si no es a base de café, pero creía que no era nada, solo cansancio y falta de sueño.

Hoy ha sido un buen día. He dormido bien y tenía ganas de ir a buscar a mi padre al aeropuerto. Todo iba viento en popa hasta ahora. Me siento como si me hubiera arrollado un camión de doce ejes.

—Perdona, es que... me he mareado de repente.

Travis se queda callado unos segundos antes de entrar en modo hermano protector.

—¿Estás sentada? ¿Duermes bien? ¿Comes? Ya te dije que no trabajaras

tanto, Tess, que acabas de empezar en esa empresa. Nadie espera que dirijas tú sola la editorial.

El mareo empieza a remitir. Suspiro, cierro los ojos y me abanico la cara con las manos. Estamos en febrero, en la calle hace frío, pero yo estoy caliente como un pavo el Día de Acción de Gracias.

—No es por el trabajo, seguro. Lo que yo hago no implica esfuerzo físico. Me paso el día sentada y leyendo. Quizá necesito gafas, eso explicaría las migrañas.

—Pide cita con el médico cuanto antes y esta vez haz el favor de ir.

Travis ya sabe que últimamente no me encuentro demasiado bien. Se lo dije yo misma y también le dije que empezaría a tomarme unas vitaminas que me había recetado mi médico de Nueva York, pero hasta ahora no he encontrado el momento de empezar.

Me he dedicado a procrastinar, cómo no, y ni siquiera las he comprado.

—Tranquilo, lo haré. De verdad que no es nada serio, en cuanto coma algo me encontraré mejor.

—Ve al médico cuanto antes.

No parece que esté de humor para que le lleven la contraria, así que me rindo y le prometo que le haré caso. Luego me dice que Beth quiere hablar conmigo y me preparo mentalmente para un segundo interrogatorio.

—Eh, ¿estás bien?

Se nota que está preocupada y no puedo evitar sentirme culpable por provocarles un dolor de cabeza más cuando ni siquiera sé qué me pasa. Seguro que ya tienen más que suficiente con lo suyo para ir yo ahora y empeorarlo.

—Estoy bien. —Intento que suene natural—. Supongo que debería haber comido algo más que un paquete de Skittles.

—Pero ya hace un par de semanas que estás así, ¿verdad?

De pronto, no estoy de humor para hablar de esto, sobre todo cuando no hay nada de lo que preocuparse.

—Estoy bien, en serio, pero pediré cita con el médico igualmente en cuanto tenga un momento, ¿vale? Ahora explícame lo del cantante que quieres que firme con vuestra discográfica.

Si hay algo de lo que Beth está enamorada, además de mi hermano, es de la música, que fue lo que estudió en la universidad. Hace poco, ha pasado de becaria a ayudante de mánager. Trabaja codo con codo con un agente muy famoso fichando a nuevos talentos para el sello. Es el trabajo perfecto para ella. Después de tanto tiempo como becaria, intentando impresionar a sus superiores para que la contrataran a tiempo completo, por fin lo ha conseguido y es lo mejor que podrían haber hecho.

Beth sabe que estoy intentando cambiar de tema, pero me sigue la corriente y, hacia el final de la conversación, creo que he conseguido distraerla.

—Bueno, Tessa, dime para cuándo te dan la visita y qué te dice el médico. Creo que... tengo una corazonada y necesito estar segura.

Niego con la cabeza.

—Ah, ¿es que ahora eres una especie de sanadora o qué? ¿Y qué haces ahí, en vez de estar en San Mungo?

—Solo tú eres capaz de hacer una referencia a Harry Potter cuando podrías estar...

—¿Podría estar qué?

Alguien la llama a lo lejos y me dice que se tiene que ir antes de que los albañiles tiren abajo toda la cocina.

—Cuídate, Tessa, y recuerda que estamos aquí para lo que necesites. Solo tienes que llamarnos.

Esta conversación ha sido tan extraña que ni siquiera me cuestiono por qué tengo ganas de llorar. Puede que simplemente sea porque echo de menos a



mis amigas y se me empieza a hacer difícil no tenerlas cerca en ocasiones como esta.

—Tranquila, lo haré.

—Te quiero. Llámame, ¿vale? Pase lo que pase, tú llámame.

Lo dice como si estuviera terminal o algo así; tampoco hace falta ponerse dramático. Acabo de encarrilar mi vida, me he instalado en una ciudad nueva, por fin le estoy cogiendo el tranquillo a esto de vivir como una persona adulta, y Cole y yo podemos estar juntos y en paz. Anda que si ahora me muero, menudo bajón.

Ahora mismo, lo que más me apetece en el mundo es pasarme las próximas dos horas abrazada a la taza del váter, pero me arrastro hasta la habitación, cojo el portátil y me dispongo a responder unos mensajes de trabajo, pero en cuanto me estiro en la cama y mi cabeza roza la almohada, empiezo a notarme cada vez más atontada, se me cierran los ojos y lo último que recuerdo es que dejo el ordenador a un lado y me quedo dormida.

Me despierto con la mejor sensación del mundo, a saber, el cuerpo de Cole enredado con el mío. Me acurruco entre sus brazos y noto cómo sonrío sobre la curva de mi cuello y sus brazos se tensan alrededor de mi cintura.

—Estabas grogui cuando he llegado. He intentado despertarte un par de veces, pero no he podido.

—Y has decidido hacerme la cucharita para doblegar mi voluntad, ¿eh? Muy astuto.

Tengo la voz ronca por la falta de uso, me pregunto cuánto rato llevo dormida y, de pronto, lo recuerdo todo: el mareo al llegar a casa, la conversación con Beth, lo que le he dicho que haría antes de meterme en la cama. Pero ahora no tengo tiempo para pensar en eso, hemos quedado con mi

padre para tomar algo y cenar. Lo demás puede esperar.

—¿Qué hora es?

Me doy la vuelta para mirarle a la cara y sonrío al ver lo despeinado que está. Le paso la mano por la cabeza y le alboroto el pelo todavía más.

—Como no contestabas, tu padre me ha enviado un mensaje a mí. Hemos quedado dentro de una hora.

—Pues será mejor que me ponga manos a la obra.

—Más te vale.

Ninguno de los dos se mueve. De hecho, Cole me abraza más fuerte y se inclina sobre mí para darme uno de esos besos a los que sabe que soy incapaz de resistirme. Al final, me rindo, dejo que aparte las sábanas y se tumben encima de mí.

Llegamos tarde, obviamente. Me paso la noche sin poder mirar a mi padre a los ojos y, a pesar de que soy una mujer adulta de veintitrés años, me pongo colorada cada vez que recuerdo lo que ha pasado justo antes de acudir a su cita. Mi padre, el pobre, no dice nada de que hayamos llegado tarde, aunque estoy segura de que se imagina el porqué, y se pasa buena parte de la noche hablando de las reuniones que ha tenido hoy y de las ganas que tiene de quedar con sus amigos mañana y pasado. No menciona a Danielle ni una sola vez, lo cual es toda una decepción porque espero que no se duerma en los laureles y le pida matrimonio antes de que ella empiece a pensar que la relación no va a ninguna parte.

Cole, en cambio, se muestra muy satisfecho, tanto que al final le tengo que dar una patada por debajo de la mesa porque no quiero confirmar las sospechas de mi padre. El verano pasado, cuando nos pilló *in fraganti* en mi habitación, tardó una semana entera en mirarme a la cara.

Cole aduce en su defensa que es capaz de desnudarme más rápido que yo misma y que lo hace solo para echarme una mano. Supongo que depende del

punto de vista, pero, eh, si le apetece ayudarme un poquito esta noche, no seré yo quien se lo prohíba.

Por la noche, estoy demasiado mareada para comer o beber con normalidad y, por la mañana, me despierto muerta de hambre. Cole sigue durmiendo y yo no puedo aguantar más, así que me levanto a primera hora, me meto en la cocina y me dispongo a agasajarme con un auténtico festín. Cuando Cole se levanta, he preparado un banquete digno de un rey.

—¿Esperamos visita?

Se queda mirando las galletas que hay en el horno. Intenta robar una y le doy un manotazo en la mano.

—No, es que me he levantado con ganas de comerme todo esto y más.

—Hay cinco tipos de huevos distintos encima de la mesa y más tostadas de aguacate que en todo mi Instagram.

—No me decidía entre el desayuno tradicional y el de hípster, así que he preparado los dos. ¿Te apetece un café con leche de soja o mejor un café solo?

Cole se sirve un par de tostadas con mantequilla, unos huevos revueltos y una montaña de tortitas, y me mira con curiosidad.

—¿Seguro que estás bien?

—¿Por qué todos me preguntáis lo mismo?

Cojo la bandeja de las galletas del horno, las paso a un plato y lo dejo sobre la mesa con tanta fuerza que por poco no lo hago añicos. Cole me mira con los ojos como platos, pero es listo y sabe que lo mejor es no decir nada. En vez de eso, coge las galletas que le ofrezco y está a punto de abrasarse con la crema ardiendo que les echo por encima. Con toda la comida sobre la mesa, lleno mi plato hasta arriba y lo engullo todo a una velocidad de récord

mientras, de fondo, mi estómago sigue rugiendo. Soy consciente de que Cole me mira como si estuviera loca, pero llevamos juntos mucho tiempo y me ha visto en situaciones peores, sobre todo aquella vez que salí con Cami de fiesta y volví apestando a lavabo público y descalza porque mis zapatos habían desaparecido como por arte de magia. Por eso no me preocupa que ahora mismo no me vea guapa, y encima es listo y sabe que lo mejor es no hacer ningún comentario sobre el equivalente a un mes de comida que acabo de ventilarme.

Cuando por fin termino de comer, me arrellano en la silla y me froto la barriga. A Cole se le van los ojos, cómo no, lo cual me obliga a tirar del pijama para tapar la panza enorme que se me acaba de poner. Es verdad que estas dos últimas semanas he ganado algo de peso, más que nada porque apenas he podido ir al gimnasio, ni siquiera al que tenemos en el edificio, que es perfecto. Si a eso le sumamos que no como suficiente durante el día y que por la noche me pongo morada de pizza, es normal que los vaqueros se me estén quedando pequeños.

Pero tampoco hace falta que me mire de esa manera.

—Ya lo sé, parezco una ballena varada, pero así no me ayudas, que conste —murmuro, extrañamente afectada.

Uf, tiene que ser el síndrome premenstrual. Hace tiempo que aprendí a no molestarme por cosas sin importancia y a sentirme más segura de mi cuerpo, pero una vez al mes me transformo en un engendro quejica y exigente que solo piensa en comer. De verdad, qué ganas de que se me pase.

—Tessie, yo no... no te estoy mirando por eso. Estoy preocupado por ti. Últimamente has trabajado muchas horas y has descansado más bien poco. Ayer me llamó Travis y...

—¿Que te llamó quién?

Casi se me escapa un grito, y es que mi hermano está sacando todo esto de

quicio. Lo último que necesito ahora mismo es que Cole me trate como si fuera de porcelana cuando, en realidad, mi sitio está en la editorial dejándome la piel y haciéndolo mejor que mis compañeros.

—Está preocupado, igual que Beth y que yo. Los dos sabemos que te pasa algo así que, por favor, pide cita con el médico de una vez para que podamos estar tranquilos. Hazlo por mí, ¿quieres?

Entiendo su preocupación, sobre todo porque sé que su madre murió repentinamente. Cole siempre se ha preguntado si alguien podría haber hecho algo, en concreto la gente más cercana. Quizá podrían haber estado más atentos y, no sé, detectar el aneurisma de alguna manera. No quiero restarle importancia a su preocupación porque sé de dónde viene, así que pongo una mano sobre la suya y le digo que no podrá deshacerse de mí tan fácilmente.

—No necesito un médico, Cole. Seguro que es por el cansancio y por la comida. Además, me tiene que bajar la regla y...

Pero en cuanto las palabras acaban de salir de mi boca, es como si el mundo se viniera abajo. Dejo la frase a medias y miro a Cole con auténtico terror. El pobre está al borde del infarto, pero ¿qué le puedo decir si yo me siento igual? Supongo que estoy pálida porque, de repente, Cole aparece a mi lado, de cuclillas, frotándose las manos entre las suyas.

—Bizcochito, ¿qué te pasa? Es como si hubieras visto un fantasma. ¡Dios, tienes las manos heladas!

El corazón me va a mil y empiezo a notar un sudor frío en la frente. Todo mi cuerpo se está preparando para entrar en estado de shock. No me atrevo a decirlo en voz alta porque, si lo hago, las posibilidades de que sea verdad aumentarán exponencialmente.

Pero no puede ser, es imposible.

Aunque en realidad no lo es.

Cole me zarandea para que hable, pero ¿qué digo? ¿Cómo lo digo? Si mis

temores se confirman, esto cambiaría su mundo tanto como el mío.

Ay, Dios mío, creo que voy a vomitar.

¡Un momento, no, no quiero vomitar!

El cerebro me va a mil por hora, haciendo cálculos e intentando obviar la relación más que evidente entre los síntomas que tengo de momento y la explicación más sencilla. Quizá me equivoque, quizá no.

—Tessie, me estás asustando. ¿Qué te pasa?

Miro a Cole, le cojo las manos e intento decirlo en voz alta, pero estoy a punto de tener un ataque de nervios y, con el corazón atravesado en la garganta, me resulta imposible hablar. Sin embargo, Cole es el amor de mi vida por muchas razones y una de ellas es que sabe cómo tranquilizarme, también cuando se acerca una tormenta como esta. Me ayuda a respirar, tira de mí, me sienta en su regazo y me mece suavemente. Yo apoyo la cabeza contra su pecho y me concentro en el sonido de su corazón.

—Todo irá bien, Tessie, ya lo verás. Tú solo tienes que decirme qué pasa y yo me ocupo de arreglarlo.

No sé si esto tiene arreglo, pero se lo tengo que contar igualmente, así que al final consigo decirlo en voz alta:

—Cole, que no me ha venido la regla.

## Superé con creces los índices de delincuencia de todo un pueblo sueco medio

### Cole

Me gusta pensar que soy un tío cabal capaz de conservar la calma en las situaciones más difíciles. Es un cambio brutal con respecto a mis años de adolescente rebelde. Por aquel entonces, la ira que me corroía por dentro iba de la mano de mi capacidad para meterme en problemas. Mi padre solía llamarme «camorrista» y seguramente se quedaba corto. Me metí en tantas peleas que superé con creces los índices de delincuencia de todo un pueblo sueco medio. Las cosas han cambiado desde entonces, mucha gente de la que me conoció en mi etapa de instituto estaría de acuerdo. Me he tranquilizado y liberado de casi toda la rabia, aunque eso no significa que de vez en cuando no haya algo que me haga saltar. En estos últimos años, Tessa ha hecho un trabajo increíble manteniendo a raya mi locura, pero a veces no la puedo controlar, sobre todo cuando tengo cerca al imbécil de mi hermanastro.

Por suerte, ya sé qué es lo que debo hacer para no descarrilar y volver a las andadas. Necesito tener un propósito en la vida, saber que puedo serle de utilidad a la gente, que tengo alguien a quien amar y proteger, alguien que es solo mío. Sé perfectamente cuál es la diferencia entre que Tessa me necesite en su vida y que quiera que forme parte de ella, aunque, no lo negaré,

también me gusta sentir que está tan perdida sin mí como yo sin ella. La cuestión es que Tessa O'Connell le da sentido a mi vida y me ayuda a no perder el norte. Es mi roca, la persona que con su sola presencia me levanta el ánimo cuando vuelvo a casa por la noche agotado y estresado por las clases o por el futuro.

Es mi compañera, mi compinche y mientras yo siga aquí, siempre tendrá alguien con quien contar, un hombro en el que apoyarse y unos brazos abiertos de par en par. Me prometí a mí mismo, después de la millonésima cagada, que no la defraudaría más e intento cumplir mi palabra, pero a veces no puedo evitar meter la pata.

Supongo que es difícil deshacerse de las viejas costumbres.

Llevaba una temporada muy bien, viviendo la vida, ayudando a Tessie a escoger los biquinis con menos tela para ponérselos, o no, en nuestra villa privada de Bora Bora. Mi mayor preocupación era la fecha de entrega del próximo trabajo de la universidad y si había citado suficientes fuentes en otro que era para un profesor especialmente hueso, ya está. Ahora, en cambio, podrías pegarme un tiro y ni siquiera reaccionaría. La vida acaba de lanzarme una bomba y creo que pasará mucho tiempo hasta que algo la supere.

He estado yendo de aquí para allá como un zombi desde el sábado por la mañana, cuando mi novia me dijo que podría ser que estuviera embarazada. No recuerdo mucho del momento exacto o de las horas posteriores, más allá de que salí a comprar cinco pruebas de embarazo distintas. Sí que recuerdo la cara de pena de la farmacéutica mientras me cobraba; me la imagino mirándome y pensando «¡Pobre infeliz!» para sus adentros. Iba como sonámbulo y me costaba mantener la compostura delante de Tessa.

Ya he dicho que me considero una persona racional y que sé mantener el control, menos en situaciones que impliquen haber dejado preñada a mi novia de veintitrés años. En casos como ese, pierdo el oremus por completo. Por



suerte, parece que soy mejor actor de lo que creía y es que conseguí que Tessa no se diera cuenta de nada cuando por fin volví a casa, después de dar un par de vueltas alrededor de la manzana con la bolsa de la farmacia en la mano, ni cuando se la tendí y esperé detrás de la puerta mientras ella se hacía las pruebas.

Vale, admito que en ese momento quizá sí tuve un breve ataque de pánico, pero conseguí que no se me notara nada mientras esperábamos a que pasaran los tres minutos de rigor.

Alguien debería darme un Oscar por no desmayarme con cada positivo.

Porque, joder.

Joder.

Tessa está embarazada.

Hace dos días que lo supimos, dos días que han sido como una montaña rusa emocional para la que no estoy preparado. No sé si existe algún manual para novios sobre cómo tratar a la novia a la que han dejado preñada. Seguro que hay un montón de pelis románticas que hablan del tema, pero no creo que a Tessa le haga especial ilusión que me monte una maratón de *Qué esperar cuando estás esperando* en modo repetición. Me montaría una escena y acabaría tirando lo primero que encontrara contra la tele. Un pisapapeles, por ejemplo; últimamente es muy propensa a lanzarlos por el aire, eso cuando no está llorando, claro.

Me acabo el café de un trago y me froto los ojos para intentar mantenerme despierto durante la clase. Estos últimos dos días, el sueño no ha sido mi mejor amigo. A mi lado, Felix me echa una mirada de reojo que claramente quiere decir «Tío, ¿qué coño te pasa?», pero no tengo ni ganas de responderle. Hago lo mínimo exigible y grabo la clase para no cagarla a estas alturas del semestre. En cuanto suena el timbre, me levanto el primero con Felix siguiéndome de cerca.

—Qué, ayer te quedaste hasta tarde, ¿eh?

Lo pregunta como si me hubiera pasado la noche probando un nuevo juguete sexual; qué poco oportuno. Se lo digo y se ríe.

—Tranquilo, lo preguntaba porque... perdóname, pero estás hecho una mierda y es la primera vez que no te veo prestar atención en clase. Estoy entre intrigado y preocupado. ¿Por qué no vamos a tomar otro café y me cuentas qué te pasa?

No tengo intención de contarle que voy a ser padre antes de acabar los estudios y que la madre puede que tenga una depresión, así que le suelto lo primero que me viene a la cabeza y él me da todo tipo de consejos como el terapeuta de pacotilla que es. Una vez finiquitada la sesión, me salto la biblioteca y voy directo a casa porque no quiero dejar sola a mi bizcochito. Su padre sigue en la ciudad. Ayer quería vernos, pero Tessa se inventó que tenía una entrega importante y le dijo que no, y hoy tenía reuniones todo el día. Me pregunto si debería hablar con él, pero luego decido que mejor no. Ahora mismo, necesito estar vivo para conocer a mi hijo.

Mi hijo. Madre del amor hermoso, es que no me hago a la idea. He fingido ser fuerte y resolutivo, tener el control por el bien de Tessa porque es lo que necesita ahora mismo. No ha parado de llorar, no el tiempo suficiente para que le diga que no se preocupe, que todo irá bien, pero la he abrazado y sé que me observa cuando cree que no me doy cuenta. Tiene miedo de que me enfade con ella, que la odie como si todo esto fuera solo culpa suya y no mía. De momento, he puesto buena cara y le he echado valor, pero es evidente que estoy cagado, pues claro que estoy histérico. Me apetece llamar a mi padre y pedirle que me diga que todo irá bien.

A pesar de ello, vuelvo a casa a toda prisa y le compro unos dónuts por el camino, y es que si de algo nos hemos dado cuenta es de que ahora le apetecen las cosas dulces muchísimo más que antes. La única vez que no se

enfadó fue porque le llevé tarta de queso, pastelitos y un bote de Nutella entero. También acabé con las existencias de KitKat de la zona. Si Tessa se ha terminado todos los que tenía, tendré que salir esta noche en busca de más.

Cuando entro en casa, el piso está en silencio y sé que Tessa debe de estar echándose una de sus siestas. Todo este tiempo pensando que era culpa del cansancio y ahora me parece increíble que se me pasaran por alto las señales. Ya hace que dejamos de usar condón, porque Tessa empezó a tomar la píldora y se hacía pruebas a menudo, así que era una posibilidad que ni me había planteado. Estuve atento durante las clases de educación sexual, en concreto con el tema anticonceptivos, pero cuando llevas tanto tiempo con alguien como yo con Tessa, das cosas por hecho y ni te planteas que te pueda pasar algo así. ¿Que si creía que algún día tendría hijos con ella? Pues claro, entre otras cosas porque no tengo la menor duda de que me casaré con ella y, si me deja, le haré tantos hijos que llenaremos la casa colonial de ocho habitaciones que tanto le gusta. Tenemos sueños, tenemos planes y sé que entre los dos los haremos realidad. Pero esos sueños estaban pensados para de aquí a siete años como mínimo, no ahora.

Por eso estoy descolocado, porque los planes se nos han ido al traste. Ahora mismo, me debato entre mis propias crisis emocionales y mi papel de hombre fuerte, que es lo que Tessa necesita de mí. Esta mañana, antes de irse a trabajar, ha intentado hacerse la dura, pero la conozco y sé que cuando evita mirarte a los ojos es porque está mintiendo.

—Puedes cogerte el día libre, lo sabes, ¿verdad?

Ella me ha esquivado y se ha dirigido hacia la cocina. Una vez allí, ha abierto la nevera y se ha quedado mirándola como si contuviera la respuesta a todos los enigmas de la vida. Lo hace mucho últimamente eso de evitarme cuando yo lo único que pretendo es animarla. Los últimos días han sido como vivir dos vidas opuestas: en una, Tessa me odia con todo su ser; en la otra,

me abraza y me aprieta como si quisiera refugiarse en el interior de mi cuerpo. Esta mañana, era la primera: se ha dedicado a huir de mí y evitarme cada vez que intentaba tocarla o hablar con ella.

—No es verdad, Cole, nada se arreglará —ha murmurado con la cabeza hundida en la nevera—. Ahora no puedo aflojar, sobre todo porque...

Cuando por fin ha cerrado la puñetera puerta de la nevera y me ha mirado, he visto la expresión rota en su rostro, las ojeras y los ojos inyectados en sangre. En apenas dos días, mi chica, siempre tan brillante y tan llena de energía, se ha convertido en la sombra de sí misma y no sé cómo detenerlo. No quiero que piense que su vida se ha terminado porque está embarazada y tampoco que el estrés de todo esto pueda con ella.

Pero no me deja acercarme.

Esta mañana no he podido decirle mucho más, solo que se cuidara y que comiera bien, lo cual me ha valido un portazo. Luego le he mandado varios mensajes, a los que no ha respondido y lo entiendo, de verdad que sí.

Ahora mismo está en estado de shock, esto no es lo que quería que pasara. El momento es horrible, para los dos, y no estamos en condiciones de ser padres. A mí me queda un curso durísimo por delante, además de las prácticas de este verano. Tessa va progresando en el trabajo; su jefe por fin le va confiando nuevas responsabilidades y está emocionadísima porque ya puede meter baza en la parte con más envidia del trabajo, en lugar de seguir haciendo de becaria venida a más. Todos los días volvía a casa emocionadísima con los libros nuevos que había leído, el autor con el que había hablado o la posibilidad real de desempeñar un pequeño papel y cambiar la vida de otra persona.

Este trabajo ha despertado una chispa en ella y me daría muchísima rabia que se apagara.

Me dirijo sigilosamente hacia el dormitorio como un ladrón en mi propia

casa y me quedo junto a la puerta observándola mientras duerme. Ni siquiera se ha quitado la ropa del trabajo: aún lleva la blusa blanca y la falda de tubo negra, y la chaqueta está tirada encima de la cama. Recojo los zapatos que están junto a la puerta y los observo contrariado. ¿Debería llevar tacones estando embarazada?

Embarazada.

¿Cuántas veces hay que decirlo para que empiece a parecer real?

Obviamente, es una pregunta retórica.

Cocino mi famoso chile de tres alubias con la esperanza de que saque a Tessa de la habitación, y lo consigo. La veo asomar la cabeza por la cocina y estoy a punto de aplaudirme a mí mismo. La conozco y sé que es posible que el estrés no le haya dejado comer nada en condiciones durante todo el día. La cuestión es que da igual si estamos preparados para tener un hijo o no: Tessa está embarazada de todas formas y tiene que cuidarse, yo tengo que cuidar de ella.

—Eh, ¿tienes hambre? La cena está casi lista.

Compruebo cómo va el pan de maíz que tengo en el horno. Lo he comprado en la tienda y como ahora mismo no me fío de mis habilidades culinarias, prefiero no acabar quemando el edificio entero.

—Tengo hambre.

No se dirige hacia la mesa, sino que se instala en uno de los taburetes de la isla, en mi campo de visión, lo cual resulta sorprendente porque hace todo lo que puede para evitarme, pero estoy dispuesto a aceptar lo que sea. Se ha quitado la ropa del trabajo y ahora lleva unos pantalones de chándal y mi camiseta de la UChicago que tanto le gusta. Va desmaquillada, con el pelo recogido en una coleta, y parece tan joven y vulnerable que de pronto me

asalta una oleada de culpa y miedo porque sé que no estamos preparados para esto.

Sirvo la comida y comemos en silencio, un silencio largo y tenso, igual que nuestra relación. De pronto, es como si nos comportáramos como desconocidos y me da mucha rabia porque yo quiero darle tiempo para que procese lo que ha pasado, pero también necesito que hable conmigo.

Que me grite, que me insulte, que haga cualquier cosa menos ignorarme.

—Ha llamado tu padre, quería saber si estamos libres mañana por la noche.

—Sí, creo que tengo algún mensaje suyo. Deberíamos quedar con él.

Me sorprende que esté tan sociable, pero no digo nada. Enseguida sabremos si está lista para mantener conversaciones complejas.

—¿Crees que te contará lo de Danielle?

Tessa se encoge de hombros y rompe un pedacito de pan de maíz.

—Me lo contará si le apetece. No quiero obligar a nadie.

Asiento como si acabara de enunciar una teoría sobre la física cuántica desconocida por mí hasta la fecha.

—¿Quieres que lo invite a casa o prefieres ir a otro sitio? Podríamos reservar en ese restaurante de sushi tan bueno...

De pronto, me muerdo la lengua y me maldigo porque una de las cosas que lees más a menudo cuando buscas información sobre el embarazo es que las mujeres embarazadas no pueden comer pescado crudo. Tampoco es que esté prohibido del todo, pero existen factores de riesgo sobre los que claramente he investigado demasiado.

Por lo visto, mi bizcochito también está al corriente de dichos factores porque, de repente, se pone pálida y no se mueve. Se traga lo que tiene en la boca y concentra toda su atención en un único hilo que asoma por el bajo de su camiseta.

—No... ha sido a propósito. Lo siento.

Ella aprieta los ojos a modo de respuesta.

—No tienes que disculparte, Cole. En algún momento tendremos que hablar de ello.

Conozco a esta chica más que a mí mismo, la conozco como la palma de mi mano y en este preciso instante está cagada de miedo e intentando hacerse la dura por mí.

—Es verdad, en algún momento tendremos que hablar de ello, pero ahora no.

Me mira con una expresión que parece gratitud. De verdad, odio que crea que me debe algo.

—¿Ahora no?

—No hasta que tú no estés preparada.

Se hace de nuevo el silencio, pero esta vez es un silencio cómplice. Más tarde, cuando acabamos de cenar, nos sentamos delante de la tele y siento un alivio indescriptible cuando Tessa tira de mí para que me tumbe y se acurruca entre mis brazos.

El señor O'Connell es un hombre inteligente, siempre lo he sabido, así que no me sorprende que enseguida se dé cuenta de que pasa algo. Quizá tiene que ver con el hecho de que Tessa esté tan apagada, y eso a pesar de que está haciendo todo lo que puede para aparentar normalidad, decir lo correcto en cada caso y reaccionar como se espera de ella.

—Bueno, os tengo que contar una cosa, y es que he venido a algo más que a supervisar mis inversiones.

El restaurante estilo bistró en el que estamos está lleno y cuesta un poco hacerse entender, pero al oír a su padre Tessie enseguida levanta la cabeza. Al menos una buena noticia en un horizonte cercano.

—Sospechaba algo pero no estaba segura y como tú no decías nada...

Su padre sonrío y juro que se pone colorado como una colegiala la noche de su graduación.

—Quería contarte una cosa, pero no quería malentendidos ni tirantezas entre nosotros, sobre todo ahora que estoy empezando a comportarme como un buen padre.

—Venga ya, papá, no digas eso. Los dos sabemos quién ha estado al pie del cañón y quién no. Además, sabes que te apoyaré en todo lo que decidas si es lo que te hace feliz.

Me siento como un intruso, pero, eh, alguien tiene que estar presente cada vez que Tessa se bloquee durante un minuto, olvide lo que estaba diciendo y acabe rayando en la incoherencia.

—Entonces, sabes que quiero pedirle matrimonio a Danielle, ¿no?

Tessa sonrío; es la primera vez que lo hace desde hace días.

—Lo suponía, aunque me parece increíble que hayas tardado tanto.

Su padre se encoge de hombros y suspira como si acabara de librarse de un peso enorme. ¿A quién va a parar ese peso?

No hay suficientes pesas en el mundo para darme esa clase de fuerza superior.

—No estaba seguro de querer pasar otra vez por un matrimonio después de lo de tu madre, específicamente por lo de tu madre, pero supongo que cuando conoces a la persona indicada, lo sabes. Y quería hablarlo antes con Travis y contigo porque no os traté como una prioridad en mi vida hasta que ya era demasiado tarde y no quiero cometer el mismo error.

A mi lado, Tessa contiene las lágrimas y no sé si es por el discurso de su padre o por las hormonas del embarazo.

Que sí, que he empezado a leer sobre el tema.

Se inclina sobre la mesa para cogerle la mano a su padre y le dice que no



podría alegrarse más por él, que por supuesto que Danielle le dirá que sí. Los dejo a solas para que disfruten del momento y aprovecho para ir al servicio. De camino, pido otra ronda, para Tessa un refresco, obviamente, y luego me tomo un minuto para estudiarla desde lejos.

Está sonriendo, feliz por su padre y por el hecho de que por fin va a pasar página, pero no puede ocultar cierta rigidez en los hombros, la forma de cruzar los brazos, la mirada ausente cuando cree que nadie la está mirando, cómo se encierra en sí misma.

Está aterrorizada.

Y yo también.

No tenemos ni idea de qué hacer porque no es lo que queríamos, al menos no hasta dentro de un par de años. Ahora mismo, no sé cómo vamos a hacer encajar un bebé en nuestras vidas. Por suerte, solo tengo que mirar a Tessa para saber que no quiero estar en ningún otro sitio que no sea a su lado.

Así pues, nos moriremos de miedo los dos juntos, si es que me acepta, y ahora mismo ni siquiera estoy seguro de eso.

Los cráteres de dos metros que tengo debajo de los ojos no es que sean demasiado agradables

Tessa

Si hay algo por lo que doy gracias ahora mismo es por el trabajo y la posibilidad de sumergirme enteramente en él. Me ayuda a eludir lo ineludible, aunque sea de forma temporal.

Claro que tampoco puedo ignorar el hecho de que me he quedado preñada. Al final, he conseguido reunir el valor necesario y ya tengo cita con el ginecólogo. De momento, y hasta que llegue el día de la visita, parece que haber aceptado que pueda haber un ser humano diminuto dentro de mí ha abierto las compuertas del embarazo y estas han traído consigo los primeros mareos matutinos. Había leído sobre ello en alguna novela romántica y lo había visto un montón de veces en películas y series, y nunca me había planteado lo horrible que debía de ser vivir en un estado perpetuo de náuseas y mareo. No suena nada agradable al oído y es porque no lo es. Un buen día estoy tan ricamente, dándole las gracias a la vida por la ausencia total de desastres en el horizonte, y ¡BUM! la madre de todos los desastres cae sobre mí y me doy cuenta de que la vida tal como la conozco está a punto de cambiar para siempre. Hace una semana que me hice las pruebas en casa, una semana desde el día que estuve a punto de desmayarme cuando vi las dos

rayitas en las tiras en las que acababa de hacer pipí y mi mundo se tambaleó. Aún no estoy segura de haberlo procesado del todo, puede que esté pasando por una fase de negación, pero pedir cita con el ginecólogo es como una pequeña victoria para mí y ahora mismo son las únicas victorias que puedo permitirme.

—¿Estás bien?

La gente me lo pregunta mucho últimamente y, la verdad, estoy harta de mentir. Llevo días sin responder los mensajes de Beth y sé que Travis acabará llamando a Cole, que no dirá nada de nuestra, ejem, situación actual sin haber hablado antes conmigo. Es como si estuviéramos viviendo nuestro pequeño infierno particular, que quizá suene muy fuerte, pero es la sensación que tengo. Estoy alejando a Cole de mí, los dos lo sabemos, y paso mucho tiempo desconectada, intentando esquivar esa bola envenenada que nos ha lanzado la vida.

—Ya sé que estoy horrible, Mattie, no hace falta que disimules.

Me concentro en el monitor que tengo delante, intento no sucumbir a las náuseas y no sacar las galletas saladas que llevo en el bolso. Tengo la sensación de que en el momento en que las abra, aparecerá una flecha enorme señalándome la barriga en la que podrá leerse «Preñada» en letras enormes.

Así pues, respiro hondo, cuento hasta tres y vuelvo al trabajo, aunque hoy no es mi mejor día y sé que estoy horrible. No he pegado ojo, he vomitado lo poco que cené ayer y no sé por qué pero no puedo parar de llorar. No es que me venga abajo cada vez que me veo reflejada en un espejo o cuando recuerdo que mi vida está a punto de cambiar para siempre, pero es así y no hay nada que yo pueda hacer para cambiarlo.

—Vaya, parece que alguien se ha levantado con el pie izquierdo. Lo digo porque llevas veinte minutos con la misma página y normalmente tardas medio día en ventilarte un libro entero.

Es verdad, hoy apenas he trabajado. Como sea una muestra más de lo que está por venir, ya puedo ir sumándolo a mi lista de desgracias.

—Estoy cansada. Últimamente no duermo mucho.

Mattie protesta haciendo aspavientos.

—No hace falta que me recuerdes que cuando llegas a casa te está esperando el bomboncito ese que tienes por novio. Seguro que te tiene entretenida.

Menea las cejas y juro por lo más sagrado que necesito de toda mi capacidad de autocontrol para no ponerme a vomitar aquí mismo.

Sí, Cole me ha tenido entretenida, quizá demasiado, por eso ahora estamos como estamos, pero tampoco quiero decírselo a Mattie, así que sonrío e intento seguir con mi trabajo.

«Paso a paso, Tessa, no pasa nada por tomarse las cosas con calma.»

Decido volver a casa caminando en lugar de coger el metro. Es un buen ejercicio que me permite pensar tranquilamente y no sentirme culpable por mantener a Cole al margen. Cuando estamos en casa los dos solos, me siento fatal porque sé que él quiere hablar, que está preocupado. Todo esto le afecta igual que a mí y es evidente que algún día tendremos que hablar de ello.

Algún día.

Ahora mismo voy caminando por la calle, con la cabeza gacha y evitando a la gente que va con niños. Es como si mi estado me hubiera hecho especialmente sensible a los bebés. Allá donde mire, solo veo humanos diminutos y, la verdad, no sé cómo sentirme. Nunca he sido de esas mujeres que odian la idea de tener hijos, pero la idea tampoco era tenerlos un año después de terminar la universidad y justo cuando acabo de empezar en un trabajo nuevo. El momento no podría ser menos oportuno, aunque hay gente

que lo tiene peor. Aún recuerdo cuando veía *Teen Mom* y criticaba a las protagonistas por no haber actuado con responsabilidad, mientras me decía a mí misma que yo jamás sería tan estúpida.

«¿Quién se ríe ahora, Tessa?»

Resoplo mientras paso junto al parque que queda más cerca de casa, que es donde Cole y yo solemos venir los domingos a hacer el pícnic. De pronto, pienso que un ratito junto al lago quizá me ayude a aclararme. Mañana por la mañana tengo una reunión con Wyatt y no quiero encararla tan descolocada como estoy ahora mismo.

Me dirijo hacia el sitio donde solemos dar de comer a los patos cuando, de repente, freno en seco. Justo allí, junto al lago, hay una chica joven, uno o dos años mayor que yo, con un bebé apoyado en la cadera y haciéndole carantoñas en un idioma ininteligible para mí. Señala hacia los patos y el niño se ríe cada vez que estos se mueven siguiendo el reguero de migas de pan que les tira la gente. De pronto, levanta las manitas para apretarle las mejillas a su madre, que se ríe, le cubre la cara de besos y lo mira con una expresión de felicidad que me deja al borde de las lágrimas.

Me alejo de allí a toda prisa antes de que la chica me denuncie por acosar a su hijo. ¿Qué me está pasando? ¿Por qué me late tan rápido el corazón y de dónde ha salido esta sensación como de... paz y serenidad?

¿Cómo puedo ser tan ingenua? ¿Soy testigo de una escena entre una madre y su hijo y ya estoy lista para marcarme un *Doce en casa*? No, seguro que son las hormonas. Yo odio esto que me está pasando... «¿O es que ya se te ha olvidado, Tessa?»

Pero ¿de verdad sería tan horrible?

¡Sí!

¿Seguro?

Estoy hecha un lío. Si el objetivo de venir aquí era aclararme las ideas, está

claro que ha sido un fracaso absoluto, como el resto de mi vida ahora mismo.

Cuando llego a casa, Cole no está y es raro porque ha hecho el esfuerzo de estar todos los días desde que me hice la prueba de embarazo. Está preocupado, se le nota, y sé que se esfuerza todo lo que puede para estar a mi lado. Supongo que me he llevado el premio gordo en la lotería de los novios, y es que sé que muchos saldrían corriendo en dirección contraria si descubrieran que van a ser padres antes de acabar los estudios o en cualquier momento que no sea planeado.

La verdad es que empieza a mosquearme lo tranquilo que está. Mírame a mí, muerta de miedo por mi propia vida y por lo que me depare el futuro y él... tan Cole como siempre. Sigue siendo leal, decidido y fiel, pero ¿tanto le costaría gritar un poco, chillar, venirse algo abajo? Así yo podría liberar toda la rabia que llevo dentro. Pero con hormonas o sin ellas, la parte más racional de mi cerebro sigue existiendo y sé en lo más profundo de mi ser que nada de todo esto es «culpa» de alguien, que ningún método anticonceptivo previene los embarazos por completo. Los accidentes ocurren, es lo que nos ha pasado a nosotros, pero ya es demasiado tarde para rectificar; ni siquiera necesito que un médico me lo confirme. Siempre he tenido un período muy regular, una vez al mes y en el día exacto, así que esto es como poner el último clavo en el ataúd. Qué forma más maravillosa de pensar en mi futuro hijo, ¿eh? Voy a ser una gran madre.

Antes del fiasco de marras, mi rutina después de trabajar se limitaba a ponerme unos pantalones de chándal y vegetar en el sofá con una bolsa de patatas fritas enorme en la mano. A veces, quedaba con Mattie y con más compañeros del trabajo para tomar una copa, iba al gimnasio un par de veces a la semana o me presentaba por sorpresa en el bar de la universidad de Cole

y salíamos a pasarlo bien con Felix y su novia. Ahora, en cambio, siento que no tengo energía para nada, así que tampoco debería molestarme que Cole esté por ahí pasándose en grande mientras yo me quedo en casa, enfurruñada e intentando no vomitar la única comida que he conseguido mantener en el estómago en todo el día.

¡Nada de enfurruñarse, Tessa!

Justo en ese momento, Cole aparece por la puerta con una sonrisa de oreja a oreja. No lo veía tan feliz desde antes del «incidente».

—Eh. —No le sorprende encontrarme donde siempre—. ¿Cuándo has llegado?

Se quita la chaqueta y se dirige hacia la segunda habitación del piso, que ambos usamos como despacho, para dejar la mochila y el portátil.

—Hace una media hora. No conseguía concentrarme en el trabajo y hoy Kevin se ha ido antes, así que aquí estoy. —Extiendo los brazos a ambos lados—. En mi hábitat natural.

Cole me observa con atención, supongo que para intentar averiguar de qué humor estoy. Odio que las cosas estén así entre los dos. Hace una semana, me habría preguntado qué me pasa y yo se lo habría dicho. Ahora, en cambio, los dos sabemos qué pasa, pero nos da miedo abrir la caja de Pandora.

Se sienta en la otra punta del sofá, con los pies extendidos hacia mí, y se queda mirando mi bolsa de patatas medio vacía con el ceño fruncido.

—¿Solo has comido eso?

Venga ya, Cole, ¿por qué no te decides y sacas el tema? Estoy tan frustrada y tan sensible que no sé qué hacer al respecto. Me trata como si fuera mi enfermero y yo tuviera la peste bubónica. Es evidente que las cosas no van bien entre nosotros y a mí me gustaría que el fuerte de la relación fuera él, entre otras cosas porque ahora mismo yo no tengo la energía necesaria.

Trago saliva, a pesar del nudo que tengo en la garganta.

—No sé por qué tengo que comer si lo vomito casi todo.

De pronto, le cambia la expresión. Espero que sea consciente del puente que le acabo de tender, porque estoy a punto de retirarme otra vez a mi caparazón.

—Me estoy leyendo un par de libros sobre el embarazo y te he comprado cosas que, en teoría, te ayudarán con las náuseas. No son solo por la mañana, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—El peor momento del día es cuando me levanto. Es entonces cuando echo casi todo lo que tengo en el estómago, pero aun así las náuseas no desaparecen. Las galletas saladas me van bien y las patatas fritas, pero me encuentro tan mal que hoy casi no podía subir las escaleras de la oficina.

Me empuja el pie con el suyo.

—Dame un segundo. Lo puse todo en la nevera esta mañana, después de que te marcharas a trabajar. De todas formas, la mujer de la tienda me dijo que tienes que reponer electrolitos. Hay limonada, ginger ale y un montón de fruta fresca. —Se levanta del sofá de un salto, como si estuviera encantado de poder ayudarme al fin—. También me dijo que me asegurara de que comías pequeñas cantidades cada pocas horas y me dio una lista de cosas que seguramente podrás retener sin problemas.

Me trae una de esas rodajas de sandía sin pepitas que venden en las tiendas de comida orgánica y me la ofrece. Increíblemente, mi cuerpo no reula al verla.

—Tienes que seguir comiendo patatas y galletas saladas, por eso he traído más, y sobre todo nada de comida picante. No sé si te apetece, pero podría prepararte tostadas, arroz, patatas, cereales, cualquier cosa de ese estilo, y...

Me abalanzo sobre él. Lo he echado tanto de menos estos días... Lo hago por sorpresa, pero él me rodea con los brazos y me aprieta contra su pecho



con la cabeza en el hueco de mi cuello, oliéndome como si estuviera tan hambriento de mí como yo de él. No sé qué ha sido, el hecho de que se preocupe tanto por mí, pero que tenga miedo de demostrarlo por mi posible reacción o que, mientras yo me dedicaba a encerrarme en mí misma, él buscara formas de hacerme la vida más fácil.

¿Qué he hecho para merecer a este hombre?

—Tessie, chist, todo irá bien, ya lo verás.

Ni siquiera me había dado cuenta de que estoy llorando, se ha vuelto algo tan normal que hasta que Cole lo dice no me dejo llevar y le lleno la camisa de lágrimas y de mocos. Avergonzada, me separo e intento limpiar las pruebas de mi último numerito, pero Cole me aparta la mano, se la lleva a la boca y me da un beso en el dorso.

—Habla conmigo, por favor —me suplica.

—Tengo miedo.

—Y yo, pero quiero que sepas que no estás sola en esto. En esta última semana, mi vida se ha puesto tan patas arriba como la tuya y me da rabia que creas que vas a tener que pasar por todo esto tú sola. Sabes que jamás lo permitiría, ¿verdad?

Pues claro que lo sé. Cole no es de esos que abandonan a la primera de cambio. De hecho, es lo contrario: se quedará a tu lado y libraré todas las batallas contigo de la mano. Pero eso no es lo que me preocupa. Una cosa es que me apoye y otra bien distinta que críe un niño conmigo.

—Pero ¿esto es lo que quieres ahora mismo? ¿Un hijo? Aún no has acabado la universidad, Cole, y yo... justo empezaba a conseguir pequeños avances en el trabajo. A partir de ahora, todo va a cambiar tanto que entendería que...

—No sigas, Tessie. Sé exactamente lo que vas a decir y que sepas que me romperás el corazón. ¿De verdad crees que soy de esos? Este bebé lo hicimos

juntos, los dos. No fuiste tú sola y no pienso abandonarte, me moriría sin ti.

Parpadeo con fuerza para contener las lágrimas.

—Esto no era parte del plan, ¿verdad?

—Pues nos inventaremos un plan nuevo. ¿Confías en mí, Tessie?

Asiento y se me escapa un sollozo antes de perderme en los besos de Cole, que se llevan consigo el dolor y las lágrimas.

—Pues entonces vas a tener que creerme cuando te digo que todo va a salir bien. Estamos asustados y seguramente no tenemos ni idea de qué hacer con todo esto del embarazo y del bebé, pero lo que sí tengo claro es que juntos podemos hacer lo que nos proponamos.

—Juntos.

Repito el mantra varias veces en mi cabeza y, de pronto, me siento más fuerte. Hasta ahora, creo que no era consciente de que no estoy sola en esto. Me aislaba, me hacía la víctima, sin pensar en la otra persona, a la que todo esto le afecta tanto como a mí, pero saber que puedo contar con su apoyo, con su amor incondicional y con su devoción me libera de buena parte del peso que llevo sobre los hombros.

La situación está lejos de ser perfecta. Seguramente voy a necesitar un tiempo para hacerme a la idea de que tengo una vida humana creciendo dentro de mí, pero al menos he dado el primer paso: lo he aceptado. Nuestras vidas están a punto de cambiar, el camino que con tanto mimo habíamos planeado para nuestro futuro juntos sufrirá un montón de ajustes y modificaciones. Si es que solo con pensar en ello y ya empiezo a hiperventilar.

Pero este chico que tengo a mi lado, este hombre del que estoy enamorada desde los diecisiete años, es capaz de hacer que todo parezca más fácil. Una vez más, parece que la vida insiste en darnos otra sorpresa, pero no importa porque no podría haber escogido un mejor compañero de equipo.

La mañana de mi cita con el ginecólogo, me paso un buen rato estudiando mi cuerpo delante del espejo. No sé de cuánto estoy y, la verdad, viéndome tampoco parece que esté embarazada. Dicen que donde primero se nota es en los pechos, pero los míos no están ni hinchados ni sensibles y tampoco más grandes. Nunca he tenido la barriga totalmente plana y, no sé, puede que sean imaginaciones mías, pero diría que está un poco más redonda que de costumbre. Quizá tiene algo que ver que últimamente esté obsesionada con la bollería y que los únicos antojos que tenga sean de pastel. Tengo la nevera mejor surtida que un Starbucks, entre otras cosas porque les he vaciado las estanterías.

Aun así, con los vaqueros y el top ancho color crema que llevo no se nota nada.

Me pregunto hasta cuándo será así.

Cole me está esperando, así que termino de vestirme y me reúno con él junto a la puerta. Me ha obligado a comer algo, aunque esta mañana me he levantado fatal. Hoy solo tiene una clase, así que vendrá a buscarme al trabajo y cogeremos un Uber hasta la consulta del médico. Al final del día, por fin tendré la paz mental y las respuestas que tanto necesito.

—Estás preciosa.

Me dedica una de esas sonrisas que aún hacen que me tiemblen las piernas. Supongo que es cosa de las hormonas, pero ahora mismo tengo ganas de trepar por su cuerpo como si fuera un árbol.

—Será por el corrector de ojeras porque los cráteres de dos metros que tengo debajo de los ojos no es que sean demasiado agradables, pero gracias de todas formas.

Le doy un beso, me ayuda a recoger mis cosas y salimos juntos por la

puerta cogidos de la mano.

—No, estoy seguro de que eres tú. Ah, y ¿a qué ojerías te refieres? Si te has pasado la noche roncando.

—¡Eh! —Le suelto un codazo en el costado—. Por fin he conseguido encontrar una postura que no me dé palpitaciones, así que no te atrevas a burlarte de mí.

—¿Qué postura? ¿Te refieres a subida encima de mí aplastándome el esófago? Estoy vivo de milagro, bizcochito.

—No te pongas tan dramático. Estás calentito y yo últimamente paso frío por las noches.

—Si no me quejo, bizcochito. Siempre que necesites hacer uso de mi cuerpo, yo estaré más que encantado de complacerte. Aunque la próxima vez avísame antes, si no te importa.

—Tú tranquilo, que a partir de ahora dormiré en el sofá.

Intento rodearlo para llegar primero al ascensor, pero él me aferra la cintura con los brazos desde detrás y me atrae hacia su pecho.

—Como se te ocurra dejarme solo en la cama, te seguiré al sofá o donde haga falta, bizcochito. —Me roza el cuello con la nariz y se me escapa un escalofrío—. He tardado mucho tiempo en tenerte entre mis sábanas, no pienso permitir que te escapes tan fácilmente.

Momentos como este me recuerdan otras épocas en que nos bastaba con estar juntos para ser felices. Nos ha costado sangre, sudor y lágrimas poder llegar hasta aquí y compartir el día a día. Hemos luchado con uñas y dientes para hacerlo funcionar, a pesar de los baches que nos hemos ido encontrando en el camino durante estos seis años. Eso sí, si una cosa tengo clara es que nuestro hijo no es un bache. Hasta ahora siempre he pensado en él en términos apocalípticos, pero creo que ya es hora de admitir que una parte de mí, por pequeña que sea, está emocionada con este nuevo viaje, este nuevo

reto. Seguramente será lo más difícil que haya hecho en mi vida, pero si las cosas fueran siempre sobre ruedas no seríamos Cole y Tessa.

Es increíble lo rápido que pasa el tiempo cuando te aferras a él como si te fuera la vida en ello

## Tessa

La visita a la doctora confirma lo que ya sabemos desde hace una semana. En cuanto termina de examinarme, me dice que me va a hacer una prueba de embarazo solo para estar segura al cien por cien y yo la escucho sin inmutarme. Nadie se sorprende cuando la prueba da positivo, yo la que menos, pero es como si hubiera algo definitivo, algo final en las palabras de un profesional con bata blanca, aunque te esté diciendo lo que ya sabías. De pronto, es real, no existe solo en mi cabeza. Es tan real que, acto seguido, la doctora me receta ácido fólico y unas vitaminas para embarazadas, y yo intento no aplastarle la mano a Cole. Aún tenemos tiempo, así que la doctora me pide una ecografía para la que no estoy preparada. Es como si todo lo que pasa a partir de la confirmación inicial estuviera borroso. Apenas recuerdo lo que me dice la técnica que me hace la ecografía, una chica muy agradable y parlanchina. Creo que dice algo de lo buena pareja que hacemos y de lo guapo que va a salir el bebé, pero nada más. Mientras me hace la ecografía, yo me bloqueo por completo, tanto que hasta Cole se da cuenta.

Seis semanas. Solo estoy de seis semanas.

Según una aplicación que Cole se baja en cuanto salimos de la consulta, el

bebé es del tamaño de una lenteja.

Una lenteja. Madre mía, eso es poquísimo.

A media prueba, la cabeza me había empezado a dar vueltas y el pánico que llevaba días manteniendo a raya empezó a recuperar terreno. Me alegré de que Cole estuviera aquí conmigo para escuchar las explicaciones de la técnica porque yo estaba demasiado desconcentrada. Cuando por fin terminó la prueba, me vestí y salimos de la consulta. Creo que he retenido suficiente información para no considerarme un fracaso absoluto como ser humano. Entramos en la farmacia; Cole sigue absorto con la aplicación que se ha bajado al móvil. Recorro el local en busca de todo lo que nos ha recomendado la ginecóloga. Se me hace rarísimo estar en la zona de maternidad, es casi como una experiencia extracorporal. Jamás se me ocurrió pensar que pasaría tan pronto. Encima hay una señora al otro lado del pasillo que nos mira igual que si fuésemos dos cachorritos perdidos. Se vuelve hacia nosotros y sonrío igual que si nos conociera de toda la vida.

—¿Es la primera vez?

La pobre parece tan emocionada que le doy un codazo a Cole para que levante los ojos de la pantalla del móvil.

—Eh, sí, la primera.

Cole se yergue y me pasa un brazo alrededor de los hombros. Solo nos falta el labrador para parecer los Camden de *Siete en el paraíso*. ¿Hola? ¿Algún fan de la serie en la sala?

—¡Vaya pareja tan bonita hacéis! —exclama la señora, juntando las manos—. ¡Mi hija acaba de entrar en el segundo trimestre y también es su primer hijo! Estamos locos de contentos. Seguro que vuestras familias están encantadas.

Nuestras familias. Cole y nos miramos y, de repente, caemos en la cuenta de que se lo vamos a tener que contar a nuestros padres y que al menos una

persona no se lo va a tomar tan bien como esta señora.

—Sí, claro. Estamos todos emocionadísimos.

La mujer no se da ni cuenta de lo extraña que ha sonado la voz de Cole, y se arranca con un discurso sobre los hijos y el regalo que es un embarazo. Nos vacía la mitad de las estanterías en la cesta y me recita exactamente qué tengo que hacer y para qué.

—Al principio, puede ser un poco agobiante, pero en cuanto tengas a tu bebé en los brazos sentirás que ha valido la pena.

Yo no estoy tan segura de eso como ella y, a juzgar por la cara que pone, Cole tampoco, pero dejamos que siga hablando hasta que se marcha y nos deja con media farmacia en la cesta. Nos quedamos petrificados, con los ojos como platos, intentando entender lo que acaba de pasar y cómo nos hemos convertido en esa clase de pareja.

Pero una cosa se nos ha quedado grabada a los dos, algo que hasta ahora habíamos ignorado aunque fuera evidente.

—Se lo vamos a tener que contar a nuestros padres, ¿verdad?

Cole asiente. Está afectado, se le nota, pero no tanto como yo, y eso que tiene más motivos para estar preocupado, y es que ahora mismo solo puedo pensar en una cosa y es que el universo me está gastando una broma de proporciones cósmicas. Esto no puede estar pasando, en realidad nunca voy a tener que confesarle a Cassandra Stone que Cole y yo vamos a tener un hijo.

La idea es tan absurda que se me escapa una risita histérica aquí mismo, entre las vitaminas. Cole me mira con el ceño fruncido, como si le preocupara que por fin hubiera perdido la chaveta, pero es que la cosa tiene su intrínquilis. Cassandra me odia a muerte porque cree que soy un lastre para Cole, que le obligo a priorizar mi felicidad en vez de la suya y, aunque esta vez he sido yo la que se ha mudado para estar con él, sigue pensando lo mismo.



Y esta va a ser la guinda del pastel, ¿no?

Me río/lloro un rato más.

Por norma general, o eso tengo entendido, muchas parejas no dicen a nadie que están esperando un bebé hasta pasadas las doce semanas por razones que me ponen los pelos de punta, aunque es verdad que puede ser un poco... precipitado contárselo a todo el mundo. Así pues, eso mismo es lo que Cole y yo decidimos hacer: esperar hasta que no haya nada por lo que preocuparse. Hasta entonces, podemos aprovechar para acostumbrarnos a la idea de que nuestras vidas están a punto de cambiar para siempre. Sin embargo, el mundo no espera a que tú te abroches el cinturón y dejes pasar las doce semanas de rigor y, cuando te das cuenta, estás hablando con tu mejor amiga, que por lo visto lo sabía mucho antes que tú.

—Beth quiere hablar contigo.

Cole me acerca su móvil, lo cual tiene sentido teniendo en cuenta que no me he molestado en cargar el mío al llegar del trabajo. Es fin de semana y no tengo intención de salir de casa, a pesar de que Cole me ha preguntado varias veces si me apetece salir a comer algo o a pasear por el parque. Tengo las emociones a flor de piel y cada dos por tres paso de llorar a maravillarme porque tengo un bebé en mi interior. ¡Un bebé!

Falta poco para que se acabe el primer trimestre. Ya tengo la segunda cita programada, pero hasta entonces hacemos vida normal. Aún siento náuseas y vomito de vez en cuando, pero no con tanta virulencia. La ginecóloga dijo que los síntomas seguramente desaparecerían al acabar el primer trimestre. Estoy muy cansada, eso sí, y me cuesta concentrarme en el trabajo. Esta semana he metido la pata varias veces después de pasarme la noche sin dormir y sé que Kevin está un poco mosqueado. Hoy mismo le he enviado el

contrato equivocado a uno de nuestros autores y ha pensado que estaba poniendo punto final a nuestra relación comercial, así que tampoco es un buen día.

—¿Te importa decirle que la llamaré más tarde? Ahora mismo no me encuentro muy bien.

Cole se queda mirando el cuenco enorme de patatas que tengo sobre el regazo, después levanta la mirada hacia la serie de Netflix que estoy viendo e insiste para que coja el móvil.

—Habla con ella, está preocupada por ti.

—Pues a estas alturas de poco le va a servir preocuparse, ¿no? —le espeto poniendo los ojos en blanco.

A Cole mi respuesta le coge por sorpresa y creo que es la milésima vez que meto la pata hoy. Ser una borde redomada no va a solucionar nada y encima Cole no se lo merece.

—Perdona, no quería decir eso. Dame el teléfono.

Me lo entrega, da media vuelta y se marcha sin decir una sola palabra. Me he pasado, está claro. En cuanto cuelgue el teléfono, le pediré perdón por haberle hablado así.

—Hola —saludo a Beth, que espera en silencio al otro lado de la línea.

—¿Has ido al médico como prometiste?

No se anda con rodeos, ¿eh? Me he pasado dos semanas mintiéndole sobre la visita con el médico, diciéndole que me encontraba mejor y que ya no hacía falta. Aun así, ella ha seguido insistiendo con la inestimable ayuda de mi hermano hasta que a principios de semana le dije que iría sin falta. Estamos a finales de esa misma semana y por fin he decidido decir la verdad y confirmar sus miedos.

—He ido.

Respiro hondo. Decírselo a una de mis mejores amigas debería ser más

fácil que decírselo a mis padres o a la familia de Cole.

—¿Y? —Ni siquiera se molesta en aguantar la respiración—. Estás embarazada, ¿verdad?

Me desplomo de espaldas sobre el sofá y gruño.

—Sí, muy embarazada.

—Mierda, Tessa.

Y es que «mierda» es la palabra exacta que define mi situación actual.

Hace falta mucha voluntad por mi parte para conseguir que Cole se enfade de verdad. No es ese tipo de persona. Yo está claro que no soy perfecta y admito haber cometido unos cuantos errores en los años que llevamos juntos, pero él siempre me ha perdonado, a pesar de mis inseguridades y mi tendencia a ser excesivamente dependiente, y creo que al final me he acostumbrado y he dejado de valorar como se merece su capacidad para pasar por alto mis defectos.

Y quizá no debería haberlo hecho porque parece que al final se ha hartado de mi numerito posterior a la consulta con la ginecóloga. No tiene que ser fácil llegar a casa todas las noches y encontrarme tumbada en el sofá de la sala de estar, viendo *Master Chef*, gritándole a la tele y vaciando bolsas y bolsas de patatas fritas. Él se toma la molestia de cocinarme la comida sana que nos recomendó la ginecóloga, pero algunas noches no soy capaz de controlarme y, a este paso, acabaré pidiendo las sudaderas por Amazon dos tallas más grandes, por si acaso. No sé si soy una buena novia o si ahora mismo me odia, pero lo que sí soy es demasiado cobarde para preguntárselo.

Son tantas las cosas que me gustaría decirle, tantos detalles que explicarían por qué me comporto así... No odio a mi bebé, eso está claro. ¿Cómo podría hacerlo cuando es algo que Cole y yo hemos hecho juntos? Siempre he tenido

muy claro que algún día tendríamos hijos, cuando estuviéramos preparados, y decir que este tempo me tiene claramente desconcertada sería quedarse cortísimo. Así pues, los motivos por los que me da pánico ser responsable de una vida humana son otros, a saber, mi propia infancia, obviamente. Ahora las cosas están mucho mejor, pero está claro que no nací en la familia perfecta y que la relación con mi madre no ha sido la mejor. Mi mayor temor es que, siendo la relación maternal más larga que he tenido en mi vida, acabe influyéndome más que otras. Lo último que quiero es ser con mi hijo como mi madre fue conmigo. Sería cruel por mi parte. ¿Y si me faltan los sentimientos y las emociones necesarios para ser buena madre porque nunca los he visto en primera persona? Mi infancia es una sucesión de problemas y al final son tantos que a veces se me olvida lo graves que pueden llegar a ser las consecuencias de una crianza como la que sufrí yo. Con el tiempo, he aprendido a dejarlos atrás. Ya no soy la pobre niña de doce años que solo quería que su madre la quisiera tal como era, con sus huesos anchos y sus michelines, y que no la escondiera cada vez que venían sus amigas a verla. Hay mucha tela que cortar, mucho en lo que pensar. Cole no puede hacer desaparecer todo lo malo como por arte de magia. Esta batalla tengo que librarla yo y la vida me acaba de dar el empujoncito inicial.

Esta noche es el cumpleaños de su amigo Felix y se supone que hemos quedado con él y con su novia Victoria para ir a tomar algo. Mi intención inicial era rajarme en el último momento, pero creo que para Cole sería la gota que colma el vaso y no quiero que me odie, al menos no de momento, así que hago de tripas corazón y me visto, a pesar de que una parte importante de mí preferiría quedarse en casa escondida por miedo a que alguien me mire y se dé cuenta de que soy la clase de monstruo que no salta de alegría porque va a tener un bebé.

Me gustaría ser feliz, de verdad que sí, pero el miedo a ser la peor madre

del mundo no me deja. Cuando entro en el lavabo para coger el rizador, Cole está en la ducha. Apenas nos hemos dirigido la palabra y ni siquiera sé por dónde empezar. Ahora mismo no sería el mejor momento para tenderle una emboscada, pero quizá podría meterme en la ducha con él y abrazarlo, decirle que lo siento y que estoy muerta de miedo por lo que se nos viene encima. Veo su silueta a través del cristal, el vapor flotando a su alrededor y el agua cayendo sobre los músculos de su espalda. Cualquiera otro día no lo habría pensado dos veces, pero es curioso cómo cambian las cosas con unas pocas semanas y un embarazo de por medio. En vez de entrar en la ducha, cojo mis cosas y salgo del lavabo.

Todos los amigos de Cole, los que hemos frecuentado este último medio año, me reciben como si hubiera vuelto de entre los muertos, y es normal porque este último mes me he convertido en una paria social. Aparte de comer con clientes y salir de vez en cuando con Mattie después del trabajo, llevo semanas encerrada en casa y, por lo visto, la gente se ha dado cuenta.

—¿Dónde te habías metido, hormigueta? Cole dice que tienes muchísimo trabajo en la editorial. Eso es bueno, ¿no?

Cole evita mirarme a los ojos y yo respondo a la pregunta de Vic con una risa de lo más falsa.

—Es verdad, tenemos muchas entregas en esta época del año y estoy hasta arriba de trabajo. Pero es bueno, significa que Kevin confía en mí y yo disfruto mucho asumiendo responsabilidades.

Vic asiente y me cuenta que están muy contentos porque por fin han terminado los exámenes parciales y que se muere de envidia por el viaje a Bora Bora de la semana que viene.

¡Madre mía, casi me olvido! Es increíble lo rápido que pasa el tiempo

cuando te aferras a él como si te fuera la vida en ello. En breve se me empezará a notar y no habrá camiseta ancha ni blusa que disimule mi barriguita. De momento, nadie me mira raro, no tienen ni idea de que estoy hecha un desastre por dentro. Si ni siquiera se han dado cuenta de que me he pedido una bebida sin alcohol. Puede que encerrarme en mi fortaleza solitaria haya sido un pelín exagerado, pero no hay ningún rótulo de neón ni ninguna flecha que me señale y en la que se pueda leer «mujer embarazada».

—Sí, estoy encantada.

Intento inyectar un poco de entusiasmo en mi voz porque ni siquiera tengo claro que Cole quiera ir. Lo había planeado con mucho mimo y al final se ha ido todo al garete. Lo miro de reojo. Se está riendo de algo que ha dicho su amigo Chris, pero en cuanto nota mi mirada, se vuelve y nuestros ojos se encuentran. No sé si soy capaz de descifrar la expresión de su cara, pero me parece ver algo de dolor.

—Va a ser tan romántico... —continúa Vic—. Yo le he dicho a Felix que vayamos a algún sitio, pero lleva todo el mes persiguiendo a los profesores en busca de una recomendación y es posible que esta semana la consiga, así que no podemos salir de la ciudad. Cole ha tenido mucha suerte, al final ha conseguido una de la profesora Bernstein. Es toda una proeza, básicamente porque ya casi nunca las escribe.

Me quedo mirándola con los ojos abiertos como platos e intentando procesar lo que acabo de oír. Cole lleva meses detrás de esa profesora, dejándose los codos estudiando, haciendo todo el trabajo extra e intentando impresionarla por todos los medios. Una vez me dijo que una recomendación de esa mujer equivalía a unas prácticas de verano aseguradas, así que sé lo importante que es que al final la haya conseguido. Lo que no entiendo es por qué no me lo ha dicho. Ahora que lo pienso, tampoco me ha hablado de las clases ni de los exámenes, y es algo que solíamos hacer todos los días.

Supongo que yo dejé de explicarle mi día a día en la editorial y él hizo lo mismo. Sé que no tengo derecho a mirarlo como si me hubiera hecho daño, pero así es.

Me disculpo con la excusa de que voy al lavabo y aprovecho para echarme agua fría en las muñecas y respirar hondo. Menos mal que estoy sola. No sé muy bien por qué me afecta tanto saber que Cole ha sido incapaz de explicarme algo tan importante, pero en realidad sé que la culpa es mía. ¿Cómo va a hablar conmigo si últimamente estoy de un humor insoportable? Lo mismo lo invito a acercarse que lo empujo en dirección contraria. La visita a la ginecóloga fue tan bien que pensé que por fin podría aceptar la verdad y acostumbrarme a esta nueva realidad con Cole a mi lado. Sin embargo, cada día que pasa trae consigo un sentimiento nuevo, una nueva sensación, y yo estoy hecha un lío.

Tengo que hacerlo mejor, por Cole y también por mí.

Con esa epifanía en mente, me miro una última vez en el espejo y salgo del lavabo. Este bar tiene unos pasillos muy oscuros y, en otras circunstancias, gritaría si me encontrara a alguien rondando junto a la puerta, pero hace tiempo que soy capaz de detectar la presencia de Cole antes de verlo, así que me ahorro el ridículo.

—Eh, hola —le digo, y me pongo la mano encima del corazón, que me late a toda prisa—. Casi me das un susto.

Él parece arrepentido.

—Lo siento, solo quería asegurarme de cómo estabas. Te has ido tan rápido que he pensado que quizá no te encontrabas bien.

Podría recorrer la distancia que nos separa, pasarle los brazos alrededor de la cintura y apoyar la cabeza en su pecho. Podría decirle que me ha molestado que me ocultara algo tan importante y pedirle perdón por no haber estado a la altura. Cole me mira como si estuviera esperando a que yo ceda, que coja el

cabo que me ha lanzado y me deshaga de esta sensación incómoda que se ha instalado entre nosotros estas últimas semanas, pero al mismo tiempo es él quien se mantiene a distancia. En cualquier otro momento, me habría atraído hacia su pecho y me habría sujetado la cara entre las manos.

—Solo quería airearme un poco. Esto está demasiado lleno.

Él asiente y luego señala hacia la zona donde nos esperan sus amigos.

—Si quieres, les digo que tenemos que irnos ya.

Niego con la cabeza.

—Hace siglos que no salimos, sería muy feo por nuestra parte. Fijo que sobrevivo.

No parece muy convencido, pero se deja llevar.

—¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien. No he tenido ganas de vomitar ni una sola vez, a pesar de los pepinillos fritos que tanto le gustan a Chris. Tranquilo, no pasa nada.

—Me alegro.

Se mete las manos en los bolsillos y volvemos los dos juntos a la mesa. Tengo una sensación horrible en el estómago, como si ya hubiera hecho demasiado daño para arreglarlo.

—Cole.

—Dime.

Frena de golpe y en su hermoso rostro aparece una expresión de preocupación.

—Estoy muy orgullosa de ti y lo siento porque sé que no te lo digo muy a menudo. Felicidades por haber conseguido la carta de recomendación de la profesora Bernstein. Sé lo mucho que has trabajado.

Me dirige una sonrisa discreta pero sincera y luego se inclina sobre mí para besarme primero en la comisura de la boca y luego en los labios, que están sedientos de su presencia.



—Gracias, bizcochito.

Le cojo las dos manos entre las mías y me las llevo a la boca para besarle los nudillos. Me da igual que me miren, aunque aún estamos protegidos por la penumbra del pasillo. No sé si tiene algo que ver con abandonar los confines de nuestro piso, donde el mundo parece que se esté acabando, pero aquí me siento más ligera, casi invencible. Tampoco es que haya cambiado mucho, sigo estando muerta de miedo, pero no pienso permitir que Cole crea que no estoy locamente enamorada de él o que no me importa. Porque ha de saber que lo tengo siempre presente, a veces más de lo que la cordura aconseja.

—Siento no haber estado a tu lado, siento haberme encerrado en mí misma. —Intenta interrumpirme, pero llevo tiempo ensayando este discursito, así que más le vale dejarme acabar—. No te culpo de nada, pero sé qué es lo que estás pensando. Esto es cosa de los dos, podríamos haber... evitado que pasara, pero ahora ya no tiene sentido darle más vueltas. Siento haberte hecho sentir así. Eres lo más importante de mi vida, Cole, y si alcanzas tus objetivos quiero ser la primera en saberlo. Si algún día me vuelvo a comportar así, quiero que me zarandees, que me saques del trance. No te mereces esta versión de mí y tampoco quiero que tengas que esconderme tus logros porque estés preocupado por mi reacción. Siempre seré tu mayor animadora.

Me he quedado sin aliento. Cojo aire y, de repente, noto la boca de Cole sobre la mía y los besos con los que pretende arrancarme la vida. Cuando por fin se separa, estoy sin oxígeno y la cabeza me da vueltas.

—Joder, menos mal que has vuelto, bizcochito, empezaba a perder la esperanza.

Le paso los brazos alrededor del torso y me pego a él como si fuera film transparente.

—Quizá no sabemos lidiar con lo que se nos viene encima, pero esto, me

refiero a ti y a mí, está claro que tenemos mucha práctica. Si alguna vez te vuelvo a apartar de mí, me niego a levantarme del sofá o no me lavo el pelo en cinco días, te ordeno que prepares una intervención, ¿vale?

—¿Aunque eso signifique decirle al tío de la tienda que deje de venderte patatas fritas?

Asiento solemnemente.

—Asegúrate de que sea lo primero que hagas.

La abu Stone está deseando tener su momento *Rey León*  
con este niño

## Cole

Cuando reservé los billetes a Bora Bora, fue con la idea de pasarnos el día en cueros. Decidí tirar la casa por la ventana y alquilé una villa con playa privada para que pudiéramos estar totalmente aislados. Eh, hasta me senté con Tessa y la ayudé a escoger los biquinis con menos tela que encontramos para reforzar la temática «Semana Santa nudista». Entonces no tenía ni idea de que Tessa se iba a poner malísima durante el vuelo o que se pasaría buena parte del primer día en Bora Bora encerrada en el baño vomitando. Le dije que para mí no había nada que la hiciera menos atractiva, pero para entonces ya me había prohibido entrar en la villa, así que me pasé un buen rato explorando los alrededores y mirando el móvil cada cinco minutos por si tenía algún mensaje suyo.

Lo que sí recibo son un montón de mensajes de Beth. Por lo visto, Tessa no le coge el teléfono ni le devuelve los mensajes. Quiere mantenerlo todo en secreto hasta que superemos la semana doce, lo cual significa que aún me queda un poco de margen antes de tener que explicárselo a mi padre y a Cassandra. Cada vez que pienso en mi madrastra, un escalofrío me recorre el cuerpo. Sé que es imposible que se lo tome bien y también sé que lo primero

que hará será atacar a Tessa, pero no lo pienso permitir. Nos hemos prometido que esta semana sería para relajarnos, no para ponernos de los nervios por cosas que no controlamos. La verdad es que nunca habíamos estado tan distanciados el uno del otro. Sí, discutimos de vez en cuando y sí, hemos tenido malentendidos y lágrimas, pero jamás nos ha faltado la pasión. Con lo tenso que ha sido todo estas últimas semanas, sé que tengo que cogerme la semana libre y concentrarme en demostrarle que seguimos siendo los mismos y que nada ha cambiado. Un embarazo no tiene por qué ser el fin del mundo. De hecho, cuanto más lo pienso, más... emocionado estoy. No hace falta ser un genio para saber que no es el mejor momento y que vamos a tener que currárnoslo de lo lindo para criar al niño en este momento de nuestras vidas, pero tampoco es que seamos adolescentes de instituto. Pagamos un alquiler todos los meses, estamos al día con las facturas, nos acordamos de comprar huevos, leche y harina, y Tessa incluso ha establecido una hora para irnos a la cama y no pasarnos hasta las tantas viendo *Mindhunter*.

¿Lo ves? Todo bajo control.

¿Un bebé sería tan malo ahora mismo? Pues claro que no. Sí, ya sé que es muy fácil decirlo, pero últimamente leo mucho sobre el tema y he descubierto que muchas parejas se pasan años intentando quedarse embarazadas. La verdad, no me importa admitir que de vez en cuando se me llenan los ojos de lágrimas leyendo sobre los problemas de infertilidad de la gente. Supongo que por eso me he vuelto tan protector con Tessa y su barriguita, y es que en el fondo tenemos suerte y, aunque no estemos preparados para ser padres, ¿desde cuándo la vida es predecible?

No estaba preparado para perder a mi madre tan pequeño, pero ocurrió. Quería que mi abuelo viviera muchos años para que algún día pudiera jugar con mis hijos y no sucedió. Y jamás pensé que la chica por la que estaba

loquito y que intenté conquistar con las estratagemas más torpes de la historia de la humanidad acabaría queriéndome, y aquí estamos. Así que sí, la vida es un camino lleno de baches y si esto es otra forma de ponernos a prueba, que se prepare todo el mundo porque lo vamos a bordar.

La verdad es que me ayuda soltarme este tipo de discursitos, sobre todo porque el otro día Tessa calculó que el bebé nacerá a finales del semestre que viene, más o menos sobre la semana de exámenes, y a mí casi me dio un soponcio.

No parece que Tessa esté intentando ponerse en contacto conmigo, así que me guardo el móvil en el bolsillo y decido explorar la zona. He usado parte del dinero que me regalaron en Navidad para pagar el viaje. Así es como hemos acabado en el Four Seasons de Bora Bora y, por lo que estoy viendo, ha valido la pena. El hotel se abre a una playa con las aguas más cristalinas que he visto en mi vida y tiene una zona privada. De vez en cuando, veo a otros huéspedes, los que están en los bungalós que hay sobre el agua o las villas en primera línea de mar como la nuestra, con vistas al monte Otemanu. Se pueden hacer un montón de cosas, tal como nos ha explicado el conserje esta mañana. No sé cuándo se encontrará mejor Tessa, si es que se recupera, pero yo de momento ya tengo localizado el enorme gimnasio al aire libre y el spa de agua marina. Seguro que querrá venir por las mañanas. Por si no bastara con eso y aprovechando que tengo tiempo libre, también me paso por la piscina infinita, la pista de tenis y nos apunto a una salida para hacer esnórquel por el lago para dentro de unos días. El guía me dice que también podemos hacer kayak o apuntarnos a uno de los cruceros en catamarán, además de aprender a hacer windsurf o dar de comer a los tiburones, y a mí todo me parece genial. Al cabo de un rato, cuando estoy seguro de que Tessa ha tenido tiempo suficiente para refrescarse, decido volver a la villa.

Me la encuentro recién duchada y ataviada con un vestido ligero y unas

sandalias. Está acabando de maquillarse y me lanza una mirada pícara desde el espejo.

—¿A que no esperabas empezar así tus maravillosas vacaciones nudistas?

Yo me encojo de hombros.

—Aún nos queda mucho tiempo por delante. Además, juraría que lo estás haciendo bastante bien, ¿no?

El vestido blanco que lleva es corto por arriba y por abajo, y cuando se da la vuelta para recogerse el pelo, casi se me cae la baba al ver la cantidad de espalda que le queda al aire.

—¿Te importa ponerme ya el protector solar? No quiero acabar como una gamba en cuanto ponga un pie fuera.

No desperdicio la oportunidad y, mientras le aplico la crema en la espalda y los brazos, me doy cuenta de los ruiditos que se le escapan y no puedo evitar que mi cuerpo reaccione en consonancia. Intento no emocionarme demasiado porque aún está muy sensible y tiene las emociones a flor de piel. La ginecóloga dijo que los cambios de humor y los mareos matutinos, que en realidad duran todo el día, desaparecerían al final del primer trimestre, así que cruzamos los dedos. Dicho esto, también he leído que las hormonas del embarazo te ponen como una moto y, llámame cerdo, pero he de decir que tengo curiosidad por saber qué pasa con eso y también con lo de que se hinchen los pechos.

«Céntrate, Cole, que estás muy disperso.»

Intento pensar en pañales y noches en vela para que se me pase la emoción, pero ¿sabes qué? Que ahora mismo ni siquiera eso me parece tan mal.

Mis manos descansan sobre su piel más tiempo del estrictamente necesario. La coloco de forma que vea el reflejo de los dos en el espejo del tocador. Mi pecho desnudo roza su espalda casi desnuda y mis manos se deslizan por sus brazos, masajeándolos como sé que le gusta. De pronto, se le

cierran los ojos y se apoya contra mi pecho. Mis manos se detienen sobre su cadera y, desde allí, se cuelan poco a poco debajo del vestido y hacia la pelvis, con cuidado de no asustarla. Ella sabe perfectamente hacia dónde voy y, cuando por fin acaricio el pequeño bultito que es nuestro hijo, se sobresalta pero apenas lo noto.

Miro nuestra imagen reflejada en el espejo, mis manos sobre su vientre y sus ojos clavados en ellas y abiertos como platos, y de repente me excito al pensar que lleva un hijo mío en su interior. Sé que es una reacción propia de un neandertal, pero no puedo evitar sentir una satisfacción indescriptible porque esto se lo he hecho yo y porque nuestro hijo será un punto de conexión entre los dos que durará para siempre.

Hemos creado un ser humano, un bebé. ¿Quién lo iba a decir?

—¿Crees que se parecerá más a ti o a mí?

Lo pregunta con un hilo de voz apenas perceptible, pero aun así siento que se me acelera el corazón. Esta es una de las pocas veces que menciona el futuro desde hace semanas y eso me demuestra que lo está intentando. De momento, no puedo pedirle nada más.

—Ya sé que debería decir eso de que me da igual con tal de que nazca sano, pero, no sé, me imagino una niña con el pelo rubio, puede que con mis ojos.

Tessa sonrío, pero tiene los ojos llenos de lágrimas. Se cubre el vientre con las manos, encima de las mías, y me da un beso en la barbilla.

—Yo me imagino un niño con los ojos azules que será el terror de las niñas del parque, un diablillo igual que su padre.

Soy incapaz de expresar con palabras lo que siento ahora mismo y creo que es porque nunca había experimentado una felicidad tan intensa y no sé qué se dice en una situación como esta. Lo que sí sé es que nuestro hijo ya no es una idea abstracta y que no volveremos a pensar en él como si fuera el fin del

mundo. El amor que desprende Tessa ahora mismo es una realidad; estoy seguro de que nadie lo va a querer más que ella. Tardará un tiempo en acostumbrarse a la nueva realidad, pero sé que lo conseguiré y, hasta que llegue ese momento, yo me conformo con verla crecer día tras día.

Estamos paseando por la playa cuando Tessa saca el tema de nuestras familias. Habíamos decidido disfrutar del viaje y no estresarnos demasiado con el tema, pero ahora que el bebé ocupa todos nuestros pensamientos no creo que seamos capaces de cumplirlo. Me llevo la mano de Tessa a la boca, la beso y le digo que se lo contaremos cuando ella esté preparada.

—Sé de alguien que se va a poner a dar volteretas en cuanto se entere.

—¿Volteretas? Tessa, la abu Stone está deseando tener su momento *Rey León* con este niño.

Ella se ríe.

—En plan Rafiki en lo alto de la montaña, ¿no? Yo eso no me lo pierdo.

—¿Sabes qué creo? Que ella tiene parte de responsabilidad en todo esto. La última vez que estuve en casa, me dijo que había estado buscando hechizos y fórmulas mágicas porque quiere tener nietos, y los quiere cuanto antes.

—Madre mía, ¿te lo imaginas? Tu abuela haciéndonos a mí superfértil y a ti capaz de anular los efectos de la píldora anticonceptiva.

—¿Crees que dan algún premio por eso? Porque me gustaría ponerlo en la estantería de mi despacho.

Me da un codazo y se ríe, y yo no me acabo de acostumbrar a lo preciosa que está esta noche. Por la tarde hemos estado un rato junto a la piscina y, a pesar del protector solar, ha cogido un poco de color que hace que le brille la piel. Hacía tiempo que no la veía tan feliz, casi radiante, y cuando se ríe de



algo que he dicho no puedo evitar quedarme mirándola en silencio porque, madre mía, cómo echaba de menos el sonido de su risa. El viento juega con los mechones que se le han escapado del moño y, de repente, sé que soy el tío con más suerte del mundo.

—No todo el mundo se va a alegrar tanto.

Se muerde el labio y sé que está pensando en Cassandra. Siento mucho que le preocupe tanto la opinión de mi madrastra cuando no debería ser así, sobre todo porque Cassandra ha aprendido la lección y sabe que hay una línea roja que no debe cruzar. Aun así, hasta yo sé que no se lo va a tomar bien, pero pienso hacer todo lo posible para proteger a mi bizcochito.

—No te preocupes por eso, ¿vale? En serio, olvídalo. No quiero que pierdas el tiempo pensando en la opinión de los demás o en cómo se sienten. Todo eso da igual.

Le paso un brazo alrededor de los hombros y la aprieto contra mi costado.

—Es que... sé que va a ser un shock para todos. Seguro que piensan que somos tontos por no haber tenido más cuidado. Odio que me juzguen, Cole, y odio que Cassandra piense que esto lo hago para atraparte.

Aprieto los dientes y maldigo el día en que mi madrastra decidió convertirse en Joan Crawford, alias *Queridísima mamá*, porque desde entonces Tessa lo ha pasado tan mal que contarle lo del embarazo seguramente sea su peor pesadilla. Estoy convencido de que, en cuanto se entere, todo saltará por los aires y la situación empeorará antes de volver a su cauce, pero confío en que mi padre me eche un cable y que la haga entrar en razón. Nadie tiene la culpa de lo que ha pasado y prefiero suicidarme antes de permitir que ataque a Tessa.

—Eh, mírame. —Le doy la vuelta hasta que estamos cara a cara—. En lo que respecta al bebé y a nosotros dos, la opinión de los demás no importa. Me da igual lo que digan o lo que piensen, y tú deberías hacer lo mismo porque

aquí lo importante somos nosotros dos y lo que sentimos. No sé tú, pero esto —le digo, y pongo las manos encima de su barriga como si estuviera un poco obsesionado por tocársela—, esto es lo mejor que nos ha pasado en mucho tiempo, ¿no crees?

—Es verdad —responde ella con voz temblorosa, y se pone de puntillas para confirmar sus palabras con un beso.

Los días siguientes son una sucesión de mis tres eses favoritas: sol, siesta y sexo, sin un orden específico. Es como si por fin hubiéramos aceptado que nuestro hijo es real y que no ha significado el fin del mundo, sino que más bien le ha insuflado nueva vida a nuestra relación. No me quejo, la verdad. Hacía tiempo que no veía a Tessa tan feliz y encima parece que nunca tiene suficiente, así que en vez de explorar las instalaciones del hotel y apuntarnos a todas las actividades que se hacen al aire libre, apenas salimos de la villa. Lo único que no perdonamos es la cena y porque Tessa insiste en que vayamos al Sunset en lugar de llamar al servicio de habitaciones. El spa le encanta, eso sí. Está allí desde primera hora de la mañana y yo aprovecho para salir a correr. Hemos visto amanecer y luego nos hemos acostado un rato más porque las actividades nocturnas nos dejan agotados, y ahora estoy intentando quemar el exceso de energía para ver si soy capaz de contenerme y no me abalanzo sobre mi novia en cuanto la vea.

Cuando vuelvo a la villa, Tessa ya está aquí hablando por teléfono y paseándose por la terraza, sujetando el móvil con una mano y haciendo aspavientos con la otra. Lleva unos pantalones cortos que le hacen unas piernas interminables y una blusa semitransparente encima del biquini rosa fosforito. Me encantaría quedarme aquí contemplándola, pero parece nerviosa y eso va en contra de las normas que hemos pactado para estas vacaciones. Si

te provoca estrés, no es bienvenido a Bora Bora. Cuando me acerco, oigo las palabras «médico» y «bebé» y supongo que está hablando con Beth porque es la única que sabe lo del embarazo, pero entonces oigo una voz de hombre que grita al otro lado de la línea, o sea, que no puede ser Beth. Sea quien sea, Tessa está empezando a cabrearse.

—¡Deja de hablarme como si fuera una niña! No, ya lo sé y no eres nadie para hablarme así. —De pronto, me ve y forma el nombre de su hermano con los labios. Por el volumen de los gritos, diría que lo sabe y no a través de Tessa—. Estoy bien, te lo iba a contar, pero la ginecóloga nos dijo que esperaríamos... No, Beth lo dedujo ella sola, es más lista que yo. —Travis dice algo y Tessa niega con la cabeza—. Mira, estoy en Bora Bora, ¿sabes? O sea, que ahora mismo no tengo tiempo para esto. Ya hablaremos cuando vuelva, ¿vale?

Cuelga el teléfono sin pensarlo dos veces y no sé por qué pero intuyo que su hermano, tan protector como siempre, intentará hablar conmigo en breve y, ya que está, partirme la cara por varios sitios. Pero ¿sabes qué? No me arrepiento de nada y no pienso pedir perdón. Es nuestra vida y si tenía que pasar, bienvenido sea. Ya no somos adolescentes, no tenemos por qué aguantar que nos traten como si fuéramos tontos. Estoy orgulloso de Tessa por haberle plantado cara a su hermano; ahora solo tiene que hacer lo mismo con Cassandra.

—¿Se lo ha dicho Beth?

—Por eso lleva todo el día intentando hablar conmigo. Es tan bocazas que ha tenido que contárselo.

—Eh, tranquila. No tenemos que escondernos de nadie.

Le pongo las manos en los hombros y aprieto ligeramente para liberar la tensión que se ha ido acumulando con el paso de los días.

—No me estoy escondiendo, de verdad. —Tiene los ojos muy abiertos y la

mirada seria—. Pero ya hay un montón de cosas que no controlamos nosotros y me gustaría que esto saliera según los planes. Quiero poder decírselo a mi familia a mi ritmo y cuando sienta que estoy preparada, y ahora resulta que tampoco está en mis manos.

Le froto la espalda para que se tranquilice y me maldigo porque debería haber apagado los móviles para meterlos después en la caja fuerte de la habitación. El objetivo de venir hasta aquí era que nos relajáramos y aceptáramos la idea de que vamos a ser padres sin estrés y lejos de cualquier interferencia. Precisamente por eso, este viaje no podría haber llegado en mejor momento. Hemos podido respirar hondo, pensar en lo que nos está pasando, aceptarlo e incluso contemplar el futuro con emoción en lugar de preocuparnos.

Que Travis le grite a mi novia supone un retroceso más que evidente.

—Seguimos mandando nosotros, la última palabra la tienes tú. Vale, Travis lo ha descubierto, ¿y qué? No creo que se lo diga a nadie y, aunque lo haga, ¿no es mejor hacerlo cuanto antes para que todo el mundo tenga tiempo de hacerse a la idea? Yo ya quiero a este bebé y sé que nuestras familias sentirán lo mismo, así que no hay por qué preocuparse. Y si alguien tiene algún problema, que le jodan.

Tessa asiente.

—Exacto, que le jodan. Y ahora haz el favor de no decir palabrotas delante de tu hijo porque como saque la boca de su padre tu madrastra no me va a dejar vivir tranquila.

## Está científicamente demostrado que las pelirrojas son unas madrinas horribles

### Tessa

El contenido de mi armario está desparramado por todo el suelo de la habitación y Cole se abre paso entre la ropa como quien atraviesa un campo de minas. Ojalá luego no tuviera que recogerlo, pero este desastre es necesario porque ha de haber algo que me pueda poner sin que parezca una pitonisa de circo echando las cartas a cambio de un donativo. Siempre he sentido cierta predilección por la ropa ancha, pero a veces hago excepciones, sobre todo por el tema laboral, e intento ofrecer una imagen más profesional. Por desgracia, cuando el objetivo es disimular una barriga de embarazada, la cosa se complica considerablemente. De momento, nadie ha comentado nada sobre mi reciente cambio de look, pero sé que Mattie me mira de reojo y, la verdad, es un milagro que de momento no me haya acusado de parecer una vagabunda. Por otro lado, Kevin ya no me manda a tantas reuniones con clientes como antes y me ordena ir a mi mesa cada vez que vienen los jefazos, lo cual es una señal inequívoca de que alguna cosa no va bien. Tengo que hacer algo al respecto porque, como se me ocurra ponerme una camisa de campesina más o un vestido holgado, podría acabar de patitas en la calle por comportamiento poco profesional.

—Mmm... ¿has perdido algo, Tessie?

Cole esquivo un zapato solitario, uno plano porque los tacones han dejado de ser una opción.

—Hemos acabado de editar el libro de Wyatt y Kevin lo ha invitado a comer con todo el equipo para hablar y decidir la estrategia de marketing. Es probable que aparezca el jefe, así que necesito encontrar algo decente que ponerme.

Levanto en alto una falda de tubo que lo único que hará será destacar la curva creciente de mi barriga, así que la tiro a un lado. Mi embarazo ha dejado de ser una especie de horrible y oscuro secreto, pero de momento tampoco se lo he contado a nadie y me gustaría poder hacerlo sin que se den cuenta antes. Al final, me decido por unos pantalones negros que tienen la cintura elástica, un body del mismo color y una americana Stella McCartney, de cuadros y holgada, que oculta a la perfección toda la parte delantera de mi torso. Añado al conjunto un par de accesorios que ayuden a distraer la atención, como unos aros enormes y unas gafas de sol que me tapan la mitad de la cara. Por último, me pongo unos mocasines a la última de esa marca que todo el mundo lleva y, de momento, lo dejo ahí porque tampoco tengo intención de emperifollarme mucho más.

Salgo de la habitación y me encuentro a Cole desayunando. En cuanto me ve, se le escapa un silbido.

—Si fuera un poquito más inseguro, ahora mismo estaría celoso de que ese tirillas gafapasta pueda verte así vestida, pero como soy un hombre adulto y maduro, solo le diré al bellezón de mi novia que está tremenda con este look tan profesional. Se me ocurre una fantasía sobre jefas y secretarios que podríamos añadir a nuestra rutina.

Casi me atraganto con los copos de avena.

—No entiendo nada, ¿la de las hormonas locas eres tú o soy yo?

Cuéntame.

—Yo no necesito hormonas, cariño, siempre estoy preparado.

Me pongo colorada como un tomate porque es verdad. Ayer por la noche me tuvo despierta hasta las tantas, aprovechándose de que últimamente me muero de ganas de estar con él.

—Pues muy bien, oye. ¿Qué te parece si tenemos esta conversación en cualquier otro momento y no justo antes de que me vaya a trabajar? Voy a estar un poco incómoda durante la comida pensando en tus fetiches con las secretarías.

—La palabra que estás buscando no es «incómoda». —Me echa un poco de miel orgánica por encima de las tortitas en un burdo intento de hacerme renunciar a la Nutella porque, según ha leído en algún sitio, el azúcar procesado es malo para el bebé—. Permíteme que te sugiera «excitada», «tensa», «cachonda», etcétera.

—Vaya, gracias, señor sinónimos. Por cierto, ¿ha visto a mi novio?

—Estará esperándola aquí cuando vuelva, jadeando de la emoción.

Por poco no le tiro una manzana a la cabeza y es que ahora tengo ganas de hacer novillos y quedarme en casa con él, pero el pobre tiene que estudiar incluso en su día libre. Los finales están a la vuelta de la esquina y además tiene un montón de trabajos pendientes de entregar. Si quiere asegurarse las prácticas, mejor será que se lo trabaje más que nunca. Además, dice que prefiere sudar la gota gorda ahora que dejarlo para más adelante porque seguramente tendrá menos tiempo libre. Tiene todo el verano planeado al detalle, hasta se ha hecho una lista de lecturas pendientes. La verdad, no me sorprendería lo más mínimo que ya tuviera preparado todo el último año de la carrera.

—No, estará encerrado en el despacho, rodeado de libros y lejos del teléfono, si es que sabe lo que le conviene. ¿Entendido, Stone?

Él suspira con aire dramático.

—¡Dios, cómo me gusta cuando te pones mandona! Sigue, Tessie, ¿qué más quieres que haga?

Pongo los ojos en blanco, lo aparto de un empujón y me acabo el desayuno porque no quiero llegar tarde al trabajo. Otra vez. En serio, es como si Cole quisiera que me despidieran para convertirme en una señorita de mi casa y vivir del dinero de mi padre hasta que nazca el niño.

Tentador, pero creo que de momento paso, gracias.

—Nos vemos luego.

—¡Contaré los segundos! —me grita desde la cocina y la vecina de enfrente, una mujer de mediana edad con dos gemelos insoportables de ocho años que acaba de salir al rellano al mismo tiempo que yo, me mira de reojo porque, cómo no, ha oído el intercambio.

Menuda forma de comenzar el día, ¿eh?

Wyatt tiene ganas de empezar con la promoción de su libro y mi jefe va a apostar fuerte por él con entrevistas en la prensa y firmas de ejemplares. Comenzaremos repartiendo copias entre los blogueros. El libro es bueno, nos lo han confirmado los lectores beta, así que sabemos que se hablará mucho de él antes de la fecha de publicación. Para cuando llegue el día, le habremos dado tanto bombo que las ventas podrían ser espectaculares. Si fuera así, Kevin quiere organizar firmas y eventos varios por todo el país, que es lo que estamos planeando ahora mismo.

—Tessa irá contigo por si necesitaras ayuda. No hará falta, seguro, pero aquí la milenial es ella y nos vendrá bien para actualizar las redes sociales y esas cosas. Además, ella fue la que descubrió tu libro y lo defendió con uñas y dientes. Creo que no hay nadie más involucrado en todo el proceso que



Tessa.

Estoy que no quepo en mí. No me esperaba que Kevin me alabara de esa manera, sobre todo después de mis últimos deslices, pero está claro que sigue considerándome una trabajadora competente. A todos nos parece bien el calendario, hasta que hago los cálculos y me doy cuenta de que la gira del libro podría coincidir perfectamente con el nacimiento de mi hijo. Después de la última visita a la ginecóloga, que fue mil veces mejor que la primera, Cole y yo ya tenemos una fecha aproximada y no podría ser menos oportuna. Pero, claro, no puedo levantar la mano y decirles a estos dos señores que parecen tan emocionados ante la posibilidad de que yo asuma más responsabilidades que es probable que no pueda hacer mi trabajo porque por esas fechas estaré dando a luz.

Pero ¿podría? De momento, lo dejaré en suspenso.

—Estoy absolutamente de acuerdo, Tessa ha sido un gran apoyo desde el principio y no me imagino todo esto sin ella.

La sonrisa de Wyatt parece tan limpia y sincera que, la verdad, me dolería tener que rechazar la oferta ahora mismo. Podría hablar con Kevin más tarde, quizá lo entienda o quizá acabe el día en el paro y Cole vea cumplido su deseo.

—Genial, hablemos de fechas. Y Tessa, ¿por qué no te pones en contacto con el equipo de marketing y publicidad y les pides que nos manden unos esbozos y unas cuantas ideas del aspecto que tendrá la campaña? Quiero tener un plan bien definido antes del fin de semana.

—Hecho.

Esbozo mi sonrisa más empalagosa y los dejo a solas para que hablen de dinero y esas cosas.

—Eh, Tessa, espera. —Wyatt sale corriendo detrás de mí; Kevin, que está hablando por teléfono, nos hace un gesto para que sigamos—. Solo quería

darte las gracias otra vez. —Se frota las manos en un gesto nervioso—. Este libro me está cambiando la vida y no lo podría haber hecho sin ti. Quiero que sepas la ilusión que me hace saber que estarás conmigo el resto del viaje. Nadie más podría hacerle más justicia a mi libro que tú.

Sonrío sin saber muy bien qué decir. Wyatt está siendo como es él, dulce y entrañable. Tampoco estoy muy segura de cómo decirle que cuando empiece la gira de su libro yo estaré a punto de caramelo, pero se le ve tan emocionado que no me atrevo a abrir la boca. Me siento frustrada, no me gustan los secretismos. Se lo diré en breve, lo prometo.

—El mérito es todo tuyo, Wyatt, por tanto trabajo duro y tanto talento. Yo solo se lo enseñé a la gente adecuada. Estoy tan orgullosa de ti... Felicidades por todo.

Salgo del despacho de Kevin, me refugio en mi mesa e intento no ponerme a gritar. En vez de eso, apoyo la cara en la mesa y chilló para mis adentros. De pronto, alguien me pone la mano en el hombro y el berrido que resuena en mi cabeza está a punto de convertirse en un alarido en toda regla.

—Vale, se acabó, haz el favor de explicarme ahora mismo qué es lo que te pasa.

Mattie está de pie junto a mí, con las manos en la cintura y una expresión que parece decir «A ver si te atreves a mentirme». Bueno, pues a la mierda. Va a ser una hora de la comida de lo más interesante.

—Gracias a Dios que solo estás embarazada, ¡creía que tenías cáncer o algo así!

Es un milagro que no le escupa encima el batido que me estoy bebiendo. La gente empieza a volverse y yo no puedo evitar ponerme roja como un tomate. Encima a Mattie le da un poco igual habernos granjeado toda esta

atención no deseada.

—¿Podrías gritar un poquito más? Creo que aquella mujer de la esquina no te ha oído.

Él levanta las manos en un gesto defensivo.

—Estoy aliviado, eso es todo. Creía que te estabas muriendo. Esto no está tan mal.

—¿No está tan mal? Entonces ¿no estás ahí sentado juzgándome y dándole las gracias a Dios por no estar en mi lugar?

Mattie pone los ojos en blanco.

—No tengo el equipamiento necesario para estar en tu lugar, Tess.

—Tú ya me entiendes.

—Te entiendo, sí, y tú ya me conoces. Me alegro mogollón de que no tengas una enfermedad mortal, ¿vale? Llevo varias semanas preocupadísimo por ti y un embarazo tampoco es tan malo, sobre todo con un hombre tan fuerte y comprensivo a tu lado. Muchas mujeres han de buscarse la vida solas, ¿sabes?

Cierro los ojos y recuerdo lo mal que traté a Cole los primeros días. Me siento tan culpable que me cuesta tragar. Mattie tiene razón, soy muy afortunada por tener a alguien como Cole como compañero de viaje. Muchos hombres de su edad saldrían corriendo al ver peligrar su futuro.

—Me lo tendrías que haber explicado antes, más que nada para quitártelo de encima porque, no te ofendas, últimamente pareces una muerta viviente y ya sabes que el estrés no es bueno para la criatura.

—Vaya, se te ve muy tranquilo y muy puesto en el tema. ¿Dejaste a alguna embarazada antes de salir del armario?

Mattie se echa a reír con tantas ganas que la mitad del local se vuelve para mirarnos. Ojalá pudiera taparme la cabeza con la chaqueta y fingir que no existo.

—Soy demasiado gay para haber sufrido una situación comprometedora con una mujer, pero tengo una prima con la que me llevo muy bien que se quedó embarazada a los dieciséis. El tío ni siquiera esperó a que el test diera positivo, le dijo directamente que no pensaba formar parte de aquello, que abortara, y ella decidió que no quería. Riley es bastante cabezota, fuerte como una roca, y está criando a mi sobrina ella sola.

Me quedo mirándolo con la boca abierta porque es como si me hubiera caído un rayo encima y hubiera visto las cosas con claridad por primera vez desde hace mucho tiempo. Hay tantas chicas, tantas Rileys que se ven en la misma situación que yo, tantas historias inspiradoras como las de estas mujeres que se ven obligadas a crecer de golpe por un pequeño error... ¿Acaso se encierran en sus casas y se dedican a comerse su propio peso en patatas fritas? Puede que sí, al menos durante unos días, pero nunca durante tanto tiempo como yo. De pronto, me da una vergüenza tremenda mi actitud de los últimos meses. Me he comportado como si deseara el fin del mundo cuando en realidad... esto podría ser perfectamente una de las mejores cosas que me han pasado en la vida. Me acaricio el vientre bajo la americana y siento que se me llenan los ojos de lágrimas. Estoy absorta en mis pensamientos cuando, de repente, Mattie me tira una servilleta.

—Ahora entiendo por qué lloraste cuando te enseñé el vídeo del hámster en YouTube. Las hormonas deben de estar volviéndote loca.

Me muerdo el labio para evitar que se me escape un sollozo, encima en un sitio tan público como este. Los cambios de humor deberían haber terminado en la semana doce, pero aquí siguen pasada la catorce y aquí sigo yo, llorando mientras recuerdo a la pobre criaturita correteando dentro de su rueda y cayéndose una y otra vez.

Mattie se ríe.

—Joder, no veas si estás embarazada. ¿Cómo es posible que no me haya

dado cuenta?

Bueno, si Mattie lo sabe, supongo que ha llegado la hora de explicárselo a mis padres.

Lo más fácil ha sido contárselo a mis amigas, entre otras cosas porque Beth ya lo sabía y me ha echado un cable. Con mi hermano, en cambio, ha sido harina de otro costal. Siempre ha sido muy protector y a veces se comporta como si yo aún tuviera dieciséis años. Al final, ha entrado en razón, a regañadientes pero menos da una piedra, y ahora me llama todas las semanas para estar al día de los cambios y para obligarme a prometer que me tomaré en serio lo de ponerle su nombre a mi hijo, aunque sea de segundo.

Mi hijo. Es que suena tan irreal...

Megan y Cami se alegraron por mí. La impresión inicial fue considerable, pero en cuanto vieron que yo lo llevaba bien, las dos se mostraron encantadas con la noticia. Si se lo hubiera contado al principio, cuando aún no lo había aceptado ni yo, la cosa habría sido distinta, pero ahora todo ha cambiado. Todavía tengo momentos en los que me pregunto si seré capaz de ello, de ser la madre de otro ser humano cuando aún no tengo clara ni mi propia vida, pero lo único que debo hacer en esos momentos de duda es mirar a Cole y enseguida sé que, pase lo que pase, no estaré sola. Así que sí, al principio les costó digerir la noticia, pero ahora están todos muy emocionados y el ritmo al que Cami no para de enviarnos peluches es la prueba más palpable.

Bueno, lo de los peluches y que dice que se ha pedido ser la madrina.

—¿Hace falta que te envíe mi currículum? Podría hacerte una lista con todas las razones por las que sería la mejor elección.

La tengo en el manos libres. Cole y yo estamos preparando la cena y no podemos evitar reírnos al imaginar su currículum siendo entregado en mi

bandeja de entrada.

—Ya hablaremos del tema cuando llegue el día, Cami. Ah, y creo que nos estamos quedando sin espacio en casa, quizá ya podrías dejar de enviarnos pingüinos gigantes.

Cami chasquea la lengua.

—Dudo mucho de que le hayáis comprado algo a mi futuro sobrino o sobrina. Es más, ahora mismo no creo ni que vayáis vestidos. Sé perfectamente lo que nos pasa a las mujeres cuando nos quedamos embarazadas, ¿vale? —Se ríe de su propia ocurrencia y yo le saco la lengua a Cole, que no cabe en sí de lo mucho que se quiere—. Además, está científicamente demostrado que las pelirrojas son unas madrinas horribles.

—Ah, ¿sí? ¿De dónde has sacado esa estadística?

—De Google. A ver, seriedad: no me obliguéis a llamar a alguien que conoce a alguien que podría hacer desaparecer a Meg durante una temporada. Ya sé que va a ser médico y todo eso, pero ¿de verdad queréis que alguien con esos horarios sea la madrina de vuestro hijo? ¡No podréis contar con ella cuando necesitéis que alguien os haga de canguro para poder salir de casa un rato a follar como conejos! Yo, en cambio, me aseguraré de que tengáis mucho tiempo para vosotros, no sé si me seguís.

—Vale, ya está bien. —Me aclaro la garganta—. Creo que lo mejor es que lo hablemos largo y tendido. Hasta entonces, tienes que prometernos que dejarás de sacar el tema a todas horas. Es algo que aún no hemos decidido, de verdad.

—Pues tienes que ser previsor, Tess, porque criar un bebé requiere mucho tiempo. Por eso es mejor tomar este tipo de decisiones antes de que nazca. Te acabo de enviar un PowerPoint muy completo en el que os explico por qué soy la mejor elección. Echadle un vistazo y me llamáis. La pelirroja no tiene ninguna posibilidad.

Y así termina la cuarta llamada del día.

—¿Qué he hecho? —le pregunto a Cole—. He creado un monstruo.

—Es mejor que Alex, que no puede parar con lo de los nombres raros. Hoy me ha enviado Lutherhaus, Luther para los amigos. —Un escalofrío le recorre el cuerpo—. Creo que lo voy a bloquear hasta que el niño tenga nombre. No quiero que se me metan sus ideas absurdas en el subconsciente.

Me rio y remuevo la salsa de tomate.

—¿Crees que es eso, un niño?

De pronto, recuerdo la conversación de Bora Bora, una de las primeras veces que visualicé un niño igualito a su padre. Cole rodea la isla y se coloca detrás de mí, con los brazos alrededor de mi cintura.

—Dímelo tú.

Echo la cabeza hacia atrás y la apoyo contra su pecho.

—Tengo como un presentimiento y sé que es absurdo porque no sabremos el sexo hasta dentro de un par de semanas, pero en mi cabeza es un niño.

Noto que sonrío contra mi cuello y me frota el vientre con las manos.

—Vale, pero no se va a llamar Lutherhaus.

—Ni en broma. Recuérdate que borre el número de Alex de tu lista de contactos. Es una mala influencia.

## Mi madre tomaba más pastillas que una estrella del rock en horas bajas

Tessa

A veces, la vida te da pistas que no deberías ignorar. ¿Te acuerdas de aquella vez que tuviste una pesadilla por la noche y a la mañana siguiente te diste cuenta de que habías cerrado mal la puerta y se te había escapado el perro? ¿O aquel día que tenías que leerte unos textos para clase, pero no lo hiciste y el profesor hizo un examen sorpresa que te costó el veinte por ciento de la nota? Hay una serie de sucesos que nos llevan a ese instante fatídico y la mente humana es tan brillante que es capaz de detectarlos antes de que pasen. Siempre he creído en los presentimientos y en dejarse llevar por el instinto. Por eso, cuando Cole me pasa el iPad con los detalles del vuelo que nos llevará a casa este fin de semana, se lo devuelvo como si fuera un pudin de tofu y leche de soja con chocolate. Efectivamente, esa abominación existe en el mundo real y puedo demostrarlo. La probé una vez, cuando intentaba comer más sano. Huelga decir que no creo que vuelva a probar el pudin en lo que me queda de vida.

—¿Qué dices?

Me hago un ovillo en la esquina del sofá y me tapo con la manta. Cole se pinza el puente de la nariz y suspira como si estuviera haciéndome la difícil a



propósito, pero no es así, de verdad. Esto no puede estar pasando, no antes de que organice una videollamada con mis padres y con los de Cole, todos en diferentes estados, y anuncie que van a ser abuelos por primera vez. Así es como quería decírselo, no presentándome en la puerta de su casa durante la boda de mi padre con Danielle.

Sí, mi padre es un hombre rápido.

—Me los han enviado tu padre y me ha dicho que quería que fuera una sorpresa, pero teniendo en cuenta la situación...

Se refiere a mi reacción ante la posible ira de Cassandra y al hecho de que ahora mismo me apetezca tanto volver a casa como meterme en una bañera con un tiburón. En ambos casos, sé que va a correr la sangre.

—¿Cómo es posible que en menos de un año haya dos bodas en esta familia cuando la única vez que alguien ha mencionado el matrimonio durante una comida fue para describirlo como la experiencia más horrible que te puede pasar? ¿De verdad que los O'Connell no hemos aprendido nada del sufrimiento de nuestros padres cuando aún estaban juntos? Mi padre se acostó con medio Farrow Hills y mi madre tomaba más pastillas que una estrella de rock en horas bajas haciendo de jurado en la tele. Deberíamos huir del matrimonio como de la peste, pero por lo visto todo el mundo ha perdido la cabeza, primero mi hermano y ¿ahora mi padre? Creo que me cuesta un poco respirar.

—Eh, bizcochito. ¿Bizcochito? Ya está, tranquilízate. Tú inspira y espira, inspira y espira.

Me concentro en su voz y le dejo que me ayude a superar el ataque de pánico. Quizá estoy exagerando un poco, pero ¿quién le comunica a su única hija que se va a casar de esta manera? Mi padre quiere celebrar una boda íntima en casa este fin de semana y quiere que yo esté presente, claro. Ojalá me lo hubiera dicho antes, así me habría dado tiempo a preparar mi discurso

sobre por qué no le he dicho que estoy embarazada de casi quince semanas y que ya se me nota.

Vengo de un pueblo pequeño, muy rico pero pequeño en términos de población y de variedad de opiniones. La gente hablará de la hija descarriada del alcalde que se quedó embarazada sin estar casada y trajo la vergüenza a su familia. Ahora mismo, no estoy de humor para escuchar tonterías, pero voy a tener que ir a casa igualmente.

—Solo iremos para la ceremonia, felicitaremos a tu padre, les desearemos lo mejor como pareja y cogeremos el siguiente avión. Nada de dramas, ¿vale?

—¿Nada de dramas? Cole, en cuanto mi padre me vea, no va a entender por qué le he ocultado algo tan importante. Le voy a estropear la boda, Cole. Imagínate que tienes una hija y un buen día descubres que está embarazada de casi cinco meses y no se ha molestado en contártelo. Y Cassandra, ya verás Cassandra. Te va a matar por ir a casa el mes pasado y no decir nada, y luego vendrá a por mí. Dios mío, seguro que esto es su peor pesadilla.

Noto una sensación de pánico cada vez más intensa, pero Cole está extrañamente tranquilo y seguro de sí mismo, lo cual me descoloca y me indigna a partes iguales.

—Te estás poniendo nerviosa y lo entiendo, pero no nos adelantemos a los acontecimientos. ¿Te acuerdas de lo que nos prometimos el uno al otro? Un pasito detrás de otro, así que hagamos las maletas y ya veremos cómo acaba todo esto. Solo te pido eso, Tessie, que vayamos pasito a pasito.

Pasito a pasito, pasito a pasito.

Creo que lo tengo.

He dicho «creo».

Pues no, parece que no lo tengo y mi cuerpo empieza a mostrar los primeros

síntomas del estrés. Me habían dicho que los peores síntomas, como vomitar todos los días y tener unos cambios de humor horribles, desaparecerían a los tres meses, pero he descubierto que depende sobre todo de lo nerviosa que llegue a ponerme. El viaje en avión es una sucesión de visitas al diminuto lavabo de cabina, alternando en todo momento náuseas no productivas y ataques de pánico. En el fondo, sé que estoy exagerando. Mis padres son... bueno, lo entenderán sin problemas en cuanto se acostumbren a la idea. Mi mayor miedo es la madrastra de Cole y el hecho de que, en mi actual estado mental, no podré evitar interiorizar cualquier cosa que me diga.

Me consuelo pensando que siempre puedo echarla a los leones si por leones entendemos a Cami. Bastaría con prometerle que será la madrina del niño. ¡Lo que daría por verlo! Hay mucha gente alrededor del bebé, dispuesta toda ella a defenderlo con uñas y dientes. También pienso en el instinto maternal que hasta ahora no sabía que tenía, y en la mujer de seguridad que no para de mirarme la barriga de reojo con una medio sonrisita. Tiene una mirada tan oscura que la mismísima Valak estaría orgullosa.

—¿Preparada?

El Uber en el que vamos se acerca a mi casa, y yo respiro hondo e ignoro el movimiento de mis tripas. Da igual lo que pase, este fin de semana nos lo vamos a pasar en grande y mi padre por fin se va a casar con alguien que realmente merece su amor y que lo quiere como debe ser. Hablé con Danielle después de que mi padre le pidiera matrimonio. Le di la enhorabuena y también aproveché para decirle que como le rompiera el corazón, me aseguraría de que nunca encontraran sus restos.

Creo que es el principio de una gran amistad.

—Define «preparada».

Cole me frota la espalda y nuestras manos se unen.

—No tienes que preocuparte por nada.

—No paras de repetirlo y yo de oírlo. Al final, me lo creeré.

—Pero ¿qué es lo que te da tanto miedo? Sabes perfectamente que tus padres te quieren y que te apoyarán pase lo que pase.

—Al principio, se sentirán decepcionados y un poco ofendidos porque no se lo he dicho antes. Mi madre llorará durante días y mi padre me fulminará con una de sus miraditas, que es diez veces peor. Con el tiempo, acabarán superándolo, aunque a saber lo que se les pasa por la cabeza. Que soy demasiado joven para tener un hijo y que seguramente pondré en peligro todo por lo que llevamos tanto tiempo luchando.

Apoya la frente contra la mía y yo intento no pensar que el conductor se lo debe de estar pasando teta con nuestro drama familiar en el asiento de atrás de un Uber. Me concentro en la respiración de Cole e intento cuadrar los latidos de mi corazón, erráticos y desacompañados, con el ritmo constante y firme de los suyos.

—Pero eso no es lo que sentimos nosotros, ¿verdad?

—Verdad.

—Ya encontraremos la forma de organizarlo todo: el trabajo, las clases, nosotros... Conseguiremos que funcione, ya lo verás.

—Te creo, Cole. Si de algo estoy segura es de ti, siempre de ti.

—Lo mismo digo, bizcochito. Venga, vamos allá.

En un intento de actuar como una adulta por una vez en mi vida, he pedido a nuestras familias que se reunieran en casa de mi padre para tenerlos a todos juntos cuando Cole y yo lleguemos. Además he sido previsora y he invitado a mi madre porque sé que así tendremos un margen de tiempo bastante breve para anunciar el embarazo, y es que no se puede dejar a mi padre y a mi madre juntos en un mismo sitio sin que acaben organizándose un Mortal

Kombat en directo. Respiro tranquila cuando veo el coche de mi madre aparcado en la entrada, pero entonces veo el del sheriff y me pongo tan nerviosa que Cole me coge las manos y me las aprieta.

—Esto lo hacemos juntos, ¿vale?

Me tiemblan las piernas. Entro en la casa en la que crecí cogida de la mano de Cole, que en la otra lleva nuestro equipaje. Lo deja caer al suelo y oímos la voz de mi madre preguntando si somos nosotros.

—¡Ya hemos llegado, mamá!

Apenas controlo la voz. Respiro hondo e intento ser fuerte. No puedo permitir que se den cuenta de que estoy aterrorizada, sobre todo Cassandra, porque esa sería la excusa para saltarme al cuello. Cuadro los hombros y yergo la espalda. Ya es hora de reconocer este embarazo y reconocerlo con orgullo.

Cogidos de la mano, nos dirigimos hacia donde están nuestros respectivos padres... y la abu Stone y, en cuanto nos ven desde la sala de estar, las reacciones son inmediatas y nada decepcionantes. Alguien ahoga una exclamación de sorpresa, otro grita y luego suelta una palabrota, y juraría que oigo un «¡aleluya!» procedente de la abu Stone. Varios pares de ojos desencajados se clavan en mí y luego en el bultito que empieza a asomar debajo de mi camiseta negra. Tengo poca barriga para estar de dieciséis semanas, pero se nota que estoy embarazada y no hinchada, que era mi coartada hasta hace poco.

—Pero qué...

Esa es Cassandra reaccionando exactamente como suponía.

—Tessa. —Mi madre se dirige tambaleándose hacia mí—. ¿Estás...? ¿Eso es...? ¿Estás embarazada?

Hay una mezcla de sorpresa y alegría en su voz, no el horror que esperaba encontrarme. Está a punto de llorar, pero no necesariamente porque crea que

he metido la pata. Se dirige hacia mí sin apartar los ojos de mi barriga y me recibe con los brazos abiertos en una expresión de afecto que nos resulta totalmente ajena a las dos. Es un alivio inmenso y, al mismo tiempo, una sensación extrañísima.

—Sí, mamá. —Me trago el nudo que tengo en la garganta y se me llenan los ojos de lágrimas—. Estoy embarazada.

Ella se aparta y me pregunta con un hilo de voz si puede tocarme la barriga. Le digo que sí; es la primera persona que lo hace, aparte de Cole y la ginecóloga, y de pronto tengo ganas de enroscarme en posición fetal y llorar.

—Ay, Tess, no me lo puedo creer. No sabes cuánto me alegro por ti, cariño.

Dos lágrimas manchadas de rímel surcan sus mejillas perfectamente maquilladas, pero ahora mismo se nota que eso no podría importarle menos.

—¿Que te alegras por ella? ¡¿Es que has perdido la cabeza, Susan?!

El sonido agudo y chirriante me coge por sorpresa, pero tengo a mi héroe conmigo, preparado para defender mi honor.

—Mamá, no hace falta que grites.

—Que no hace falta que... —se burla Cassandra—. ¿Es que no veis que esto es absurdo? ¿Un bebé? ¡Un bebé! ¡Esto te va a hundir la vida!

De pronto, es como si todos despertaran de un hechizo y es increíble ver no solo a mis padres sino también al sheriff Stone acudir en mi ayuda y censurar el comportamiento de Cassandra.

—Te he visto ningunear a mi hija cada vez que has tenido la oportunidad, pero esto se va a acabar. —Mi madre se encara con ella—. Si no eres capaz de alegrarte por Tessa y por Cole, será mejor que te vayas de aquí ahora mismo.

—Tiene razón. —Mi padre se coloca detrás de mi madre y le echa una mirada a Cassandra que solo le he visto usar con sus asistentes del

ayuntamiento y que tiene el poder de dejarlos temblando en el suelo entre lágrimas—. No pienso permitir que le vuelvas a faltar al respeto a mi hija, y mucho menos en mi casa. Si lo vuelves a hacer, te pongo de patitas en la calle.

—Un momento, Allan, seguro que podemos... —El sheriff intenta intervenir para defender a su mujer, que cada vez está más roja—. No se lo esperaba, eso es todo, como todos los demás. Cole y Tessa no han pensado en contárnoslo antes y...

—¿Y por qué crees que ha sido eso, papá? —Cole se dirige hacia su padre—. A Tessa le preocupaba precisamente esto, la reacción de Cassandra. Si hubiera sabido que iba a convertir en realidad todos sus miedos, te habría pedido que vinieras solo.

—¿Mi reacción? —repite Cassandra, y se ríe—. Perdóname por intentar protegerte, Cole. Esta chica no te ha traído más que problemas desde el principio. Creía que cuando estuvieras un tiempo con ella se te pasaría la obsesión, que sentarías la cabeza e intentarías hacer algo de provecho, pero no ha hecho más que poner tu vida patas arriba una y otra vez. Siempre la pones a ella por delante y acabas pasándolo mal. Sacrificas tu vida, tu trabajo, todo tu esfuerzo, y lo increíble es que ella te deja. Y ahora resulta que está embarazada, joder, ¡embarazada! Ni siquiera estoy segura de que el niño sea tuyo...

Madre del amor hermoso, ahora sí que se acaba de cavar su propia tumba.

—¡CÁLLATE! —grita Cole. Nunca lo había visto tan enfadado, y eso que nos conocemos de toda la vida—. No me puedo creer lo que acabas de decir.

Aprieta los dientes y, con un movimiento que ni siquiera es consciente de haber hecho, me empuja detrás de él como si quisiera hacer las veces de escudo. No lo necesito, puedo con Cassandra yo sola, pero le estoy agradecida por ser siempre tan protector conmigo.

—A ver, ya sé que ahora mismo estás enfadado y que tienes los sentimientos a flor de piel, pero cuando estés más tranquilo lo piensas, ¿vale? —Cassandra evita mirarme a la cara—. Si vas a tirar tu vida por la borda para criar a ese niño, lo mínimo que deberías hacer es confirmar que es tuyo.

Madre mía, se lo está ganando a pulso.

—Mira, Cassandra —le digo mientras salgo de detrás de Cole—, te agradezco que te preocupes tanto por tu hijo porque, obviamente, lo primero que has pensado al enterarte de que estoy embarazada es que estoy aprovechándome de él y que le he mentado para que le haga de padre al hijo de otro. —Noto la bilis subiéndome por la garganta en cuanto digo las palabras en voz alta, pero no pienso permitir que esta mujer me menosprecie, me insulte o me pisotee nunca más—. Pero la cuestión es que no sabes absolutamente nada de mí. De verdad, no sé qué es lo que he hecho mal, aparte de querer a Cole con todo mi corazón. Si no te basta con eso, no pienso insistir más, no tengo nada que demostrarte. Piensa lo que quieras de mí, pero si vuelves a insinuar algo remotamente insultante sobre mi bebé, te aseguro que te arrepentirás.

Paso por su lado rezumando tanta ira que me preocupa decir o hacer algo que luego no pueda retirar y que destruya cualquier posibilidad de una futura reconciliación, aunque diría que de eso ya se ha ocupado ella solita. ¿Cómo ha podido decir algo así? ¿Cómo es posible que me crea capaz de ponerle los cuernos a mi novio de seis, casi siete años, y luego mentir vilmente y decirle que es el padre del niño? Lo pienso y me entran ganas de volver al salón y desafiarla a un duelo, pero no creo que yo saliera bien parada.

Mi monólogo interior sobre todas las cosas horripilantes que podría hacerle a Cassandra se ve interrumpido cuando su marido aparece por la puerta de la cocina, que es donde me he refugiado para intentar tranquilizarme. El sheriff y yo no tenemos una relación demasiado cercana que digamos y tampoco



hemos compartido muchos momentos de esos que unen a la gente de por vida. De vez en cuando, me pide perdón por el comportamiento de su mujer o me busca cuando Cole discute con ellos y acaba haciendo alguna tontería. Aparte de eso, el hombre está chapado a la antigua y prefiere mantener una distancia prudencial. Hoy, en cambio, se le ve más alterado que nunca, así que decido prestarle toda mi atención cuando intenta hablar conmigo.

—Quiero pedirte perdón por el comportamiento de Cassandra. Esta vez se ha pasado de la raya.

Es un hombre grande, alto y corpulento que se conserva muy bien para su edad, sobre todo por el pelo negro y abundante y los ojos azul claro. Ahora mismo me recuerda muchísimo a Cole con esa mirada angustiada.

—Creo que lo que le pasa es que está preocupada por Cole, pero eso no justifica su comportamiento. Siento que hayas tenido que presenciarlo en primera persona. Quiero que sepas que... —Traga saliva y continúa—... la noticia nos ha cogido un poco por sorpresa, pero nos alegramos por vosotros. Nunca había visto a mi hijo tan feliz. Estoy orgulloso del hombre en que se ha convertido y sé que parte del mérito es tuyo. Quizá es un poco pronto y sé que no será fácil, pero será un padre magnífico y yo me muero de ganas de conocer a mi nieto. Puedes contar con nosotros para lo que necesites, Tessa, espero que lo sepas.

Estoy demasiado emocionada para decir una sola frase, así que asiento con los ojos llenos de lágrimas y, en un movimiento que nos coge por sorpresa a los dos, me abrazo al sheriff y él me da unas palmaditas en la espalda como si fuera una especie de osito de peluche que no sabe cómo reaccionar.

—Vas a ser un abuelo genial, sheriff, lo sé.

No sé qué ha pasado en el salón después de mi marcha. Supongo que

Cassandra y el sheriff se han ido porque no se oyen gritos. Subo a mi habitación, agotada como si hubiera corrido una maratón. Me cuesta entender la maldad de las palabras de Cassandra, pero intento no obsesionarme. Hoy es un día feliz, mis padres se acaban de enterar de que su hija les ha ocultado su embarazo durante más cuatro meses y no me odian del todo. Cole ha dado la cara por mí como siempre, pero me preocupa que la relación con la única figura materna que ha conocido esté demasiado deteriorada y ya no tenga solución.

—¿Puedo entrar?

Mi padre está junto a la puerta, con el puño levantado como si fuera a llamar. Le hago un gesto con la mano para que entre, pero no retiro la colcha con la que me estoy tapando la cabeza. Lo noto que se sienta en la cama, al lado de mis rodillas dobladas, y tiro un poco de la colcha para que pueda verme la cara.

—Ay, Tess, no sabes cuánto lo siento. No es la bienvenida que deseaba que tuvieras.

—¿Lo sabías?

En realidad, no es una pregunta, es más bien una afirmación.

—A tu hermano no se le da bien guardar secretos cuando está preocupado, y está muy preocupado por ti.

La verdad es que no me sorprende y tampoco estoy enfadada con él. Ya era hora de que dejara de pensar en mi embarazo como una especie de secreto oscuro. Además todo lo que ha hecho mi familia ha sido por amor, no puedo culparlos.

—Me sorprende que no te plantaras en mi casa en cuanto te enteraste.

—Estuve a punto, pero luego pensé que era mejor esperar a que estuvieras preparada para explicárnoslo. Sabía que estarías asustada y quería que confiaras en mí y me dejaras ayudarte en los momentos difíciles.

—Lo siento, papá. —Las puñeteras lágrimas amenazan con volver—. Quería decírtelo antes, pero algo me lo impedía. No sé, quizá no quería decepcionaros.

—Ay, cariño, tú nunca nos decepcionas.

Mi madre está en la puerta, tapándose la boca con la mano como si así pudiera contener las ganas de llorar. Vale, ya está, creo que ya hemos tenido suficientes emociones por un día, ahora que alguien me devuelva a mis padres, por favor, los que se tiran platos a la cabeza, se llaman de todo y se estampan con el Ferrari. De pronto, como en una escena sacada de *La dimensión desconocida*, mi madre entra en la habitación y se sienta al otro lado de la cama, a la misma altura que mi padre, y me tengo que incorporar para asegurarme de que no estoy viendo visiones por culpa de las hormonas.

—Estamos muy orgullosos de la mujer fuerte e independiente en que te has convertido, a pesar de que te hemos fallado como padres.

—No me habéis...

—Sí, Tessa, tu madre tiene razón.

Pero ¿esto qué es? ¿Quiénes son estas personas y por qué no se están tirando de los pelos y llamándose «mantenida» y «pitopáusico mutuamente»?

—Nos dedicamos a colmarte de dinero como si eso pudiera sustituir el afecto que te merecías. No nos dimos cuenta del daño que les estábamos haciendo a nuestros hijos, al menos no hasta que la situación de Travis se nos fue por completo de las manos. Aquello fue como una llamada de atención, deberíamos habernos percatado ya entonces de que lo mejor que podía pasarle a esta familia era que nos divorciáramos, y cuanto antes, mejor.

—Tu padre tiene razón, Tessa. He sido una madre horrible, decidida a perpetuar un matrimonio infeliz porque creía que acabar con él sería el fin del mundo. Debería haber pensado más en ti, en Travis, y haber estado a vuestro lado cuando me necesitabais. Pero te prometo que, a partir de ahora, podrás

contar siempre conmigo y que tu hijo será el bebé más querido del mundo. Estás asustada, cariño, ya lo sé, pero no tienes por qué tener miedo. Estamos contigo.

Y entonces, amigo mío, llega la situación más surrealista de todas y es cuando me abalanzo sobre ellos y nos abrazamos los tres sin que nadie grite ni suplique que lo soltemos. Se quedan inmóviles y abrazados el tiempo suficiente para que pueda decirles que los quiero. Me alegro mucho de que por fin hayan dejado de lado sus diferencias y podamos compartir este momento tan bonito sin que nadie acabe herido en el proceso, aunque para ello haya hecho falta que su única hija se quede embarazada.

## Estoy tan estupenda que parece que vaya a presentar un tutorial de maquillaje en YouTube

### Cole

Una de las cosas que más me gustan de mi chica es lo mucho que confía en su instinto, aunque puede que no siempre haya sido así. Si algún día cojo a los imbéciles que le hicieron dudar en el pasado, no sé qué haría con ellos, pero nada bueno, eso seguro. Ahora, en cambio, está en un momento vital en el que sabe que puede dejarse llevar por la intuición. En cualquier otro momento, sería su mayor defensor y el primero que la animaría a no dudar de su instinto, pero ahora mismo casi preferiría que no fuera tan intuitiva.

—Aquí pasa algo y me pone de los nervios no saber qué es.

—Mmm... no tengo ni idea de qué me estás hablando.

He perdido mis habilidades y creo que es por culpa de estar enamorado hasta las trancas. En los viejos tiempos, me costaba muchísimo menos engañar a la gente, incluida a Tessie. Era un maestro manipulador, un mentiroso profesional como no has visto uno en tu vida, y lo hacía con tanta naturalidad que nadie se daba cuenta hasta que ya era demasiado tarde. ¿Cómo crees que conseguí salir de la academia militar en tres años en lugar de en cuatro?

Pero la cuestión no es esa, la cuestión es que estoy sudando como un cerdo

camino del matadero porque he invertido demasiados esfuerzos en organizar este día y quiero que salga según lo planeado.

—Acabará descubriéndolo tarde o temprano y me dará de cabezazos por no haberlo visto antes, pero aun así es muy frustrante.

—De verdad, piensas demasiado, ¿eh? Solo es una fiesta que los amigos de tu padre querían organizarle antes de la boda. ¿Qué te parece tan sospechoso?

—Muchas cosas, empezando por la novia, que está en una conferencia en New Haven y es posible que no llegue a tiempo.

Eso ha sido un auténtico palo en las ruedas para nuestro plan, pero creo que sé cómo hacerle frente.

—Tu padre ha enviado un coche a buscarla y lo más probable es que las carreteras vuelvan a estar abiertas a partir de esta tarde, así que no te preocupes, que llegará.

—¿Y por qué todo el mundo está tan obsesionado con que me arregle? Mi madre me ha enviado diez vestidos distintos, que no necesito para nada, y Beth insiste en maquillarme porque dice que yo me pinto como si tuviera doce años, lo cual, por cierto, es bastante ofensivo.

Me río de lo nerviosa que se está poniendo y aprovecho para disimular mis propios nervios. Todo el mundo está echando una mano y sé que gran parte del éxito del día de hoy depende de cómo esquive las preguntas de Tessa. Es demasiado lista y demasiado curiosa para cogerla por sorpresa, pero al menos tengo que intentarlo.

—Yo ahora tengo que salir un momento. Mi padre me ha pedido que le eche una mano con un problema de última hora que ha surgido, pero volveré pronto, ¿vale?

Está demasiado tentadora, tumbada en la cama que compartimos anoche, tan sexy y con el pelo revuelto por culpa de estas manos que son incapaces de estarse quietas. Se ha negado a hacer nada demasiado serio mientras estamos

en casa de su padre, pero hemos tonteado bastante y cada vez que pienso en ello se me quitan las ganas de mover los pies y salir de aquí.

—¿Y tienes que ir tú? ¿No tiene gente trabajando para él y ocupándose de estas cosas?

Me encojo de hombros y la mentira sale casi sola.

—Dice que se fía más de mí y, como todo es tan de última hora, tampoco quiere que le cobren de más, ¿sabes? Cree que cuando sepan que estoy estudiando Derecho se lo pensarán dos veces antes de timarle.

Tessa se traga la mentira sin pestañear y yo doy gracias al cielo.

—Bueno, no tardes. Tenemos la casa para nosotros solos y se me ocurren unas cuantas maneras de aprovechar el tiempo.

Malditas hormonas del embarazo. Creo que me voy a poner a llorar.

Juraría que nunca había estado tan nervioso como ahora. Algunas situaciones del pasado se parecen remotamente a esta y todas tienen que ver con Tessa: la primera vez que la vi al volver de la academia militar y le gasté una broma absurda; la primera vez que la besé, que para ella fue el primer beso de su vida (sin presión); todo el mes siguiente al desastre de Erica... Son muchas las veces que no me he sentido seguro de mí mismo y, a pesar de los años que llevamos juntos, a veces aún me pregunto si soy suficiente para ella. No, no me estoy fustigando. De hecho, me cargaría a cualquier tío que amenazara con quitarme lo que es mío, porque Tessa es mía. Me la imagino con otro hombre y siento una rabia tan incontrolable, unos celos tan absurdos, que sé que es imposible que me aleje de ella. Pienso estar a su lado hasta mi último aliento y eso no lo va a cambiar nadie, pero en ocasiones, sobre todo hoy, me sorprende de lo mucho que la quiero y de lo destrozado que estaría sin ella. Por eso ahora mismo no puedo evitar cuestionármelo todo y, créeme, es un

estado mental bastante jodido.

—Se te ve nervioso, hijo.

Mi padre está sentado en el asiento del copiloto del camión que le he pedido que alquilara y, por la sonrisita que asoma por la comisura de sus labios, juraría que se lo está pasando en grande.

—No me digas. ¿En qué lo has notado?

Le respondo seco, tajante, porque no me está ayudando, y va él y decide responder lo que obviamente era una pregunta retórica.

—Ese cuál es, ¿el sexto café del día?

—Sí.

—Como si no conociera a mi propio hijo... Estás de los nervios y el café no ayuda. Tú hazme caso y tranquilízate un poco, que esto ya casi está.

—Papá, ¿cuándo fue la última vez que hiciste algo remotamente romántico?

Mi padre es un hombre práctico, un tipo pragmático. Siempre dice que en su vida no hay sitio para el romance. Una vez, cuando aún se podía hablar con ella, Cassandra me contó que ese era uno de los motivos por los que se había enamorado de mi padre. Ya había pasado por un matrimonio difícil y un divorcio aún más complicado y quería algo distinto, más tranquilo, más estable, y mi padre es la persona más estable que existe. La abu siempre dice que cuando estaba con mi madre era otro hombre, más pasional, más salvaje. Hoy, mientras me ayudaba a prepararlo todo, la abu me ha dicho que le recordaba a mi padre, a lo loco que estaba por mi madre, y no me duele reconocer que me he emocionado.

—Perder a un ser querido es algo que cambia a cualquiera, Cole, y ciertamente cambió a tu padre. Pero ahora mismo me recuerdas tanto a él que parece mentira.

Yo también veo las similitudes, en las ganas de ayudarme con el plan y en



el hecho de que no le ha dirigido la palabra a Cassandra desde que se marcharon de casa de los O'Connell. Me niego a dormir bajo el mismo techo que ella, así de cabreado estoy por lo que le dijo a Tessa, pero ahora mismo prefiero correr un tupido velo y asegurarme de que el día que llevo planeando desde hace más de un mes sale perfecto.

—¿Crees que sospecha algo?

—He hecho todo lo que he podido para despistarla, pero es muy lista, si no nos damos prisa acabará descubriéndolo.

Mi padre se ríe y me da una palmada en la espalda.

—Qué mal lo vas a pasar como tengas una hija, Cole. Entre Tessa y tu hija, te van a tener comiendo de las manos.

El corazón me late a mil por hora, pero sonrío al imaginarme teniendo una niña, una Tessa en miniatura pero con mi vena diabólica. Pues sí, mi padre tiene razón: como sea una niña, ya me puedo ir preparando.

## Tessa

—Eh, *mamasita*, para de moverte si no quieres que te quemé.

Tengo el rizador de Beth tan pegado a la cara que me entran ganas de arrancárselo de la mano y lanzarlo lo más lejos que pueda. Encima no me encuentro muy bien porque, aunque esta es la casa en la que crecí, dormir en un sitio distinto y sin mis cosas a mano me descoloca un poco y no puedo evitar estar un poco sensible.

—No entiendo por qué te molestas tanto si solo es una fiesta de compromiso, ni siquiera es la boda, y mi padre solo ha invitado a unas veinte personas.

Beth resopla como si yo fuera la cruz que le ha tocado cargar y en ese

momento no puedo evitar estar de acuerdo con ella. Llevo toda la mañana descolocada y de mal humor, pero por suerte mi amiga es dura como una roca y no se deja amedrentar por mis protestas. Dos horas después, estoy tan estupenda que parece que vaya a presentar un tutorial de maquillaje en YouTube.

—¿No es un poco demasiado? Yo diría que sí.

—No, estás espectacular, cariño.

Es la voz de mi madre y, la verdad, me sorprende verla aquí. Mis padres han firmado una tregua temporal, aprovechando mi embarazo y que van a compartir el título de abuelos de mi futuro hijo, pero aun así es rarísimo que se presente en casa de mi padre el día en que este celebra su fiesta de compromiso. Sí, bueno, ¿quién soy yo para cuestionar su recién estrenada tolerancia mutua? Solo espero que el día transcurra sin ninguna desgracia familiar.

—Mamá, ¿qué haces aquí? —le pregunto tímidamente mientras ella admira el vestido que he elegido, uno de los que me ha enviado.

Es rosa, cruzado y sin mangas, y seguramente lo más favorecedor que me he puesto desde que sé que estoy embarazada. El escote insinúa apenas unos centímetros de canalillo, la cintura imperio destaca la parte más estrecha de mi cuerpo y la parte baja sigue la línea de la cadera y cae hasta justo debajo de las rodillas, con una pequeña raja lateral para que se vea algo de piel. A estas alturas del embarazo, ya tengo una tripa enorme, pero solo se me nota cuando estoy de perfil. Aun así, teniendo en cuenta que hace siglos que no me arreglaba tanto, me siento bien porque he recuperado un poco de la Tessa de antes.

—Una chica siempre necesita diamantes para completar el look. —Mi madre me da sus pendientes de lágrima que hacen que me sienta como una estrella del Hollywood clásico e insiste en que me los ponga—. Y unos

tacones cuadrados porque tampoco pasa nada por arriesgar un poco.

Ha encontrado el par de zapatos de suela roja más cómodos que su diseñador haya creado jamás, pero yo prefiero las sandalias color crudo que me recuerdan a otro vestido parecido y a otros zapatos por los que mi novio acabó perdiendo la cabeza. Es como completar el círculo, ¿no?

Beth carraspea y mi madre se enjuga los ojos mientras murmura algo sobre una alergia al polvo. Se comportan de una forma muy extraña, más extraña de lo habitual, y de pronto vuelvo a tener la sensación de que se me escapa algo que está justo ahí, delante de mis morros. Esto ya me ha pasado con cada uno de los síntomas del embarazo. Al principio, me negaba a verlos, aunque en el fondo sabía que estaba preñada antes incluso de hacerme la prueba. Hoy, en cambio, reconozco la sensación perfectamente, pero actúan todos con tanto sigilo que no sé de qué va esto. Bueno, queda mucho día por delante. Seguro que alguno mete la pata y yo estaré ahí para verlo.

## Cole

—Si no fueras tan gilipollas y tan calzonazos, te partiría la cara ahora mismo por haber dejado embarazada a mi hermana pequeña.

Puede que pedirle ayuda a Travis no haya sido la mejor idea del mundo, pero amenazas de muerte aparte, no se me ocurre nadie más a quien quisiera tener a mi lado ahora mismo. Ha desempeñado un papel muy importante en nuestra relación y se merece estar aquí. Recuerdo el miedo que me daba cuando era pequeño. Solo dejaba a Tessie tranquila cuando su hermano mayor tenía unas «palabras» conmigo. Aún recuerdo la última vez que intenté ver a Tessa antes de irme a la academia militar y Travis no me dejó ni acercarme, no hasta que yo tuviera las ideas claras. Ya entonces supe que,

cuando volviera e intentara ganarme a Tessa, él sería el primero en animarme.

Me ayudó mucho y por eso para mí es importante que esté aquí.

—Sabes que todo esto no lo hago porque tu hermana esté embarazada, ¿verdad?

Con el rabillo del ojo veo a los decoradores dando vueltas alrededor del árbol e intentando que las luces queden perfectas y, de pronto, me lo imagino ardiendo en llamas y destruyendo uno de mis recuerdos favoritos con Tessie.

—¡Eh, tened cuidado!

Travis se ríe, pero yo lo digo en serio. Lo habría hecho yo mismo si hubiera podido, pero Tessa se habría dado cuenta, así que aquí estoy, asegurándome de que todo vaya según lo planeado. Beth me va informando vía mensaje. Dice que Tessie está descolocada y un poco cabreada, pero no tiene ni idea de lo que está pasando.

—Eh, que no hace falta que me expliques nada. ¿Ves esto? —pregunta, y señala la alianza que lleva en el anular—. Sé perfectamente qué es quererlo tener todo con la persona a la que amas y quererlo a la de ya.

El corazón me late tan deprisa que apenas me cabe en el pecho, pero ahora no es el mejor momento para sufrir una crisis nerviosa. Mi chica está de camino y yo tengo que estar preparado.

—Si te sirve de algo, yo vomité un montón de veces antes del gran día.

Travis solo intenta ayudarme, pero yo tengo el labio y la frente cubiertos de sudor. Me ahogo entre el cuello rígido de la camisa y el nudo de la corbata, y el calor no hace más que empeorarlo. Me gustaría ir a la cafetería que hay al otro lado de la calle para refrescarme un poco, pero no quiero arriesgarme a que Tessa me vea antes de tiempo. Eso sí, no queda mucho para que se ponga el sol y entonces dejaré de sudar a mares.

—Falta poco para que llegue, ¿estás preparado? Yo tengo que ir a buscar a mi padre y a Danielle.

—Sí, tú vete. Estoy bien.

—Genial. —Me coge del hombro y aprieta con fuerza—. Tú no te preocupes por nada, tío, de verdad.

Escogí este parque en concreto porque aquí fue donde bailé con Tessa por primera vez con la excusa de practicar para una estupidez de concurso. Me rio al recordar la tranquilidad que intentaba aparentar yo aquel día y lo poco que faltó para que nos besáramos por primera vez. Desde entonces, hemos vuelto muchas veces a este mismo sitio, pero hoy es diferente, se nota que es especial, se percibe en el ambiente. Es como si cada momento que Tessa y yo hemos compartido nos hubiera llevado hasta aquí. A partir de hoy, ambos iniciamos una nueva andadura junto con el pequeño milagro que ahora forma parte de nuestras vidas.

Recibo un mensaje de Beth. Dice que están de camino, pero de momento ya ha empezado a llegar toda la gente que es importante en nuestras vidas: los padres de Tessa con sus respectivas parejas, incluido Ray, el novio rico de su madre, con el que me llevo sorprendentemente bien; Travis, mi padre y la abu Stone; Cami y Lan, y hasta Jay, que ha venido con Leila, la primera novia estable que tiene desde hace tiempo y que además es una de nuestras mejores amigas. Los que no han podido venir, como Megan y Alex o Mattie, han pedido estar presentes a través de FaceTime cuando llegue el momento. Espero que alguien lo tenga presente porque yo dudo de que me acuerde.

Estoy esperando junto a nuestro árbol. He colocado un mantel en el suelo con toda nuestra comida favorita, sobre todo un montón de KitKats para Tessa y también chocolate orgánico para el bebé, obviamente. El árbol está iluminado con un millón de lucecitas, al igual que el resto del parque. Cuando llegue Tessa, y si consigo sacar esto adelante, hay una zona con mesas de

pícnic preparadas para nuestras familias y amigos. La cuestión es que yo esto lo tenía planeado hace tiempo y fue el padre de Tessa quien me sugirió que aprovechara su boda para traerla a casa sin que sospechara nada. La verdad es que me sorprendió mucho, pero su padre me dijo que Danielle y él siempre habían querido una ceremonia íntima en el ayuntamiento, seguida de un pequeño convite con la familia más allegada, y que, si me parecía bien, ellos no tenían problema en celebrar la boda el fin de semana que yo trajera a Tessa a casa. Por aquel entonces, yo no tenía ni idea de que su padre sabía lo del embarazo porque no se le notaba en absoluto. Ahora lo observo desde la distancia mientras habla con mi padre, seguramente buscando entre los dos la forma de convencer a Cassandra, y me alegro de que haya perdonado al chaval que, cuando eran niños, le hacía la vida imposible a su hija.

—No mires, pero ya ha llegado.

Jay se me acerca y me da una palmadita en el hombro.

—¿Qué?

—Acabo de ver su coche, llegará en cualquier momento con Beth. ¿Estás nervioso?

Supongo que sí, eso explicaría por qué me sudan las manos y por qué cada vez tengo más claro que voy a sufrir un infarto, pero eso no se lo digo a Jay. Sé perfectamente que lo que Tessa sintió por él en el pasado es poco menos que prehistoria, pero aun así la tensión entre nosotros dos sigue ahí y las acusaciones de Cassandra no han hecho más que empeorarlo todo. Jay se parece mucho a su madre, tanto que cada vez que lo miro no puedo evitar recordar sus palabras.

—No, un poco... tenso, supongo. Llevo mucho tiempo preparándolo.

—Ya sé que soy la persona menos indicada para soltarte un discursito, pero lo voy a hacer igualmente, que nunca se sabe. —Vigilo con el rabillo del ojo por si veo aparecer a Tessa, aunque sé que Beth sabrá cuándo traerla,

pero también le presto atención a Jay porque tengo la sensación de que lo que está a punto de decirme es importante—. Tessa y tú tenéis algo que no tiene mucha gente, y lo sé porque llevo tiempo intentando encontrarlo. —Mira un momento a Leila, que está hablando con Cami, y luego se vuelve otra vez hacia mí—. Yo lo tuve un instante, muy poco, y es bastante probable que lo haya vuelto a encontrar, pero aquella primera vez fue gracias a la devoción de una chica que me creía capaz de todo y que yo no supe valorar como se merecía. Quizá lo que hice estuvo bien porque así ella acabó pasando página y dándose cuenta de que en realidad siempre había estado enamorada de ti y de que yo no era más que un capricho tonto.

Por norma general, me molesta cuando habla del pasado, sobre todo si tiene que ver con Tessa, pero hoy es distinto porque no me está restregando nada por la cara, no se está recreando en el hecho de que Tessa se enamorara antes de él que de mí. Lo que intenta decirme es que son dos sentimientos totalmente diferentes.

—Vosotros dos sois perfectos el uno para el otro y cualquiera que os conozca se habrá dado cuenta. Tessa dirá que sí, Cole, y me gustaría que después de esta noche pudiéramos volver a ser hermanos como antes.

Se aleja y me deja con la boca abierta, y es que no me esperaba mantener una conversación como esta con Jay, pero hoy es un día lleno de sorpresas y esto no ha hecho más que empezar.

## Dudo de que mi padre invierta en tapones de silicona para los oídos

Tessa

Debería haberme dado cuenta de que lo de la fiesta de compromiso no va mucho con mi padre, al menos no esta segunda vez. Ya me pareció un poco raro cuando me lo contó ayer por la noche porque, hasta entonces, tanto Danielle como él se habían negado a cualquier tipo de celebración previa a la boda. Querían organizar algo discreto y, de repente, van y deciden celebrar una especie de guateque en casa de unos amigos. Claro que esto es el parque que hay cerca de casa, no la mansión de uno de sus amigos, el mismo parque al que solía venir cuando era pequeña. Cuanto más me adentro de la mano de Beth, más nerviosa me pongo. Ya que voy con ella, al menos puedo estar segura de que no se convertirá en la asesina del hacha, espero.

¿No?

—¿Adónde vamos?

—Ha habido un pequeño cambio de planes. Al final, se ha quedado en un pícnic, mucho más del estilo de Danielle. Por lo visto, se puso histérica cuando descubrió lo de las estatuas de hielo.

—¿Estatuas de hielo en mayo?

—¿Qué pasa? Los ricos hacéis tonterías todo el año.



—Pero ¿por qué tú tienes toda esta información y yo no? ¿Y por qué vamos tan emperifolladas si solo es un pícnic? ¿Estás segura de que Cole no te ha cogido el teléfono? Me ha dicho que iba a ayudar a mi padre a hacer espacio en el garaje. Puede que esté sepultado bajo una montaña de cajas y que Cassandra lo haya encerrado con llave.

—Te das cuenta de que tienes una imaginación demasiado febril incluso para mí, ¿verdad? Tú tranquila, que ya vendrá cuando haya terminado.

—Pero...

—Basta de preguntas, no te pares. Tu padre y Danielle están a punto de llegar.

—Vale, vale. ¡Madre mía, qué borde estás hoy!

La aparto a un lado y sigo caminando hacia el lago que tan buenos recuerdos me trae. De pronto, me apetece explicarle a mi barriguita lo de aquella primera vez que Cole y yo bailamos aquí mismo, en este parque, y todos los buenos recuerdos que le siguieron. Detrás de mí, Beth se ha parado para atender una llamada de trabajo que parece importante, a juzgar por los aspavientos que hace y la cantidad de veces que repite la palabra «jefe». Me hace un gesto con la mano para que siga sin ella y le hago caso. Seguro que ya han llegado los invitados. Creo que acabo de ver a...

Y, de pronto, el tiempo se para, se congela, yo me quedo petrificada y todo a mi alrededor deja de moverse. La primera reacción es confusión. ¿Qué hace Cole ahí plantado, trajeado y al lado de un mantel de pícnic cubierto de toda nuestra comida favorita? Me concentro en el hombre que tengo delante, clavo los ojos en él e intento no apartarlos porque, si lo hago, corro el peligro de que se me doblen las rodillas.

Tendría que haber hecho caso a mi instinto.

Sabía que aquí pasaba algo raro, pero ni en mis sueños más locos se me habría ocurrido pensar que pudiera ser esto. Cole aún no ha dicho nada y ni

falta que hace. Yo ya estoy llorando porque sé lo que va a pasar, lo sé con la misma certeza con que sé que quiero tanto a este hombre que solo mirarlo me resulta doloroso. Intento asimilar todos los más pequeños detalles, grabarlos en mi mente para, en un futuro, poder recordar cómo era exactamente Cole el día que me pidió que me casara con él. Traje gris, supongo que nuevo porque no se lo había visto antes, y corbata negra que le habrá costado horrores anudarse, si es que lo ha hecho él solo. Pero lo que más recordaré es su mirada, tan intensa, tan rebotante de amor que por poco no me parte por la mitad de la fuerza que transmite. No quiero ponerme a gritar ¡SÍ! como una loca cuando ni siquiera me lo ha preguntado, pero es que ahora me doy cuenta de que llevo toda la vida esperando este momento.

Me coge de la mano y me lleva hasta el árbol.

—Tessie, me enamoré de ti el primer día que te vi en el jardín de infancia.

Acaba de empezar a hablar y yo ya estoy sollozando y temblando de tal manera que me tiene que sujetar para que no me caiga. Está tan emocionado que le cuesta encontrar las palabras, pero es más fuerte que yo, siempre lo ha sido.

—A esa edad, no sabía lo que era el amor, solo sabía que quería estar cerca de ti a todas horas y tú te negabas. —Me río al recordar cómo intentaba llamar la atención y yo no hacía más que ignorarlo—. Pero insistí e insistí hasta que conseguí lo que quería. Ya sabes que soy un cabezota. —Ahora es él quien se ríe y a quien le brillan los ojos—. Jamás pensé que me corresponderías o que me querrías tanto como me quieres. A veces aún me sorprende que, a pesar de los años y de todas mis cagadas, sigas a mi lado y queriéndome como el primer día. No te puedo prometer que no volveré a meter la pata porque los dos sabemos que pasará, pero lo intentaré con todas mis fuerzas por ti y por este garbancito —continúa, y me acaricia la barriga— al que quiero tanto como a ti. Te prometo que lo haré lo mejor que pueda, que

os querré con toda mi alma, que siempre os protegeré y os cuidaré hasta el fin de mis días. Bizcochito —hinca una rodilla en el suelo y las compuertas se abren del todo; apenas veo más allá de las lágrimas, pero a él sí que lo veo, para qué quiero más—, ¿quieres casarte conmigo?

Antes de que acabe de hacer la pregunta ya he respondido que sí y lo siguiente que sé es que me está poniendo el anillo más bonito del mundo en el dedo. Es un solitario de dos quilates y corte cojín, alargado, con un pavé estrecho montado sobre oro blanco, tan bonito que no puedo dejar de mirarlo.

Sujeto la cara de Cole entre mis manos y le doy un beso para intentar transmitirle todo lo que no soy capaz de decir con palabras. Él me levanta en brazos de forma que mis pies cuelgan en el aire y me hace girar entre los aplausos y los vítores de los presentes. Me emociono al ver a nuestras familias y amigos celebrando mi pedida con nosotros, unos riendo, otros llorando y algunos, como mi madre, haciendo las dos cosas al mismo tiempo. Incluso veo a Meg y a Mattie a través de la pantalla del móvil de alguien y los saludo con la mano. Gracias a toda esta gente, Cole y yo somos lo que somos. Son una parte vital de nuestra historia y me encanta que estén aquí y que hayan presenciado este momento.

—Te quiero, Cole, más de lo que imaginas.

Es lo último que le digo antes de que todo el mundo se acerque para felicitarnos. Y así es como empieza nuestra fiesta de compromiso. ¿Lo ves? Te dije que hoy iba a pasar algo.

Nos desplomamos sobre la cama jadeando como si hubiéramos corrido una maratón, una especialmente placentera, y enseguida me estiro sobre su pecho desnudo y me agarro a él como si fuera a desaparecer en cualquier momento. Se agradece la privacidad y la visión que ha tenido al reservar esta habitación

de hotel para que nadie tuviera que oír mis gritos, especialmente mi padre, que dudo de que invierta en tapones de silicona para los oídos.

Cole me acaricia la espalda lentamente mientras los dos intentamos recuperar el aliento. Me quedo mirando mi propia mano, la que descansa sobre su pecho y en la que brilla mi anillo de compromiso.

—¿Desde cuándo lo tienes?

Acaricio la cadena que llevo alrededor del cuello y de la que cuelga el otro anillo que nunca me quito. Siempre pensé que cuando estuviera preparado para pedirme matrimonio, lo haría con este anillo, pero me equivocaba y el pedrusco que llevo en el dedo es la prueba más evidente.

—Desde hace tiempo, antes del embarazo, de hecho. Mi padre me ayudó a escogerlo cuando tú estabas en Londres y quería pedirte matrimonio en verano, pero... no he podido esperar más, Tessie.

Me acurruco contra su cuerpo y le cubro el pecho de besos.

—Y yo me alegro. Estoy tan feliz, Cole, que no te lo imaginas...

Se lleva la mano del anillo a la boca y me besa los nudillos.

—Esto es solo el principio, bizcochito. Te voy a hacer tan feliz, a ti y al bebé, que nunca tendrás suficiente.

Cubro su boca con la mía, aparto la sábana de su cuerpo desnudo y me estiro encima de él.

—Nunca tendré suficiente de ti, Cole, siempre querré más y ¿sabes qué? Nadie te querrá jamás como te quiero yo, nadie venerará tu cuerpo tanto como yo. Pienso hacerte el hombre más feliz del mundo, Cole Stone.

Y esas son las últimas palabras que intercambiamos esa noche.

Al día siguiente, todo el mundo tiene resaca menos yo, claro, y Cole, que se negó a beber en solidaridad conmigo. Por suerte, no tenemos ningún bodorrio

al que acudir, solo una sencilla ceremonia civil seguida de una comida. Me habría gustado conocer a la familia de Danielle en otras circunstancias para poder mirarlos a la cara, pero juraría que los de la habitación de al lado eran ellos y en algún momento de la noche se quejaron del ruido.

Lo siento.

Dicho esto, el día pasa como una exhalación y, cuando me doy cuenta, estoy abrazando a mi padre recién casado y cruzando los dedos para que encuentre la felicidad verdadera y el amor junto a Danielle. En un giro inesperado de los acontecimientos, mi madre se presenta durante el convite, que es en el mismo hotel en el que nos alojamos, e incluso brinda por mi padre, lo cual nos deja a Travis y a mí con la misma cara de «¿Qué me estás contando?». Es una lástima que nuestros padres hayan esperado a estar divorciados para llevarse bien, ¿verdad?

Me levanto para ir al lavabo, porque los problemas de vejiga no son poca cosa, y Cole se levanta enseguida para acompañarme. Ya no me agobia su tendencia a la sobreprotección, ahora sé que nace del amor y de la lealtad, pero eso no quiere decir que me espere un embarazo tranquilo con él a mi lado. Es como si el bebé hubiera amplificado lo que siente por mí y le hubiera hecho entrar en barrena.

—Puedo ir sola al lavabo, ¿sabes? —le digo entre risas, y es que me está siguiendo.

—Ya lo sé, solo intento ser útil, eso es todo.

—¿Siguiéndome como si fueras mi sombra? Cole, de verdad, estoy embarazada, no impedida. Tienes que dejar de preocuparte tanto.

Se arrima a mí, tanto que los recepcionistas nos están mirando.

—¿Te recuerdo lo que ha estado a punto de pasar esta mañana?

Lo sujeto por las solapas de la americana y tiro con más fuerza de la estrictamente necesaria.

—¿Podemos olvidarnos de eso?

—¿Te refieres a cuando te has quedado encerrada en la ducha o cuando he tenido que romper la puerta para que el tío de mantenimiento no te viera desnuda?

—Las dos cosas a ser posible. Y haz el favor de no reírte. El cierre era de lo peor, lo he sabido en cuanto lo he visto. En serio, no ha sido culpa mía. Le podría haber pasado a cualquiera.

—Pero te ha pasado a ti, así que perdona si no acabo de fiarme.

—Vale, pero que sepas que cuanta más barriga, menos control sobre la vejiga, así que vete haciendo a la idea de que vas a hacer unas cuantas guardias en la puerta de los lavabos de mujeres.

—¿¿Qué mejor sitio que ese, futura señora Stone?! —Ese nombre... Me mata que me llame así—. ¿Demasiado cursi?

Parece un poco avergonzado, pero creo que el beso que le planto en la boca responde perfectamente a su pregunta.

—No, señor Stone, por mí, perfecto.

## Epílogo

### *Cinco años más tarde*

Si pudiera decirle algo a mi versión del instituto, sería que la vida nunca es como crees que será cuando tienes diecisiete años. En mi caso, por ejemplo, me ahorcaría del ventilador del techo si estuviera casada con mi amor platónico de entonces, y no lo digo por ofender a Jay o a Leila. Seguro que es un marido estupendo, pero ¿para mí? Tendríamos la compatibilidad de un león y un ñu. También me recriminaría todo el tiempo que perdí planeando mi venganza contra Nicole Bishop, ex mejor amiga y conocida a la que aún frecuento de vez en cuando. Podría haber invertido tanto tiempo y energía en algo mucho más productivo. Cuando acabas el instituto o la universidad, dejas atrás ese mundo y es entonces cuando empieza tu vida de verdad. De repente, ya no tienes tiempo para dramas absurdos, compañeras crueles o chicos demasiado musculados para que puedan más allá de su próximo batido de proteínas. Todo eso ya no importa. Ojalá lo hubiera sabido cuando era una adolescente con cierta inclinación por el drama, que sentía que su vida se acababa cada vez que le pasaba algo remotamente vergonzante. Ahora, en cambio, soy una profesional de la vergüenza. El otro día, por ejemplo, fui a trabajar con el traje manchado de vómito de bebé y solo tardé dos reuniones en darme cuenta. Mattie se rio un buen rato, pero yo solo lo pasé mal un

instante de nada, cuando antes algo así habría bastado para que me cortara las venas.

¿Lo ves? Esa es la diferencia entre antes y ahora. Este año se cumplen diez años desde que nos graduamos en el instituto y todo el mundo habla de organizar una reunión de exalumnos. ¿De verdad quiero volver a casa y revivir los malos recuerdos que coseché allí? Porque algunos son muy malos. La otra cara es que también conservo recuerdos positivos, de esos que cambian el curso de tu vida a mejor. En mis últimos años de instituto, superé una amistad tóxica y un amor platónico que era producto de la falta de autoestima, y encontré dos amigas que son como mis hermanas. De hecho, una de ellas acabó formando parte de la familia y ahora tiene un hijo demonio, alias mi querido sobrino, que ayer me tuvo despierta toda la noche, de ahí el vómito. Con el tiempo, también he desarrollado una relación mucho más positiva con mis padres que la que tenía cuando era más joven y necesitaba su atención y sus cuidados. Ahora soy consciente de que los dos se sentían atrapados en un matrimonio infeliz que no parecía tener salida y que nos les permitía criar a sus dos hijos en condiciones. A mis veintiocho años, me doy cuenta de todo lo que no veía entonces y es que no se puede crear un hogar tranquilo y feliz si las dos personas que lo forman no están enamoradas y comprometidas la una con la otra. Porque eso es lo que hace falta para que funcione, no solo amor, sino devoción hacia la pareja. El amor cambia continuamente, se hace más fuerte con el tiempo pero también se complica. No es lo mismo estar enamorado cuando tienes dieciocho años y tu mayor preocupación es ese examen de Química para el que no has estudiado, que cuando tienes veintiuno y vas a la universidad, te conviertes en alguien nuevo al finalizar los cuatro años de carrera e intentas hacerte a la idea de que estás a punto de enfrentarte al mundo «real» por primera vez en tu vida. Más adelante, volverá a cambiar cuando tengas veinticinco y los dos estéis tan



ocupados intentando medrar en vuestras respectivas carreras que os olvidéis de pasar tiempo juntos como antes.

En el colegio conocí al que sería mi futuro marido y en el instituto me enamoré perdidamente de un chico malo cuyo corazón parecía estar hecho de oro. Si al final se organiza la reunión, tengo claro que iré porque él estará a mi lado, recordando conmigo el tiempo que pasamos juntos. Me río para mis adentros cuando recuerdo cómo me resistí al principio y lo despistado que estaba Cole en sus primeros intentos de conquistarme. Estoy segura de que algún día le dirá a nuestro hijo que la forma de ganarse el corazón de una chica no es gastándole bromas pesadas o tirándole del pelo, sino siendo sincero con ella, nada más. Al menos, eso fue lo que me funcionó a mí cuando Cole dejó de actuar y me mostró su lado más profundo y vulnerable, y es lo que me ha mantenido unida a él todos estos años.

—¡Ya estoy en casa!

Cierro la puerta de la casa que tenemos en el Upper West Side, un adosado de cuatro habitaciones y estilo georgiano, y saludo esperando oír unos pasos correteando por el pasillo para salir a mi encuentro, aunque la niñera sabe que no me gusta que Hallie baje las escaleras corriendo si no va acompañada de un adulto. Hallie Elizabeth Stone, llamada así en honor a la madre de Cole, nació el 18 de octubre de hace cinco años y, desde entonces, ha llenado nuestras vidas de amor y alegría. A veces, cuando recuerdo lo asustada que estaba cuando supe que iba a tener un hijo, me gustaría poder volver atrás en el tiempo y decirle a la Tessa de entonces que aquel bebé iba a ser lo mejor que nos iba a pasar a los dos en la vida. En aquel momento, era como si un hijo a los veintitrés años fuera lo peor del mundo, algo que alteraría nuestros planes y arruinaría todo aquello por lo que tanto habíamos trabajado. Estaba muy equivocada, y es que Hallie es lo que nos mantiene en funcionamiento, lo que nos impulsa a ser mejores personas y la razón por la cual hemos

llegado hasta aquí, dado que nos insufla el valor necesario para aceptar riesgos nuevos todos los días.

Nuestra hija es la viva imagen de su padre, desde el pelo oscuro y abundante a los pómulos marcados, la sonrisa traviesa o el cuerpo larguirucho. Ya es más alta que casi todos los niños de su clase y de mí ha heredado los ojos verdes y la pasión por los libros, obviamente.

—Hola, cariño. ¿Cómo ha ido el día?

Al principio, la llevaba a la guardería, pero un día vi cómo maltrataban a otro niño y me recorrí la ciudad en busca de alguien que pudiera cuidar de ella a cambio de un buen sueldo. Christine está acabando la carrera, es prima de Leila y encima ya la conocíamos prácticamente desde que Leila y Jay salen juntos. Un buen día se ofreció a cuidar de Hallie y me encantó la idea. Por eso sigue haciéndolo aunque Hallie vaya ya al colegio.

Mi hija corre hacia mí y me abraza como si me hubiera echado muchísimo de menos y seguramente es así. Por algo es la niña más cariñosa que conozco.

—¡Muy bien, mami! Hemos dibujado un *rota... rotato* familiar y...

—¿Un retrato?

Me rio, la sujeto contra la cadera y le pellizco la nariz. Ya empieza a estar demasiado grande para cogerla en brazos, pero de momento sigue siendo mi bebé y quiero alargar esta etapa tanto como pueda.

—Sí, el *rotato*. He dibujado a papá, a la abuela, al abuelo, al tío Travis, a la tía Beth, ¡hasta al pequeño Zack!

—Vaya, ¡menuda obra de arte habrás hecho! ¿Me dejarás verlo?

Hallie se retuerce para que la baje al suelo y poder ir corriendo a su habitación a buscar el dibujo.

—Ahora no, Hal, ¿qué te parece si esperamos hasta después del baño?

—Ah, vale.

Le cambia la cara y, cuando la dejo un momento encima de la mesa del

comedor para poder hablar con Christine, oigo el sonido de la puerta, y Hallie esta vez sí que sale corriendo.

—¡Papá!

—Creo que hoy les han dejado comer chucherías en el cole. Era el cumpleaños de un niño de su clase y ha llevado pastel para todos.

Christine se acerca hasta mí y se ríe al ver a Hallie corriendo como una exhalación al encuentro de su padre.

—O puede que se alegre de ver a Cole. ¿Debería preocuparme que lo quiera más que a mí?

—Qué va, yo no me lo tomaría muy a pecho. Quizá el próximo te prefiera a ti, ¿no? —bromea Christine y me señala la barriga, que es la de una embarazada de veintidós semanas.

Esta vez lo planeamos todo y cruzamos los dedos a ver si nos acompañaba la suerte. Tener a Hallie ha traído tanta alegría a nuestras vidas que lo lógico era tener otro. Ni siquiera esperamos a que la mayor cumpliera los cuatro años para ponernos manos a la obra.

Esta vez es un niño, lo descubrimos la semana pasada.

—Bromas aparte, hace un par de noches que no se ven y supongo que lo echa de menos.

Cole trabaja en la Oficina del Fiscal General aquí en Nueva York. Las prácticas y el máster que hizo al acabar la carrera le ayudaron a conseguir el trabajo que siempre había querido. Casi todo lo que hace tiene que ver con el derecho penal y por eso es secreto. Al principio, solía quedarme despierta las noches que trabajaba hasta tarde, preguntándome si estaría bien y sabiendo que su trabajo puede ser peligroso. A veces, aún lo paso mal cuando persiguen a algún pez gordo y hablan de ello en las noticias, pero Cole dice que va con cuidado, que sabe dónde trazar la línea y dar un paso atrás, y es que sus chicas le esperan en casa.

Todos los días, cuando lo veo aparecer con la niña colgando de los brazos, el alivio que siento es tal que noto que me tiemblan las rodillas.

—Alguien se alegra de verte.

—¡Yo! —exclama Hallie, y se nota que ha echado de menos a su padre estas últimas noches.

Cole siempre intenta llegar a casa a tiempo para arroparla, pero ahora mismo está trabajando en un caso muy importante que lo retiene en la oficina hasta las diez de la noche, a veces más tarde, y por la mañana sale por la puerta antes de que Hallie se vaya al cole, así que la pobre echa de menos a su padre.

—Yo también me alegro de verte, princesa. Adivina quién tiene fiesta este viernes y te va a llevar al zoo.

—¿Quién, papi? ¿Tú? ¿Podemos ir, mamá? ¿Porfi?

Me rio, como también lo hace Christine, que acaba de recoger sus cosas y se dirige hacia la puerta.

—Asegúrate de compartir tiempo de calidad también con la madre. Hallie no es la única que te ha echado de menos.

Me guiña el ojo descaradamente y se marcha, dejándome a solas con la mirada encendida de Cole y las mariposas que revolotean en mi estómago.

—¿Es eso verdad?

Me encojo de hombros e intento restarle importancia.

—Has estado muy ocupado últimamente.

—Nunca estoy demasiado ocupado para mis chicas y creo que a partir de ahora lo estaré aún menos.

Deja a Hallie en el suelo y nos ponemos manos a la obra con la cena. Cole aprovecha cualquier excusa para tocarme y demostrarme un cariño más bien subidito de tono. Solo recibo una llamada del trabajo y es Mattie, recordándome que no me vista como una pordiosera para la fiesta de

lanzamiento que tenemos mañana por la noche.

Cole y yo volvimos a Nueva York después de que naciera Hallie, cuando él ya había conseguido el trabajo en la Oficina del Fiscal General. Siempre habíamos querido vivir más cerca de nuestras familias para poder visitar a nuestros padres y a la abu Stone al menos un par de veces al mes o alguna más cuando los que se mueven son ellos. Sí, a Cassandra también, y es que Hallie la tiene comiendo de la mano. Al final, entró en razón en cuanto vio que mi hija era el bebé más bonito del mundo y no el diablo personificado. Seguimos sin tener buena relación, pero adora a su nieta, como el resto de sus abuelos, y yo me conformo con eso.

También veo a mis amigas más a menudo que antes. Beth y Travis vendieron la casa de New Jersey y viven en la ciudad, así que cenamos juntos los sábados; a veces se unen a la fiesta Cami y Lan, que también trabajan en Nueva York. Después de varios años viviendo lejos de todo el mundo, Megan y Alex están pensando en venirse a vivir aquí y yo no podría estar más contenta porque eso significaría tener a todos mis amigos en un mismo sitio. Cami aceptó no ser la madrina de Hallie porque mi primera elección era Meg, pero está segura de que sí lo será del bebé que está en camino y se pasa el día proponiéndome nombres e insistiéndome para que le ponga Camryn de segundo. Ya veremos.

Cuando llegó el momento de irnos de Chicago, me alegré de poder perder de vista a Kevin, que se había tomado mi embarazo como una afrenta personal. La única razón por la que no me despidió fue porque Wyatt, mi primer cliente, le insistió para que me mantuviera mientras durara su contrato. Cuando se acabó, Wyatt me escogió a mí y yo le conseguí un contrato en mi nueva editorial, Empire Publishing. Mattie se mudó al mismo tiempo que nosotros después de recibir una oferta de esta empresa. Por aquel entonces, ya éramos inseparables y, cuando conoció a Hallie, aún más. Ahora

es su tío favorito.

—¿Sabes qué? Estos días te he echado de menos en la cama y eso le ha dado mucho margen de acción a mi imaginación.

Hemos terminado de cenar y estamos bañando a Hallie antes de meterla en la cama. Es una niña feliz y llena de energía; normalmente tardamos más o menos una hora en conseguir que se duerma. Tres libros después, estoy agotada pero, claro, mi marido solo necesita una frase para ponerme las hormonas en pie de guerra.

—Estoy intrigada.

Nuestra habitación está justo delante de la de Hallie, lo cual es muy práctico porque a nuestra pequeña le gusta dormir en nuestra cama de vez en cuando y a nosotros nos encanta.

—Pues sí, me he vuelto muy creativo pensando en todo lo que me gustaría hacerle a mi mujer.

Sus ojos se deslizan por cada centímetro de mi piel mientras me quito la ropa del trabajo y me pongo un camisón de seda. Esa es una de las virtudes de Cole, que siempre consigue que me sienta deseada, incluso con esta panza o sin haberme recuperado aún del primer parto. Yo, que siempre he tenido problemas con el peso y la autoestima, he tardado mucho tiempo en aceptar mi cuerpo y conseguir sentirme guapa en él.

—De momento, todo palabras y nada de acción. ¿Por qué no me lo demuestras?

Le hago una señal con el dedo para que se acerque, y es divertido ver la velocidad con la que salta y se dirige hacia mí. Se quita primero la corbata y luego el resto de la ropa, pieza a pieza. El calor nunca ha desaparecido, el deseo y el hambre del otro no ha hecho más que aumentar con la edad. Cole es el tipo de hombre que cada vez está más guapo. Su cuerpo, ¡Dios mío, qué cuerpo!, es una obra de arte y saber que está ahí fuera salvando el mundo me

hace perder la cabeza.

Eso me recuerda la noche de bodas y la cama que rompimos durante la luna de miel. ¡Ay!

Nos casamos unos meses después de que me pidiera matrimonio, cuando aún estaba embarazada porque, la verdad, tampoco teníamos tanta paciencia. Yo no quería una gran boda, pero no sé cómo mi madre se las arregló para que lo fuera. Lo que más le costó fue encontrar un vestido que no me hiciera parecer una bola de billar y, cuando miro la ampliación de la foto que tenemos colgada encima de la cama, me gusta pensar que lo consiguió. Es como viajar al segundo día más feliz de mi vida, después del nacimiento de Hallie, obviamente. Cole y yo estamos tan jóvenes y tan enamorados y, aunque solo han pasado cinco años desde el día en que nos convertimos en marido y mujer, es como si hubiéramos compartido toda una vida juntos y no nos baste con eso.

—¿Qué está pasando por tu cabecita, Tessie?

Cole me acaricia el cuello con la nariz mientras tira del cinturón que mantiene mi bata cerrada. En cuestión de un minuto, todas las apuestas estarán cerradas, cualquier pensamiento coherente será cosa del pasado y nos convertiremos en manos y bocas hambrientas. Sin embargo, ahora mismo, después de lo nostálgica que me he sentido todo el día, necesito decir unas cuantas cosas.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Ya sabes que sí, bizcochito. Soy como un libro abierto para ti.

Acaricio el vello que le nace en el pecho y deslizo las uñas por su piel porque sé que le encanta.

—Nunca me has dicho qué viste en mí aquel primer día en el jardín de infancia. Qué pude transmitirte para que te sintieras atraído hacia mí.

—Veo que has estado pensando en el pasado.

Parece sorprendido por mi pregunta, pero también enamorado de mí hasta las trancas.

—Es el bebé y lo de los diez años desde que nos graduamos, creo que me ha cogido con la guardia baja. ¿Cómo es posible que haya pasado tanto tiempo?

Cole me alza la barbilla para que lo mire.

—¿Ya te has cansado de mí?

La barba incipiente que le salpica la cara me hace cosquillas en los dedos.

—Más bien estoy pensando dónde ha ido a parar todo ese tiempo —le digo, sujetándole la cara entre las manos—, cómo ha podido pasar tan rápido. Quiero que se congele, que cada momento se estire y dure para siempre.

Me arranca la bata (la pobre no tenía ninguna posibilidad) y me roza la piel del pecho con la nariz. Se coloca delante de mí y me aprieta contra su cuerpo para que sepa hasta qué punto le afecta mi presencia.

—La niña que vi me hizo sentir algo en el corazón que había olvidado que existía. Me recordó algo puro, sin filtros, y recuerdo querer eso mismo para mí, poder estar cerca de ti para sentir lo mismo que sentías tú. Por aquel entonces, yo no era más que un niño egoísta, pero me enamoré aún más de ti cuando vi que eras bonita por dentro y por fuera, con tus defectos y tus traumas, aunque siempre ponías buena cara. Te quería como quieren los niños porque pensaba que eras perfecta. Me enamoré de ti, Tessa, porque mi corazón se niega a pertenecer a nadie que no seas tú.

Estoy llorando entre sus brazos, sin saber hasta ahora lo mucho que necesitaba oírlo y sintiéndome fatal porque yo jamás podría expresarme como él. Le digo todos los días que le quiero, que la vida no tendría sentido sin él y que me ha dado el mejor regalo de todos, a nuestra hija Hallie, y en breve a nuestro futuro bebé. El día que nos casamos prometí que lo querría el resto de mi vida y así es, lo he hecho hasta ahora y lo seguiré haciendo hasta



que me muera.

—A ver ahora cómo supero yo eso. Me lo pones muy difícil, ¿eh?

Cole se ríe.

—No tienes que superar nada, bizcochito, sé que me quieres tanto como yo a ti.

Lo miro y niego con la cabeza.

—No, te quiero aún más porque me has demostrado qué significa querer realmente a alguien. Yo no tenía ni idea hasta que te conocí y aprendí todo lo que hay que saber sobre el amor. Me lo enseñaste tú, así que claro que te quiero con un amor más fuerte, más intenso y más profundo de lo que mi cuerpo es capaz de albergar.

—Tessie —susurra Cole.

La bata ya está en el suelo y mi ropa interior acaba amontonada al lado. Estoy entre sus brazos y, un segundo después, tumbada encima de la cama, aunque antes se asegura de que la puerta esté cerrada para que nuestra pequeña no nos coja por sorpresa.

—Aún sigues siendo el chaval salvaje y temerario que puso mi vida patas arriba, ¿verdad? —jadeo contra su boca, y sus manos me acarician y exploran el lugar en el que crece nuestro hijo.

—Nunca se fue del todo, bizcochito. Lo despiertas todas las noches y lo vuelves loco. Sigo siendo el mismo tipo del que te enamoraste, el que te obligó a quererlo. Creo que me siento un poco más seguro ahora que sé que no estás aquí en contra de tu voluntad.

—Es verdad, Cole. —Le aparto el pelo de la cara y tiro de él porque echo de menos su boca—. Soy tu chica y lo seguiré siendo el resto de nuestras vidas.

## Cole

Y eso es todo, amigo, hasta aquí nuestra historia. Esto no es el final, obviamente. Me da la sensación de que acabamos de empezar y aún tenemos toda la eternidad por delante, pero aquí es donde dejamos de compartir nuestro relato, y es que esperamos que no haya más sorpresas que merezcan ser contadas y, si las hay, les plantaremos cara como siempre lo hemos hecho: los dos juntos.

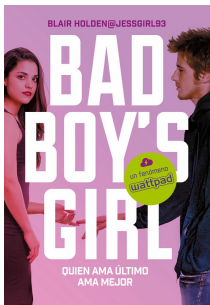
Soy el tío que consiguió a la chica, aunque para ello tuvo que arriesgarlo todo. Esta vida, la familia que hemos formado y la certeza de que nos necesitamos el uno al otro como el aire que respiramos hace que valga la pena. Hemos tenido momentos mejores y peores. No siempre estuve convencido de que acabaría ganándome el amor de alguien como ella y mi bizcochito también ha tenido sus propias inseguridades, pero hemos derrotado al destino, hemos librado cientos de batallas y hemos salido ilesos de todas. Las cosas se pusieron tensas cuando nació nuestra hija. Nos quedábamos despiertos hasta las tantas o directamente no dormíamos nada, yo tenía que ir a clase y Tessa estaba hasta arriba de trabajo. Pero conseguimos que funcionara, como siempre, y tras cada pelea, cada vez que creíamos que ya no podíamos más, nos volvíamos a poner de pie y más fuertes que nunca.

Así pues, este es mi consejo: si encuentras a esa persona sin la que no puedes vivir, ve tras ella con todo lo que tengas. Si existe la posibilidad, por pequeña que sea, de que te corresponda, no dejes que nada te detenga, ama y vive salvajemente. Este es mi consejo y es lo que le pienso inculcar a mi hijo cuando nazca. Si tiene suerte y algún día encuentra un amor como el nuestro, sabrá que su padre jamás dejó que nada se interpusiera en su camino y que el amor verdadero, el que te cala hasta los huesos y te convierte en la persona

que eres, siempre vale la pena.

## Última entrega de la adictiva serie #BadBoysGirl.

### ¿Estás lista para descubrir qué final les espera a Tessa O'Connell y Cole Stone?



Finalmente, Tessa O'Connell está lista para vivir según sus propias reglas. Ha dejado atrás los días en los que la inseguridad la perseguía y buscaba desesperadamente la aprobación de los demás, y ha regresado de Londres más valiente, más fuerte y más independiente que nunca. Ha vuelto y sabe lo que quiere. Está lista para demostrarle a Cole que ella es más fuerte de lo que ambos imaginaron.

#### **ADVERTENCIA:**

En esta historia encontrarás un chico malo de actitud reformada. ¿Quién hubiese dicho que la responsabilidad podría ser tan sexi? Cole Stone está preparado para cuidar de su chica, para amarla como solo él sabe, para abrazarla y para demostrarle que, aunque sea hora de despedirse, su amor perdurará en la historia porque nadie ama como Cole Stone.

#### **Los lectores de la saga han dicho...**

«¡La serie Bad Boy's Girl me tiene obsesionada!»

«Blair Holden ha conseguido hacer una metáfora de la montaña rusa que es el amor.»

«Todas las chicas llevan una Tessa dentro y todas quieren en su vida un Cole que acepte sus imperfecciones, las proteja y las quiera por encima de todo.»

Título original: *The Bad Boy Girl's Goodbye*

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2018, Blair Holden

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Sheila Espinosa Arribas, por la traducción

Diseño de portada: Compañía

Fotografía de portada: © Thinkstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17460-18-1

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Si quieres saber más sobre *ellas.* síguenos en:



[ellademontena](#)



[@ellademontena](#)

Encontrarás más información de todas nuestras novedades, noticias de nuestros autores, compartirás opiniones con otros lectores y muchas sorpresas más.

Y si quieres saber todo sobre nuestras novedades, únete a nuestra comunidad en redes.



[Somos Infinitos](#)



[@soimosinfinitos](#)

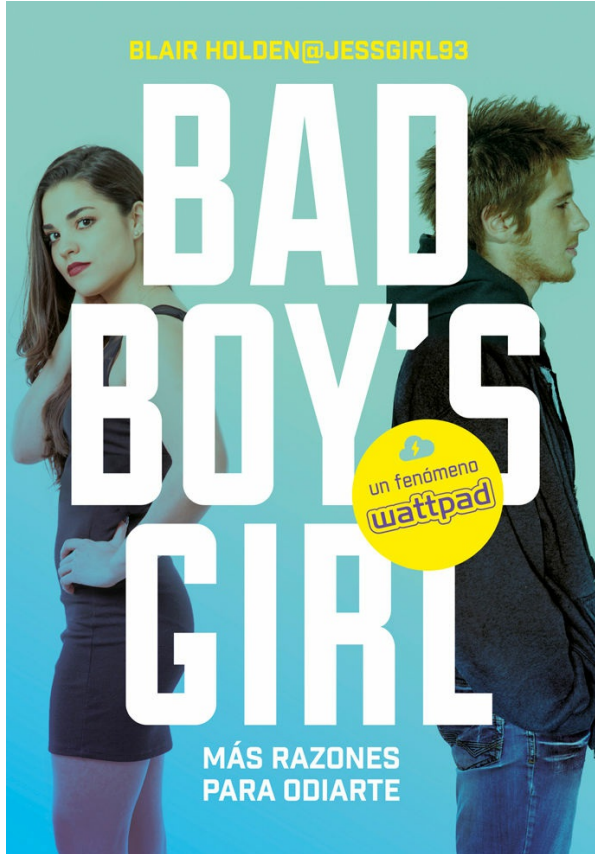
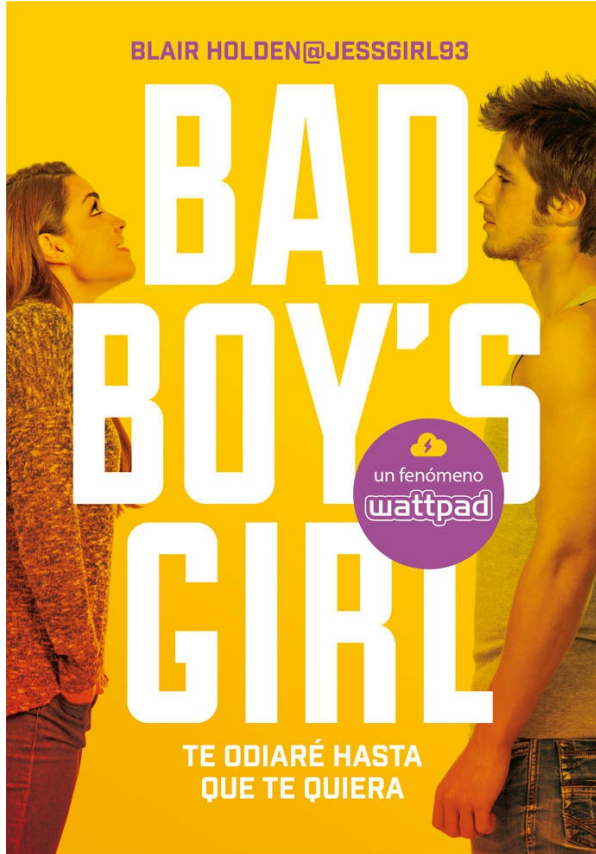


[@soimosinfinitoslibros](#)

Novedades, autores, presentaciones primeros capítulos, últimas noticias...

Todo lo que necesitas saber en una comunidad para lectores como tú.

¡Te esperamos!





BLAIR HOLDEN@JESSGIRL93

# BAD BOY'S GIRL

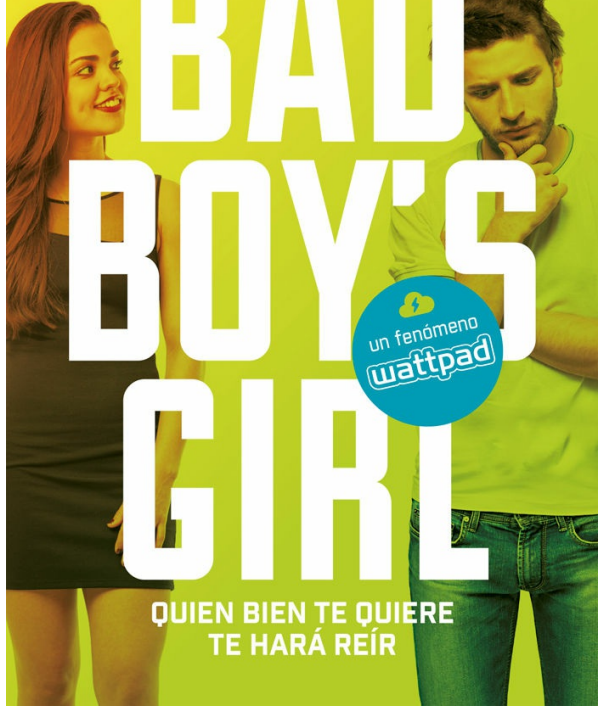


BLAIR HOLDEN@JESSGIRL93

# BAD BOY'S GIRL



QUIEN BIEN TE QUIERE  
TE HARÁ REÍR



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Quien ama último ama mejor

Prólogo

1. Es una verdad universalmente reconocida que los héroes victorianos eran lo peor
2. Cuando te despiertas a la mañana siguiente resulta que te has casado con un gigoló en Las Vegas
3. Tu madre ya cree que me pagué la carrera haciendo estriptis
4. Sería todo un bajón que mis inclinaciones alcohólicas me impidieran llegar con vida al día de la boda
- 5.
6. A partir de ahora, mi lema será vivir con la sinceridad brutal de una canción de Cardi B
7. Aquí la única que tiene permiso para comportarse como una imbécil soy yo
8. En tu ropa siempre caben más cosas que en el bolso de Mary Poppins
9. Parece que el sofá acaba de convertirse en la caseta del perro
10. Te has echado novio, no te has hecho una lobotomía
11. O estaba enamorado de ti o era un mentiroso patológico

12. Hay más tostadas de aguacate que en todo mi Instagram
13. Superé con creces los índices de delincuencia de todo un pueblo sueco medio
14. Los cráteres de dos metros que tengo debajo de los ojos no es que sean demasiado agradables
15. Es increíble lo rápido que pasa el tiempo cuando te aferras a él como si te fuera la vida en ello
16. La abu Stone está deseando tener su momento *Rey León* con este niño
17. Está científicamente demostrado que las pelirrojas son unas madrinas horribles
18. Mi madre tomaba más pastillas que una estrella del rock en horas bajas
19. Estoy tan estupenda que parece que vaya a presentar un tutorial de maquillaje en YouTube
20. Dudo de que mi padre invierta en tapones de silicona para los oídos

Epílogo

Sobre este libro

Créditos